

Silvia Avallone

De acero

Traducción
Carlos Gumpert



Lectulandia

Una novela que enseña a los jóvenes el valor del sexo y la amistad, y a los adultos, quiénes son verdaderamente sus hijos.

El Mediterráneo, la luz, la isla de Elba al fondo... Y sin embargo, en la ciudad industrial de Piombino, tener catorce años no es fácil. Si tu padre se parte la espalda en las acerías que proporcionan pan y desesperación a media ciudad, lo máximo que puedes desear es una tarde en la playa, o tener un hermano que sea el jefe de la plantilla. Lo saben bien las inseparables Anna y Francesca.

DE ACERO

Cuando el cuerpo empieza a cambiar no hay alternativa: o te escondes y te quedas fuera, o usas con violencia tu belleza y confías en que te ayude a ser alguien. Ellas lo intentan, convencidas de que para sobrevivir basta con luchar. Pero la vida es feroz. Y cuando llega el amor, las pocas certezas se pierden, y hasta la amistad duele.

«Una novela social e iniciática, ambiciosa y estremecedora, como una película de Ken Loach y Gus Van Sant.»

Libération

Lectulandia

Silvia Avallone

De acero

ePub r1.1

orhi 05.08.14

Título original: *Acciaio*
Silvia Avallone, 2010
Traducción: Carlos Gumpert

Editor digital: orhi
Primer editor: Epicureum (r1.0)
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*A Eleonora, Erika y Alba,
mis mejores amigas.*

Y a todos los que hacen el acero.

«Las cosas mejores resplandecen de miedo».

DON DE LILLO, *Libra*

PRIMERA PARTE

Amigas del alma

1.

En el círculo desenfocado de la lente la figura, sin cabeza, apenas se movía.

Un jirón de piel en primer plano, a contraluz.

Aquel cuerpo había cambiado de un año para otro, despacio, debajo de la ropa. Y ahora en los prismáticos, en verano, explotaba.

El ojo, desde lejos, mordisqueaba los detalles: el lazo de la parte de abajo del bikini, un filamento de alga en un costado. Los músculos tensos encima de la rodilla, la curva de la pantorrilla, el tobillo manchado de arena. El ojo se agrandaba y enrojecía a fuerza de excavar en la lente.

El cuerpo adolescente salió de un salto del campo visual y se arrojó al agua.

Un instante después, reajustado el objetivo, calibrado el foco, reapareció dotado de una espléndida melena rubia. Y una carcajada tan violenta que incluso desde aquella distancia, aunque fuera sólo mirándola, te sacudía. Era como meterse de verdad entre esos dientes blancos. Y los hoyuelos de las mejillas, y el hueco entre los omoplatos, y el del ombligo, y todo lo demás.

Ella estaba jugando como cualquiera a su edad, sin sospechar que estaba siendo observada. Abría la boca. ¿Qué estará diciendo? ¿Y a quién? Se zambullía al encuentro de una ola, volvía a salir del agua con el triángulo del sujetador descolocado. Una picadura de mosquito en el hombro. La pupila del hombre se contraía, se dilataba como bajo los efectos de algún estupefaciente.

Enrico miraba a su hija, era más fuerte que él. Espiaba a Francesca desde el balcón, después de comer, cuando no estaba de turno en la planta siderúrgica Lucchini. La seguía, la estudiaba a través de las lentes de los prismáticos de pesca. Francesca chapoteaba en la orilla con su amiga Anna, se perseguían, se tocaban, se tiraban del pelo, y él ahí arriba, clavado con el cigarro en la mano, sudando. Él, gigantesco, con la camiseta empapada, con el ojo muy abierto, atareado bajo ese calor de locos.

La vigilaba, o eso era lo que decía, desde que empezó a ir a la playa con ciertos chicos mayores, ciertos elementos que no le inspiraban confianza alguna. Que fumaban, que seguro que hasta se hacían porros. Y cuando le hablaba a su mujer de esos inadaptados con los que estaba su hija, gritaba como un poseso. ¡Se hacen porros, se chutan cocaína, trafican con pastillas, se quieren follar a mi hija! Esto último no lo decía explícitamente. Daba un puñetazo a la mesa o a la pared.

Pero quizá hubiera adquirido la costumbre de espiar a Francesca antes: desde que el cuerpo de su niña parecía haberse descamado y había ido adquiriendo gradualmente una piel y un olor precisos, nuevos, tal vez, primitivos. Se había sacado de la manga, la pequeña Francesca, un culo y un par de tetas irreverentes. Los huesos de la pelvis se le habían arqueado, formando un tobogán entre el busto y el abdomen.

Y él era su padre.

En aquel momento observaba a su hija agitarse dentro de los prismáticos, lanzarse con todas sus fuerzas hacia delante para atrapar una pelota. Su pelo, empapado, se le adhería a la espalda y a los costados, a toda la extensión de su piel taraceada de sal.

Los adolescentes jugaban a voleibol en círculo, alrededor de ella. Francesca, esbelta y en movimiento, en un único clamor de gritos y salpicaduras donde el agua era más baja. Pero Enrico no atendía al juego. Enrico estaba pensando en el bañador de su hija: Dios mío, si se le ve todo. Bañadores como éstos deberían estar prohibidos. Y si uno solo de esos jodidos bastardos se atreve a tocarla, me bajo a la playa con un garrote.

—Pero ¿qué estás haciendo?

Enrico se volvió hacia su mujer, que estaba observándolo de pie, en el centro de la cocina, con una expresión mortificada. Porque Rosa se mortificaba, se resecaba, viendo a su marido a las tres de la tarde con los prismáticos en la mano.

—Vigilo a mi hija, si no te importa.

Aguantar la mirada de esa mujer no siempre resultaba fácil, ni siquiera para él. Había una acusación constante, clavada en las pupilas de su esposa.

Enrico frunció la frente, tragó saliva:

—Vamos, es lo mínimo, digo yo...

—No seas ridículo —masculló ella.

Él miró a Rosa como se mira algo molesto, que nos hace enfurecer y nada más.

—¿Te parece ridículo echar una ojeada a mi hija, con los tiempos que corren? ¿Es que no ves con qué gente va a la playa? ¿Quiénes son esos tipos de ahí, eh?

A aquel hombre, cuando se le alteraba la bilis —y sucedía muy a menudo—, se le congestionaba la cara, se le hinchaban las venas, de una forma que daba miedo.

A sus veinte años, antes de dejarse crecer la barba y acumular todos esos kilos, no tenía tanta rabia. Era un chico muy guapo, recién contratado en la fábrica, que desde niño había ido esculpiéndose los músculos a fuerza de cavar la tierra. Se había vuelto un gigante en los campos de tomates, y después a paladas de carbón de coque. Un hombre como tantos, emigrado del campo a la ciudad con un zurrón en el hombro.

—Es que ni te das cuenta de que lo que está haciendo, a su edad... ¡Y fíjate cómo cojones va vestida!

Después, con los años, había cambiado. Día tras día, sin que nadie se diera cuenta. Aquel gigante que jamás había traspasado los límites de Val di Cornia, que no había visto ningún otro pedazo de Italia, era como si se hubiera congelado por dentro.

—¡Contesta! ¿Es que no ves cómo cojones va vestida tu hija?

Rosa se limitó a apretar con más fuerza el trapo con el que acababa de secar los platos. Rosa tenía treinta y tres años, las manos llenas de callos, y desde el mismo día de su boda había dejado de cuidarse. Su belleza de muchacha del sur se había diluido

entre tanto detergente, en el perímetro de aquellos suelos fregados todos los días desde hacía quince años.

Su silencio era duro. Uno de esos silencios enquistados, de ataque.

—¿Quiénes son esos chicos, eh? ¿Los conoces?

—Son buenos chicos...

—¡Ah, de modo que los conoces! ¿Y por qué no me dices nada? ¿Por qué en esta casa nunca se me dice nada, eh? Francesca contigo sí que habla, ¿verdad? Sí, contigo se pasa horas y horas hablando...

Rosa arrojó el trapo sobre la mesa.

—Pregúntate la razón —resopló— de por qué no habla contigo.

Pero él ya no la escuchaba.

—¡A mí no se me dice nunca nada! ¡A mí no se me dice nunca nada, manda narices!

Rosa se inclinó sobre el barreño con el agua sucia. Algunas de las mujeres de su edad, en verano, seguían yendo a la discoteca. Ella no había pisado jamás una.

—¿Qué te crees que soy? ¿Un idiota? ¿Te parezco un idiota? ¡Pero si va por ahí hecha una puta! ¿Y cómo la estás criando tú, eh? ¡Felicidades! Pero cualquier día de éstos, voy y...

Ella levantó el barreño y lo vació en el fregadero de la terraza, con los ojos fijos en los grumos negros del remolino del desagüe. Habría querido verlo muerto, derrumbado por el suelo, agonizante.

—¡Os mando a tomar por culo, a ti y a ella! ¿Para eso trabajo yo? ¿Por ti? ¿Por esa puta?

Y pasar por encima de él con el coche, triturarlo sobre el asfalto, reducirlo a una papilla, al gusano que era.

También Francesca lo entendería. Matarlo. Si no lo hubiera amado, si me hubiera buscado un trabajo, si hace diez años me hubiera marchado de aquí.

Enrico le dio la espalda y asomó su cuerpo gigantesco sobre la barandilla, bajo el sol que a las tres de la tarde pesa como el acero y lo pisotea todo. La playa, al otro lado de la calle, estaba repleta de sombrillas y de gritos. Vaya muchedumbre, pensó. Y volvió a encender la colilla del puro que tenía entre los dedos. Dedos achaparrados, rojos y callosos. Los dedos de un obrero que no usa guantes, ni siquiera cuando debe medir la temperatura del arrabio.

A un lado estaba la playa, invadida por los adolescentes a aquella hora bestial. Al otro lado, el hocico plano de las colmenas populares. Y todas las persianas echadas a lo largo de la calle desierta. Los ciclomotores alineados en las aceras estaban aparcados de través, cada uno con su pegatina, con su letrero de rotulador: FRANCE, TE QUIERO.

El mar y los muros de aquellas colmenas, bajo el sol ardiente del mes de junio,

parecían la vida y la muerte intercambiándose gritos. No había nada que hacer: Via Stalingrado, para quienes no vivían allí, vista desde fuera, era desoladora. Es más: era la miseria.

Un balcón más arriba, en el cuarto piso, otro hombre se asomaba por la barandilla oxidada y miraba hacia la playa.

Enrico y él eran las únicas figuras humanas asomadas.

El sol aturdía. Y el revoque se caía a pedazos.

El hombrecillo, con el torso desnudo, acababa de cerrar en aquel momento la lengüeta del móvil. Un enano, en comparación con el gigante de los prismáticos del tercer piso. Durante toda la llamada había estado gritando: no porque estuviera enfadado, sino porque aquél era su tono de voz. Había hablado de dinero, de cifras astronómicas, y no había apartado ni por un instante sus ojillos avispados de la playa, buscando algo que a aquella distancia, sin gafas, no podía encontrar.

—Un día de éstos me bajo yo también a la playa. ¿Quién me lo prohíbe? Al fin y al cabo, me han despedido —rió para sí mismo, en voz alta.

Desde el interior de la casa se oyó un grito.

—¿Quéééé?

—¡Nada! —contestó él, tras acordarse de que tenía mujer.

Sandra apareció en la terraza con la fregona chorreando amoníaco.

—¡Artu! —gritó blandiendo la fregona—. ¿Qué pasa, es que te has vuelto loco?

—¡Pero si estaba bromeando! —hizo un gesto con la mano.

—Pues no tiene ninguna gracia. En estos momentos, que tenemos que pagar el lavavajillas, los plazos de la radio del coche de tu hijo... ¡Más de un millón de liras por una radio! Nada menos, y a este que le da por hacer bromas...

No era una broma. Le habían pillado de verdad en la planta robando bidones de gasóleo.

—Apártate, vamos. Que tengo que pasar la fregona.

Desde que le contrataron, Arturo mangaba el gasóleo al señor Lucchini, sin más, para llenar el depósito y vendérselo a los campesinos. Durante tres años nadie se había dado cuenta. Y ahora, su puta madre...

—Te he dicho que te apartes, este suelo está hecho una pena.

Se quitó de en medio silbando. Entró en la cocina. Era un hombrecillo alegre, expansivo; tenía un montón de amigos. Iban a despedirlo, estaba lleno de deudas y él silbaba.

Cogió un níspero del cesto de encima de la mesa, le dio un mordisco distraído. Fructificaban en su cabeza negocios increíbles: de esos de estrés cero y todo ganancias.

—Deja de limpiar de una vez. ¡Siempre estás limpiando!

—Vaya... ¿Por qué? ¿Es que vas a limpiar tú?

Arturo había conocido, esporádicamente, las fatigas del trabajo, esas que su mujer probaba con rigor desde los dieciséis años de edad y que, por ejemplo, les habían permitido pagar todos los meses el alquiler y criar a dos hijos. Había sido, en orden cronológico: carterista, obrero en varias fábricas: Lucchini, Dalmine, Magona d'Italia, y después jefe de sección otra vez en Lucchini. Nacido en Procida, a los diecinueve años emigró a Piombino para entrar en la fábrica, una nueva existencia, legal por fin, honrada. Consideraba a los inscritos en el sindicato como unos pringados. Una sola certeza en la vida: que trabajar cansa.

—¿Y Anna? ¿Está en la playa?

—Sí, con Francesca.

—¿Y Alessio?

Sí, mañana ganaría al póquer y después, con el dinero que se embolsara, haría sus negocios. Lo presentía. ¿Cómo suele decirse? *Es el destino*. Y a Sandra, con los negocios, le compraría un diamante, un... ¿Cómo se llama? Un De Beers..., uno de esos que son «para siempre».

—Supongo que estará también en la playa.

—Tengo que hablar seriamente con tu hijo. Quiere comprarse a toda costa un Golf GT... ¿Para qué le hace falta un Golf GT?

Sandra levantó la cabeza del suelo ya seco, y se quedó así, bajo la luz, sudando durante unos instantes.

—Déjale que diga lo que quiera. Total, no tiene dinero.

Entró otra vez en casa y se sentó en la mesa de la cocina. Se puso a observar atentamente a su marido: en todos esos años no había cambiado. «A partir de mañana...» decía siempre, y ella se lo tragaba una y otra vez.

—Tu hijo vota a Forza Italia —dijo Sandra fingiendo que sonreía—. Quiere un cochazo, no la justicia social. Quiere aparentar, darse pisto... Pero además, ¡mira quién habla, si tú tienes un coche de cincuenta millones de liras! A propósito, ¿has pagado el impuesto de circulación?

—¿El impuesto de circulación?

La fingida sonrisa se le borró inmediatamente del rostro:

—Antes de pensar en el dinero de tu hijo, piensa en no jugarte el tuyo.

—Ya estamos...

Arturo hinchó las mejillas y resopló como un toro.

—Sí, exacto: ya estamos —Sandra se puso de pie de un salto y empezó a agitar los brazos en el bochorno remansado de la cocina—. ¡Pobre de él, que le dan tanto la coña! A mí no me tomas el pelo. ¿Adónde ha ido a parar tu último sueldo?

—¡Sandra!

—¡Si ni siquiera ha entrado en el banco! Te lo has jugado, ¡venga, dilo! Antes incluso de meterlo en el banco, él se lo ha jugado... ¿Es que me has visto cara de

idiota o qué?

Se golpeó con el dedo índice en la frente sudada, con los rizos enrollados en los rulos y las cejas mal depiladas.

Arturo abrió los brazos.

—Venga, dame un beso...

Eso era lo que hacía siempre aquel hombre. Cuando ya no sabía a lo que agarrarse, se volvía afectuoso.

Los dos desaparecieron en el vientre de la casa.

Ahora también la persiana del matrimonio Sorrentino estaba echada como las demás del edificio (todas excepto una). Al bajar, se había enganchado a la mitad.

—¡A ver cuándo arreglas la persiana, Artu!

Silencio. Después se oyó correr el agua del grifo en el baño, el ruido de una hoja de afeitar al borde del lavabo. Y Arturo empezó a cantar. Su preferida: *Maracaibo, mare forza nove, fuggire sì, ma dove? Za-zà.*^[1]

A las tres de la tarde, en junio, los ancianos y los niños se metían en la cama. Fuera, la luz lo abrasaba todo. Las amas de casa, los jubilados en chándal de acetato que han sobrevivido a los altos hornos, inclinaban la cabeza, asfixiados delante del televisor.

Después de comer, las fachadas de aquellas colmenas todas iguales, unas pegadas a las otras, se parecían a las paredes de los nichos apilados en un cementerio. Mujeres con las pantorrillas hinchadas y las nalgas oscilantes bajo las batas bajaban al patio y se sentaban a la sombra en torno a mesas de plástico. Jugaban a las cartas. Agitaban furiosamente los abanicos y por lo general hablaban de minucias.

Los maridos, si no estaban en el trabajo, no asomaban la nariz fuera de casa. Desganados, sin camiseta, se quedaban en el salón chorreando sudor, cambiando de canal con el mando a distancia. Ni siquiera escuchaban a esos gilipollas de la televisión. Se limitaban a mirar a las azafatas, a esas furcias que eran justamente lo contrario de sus mujeres.

El próximo año pongo el aire acondicionado, por lo menos en el salón. Si mañana no me pagan las horas extraordinarias, te juro que voy a cabrearme.

Arturo se afeitaba la barbilla y cantaba una cancioncilla de su infancia, cuando la política de viviendas populares construyó las colmenas delante de la playa para los obreros de las acererías. También los obreros metalúrgicos, según las ideas de la junta municipal comunista, tienen derecho a casas con vistas. Con vistas al mar, no a la fábrica.

Cuarenta años después, todo había cambiado: los precios estaban en euros, la televisión era de pago, los navegadores eran satelitales y ya no existían ni la Democracia Cristiana ni el Partido Comunista. La vida era muy distinta ahora, en 2001. Pero seguían en pie las colmenas, la planta siderúrgica y el mar también.

La playa de Via Stalingrado, a esas horas, estaba atiborrada de chicos vociferantes, neveras portátiles, sombrillas amontonadas unas sobre otras. Anna y Francesca tomaban carrerilla en la arena, caían al agua con un grito victorioso, salpicando por todas partes. A su alrededor, enjambres de adolescentes se lanzaban con todos sus músculos tensos hacia un frisbee o una pelota de tenis.

Muchos decían que aquella playa era espantosa porque no había instalaciones, la arena se mezclaba con la herrumbre y las inmundicias, por en medio pasaban los desagües y sólo iban allí los delincuentes y los pobres diablos de las casas populares.

Montones y montones de algas que nadie en el ayuntamiento daba orden de recoger.

Enfrente, a cuatro kilómetros, las playas blancas de la isla de Elba relucían como un paraíso imposible. El reino virgen de los milaneses, de los alemanes, esos turistas satinados con sus Cayenne negros y sus gafas de sol. Pero para los adolescentes que vivían en las colmenas, para los don nadie que chorreaban sudor y sangre en las acererías, la playa de delante de casa era ya el paraíso. El único realmente real.

Cuando el sol derretía el asfalto, el bochorno apestaba y las toses que expulsaban las chimeneas de la Lucchini se remansaban sobre las cabezas, la gente de Via Stalingrado se iba descalza a la playa. No tenían más que cruzar la calle y se tiraban al mar dándose un tripazo.

A Anna y Francesca nadie las veía salir nunca del agua. Causaba impresión verlas nadar en paralelo hasta la última boya. Algún día llegarían hasta la isla de Elba —a nado, decían— y no regresarían jamás.

Los veinteañeros, antes de bañarse, se reunían en el bar en amplios corrillos. Se movían en pandillas, y la pandilla se coagulaba por lo general en torno a algo elemental: el número del portal, el grado de violencia de la actividad laboral, la calidad de las sustancias estupefacientes y, por último, la afición a un equipo de fútbol.

Ellos no se desvivían por tirarse al agua como los de trece años. Antes un vermú, un pitillo, una partida de póquer. Tenían pectorales y abdominales, o bien enormes barrigas desbordantes. Eran como divinidades olímpicas. Y mientras sus hermanitos caían en delirio ante un tubo de escape trucado, ante la discoteca en la que no podían entrar, ellos ejercían de amos con sus voces y con sus golpes, sus bólidos dotados de alerones que el sábado por la noche —con las ventanillas bajadas y los codos fuera— rozaban los ciento noventa kilómetros por hora.

También las chicas zurraban. Zurraban sobre todo si lo que estaba en juego era un tío guapo al estilo de Alessio. El verano era la ocasión, la pasarela entre las casetas con el pelo suelto. Para quien podía permitírselo, para quien tenía la edad y el cuerpo para hacerlo. Para hacer el amor en la caseta oscura. Sin pensárselo, sin preservativo, y la que se quedaba embarazada, y él lo aceptaba, había ganado.

«Ya nos falta poco», se susurraban una a la otra Francesca y Anna. Cuando una chica mayor llegaba a la playa montada en un flamante escúter, la desarzonaban con la imaginación y se ponían a horcajadas en su lugar. «Nos falta poco», cuando el sábado por la noche las demás salían con purpurina en las mejillas, carmín en los labios y tacones altos, y ellas se quedaban en casa probándose ropa con la música a todo volumen.

El mundo aún tenía que llegar. El mundo llega a los catorce años.

Se lanzaban contra la cresta de la ola, juntas, si pasaba algún trasbordador y la piel del mar se encrespaba de verdad. De ellas ya hacía un par de años que se hablaba, en el bar, en las mesas de los chicos mayores: se decía que no estaban nada mal. Espera a que crezcan y ya verás.

Anna y Francesca, *trece años, catorce casi*. La morena y la rubia. Allí en medio de todos esos chicos, esos ojos, esos cuerpos, que en el agua retrocedían al estado indiferenciado, de cuerpo mudo y entusiasta. Jugaban a robar el balón, justo cuando un muchacho estaba a punto de lanzar a portería. Una portería hecha con dos palos de madera hincados en la arena. Y un patadón que quiere afirmar el gol.

Corrían entre la multitud, se volvían a mirarse, se cogían de la mano. Sabían que la naturaleza estaba de su parte, sabían que era una fuerza. Porque en ciertos ambientes, para una chica sólo cuenta la belleza. Y si eres una pringada, lo tuyo no es vida. Si los chicos no escriben en los pilares del patio tu nombre y no te dejan mensajitos por debajo de la puerta, no eres nadie. A los trece sólo quieres morirte.

Anna y Francesca salpicaban sonrisas aquí y allá. Nino, que las llevaba a hombros, sentía el calor de su sexo en la nuca. Massimo, antes de lanzarlas al agua, las asediaba con cosquillas y mordiscos. Delante de todos. Y ellas dejaban que el primero que pasaba les hiciera de todo, sin el menor escrúpulo, sin la menor consciencia. Porque sí, con el mundo al alcance de la mano, a despecho de quienes se quedaban mirando.

Pero no eran las únicas que sentían determinadas cosas nuevas en el cuerpo. También a las pringadas, a las feúchas como Lisa, acurrucada en su toalla, les hubiera gustado revolcarse sobre la arena delante de todos y correr sin aliento hasta el agua.

En la carrera de Anna y Francesca, que chocaban contra brazos, sonrisas y pelotas de tenis, con la parte de arriba del bikini medio suelta, había un desafío. Y quienes las miraban les envidiaban ese pecho, ese culo, la sonrisa impúdica de quien dice: yo existo.

La arena se mezclaba en el agua baja con las algas, se convertía en una papilla. Corrían, la morena y la rubia, por el mar. Se sentían horadadas por los ojos masculinos. Era eso lo que querían, que las mirasen. No había un porqué preciso. Estaban jugando, se veía, pero iban en serio también.

La morena y la rubia. Ellas dos, siempre y sólo ellas dos. Cuando salían del agua

iban cogidas de la mano como si fueran novios. Y en el servicio del bar entraban juntas. Desfilaban arriba y abajo por la playa, volviéndose primero una y después la otra, cuando recibían algún piropo. Hacían que te pesase, esa belleza que tenían. La usaban con violencia. Y si Anna, de vez en cuando, te saludaba aunque fueras una pringada, Francesca no saludaba nunca, no sonreía nunca. Excepto a Anna.

El verano de 2001 nadie podrá olvidarlo. Hasta el derrumbe de las torres fue, en el fondo, para Anna y Francesca, parte del orgasmo que experimentaban al descubrir que su cuerpo estaba cambiando.

A esas alturas, una sola persiana seguía levantada. Un solo hombre sudaba asomado al balcón con unos prismáticos en las manos.

Enrico se obstinaba en buscar la cabeza rubia de su hija entre las olas, en medio de los cuerpos de los demás adolescentes que jugaban al voleibol, al fútbol, a las palas. En aquel revoltijo de brazos, senos y piernas, aislaba el torso de Francesca en el interior de la lente, lo enfocaba, fijaba en un estado de alerta animal sus movimientos en contacto con el mar.

La espalda de Francesca, cubierta de cabellos rubios empapados de agua. Su trasero redondo: algo que no debería verse, que nadie debería ver nunca. En cambio, Enrico lo miraba, chorreando sudor. Aquel cuerpo esbelto y perfecto que su hija se había sacado de la manga, de la noche al día, a la vista de todos.

2.

En lugar del casco llevaba una gorra lisa de los Chicago Bulls, con dos tachones en los lados de la visera.

Le acababa de meter un puñetazo a ese mamón. Se había soltado los tirantes del mono a propósito para darle a su derecha mayor libertad. La carga en suspensión, enganchada en el gigantesco cabrestante de la grúa de puente, se balanceaba en el bochorno como un péndulo. Su bíceps seguía en tensión. Como todo su rostro sucio de hierro fundido.

—¡Repítele eso que has dicho! —gritó Alessio por encima del estruendo—. ¡Repítelo, coño!

El chaval se tocó la magulladura que le había quedado impresa en la cara.

—¿Ves esto de aquí? —golpeó con la mano en el dorso áspero de un caldero de dieciséis toneladas.

No tenía ni dieciséis años, el chaval.

—¿Qué has dicho que hace mi hermana? —escupió un grumo de catarro—. La próxima vez que te atrevas... ¿Ves esto bien? —y señaló de nuevo el caldero—: Aquí dentro te meto y te ahogo.

Mil quinientos treinta y ocho grados, ésa es la temperatura a la que se funde la aleación. El acero no existe en la naturaleza. No es una sustancia elemental. La secreción de miles de brazos humanos, contadores eléctricos, brazos mecánicos y a veces el pelaje de un gato que acaba metido ahí dentro.

El chico bajó la mirada. Estaba recién contratado, le acababan de salir una decena de pelos en la barbilla. Todos lo miraban, los compañeros, contentos por la refriega.

—Te meto dentro y te ahogo —repitió Alessio rechinando los dientes. Después se encendió un cigarrillo.

Un hombre anciano, uno de mantenimiento, se encaramó a la grúa de puente para comprobar los cables e insultó a Alessio, que había dejado el caldero colgando sin ninguna precaución. Otro hombre dio la vuelta a la página del calendario Maxim, que se había quedado en mayo. Sustituyó una morena en tanga vuelta de espaldas por las tetas enormes de una rubia a horcajadas sobre una moto.

Alessio se quitó la camiseta empapada de sudor. Nadie, ni su mejor amigo siquiera, podía atreverse a hablar de su hermana... La palabra pronunciada por el chaval se le volvió a la cabeza. Tuvo que tragar un bolo enorme de saliva y limadura de hierro, para permanecer en calma.

Estaban en el centro de una explanada de hierba seca, una estepa encajada entre las verguetas y la torre negra del cuarto alto horno. Alessio tiró la colilla al suelo, la aplastó de inmediato con el pie: cualquier cosa prendería fuego a las dos de la tarde. Apagó el teclado que gobernaba el sistema de pesos y contrapesos en la grúa de

puede de doce metros de alto y veinticuatro de ancho. Un zoo entero: en el cielo descollaban torres almenadas, grúas de todo género y especie. Animales oxidados de cabezas cornudas.

—¡Cornudo! —le gritó el de mantenimiento.

Alessio había bloqueado los cables de repente y casi le secciona un pie.

El lógamo denso y negro del metal fundido bullía en los calderos, toneles panzudos transportados por trenes torpedo. Cisternas dotadas de ruedas que se parecían a criaturas primordiales. Alessio acababa su turno, se echaba encima una botella entera de agua.

El metal estaba por todas partes en su estado naciente. Ininterrumpidas cascadas de acero y arrabio reluciente y luz viscosa. Torrentes, rápidos, estuarios de metal fundido siguiendo los terraplenes de las coladas y en las cuencas de los barriles, trasvasado a los canales, vertido en los moldes de los hornos y de los trenes.

Si levantabas la mirada, veías vapores grasientos y sonidos robóticos amalgamarse. A cualquier hora del día y de la noche la materia era transformada. Llegaban minerales y carbones del mar, atracaban en el puerto industrial en gigantescos barcos mercantes: carburante transportado en cintas elevadoras, pasos elevados y autopistas aéreas que corrían y recorrían los kilómetros infinitos que separan el muelle de la coquería y los altos hornos. Sentías cómo la sangre te circulaba a un ritmo enloquecido, allá en medio, desde las arterias a los vasos capilares, y los músculos te aumentaban en pequeñas fracturas: retrocedías al estado animal.

Alessio, pequeño y vivo en aquel desmesurado organismo.

Echó un vistazo a la rubia del calendario Maxim. Perenne deseo de follar, allí dentro. La reacción del cuerpo humano en el cuerpo titánico de la industria: que no es una fábrica, sino la materia que cambia de forma.

Tiene un nombre y una fórmula: Fe₂₆ C₆. La fecundación asistida tenía lugar en una ampolla tan alta como un rascacielos, la urna herrumbrosa de Afo 4, que tiene centenares de brazos y tripas, y un tricornio en lugar de cabeza. Pero no es suficiente. Hacían falta otras tripas: los convertidores, las laminadoras, docenas de sacas calientes y vertiginosas, las tubas, los folículos gaseosos de rigor.

Se encaminó semidesnudo hacia la salida sur, el chico rubio que, después de ocho horas de grúa de puente, se inyectaba otras dos de pugilato, y el martes, el viernes y el sábado, a la discoteca. Pensaba en Anna, su hermana. En que ella y su amiga Francesca se estaban pasando: con el carmín, con el bikini transparente, las tardes escondidas con los chicos... No quedaba más remedio que estar detrás de ellas, o mejor, echarles el freno.

Cruzó a pie el parque de verguetas: murallas de barras de acero, y él, en comparación, era un enano. Nadie lo sabía fuera, pero dentro había casetas y áreas de

servicio, desvíos, plazas y cruces. Alessio cruzó un par de vías sin preocuparse por los trenes torpedo que aparecían cada cuarto de hora. Saludó a los camioneros en fila bajo la canícula, con las ventanillas bajadas y las piernas extendidas sobre el salpicadero. Estaban esperando para cargar las barras, los *blooms*, los tochos. Después se dirigirían a todas las ciudades de Europa, con remolques parecidos a elefantes y el Jesucristo luminoso, verde o fucsia, bien a la vista en la cabina.

Le dio una patada al cadáver putrefacto de un ratón. Llegó hasta el paseo secundario, donde a Cristiano le gustaba echar carreras con los buldóceres.

Sentía como una presión en la nuca, la de la torre negra de Afo 4, la gigantesca araña que digiere, mezcla, eructa. Sentía cómo se cernían sobre su cabeza las chimeneas semiderruidas y las que aún seguían vivas, resoplando fuego como dragones. Florescencias azuladas, nubes tóxicas en cantidad suficiente para apestar no sólo Val di Cornia sino la Toscana entera.

Se dejaba a sus espaldas el corazón: el gasómetro que, de explotar, haría saltar por los aires todo Piombino, los esqueletos póstumos de los tres altos hornos aún no desmantelados, y más abajo, al fondo, la coquería donde se trabajaba a base de brazos y palas, como en el siglo XIX.

No había cielo. Había una pajarera. Las llamas violetas de los hornos, los brazos de las grúas, las toneladas de los metales embragados en los ganchos de los polispastos. La serie interminable de las naves, de los talleres, de los búnkeres. Es una obsesión autosuficiente. Las chimeneas, las activas y las apagadas. Sobre su cabeza crepitaban constantes llamas violetas, rojas, negras. Giraban los brazos de las grúas, amarillas, verdes, toneladas de metal remolineaban como pájaros, nubes amarillas de carbono, negras por las bocas de las chimeneas. Se llama ciclo continuo integral.

Alessio pisoteaba ortigas y restos de ladrillos refractarios. El metal saturaba el terreno y su piel.

Llegaban más camioneros, más vehículos. Una lombriz enorme de cabinas y remolques a la espera y, como era habitual, algo que no funcionaba. El tiempo se alargaba, se licuaba. Apagaban los motores.

Si cuentas las grietas del sistema, no te bastan los dedos de las manos ni de los pies.

Alessio caminaba a buen paso, quemaba líquidos y kilómetros en la canícula de la ciudad paralela. Millones de émbolos en los motores de excitación en serie —sí, la excitación y la serie— se movían en sincronía a un ritmo vertiginoso, el movimiento elemental de la máquina que es igual a la vida. A veces, para resistir el hastío o el miedo, tenías que sentarte en un rincón y desabrocharte la bragueta.

Alessio estaba nervioso y pensaba en su hermana, en lo acojonante que era el Golf GT. Si había algo que realmente no podía soportar eran esos babosos pringados

de izquierdas. Los de todos los partidos no eran más que unos fantasmones comunistas: cuántos aires se daban, menudos rollos con esas grandes palabras que te soltaban. En las generales del 13 de mayo, él había votado a Forza Italia. Estaba convencido: las palabras no sirven de nada.

Había letreros torcidos en las desviaciones. Los obreros los desviaban a propósito para tomar el pelo a los camioneros y a los controladores. Lo hizo él también una vez, con Cristiano: habían mandado a los visitantes al parque de carriles en vez de al parque de tochos. Una de las muchas diversiones de ese parque de atracciones herrumbroso, medio desmantelado ahora, pero donde hacía treinta años trabajaban treinta mil personas, con el mercado en plena expansión, Occidente que reproduce el mundo y lo exporta.

Ahora sólo quedaban dos mil, incluida la gente de las subcontratas. Los dueños se la estaban llevando al Este. Algunas ramas de la fábrica morían, chimeneas y naves industriales que saltaban por los aires con TNT. Se estaba yendo todo a tomar por culo. Pero ellos, obreros de la séptima generación, se entretenían montando en las excavadoras como si fueran toros, con las radios portátiles a lo bestia y una anfetamina disuelta bajo la lengua.

Se adapta uno a todo. Y quienes mejor se adaptan son los gatos. Los había a centenares, en los sótanos de debajo del comedor, todos enfermos, todos blancos y negros a fuerza de cruzarse siempre entre ellos.

Alessio atravesaba las desoladas landas de las últimas naves industriales, hacia el final del ciclo productivo. Cuando llegabas a plasmar una rodada, el espacio se extendía: empezaban los cañizales, las marismas y tú podías soltar un suspiro de alivio.

Yo no voto a esos pringados, me niego. Por la bolera no quiero ni verlos. Los comunistas son una mierda de tíos.

Alessio fichaba, saludaba a la mujer que se marchitaba en la garita, se deslizaba fuera.

Allí fuera estaba el mar.

En el cambio de turno, un enjambre de obreros se desperdigaba por el aparcamiento. Antes de montar en el coche, un Peugeot con dos alerones laterales y uno posterior, Alessio se detuvo un instante a mirarlo. El alto horno. Llamadlo por su nombre: Afo 4. Deformadlo en UFO, como hace todo el mundo. El objeto no identificado. Aunque a su alrededor estalle una guerra mundial (ocurió de verdad en el 44, con la fábrica invadida por los nazis), él sigue allí, imperturbable y laborioso. Y una sonrisa te la arranca siempre, de miedo y de estupor. Como ahora sonreía Alessio, mientras lo miraba.

Su larga trompa aspiracarbón, los testículos donde se cuece el acero, su hocico de tricornio, su esqueleto poderoso de catedral brutal en sus albores. El comienzo. Igual

que estaba comenzando el cuerpo rosa y lanoso de su hermana a desarrollar los senos, las caderas, a atraer. La pelusa rubia de la ingle, bajo las axilas. Su olor animal, cuando volvía de la playa y se quitaba el bikini para darse una ducha.

No podía creer que Anna se metiera ya en las casetas con los chicos. Y quién sabe qué narices hacían.

3.

Era un juego, y no era un juego.

Sobre el lavabo, en el espejo manchado de pasta de dientes, la rubia y la morena se reflejan en su versión más descarada. Están inmóviles y ansiosas. El labio fingidamente ceñudo, el pelo suelto. Hay un pequeño lector portátil en equilibrio sobre la lavadora, con el volumen a tope. Vomita un viejo CD de Alessio de los años noventa.

Anna y Francesca, cuando no hay nadie en casa de Anna.

Los dos cuerpos vibran como el sonido, junto al sonido. Aguardan el arranque de la canción para lanzarse.

La ventana está abierta. Se han encerrado con llave en el baño. Lo hacen todos los lunes por la mañana, en verano, cuando ya no hay colegio y todo el mundo está trabajando. Levantan la persiana, apartan la cortina. Se quedan semidesnudas en el centro del cuarto. Y en el edificio de enfrente sólo quedan en casa los jubilados y los que se tocan el nabo.

Se han maquillado, exageradamente. El carmín corrido fuera de sus límites, el rímel goteando a causa del calor y formando grumos en las pestañas, pero a ellas no les importa. Éste es su pequeño carnaval privado, una provocación que lanzan fuera de la ventana. En el fondo, saben que puede haber alguien que las espíe y se desabroche los pantalones.

En cuanto la voz de la cantante arranca, Anna y Francesca, descalzas, se contonean ferozmente. Improvisan coreografías al estilo de Britney Spears. Y les sale de miedo, a juzgar por los ojos que se clavan en ellas desde las casas de enfrente.

The summer is magic, is magic. Oh, oh, oh... The summer is magic...

Anna, en el rectángulo de la ventana, es la que se deja ver la primera. Se ha puesto el sujetador de encaje de su madre. Un sujetador de mujer que no pega ni con cola con sus braguitas rosas de flores.

Francesca permanece en la sombra detrás de ella. Lleva una camiseta blanca que deja entrever sus senos pequeños sólo en transparencia. Se aventura pero está vestida. No sonrío. El borde del tanga asoma de sus pantalones vaqueros cortos, de cintura baja: que se vea que lleva tanga, precisamente lo que su padre no quiere.

Las ganas de hacer algo que no debe hacerse, que el mundo debe mirar.

The summer is magic. Oh, oh, oh... The summer is magic...

En realidad no cantan. Sólo mueven los labios. Y cuando el estribillo se repite por enésima vez, Anna se desabrocha el sujetador. Baila. O mejor dicho, mueve la pelvis furiosamente. Juega con el borde de las braguitas. Agita su pelo vaporoso, soplando sobre los rizos que le caen por la frente. El sujetador y la tripa se enmarcan en el espejo, desnudos dentro de la ventana, bajo el sol de la mañana que da a ese lado de

la casa. El aire bochornoso se cuece en el cemento.

Hacen como si no supieran que hay hombres con los que se cruzan por las escaleras que las están observando.

Francesca la sigue. Se quita la camiseta. Se queda con el torso desnudo, un desnudo casi masculino. Es una chica pálida y angulosa. Todo en ella es claro, incluso en verano. No se pone morena, ni siquiera parece italiana. Baila a su manera: lenta y dura. Francesca no se deja llevar. Su rostro está serio, quiere provocar, pero no se abre. Mira a su mejor amiga, sigue sus pasos. Busca sus manos, coge una, se la besa.

This is the rhythm of the night, the night... Oh, yes. The rhythm of the night...

La música retumba entre los azulejos, se suma al grumo de ruidos que provienen del patio, de los balcones. Los azulejos del baño son verdes, la superficie está desconchada en varios puntos. El tío de Lisa se enciende un cigarrillo apoyado en la barandilla. Y las mira.

Tienen una idea absurda del estriptis. Mezclan los vídeos que emite MTV con los bailecillos de las azafatas de los programas televisivos. Pero tienen trece años, no tienen la menor idea. Y en un conjunto de cuatro edificios que dan unos a otros, por lo menos desde cien ventanas pueden meter las narices en ese baño.

Eso es precisamente lo que quieren. El jueguito del lunes por la mañana a las diez y media. Y las voces sobre lo que hacen corren por los pasillos, las escaleras, los ascensores.

Hay gente que desayuna a esa hora. Hay gente que se despierta a propósito, a estas alturas.

Francesca le da la espalda al espejo, se recoge la llamarada de cabellos rubios en la nuca. El espejo sucio, oxidado en los bordes, refleja una espalda y un seno adolescentes, colocados uno al lado del otro, en perfecto equilibrio.

La columna vertebral se arquea levemente. Francesca se encorva para desabrocharse los pantalones cortos. Se los quita. Y Anna hace lo propio con las braguitas.

Si lo supiera mi padre.

Se mueven como dos tentáculos, han dejado de mirarse. Al otro lado hay mujeres casadas que sacuden las alfombras en los balcones. Las mismas pulsaciones de la pelvis, las mismas caricias desde el ombligo hasta el pecho, y por debajo meten un dedo, después otro. Se abrazan, se adhieren tan perfectamente como serpientes. Piel contra piel. Con los ojos cerrados.

Francesca apoya la cara sobre el hombro de Anna, entre sus brazos. Le pasa lentamente los labios por el cuello, detrás de la oreja. Y Anna echa la cabeza hacia atrás. Tiene una sonrisa que inquieta.

Lo primero que se te ocurría decir era: pero ¿quién coño se creen que son? Lo

segundo: menudas pervertidas.

Se abrazan delante del espejo. Ahora han dejado de bailar. Se abrazan y nada más, moviéndose despacio. Y no se distingue dónde acaba una y empieza la otra. Se acarician la cara, deslizan las manos por sus caderas, siguiendo la espina dorsal. Y tal vez tengan miedo. Se excavan con la nariz y los labios, se vuelven tiernas y ausentes.

This is the rhythm of the night, the night... Oh, yes. The rhythm of the night...

Hay alguien espiándolas detrás de una cortina del edificio de enfrente. Y a ellas no les importa absolutamente nada.

Indiferenciadas, están desnudas. Esa especie de furia que te sacude al principio el cuerpo, cuando tienes trece años y no sabes qué hacer con él. Tu amiga íntima está delante de ti, restregando su tripa contra la tuya.

Se enlazan y permanecen así, haciéndose mimos. Caen en un estado lento y animal, en un olvido.

Anna tiene los ojos cerrados, sonrío. Se frotan las narices, las mejillas, los hocicos. Anna roza a Francesca. Francesca abre los ojos. Anna la acaricia y Francesca la sujeta. El rostro le tiembla ligeramente. Hunde un poco las uñas en la piel de su mejor amiga. Anna posa los labios en sus labios.

Oh, yes. The rhythm of the night...

Pero el hechizo cesa de repente. En determinado momento, se separan. Apagan el lector y echan la cortina de la ventana.

Era siempre Anna la que se separaba. No podían, no sabían seguir adelante. Pero los hombres que las habían estado mirando no se detenían. El tío de Lisa se despertaba a propósito para masturbarse con las adolescentes del edificio de enfrente. Y también Lisa corría la cortina, con el pecho alborotado, cerraba las contraventanas y a veces le entraban ganas de llorar.

Anna se asomó, desnuda, al rectángulo de la ventana con los codos en el alféizar. Observó un cucharón de madera dar vueltas en la olla, en una cocina cualquiera del número ocho, y a una mujer robusta afanándose con largas ramas de apio.

En el edificio de enfrente, al otro lado del patio infestado de pequeños traviesos, muchas mujeres empezaban ya a preparar la comida: la salsa, en un sitio como ése, empieza a hervir a media mañana. Anna observaba a los chiquillos de abajo jugar a la pelota, a una joven pareja peleándose en el balcón, él emprendiéndola a patadas con un tiesto de albahaca.

Además, estaba el cielo límpido.

Le tenía cariño a ese lugar. Veía las colmenas, el follón, a Emma que volvía con las bolsas de la compra, embarazada a sus dieciséis años, y se sentía pertenecer a todo aquello.

—¡Desde luego, es de locos! ¿Te lo imaginas? ¡Iremos a clase en ciclomotor! Por la cuesta de Montemazzano... ¿Te imaginas cómo le pisaremos? Mi hermano me ha

dicho que me deja el escúter, total, él ya no lo usa.

Francesca estaba acurrucada en la sombra, sentada en el bidé.

—¡Ya no nos tocarán más las pelotas, no podrán decirnos que no salimos!

Francesca estaba despatarrada y tenía la mirada caída.

—Me gustaría ver si te atrapan con el ciclomotor. El babuino te dirá: esta noche no sales. ¡Y tú pillas el ciclomotor, te marchas de Piombino y no vuelves nunca! — Anna estaba radiante.

Francesca, en cambio, no. Tenía miedo.

—A ti te importa un bledo que nos separemos —soltó. Se levantó de golpe y miró a Anna con gesto hosco—: Te importa un bledo.

El bochorno se estancaba en el interior de las colmenas, se asentaba en cada piso y lo transformaba en una ciénaga.

—¿Qué coño dices?

Francesca se volvió hacia el espejo.

Le daba rabia que Anna se exaltara tanto ante la idea del futuro; es más, le jorobaba que saltara de alegría pensando en ir a un colegio que no era su mismo colegio, a una clase que no era su misma clase. Y que no pudieran verse en el recreo, compartir la merienda.

Lo que ocurría era que Anna iba a cursar el liceo clásico, que había terminado la escuela media con sobresaliente y le gustaba estudiar. Anna no tenía problema en dejar que los chicos la besaran, no tenía hematomas en la espalda y en la tripa. A Francesca estudiar no le gustaba nada.

—Deja que te recuerde que el IPS^[2] está delante del clásico —le dijo Anna—, que por la mañana iremos juntas al colegio y que también volveremos juntas.

—¡Estupendo! —rió Francesca, pasándose el desmaquillador por los ojos.

—¡Cómo te odio cuando te pones así!... Haciéndote la cabrona. En vez de pensar en todos los cambios, no piensas más que en gilipollices.

—Apártate, déjame mear.

Ya habían pasado las doce. Las madres empezaban a llamar a sus hijos por las ventanas.

—¿No te sale? —rió Anna.

—No, si no dejas de mirarme.

¿Qué significa crecer en un conjunto de cuatro colmenas, desde las que llueven trozos de balcón y de amianto, en un patio donde los niños juegan junto a chicos que trafican y viejas que apestan? ¿Qué clase de visión del mundo te formas, en un lugar donde lo normal es no marcharse nunca de vacaciones, no ir al cine, no saber nada del mundo, no hojear los periódicos, no leer libros, y que no pase nada?

Ellas dos, en ese lugar, se habían encontrado y escogido.

Ahora Francesca bajaba los ojos, oía chorrear el agua en la taza del váter, y le

entraba la risa. Anna había vuelto a mirarla. Francesca arrancaba una hoja de papel higiénico, la arrebujaba y se la tiraba. Y la otra se la devolvía riendo.

—¿Una ducha? —preguntó Anna, abriendo el grifo.

Ya habían hecho las paces.

Francesca sonrió y entró en la ducha con la mampara atascada. La vista, el oído se ofuscaban debajo del chorro. Sólo quedaba el tacto, el trasero de una contra el de la otra.

Ahora ya no hablaban. Las palabras no sirven para nada, las más de las veces provocan peleas. Se pasaban la esponja con cuidado y se sorprendían de las diferencias: un lunar, la forma redondeada u oblonga de las uñas. Se sorprendían como si fuera algo sin sentido.

¿Por qué tenía Anna las caderas más anchas y el pecho más grande? ¿Y por qué tenía Francesca el trasero más redondo y más respingón? ¿Y el ombligo más profundo?

—¿Por qué no somos iguales? —preguntó Francesca mientras masajeaba los rizos de Anna.

—Porque somos distintas, aunque somos iguales.

—¿Y por qué?

—Porque nacimos juntas, vivimos juntas, moriremos juntas y lo haremos todo juntas.

—¿Y cómo hacemos eso de morir juntas?

—No lo sé.

Se secaron a toda prisa. No querían que las sorprendiera Sandra, que podía llegar de un momento a otro.

Cuando salieron al rellano, con el pelo húmedo todavía, Francesca se detuvo al borde de las escaleras. Se le había cambiado la cara. Miró a su amiga con dos ojos que ahora se le habían agrandado.

—No tengo ganas de irme a casa. Hoy viene a comer el babuino...

Francesca, en la semioscuridad de las escaleras polvorientas y malolientes, estaba en equilibrio sobre el borde del primer escalón y no lloraba porque nunca le había gustado llorar.

Anna se acercó e intentó darle ánimos con una caricia.

—Si total, nos veremos después, a las dos en punto...

Su voz se había vuelto más suave.

—Vale —dijo Francesca. Pero no se movía. Seguía allí y parecía ir reduciéndose.

Por las escaleras, desde la oscuridad de los largos pasillos, cada cinco minutos subían golpes y gritos. Un niño estallaba en sollozos. Una madre perseguía a su hijo por el rellano y le arrancaba de las manos la pistola de agua con la que acababa de empaparla. Le daba un azote y después cerraba la puerta. Y no se entendía por qué

esos padres se cabreaban tanto: en el fondo, esos chicos sólo estaban jugando a policías y ladrones por las escaleras.

—Paso a buscarte en cuanto acabe de comer, así nos vamos enseguida a la playa.

—Sí, pero entra. No te quedes en la puerta.

—¿No puedes quedarte a comer aquí?

—¡Ni pensarlo! —intentó sonreír Francesca, sin conseguirlo—. Se enfadaría a lo bestia...

Los chillidos de los niños, las balas de las pistolas de aire comprimido que desportillaban las paredes. Y los porrazos sordos de las cosas, los porrazos de las manos. Había un hombre que le estaba vociferando a su mujer: «¡Hija de la gran puta!».

4.

Volvió a entrar en casa.

Anna lo sabía todo.

Pasó la fregona en el baño, secó el suelo inundado y quitó el pelo del desagüe de la ducha. No tenía ganas de oír los gritos de su madre.

Anna lo sabía, y era la única.

Pero no sabía qué hacer.

Empezó a poner la mesa, puso a hervir el agua de la pasta. Quería que su madre se alegrara al encontrárselo todo preparado. Colocó las servilletas como es debido, a la derecha de los platos. Pero sus pensamientos seguían fijos en Francesca.

Cogió el mando a distancia y apretó el uno. Puntual, había arrancado la sintonía del telediario.

Un estruendo de sintonías de telediarios desde todos los televisores, desde todas las ventanas abiertas de los miles de pisos de Via Stalingrado. Le gustaba un montón esa sintonía, hacía que se sintiera adulta, parte de algo más grande. Roma, Milán: esa Italia que ella, aunque viviera allí, nunca había visto.

—Eres un cielo —dijo Sandra cuando abrió la puerta y vio a su hija removiendo la pasta—. Si no fuera por ti... ¡Con ese estúpido de padre que tienes y ese desgraciado de tu hermano!

Estaba cansada. Dejó las bolsas, estiró un momento la espalda, que le dolía.

Después corrió a la lavadora que había puesto en marcha por la mañana, antes de irse a trabajar.

Anna quería mucho a su madre: era una mujer que, a pesar de trabajar tanto, sabía ahorrar energías también para distribuir octavillas y organizar las fiestas del partido. Y además, leía periódicos, *La Repubblica* y *Liberazione*, y le decía siempre que estudiara, que un día sería diputada, su señoría, una parlamentaria. Anna, en cierto modo, la creía.

—Escurre la pasta, si quieres —le gritó su madre—. Total, esos dos no vienen a comer.

Sandra se echó sobre un hombro el cesto de sábanas, calcetines y bragas, y salió al rellano para llamar el ascensor.

Mientras esperaba, miró a su alrededor. Por el hueco de las escaleras subían y bajaban continuamente los chancleteos y las imprecaciones. No eran fáciles las relaciones con el vecindario. Podían declararte la guerra incluso por un calcetín que caía en su balcón. Pero Sandra tenía estudios y no cejaba: se obstinaba en distribuir, en cada campaña electoral, octavillas que bien pocos leían.

Cuando llegó a la azotea, en el piso once, el cielo era tan potente que causaba daño. Por unos instantes, cerró los ojos. El verano zumbaba en millones de insectos

escondidos.

Volvió a abrirlos lentamente: una inmensidad de azul, del cielo y del mar a la vez. La intensidad del color hacía que una se tambalease. El silencio límpido del sol, las siluetas azules de las islas lejanas, lo cierto es que conseguían arrancarte una sonrisa de extravío, de liberación. Aunque no tuvieras ganas de sonreír, aunque nunca fueras a ir a la isla de Elba, ni a la de Capraia, ni a la del Giglio.

Allí, a través de las cuerdas colgadas y la colada tendida, Sandra reconoció a la madre de Francesca. La vio atareada en tender entre la blancura de una sábana y otra, con el viento que le alborotaba el pelo y hacía que se le volaran los pañuelos.

—Rosa —la llamó.

Ésta se volvió despacio, con temor.

Llevaba unas zapatillas invernales, con los tacones deshechos y una bata manchada encima de un camisón negro. Se viste como mi abuela, pensó Sandra, aunque sea joven. En efecto, tenía diez años menos que ella y unos pendientes vistosos.

—¿Tú también tiendes a estas horas? —le preguntó para entablar conversación.

Los ojos de Rosa, más negros que su pelo, cobraron vida. No se le acercó, se quedó donde estaba. Pero se veía que tenía ganas de ponerse a charlar.

—Qué lástima que no nos veamos nunca... —dijo Sandra—: ¿Por qué no te vienes un sábado de éstos a tomar un café a casa? Los sábados no trabajo.

Rosa se puso ligeramente rígida.

—Sí que me gustaría...

La mujer del partido y el ama de casa se estaban estudiando, ensayando un acercamiento como dos animales de especies distintas. Y una tiraba y la otra retrocedía, mientras un olor a col hervida subía hasta allí arriba.

—¡Pues entonces te espero! —la incitó Sandra.

Sabía cómo dirigirse a las personas: era una mujer que soñaba con hablar en los mítines, por más que se hubiera limitado sólo a repartir octavillas.

—Es una verdadera pena, somos vecinas, y con lo amigas que son nuestras hijas, apenas nos conocemos.

—Tienes razón —sonrió Rosa—, pues quedamos. Paso a verte uno de estos días...

Después empezó a doblar las sábanas, evitando cruzar su mirada. Sandra examinaba la pequeña figura de aquella mujer. No sabía casi nada de ella y, sin embargo, sin saberlo, algo sabía.

—Si quieres, llevo una tarta —propuso la madre de Francesca, iluminándose un poco. Era muy distinta a su hija, no se le parecía en nada.

—Estupendo, tráete una tarta, que yo no las sé hacer. Anna siempre está reprochándomelo. Dice que una madre que no sabe hacer tartas no es una madre

como es debido —rió.

Rosa sentía una mezcla de atracción y temor ante aquella mujer tan enérgica, que se maquillaba todos los días y se ponía sandalias con tacón incluso para ir a trabajar. Una simpatía instintiva, como en la época del colegio. No tenía amigas desde que se había trasladado desde Calabria a la Toscana, a los dieciocho años. Y después se había casado.

Venció su timidez:

—Qué guapa se está poniendo Anna.

—Esperemos que no se dé cuenta, porque si no, me empezará a caer antipática... —resopló la otra—. También Francesca se ha puesto muy guapa. La vi el otro día, cuando volvía de la playa en bañador, y pensé justamente: ¡hay que ver cómo ha crecido!

A Rosa le brillaron los ojos.

También la isla de Elba brillaba, y Córcega y Capraia a lo lejos.

Las dos mujeres tendían las sábanas en las pocas cuerdas libres de la azotea.

—¿Y tu marido? ¿Qué tal?

A Rosa se le cayó la cesta con las pinzas de las manos. Se esparcieron por el suelo.

—Bien —dijo. Se le había cambiado la cara.

Sandra se dio cuenta, entrevió una marca en el cuello de la mujer.

Silencio. Del mar se levantó el viento. Y revolvió la colada.

Rosa estaba agachada recogiendo las pinzas. Tenía prisa por marcharse, ahora.

—Pues entonces te espero, no se te olvide —repitió Sandra.

Rosa asintió mientras se levantaba, pero se encaminó de inmediato hacia las escaleras y casi evitó despedirse.

Su figura frágil se movía vacilante. Parecía temer ser agredida a cada paso. Con la mirada en el suelo, apretaba los puños. Estaba pálida. Pero en aquella azotea, con el verano en la plenitud de su potencia, aquella mujer se dio cuenta por un instante de que seguía siendo joven y, tal vez, hermosa incluso.

Entonces se detuvo, permaneció un instante como suspendida en la puerta. Después se volvió con decisión hacia Sandra.

—¡Adiós! —le gritó—. ¡Así que quedamos en que un día voy a verte!

La otra sonrió mientras acababa de tender los últimos calcetines.

—¡Cuento con ello! —le contestó a pleno pulmón.

Rosa se sentía feliz. Al fin y al cabo, ¿qué había de malo en desear una amiga?

5.

A las dos en punto, Anna llamó al timbre de casa de los Morganti.

Vino la madre a abrir. Entreabrió la puerta lo suficiente para poder ver quién estaba al otro lado, y permaneció en el umbral.

—¿Qué tal? ¿Está lista Francesca o no ha acabado de comer?

Rosa se quedó un momento sin saber qué decir.

Jugeteaba con la cadenilla de la puerta y no se decidía a quitarla. Dedos finos e inquietos. Evitaba cruzar la mirada con los ojos de la chica impaciente que tenía delante.

—Puedo pasarme un poco más tarde...

Anna hundió la mirada en la oscuridad para ver mejor la porción de mujer, rígida como un centinela, entre el canto de la puerta y la arista de la pared. Tuvo la impresión de que Rosa quería impedirle el paso y la vista.

Jamás había entrado en aquella casa. Eran amigas desde que nacieron, y nunca la habían dejado entrar.

Notó que la mujer tenía algo extraño en la cara. Una sombra violácea en una mejilla, debajo del ojo que ahora la miraba fijamente. Un ojo líquido, de petróleo.

—Hoy Francesca no va a bajar a la playa.

—¿Y eso?

Rosa se estremeció ante el sonido de aquella pregunta dicha así: con la cara y la boca atónitas, propia de una muchacha en bañador, con zuecos en los pies, horquillas en la cabeza y el olor a carmín de fresa que notaba desde allí. Vio encarnado en el cuerpo de Anna, con la mochila al hombro llena de cremas, toallas y la red para capturar babosas, el mundo que su hija debería tener derecho a habitar. Entonces sonrió, un instante apenas, desarmada.

—No se siente muy bien, es mejor que se quede en casa.

—¡Pero si estamos en junio! ¿Qué es lo que le pasa?

A Anna no se la podía engatusar.

—Mañana... Estoy segura de que mañana Francesca estará mejor.

En el interior de la casa, mientras tanto, no se oía ni siquiera el zumbido del televisor.

Por cómo apretó los labios y contrajo las pupilas, Rosa intuyó que Anna había entendido.

Puso fin a la conversación:

—Te prometo que mañana iré.

Después cerró la puerta y pensó que la suya no era una promesa sino una exigencia de justicia.

Se dijo que, en cuanto el monstruo se hubiera marchado, ella y su hija hablarían.

Le diría que se merecía salir como todas las chicas de su edad. Que ya estaba bien, que habían soportado demasiado. A ella no le faltaban las fuerzas: encontraría un trabajo y denunciaría al monstruo. Sin duda alguna. Y pediría el divorcio.

El problema era el trabajo, Francesca tenía que entenderlo. El problema era el dinero y nada más. Que ella odiaba a su marido, y no volvería a permitir que le hiciera daño.

Anna se quedó esperando algunos instantes, boquiabierta delante de la puerta cerrada como un gato petrificado ante los faros de un coche.

¿Y ahora qué hago? Se me han quitado las ganas de irme a la playa. Ese babuino de mierda... Le hubiera gustado atizarle un puñetazo. Pero ¿para qué tienen que existir los padres?

Desde detrás de la puerta, mientras tanto, ni el menor sonido, al contrario: un silencio sepulcral. De modo que bajó al patio, la emprendió a patadas con una piedrecilla. Después arrojó la mochila al suelo y se sentó sobre el esqueleto de un banco.

Hasta que France no salga, yo no me muevo.

Un poco más allá, algunas viejas jugaban al siete y media con entusiasmo, agitando rápidamente sus abanicos. Estaban hablando del último episodio del Inspector Derrick. Anna les echó una mirada aviesa.

No podía volver a llamar. Había mirado la cara de aquella mujer y lo había entendido todo: los golpes y todo lo demás. Apretó con fuerza los puños. Estaba sola dentro del bochorno, justo en medio de un patio de cemento. Habría preferido no sentirse tan impotente. Actuar de un modo u otro, escalar por el canalón hasta la ventana de Francesca.

Pero ese hombre le daba miedo.

Se puso a observar los muros: paredes de diez pisos de altura que aprisionaban su mirada por todos lados. A ella le gustaba mirar las cosas. Le gustaba demorarse en los detalles. Los alféizares estaban repletos de cosas: plantas secas, zapatos, ollas recién lavadas y puestas a secar. No se veía el mar, desde allí. Se distinguían trozos de revoque sueltos, las puntas de hierro oxidado que asomaban como uñas de los pilares de cemento armado.

Mamá se lo había explicado: existen dos clases sociales. Y las clases sociales están en guerra entre sí porque hay una clase bastarda y zángana que oprime a la clase buena que se mata a trabajar. Así funciona el mundo. Mamá era de Rifondazione Comunista, pertenecía al cinco por ciento de la población italiana. Y Alessio, por ello, la consideraba una pringada. Su padre tenía como mitos a Al Capone y al Padrino, el de Francis Ford Coppola. Su hermano pertenecía al sindicato metalúrgico de izquierdas pero votaba por Berlusconi. Porque Berlusconi *desde luego no es un pringado*.

Anna examinaba el patio con atención. Era su mundo. Vio pasar a Emma con su tripón: se había casado a toda prisa a los dieciséis años con Mario, que tenía dieciocho. Aquel día la gente de los portales, todos juntos, celebraron una gran fiesta con patatas fritas, Coca-Cola y confeti, algo parecido a cuando había un cumpleaños en el colegio.

Pensó que no le convencían ni lo que decía su madre ni lo que se desgañitaba contando su hermano, menos aún las gilipolleces del babuino. Le convencía su patio, y nada más. Le convencían las vigas, los pilares, el cemento armado. Le gustaba la arquitectura de esos arcones en forma de nicho. Y no envidiaba a los que vivían en el centro ni en los chalés adosados: los ignoraba por completo.

¿Por qué no bajas, France?

No era la primera vez: «No se encuentra bien»...

Una explanada sin una brizna de verde. Allí se jugaba al fútbol, allí se traficaba, allí se tomaba el fresco. Siempre era un follón, a cualquier hora, excepto en las tardes de verano. Ahora se parecía al desierto, al más árido que pueda uno imaginarse.

Anna había nacido allí, pero se daba cuenta de que los papelotes, las colillas y a veces las jeringuillas en el suelo eran una mala señal. Que junto a los pilares orinaban todos: perros, niños y drogas. Había un hedor que obligaba a taparse la nariz. Que un hombre que se inyecta una dosis de heroína en el brazo o en el cuello delante de los niños no era un bonito espectáculo. Pero escupir contra esas cosas era como escupir contra sí misma. Y ella con ciertos drogas del edificio a veces se entretenía en hablar.

Anna sabía que ningún hombre era un monstruo. Excepto el padre de Francesca.

¿Por qué no sale? ¿Qué le han hecho?

Se puso a leer las pintadas de los bancos. Una estratificación geológica de amores y peleas entre los que se contaban también los suyos. «Francesca estás requetebuena by Nino» fue la primera incisión con el cortaplumas que descifró. Después reconoció su escritura con rotulador: «Anna y France forever together».

El runrún de las abuelas en zapatillas corroía en sus bordes el silencio asfixiante del cubo. Anna estaba ahora completamente absorta en la lectura del banco.

«Marta + Aldo = amor», «Sonia qué puta eres» (puta borrado), «Jennifer y Cristiano a tres metros sobre el cielo». Sonrió orgullosa al constatar una nueva inscripción: «Anna estás de muerte, qué pena que seas mi mejor amiga... By Massi 84». Estalló en carcajadas cuando vio: «Alessio = 24 cm», y después, inmediatamente debajo, «Te quiero, tu Sonia».

Mi hermano es un campeón, pensó.

Lo cierto era que Sonia, que veía películas porno con Alessio en su habitación, no es que le cayera muy bien. Si por lo menos pusieran música de fondo... pero nada, así que se oía todo. Y ella tenía que irse a la cocina y esperar a que terminaran. Pero

ése era el precio que había que pagar por tener un hermano buenorro. Imagínate que fuera un pringado: ¡no, por Dios! Ella estaba orgullosa de Alessio. Podía ir con la cabeza bien alta con un hermano rubio y musculoso como ése.

Sonia, Jessica y todas las demás chicas mayores la saludaban siempre, la invitaban a dar una vuelta en ciclomotor con ellas, le daban esmalte en las uñas y le enseñaban incluso a pasarse la sombra de ojos por los párpados. Todo ello, obviamente, para sonsacarle información sobre Alessio.

—Ho-la An-na.

Anna se volvió de golpe hacia el lugar de donde venía la voz.

Donata, intentando con esfuerzo titánico levantar una mano para saludarla, se acercaba en su silla de ruedas, empujada por Lisa. La mano, que no respondía a las órdenes, se balanceó en el aire como un artilugio incongruente.

—Hola, Donata —contestó Anna sin naturalidad alguna—. ¿Qué estás haciendo? —no engañaba a nadie: su sonrisa estaba llena de incomodidad.

A Lisa ni siquiera la saludó.

—To-o-mo el fr-fres-co-o.

Para decir una palabra, una sola palabra, de dos sílabas, concentraba toda su energía como si se dispusiera a lanzar una jabalina. La parte izquierda de la boca y de la mandíbula la tenía definitivamente entumecida, y no le consentía sonreír. Las piernas ya no podía moverlas. Y desde hacía un año, tampoco el brazo izquierdo. Aquel brazo estaba retraído sobre sí mismo. La mano contraída no aferraba los objetos, no saludaba, no acariciaba ni los gatos ni a las personas. Temblaba, únicamente, con espasmos duros, como el resto del cuerpo.

Anna procuraba no mirar aquel cuerpo de quince años que no era un cuerpo de quince años.

—¿Y tú-u qué ha-a-ces? ¿Por qué no-o es-tás en la-a pla-ya?

Y sin embargo, a pesar de ese cuerpo ofendido, se veía a simple vista: Donata tenía ganas de vivir. De salir por ahí, de hablar con los demás, de entender algo del mundo en los años que aún le quedaban, antes de que todos los músculos se le entumecieran por completo. Todos: desde los de los dedos a los de las cejas, hasta los del abdomen, gradualmente, hasta el corazón.

Anna estaba segura: de haber estado en su lugar, nunca saldría de casa. En cuanto le resultara posible, se tiraría por las escaleras con la silla de ruedas.

—No tengo muchas ganas de ir hoy a la playa... —lanzó una mirada hacia la ventana de Francesca, y después añadió, sombría—: Necesito pensar un rato.

—¡A-sí-i que e-res u-una filó-sofa!

Donata bromeaba, hasta había intentado reírse. Y la hermosa Anna, cuyo nombre había sido grabado por Massi en el pilar de cemento, sentía como si le estuvieran dando unos azotes.

—No exageremos... Aunque voy a estudiar Filosofía yo también, a partir de septiembre iré a tu colegio.

Si uno miraba atentamente los ojos de Donata, no podía decir que no veía en ellos el morbo.

—¡En-ton-ces esta-a-rás en cla-a-se con Li-sa!

Anna hizo una mueca:

—¿De verdad?

Apenas se dignaba a mirar a aquella pringada de Lisa. Pensó que, en su clase, a gente como ésa no la quería.

El sol pegaba fuerte. La gente empezaba a salir de las casas, sacando sillas y mesitas al patio. Era una hora hostil. La gente se refugiaba en la sombra y entablaba conversación. Decenas de radios portátiles de fondo. No era fácil instalarse en el cemento ardiente, pero siempre era mejor que quedarse encerrados en aquellos pisos que en verano se convertían en auténticos hornos.

Donata forzaba los labios, la lengua, la garganta para conseguir sacar las palabras que llevaba dentro. En su interior, las palabras eran infinitas: completas, sonoras, dirigidas a todas esas personas sanas como Anna. Sólo que los músculos de la boca las deformaban, las volvían feas y dolorosas. Donata se daba cuenta: la suya era una guerra.

Ahora le estaba explicando a grandes rasgos qué eran la Filosofía, el Griego y el Latín, las asignaturas que Anna no tardaría en estudiar. El mito de la caverna de Platón, con los esclavos encadenados. Y además la *Ilíada* y la *Odisea*, las cosas grandiosas del hombre: todo eso en medio del jaleo de Via Stalingrado.

Pero Anna en parte la entendía y en parte no. Y ver cómo le caía el sudor por las mejillas a causa del mero esfuerzo de hablar era como un puñetazo en el estómago. Le interesaba lo que Donata le estaba contando, le gustaba Donata, y sin embargo... Una como ella no puede estar en el mundo.

Era ya difícil para ella, con sus tetas y esa falta de pudor con la que contaba. Era difícil para ella, que tenía a todos los de su edad a sus pies y una amiga fantástica como Francesca. Tenía que hacerle daño a alguien siempre para que el daño no recayera en ella. Donata no debería existir.

Fue así como, en cuanto vio a Nino arrastrar su flamante escúter a la sombra de los pilares y detenerse, abrir la caja de herramientas, sacar una llave inglesa, Anna no tardó ni medio segundo en despedirse de Donata para, sin despedirse de Lisa, huir hacia aquel chico de dieciséis años, tan rubio que daba miedo.

Si te hubiera tocado una hermana como Donata, ya se te bajarían los humos, vaya que sí, pensó Lisa mirándola echarse encima de Nino con el rabillo del ojo. Entretanto, no dejaba de empujar la silla de ruedas.

También Lisa se miraba al espejo, largo rato, encerrada en el baño. Si descubría

un grano en la frente, sentía una punzada en el pecho. Si constataba que la tripa y las caderas y los muslos regordetes no se reducirían fácilmente, le entraba una rabia... Se sentía fea. Lo era, era fea. Con ese rostro puntiagudo, de ratón, la nariz demasiado grande, ganchuda, y el pelo fino, descolorido y ralo.

Después pensaba en su hermana. Apartaba los ojos del espejo y sentía remordimientos.

Ahora estaba paseando a Donata por el patio y en cierto modo la odiaba. No, a ella no; a la enfermedad. Y si pensaba que moriría al cabo de unos cuantos años, sentía que la injusticia le abrasaba por dentro. ¿Qué sabía Anna de todo eso? Ésa no tenía ni idea de lo que era el dolor, el de verdad.

Le habría gustado emprenderla a puñetazos con todos, con el mundo entero. Era difícil empujar esa silla de ruedas, formar parte de la enfermedad, delante de todos: delante de dos cabronas como Anna y Francesca, que se divertían con los chicos, que se restregaban contra los chicos, y que hasta dejaban que los chicos las besaran.

Menudo pedazo de cabronas. Lisa se mordía los labios, se aguantaba la rabia. Esas dos cabronas de mierda, que cuando les venía la regla parecía como si sólo les pasara a ellas. Y Maria, y Jessica, y esa otra idiota de Sonia: pollas por aquí y por allá, mamadas por aquí y por allá. ¿Mamadas? Ni siquiera sabía qué eran exactamente esas dichosas mamadas.

Lo único que sabía es que no había derecho. Que en el mundo hay quien tiene de todo y quien no tiene nada. Nada de nada.

Vio de lejos a Nino y a Anna: tumbados en el suelo debajo del ciclomotor, absortos en desmontar el tubo de escape. Les oyó reírse como ella nunca lo había hecho. Y se alejó a toda velocidad hacia el portal de su edificio, el número ocho: enfrente de las ventanas del baño de Anna, por las que se veía todo.

En la sala de espera del ambulatorio, padre e hija estaban sentados en silencio sin mirarse. Sus cuerpos estaban rígidos y gélidos bajo la luz inmóvil de los neones.

Enrico había insistido con Rosa para ser él quien acompañara a Francesca al médico. No se había avenido a razones. Sabía que si iba Rosa, se le escaparía alguna palabra de más. Estallaría en lágrimas, quién sabe lo que llegaría a inventarse. Y en cambio, cuantas menos palabras se dijeran, mejor. Que fueran pocas, y sobre todo convincentes.

Los ojos de Francesca estaban vacíos. Tenía la mirada fija en un punto abstracto del espacio y no se movía de allí. Apretaba con fuerza la mano derecha sobre el vendaje que se había puesto de cualquier manera en la muñeca izquierda. Y el algodón, lentamente, iba saturándose de sangre.

Al médico, no a urgencias. En el hospital habrían hecho demasiadas preguntas.

Llevaban una hora esperando, delante de ellos aún había siete u ocho personas. Ni Enrico ni Francesca tenían prisa. Más bien parecían estar completamente ausentes.

Al doctor Satta lo conozco. No se meterá en nada, va a lo suyo. Hará lo que tenga que hacer y nada más. Eso era, más o menos, lo que se le pasaba por la cabeza a Enrico. Sus pensamientos se concentraban en las cuestiones prácticas, rigurosamente prácticas, de base: los puntos, el desinfectante, las gasas, y que Francesca no tuviera que quitarse la camiseta. No debía explorarla.

La puerta de la consulta se abrió de repente, y salió un viejecillo con gafas de sol, abrazado a una mujer rubia, diáfana, con un marcado acento del este. El viejo sonreía y la exhibía ante los demás viejos sentados en semicírculo en la sala.

—Caramba —dijo uno—, pero ése ¿no estaba casado?

Casi no le había dado tiempo de marcharse al viejo cuando los demás empezaron.

—Se le murió la mujer hará un par de años...

—¡Ah, ya entiendo!

Algunos hasta se pusieron de pie. Otro cerró el periódico y lo dejó en un asiento.

—Estas rubias, joder, no son para nada como las nuestras de Piombino...

—Si llegara a faltarme mi mujer, toquemos madera —se palpó los cojones—, ¡anda que no me metía yo en casa a una rubia!

Padre e hija, inmóviles, seguían mirándose las puntas de los pies.

—No te joroba. Las italianas quieren que las saques a cenar, al cine, pero luego por tu casa ni aparecen, y no te lavan los calcetines.

—Hay que decir que las rusas beben, anda que no beben...

—¡Pero tienen los culos prietos!

—¡Y no te tocan las pelotas!

—Y te hacen un bis y un tris... Las ucranianas.

Enrico no les escuchaba. Estaba repasando obsesivamente las tres frases que iba a decirle al doctor, las estaba proyectando, limando, probándolas una y otra vez de forma monomaniática. Francesca, en cambio, escuchaba. Tenía la mirada fija en un punto en medio de la nada con los ojos muy abiertos, pero oía perfectamente. Y experimentaba una sensación de vómito, físico, desgarrador, ante la idea de que uno de aquellos viejos, con sus camisas sucias y los cercos de sudor bajo las axilas, pudiera tirarse a una muchacha emigrada de quién sabe qué miseria.

—Esas rusas no están pero que nada mal. En Piombino las hay pa' aburrir.

Cuando había entrado, todos se la habían quedado mirando de arriba abajo. Después había entrado su padre y todos habían apartado la mirada.

—¡Chicos, pa' eso hay que gastarse los cuartos! Que con la pensión no nos vale. Y hay que pagarle, darle joyas, ropa, zapatos...

—Por ahora espero que mi mujer vaya tirando.

Francesca no estaba ni allí ni en ninguna parte. Hojeaba distraídamente antiguos números de revistas del corazón. Se entretenía con las fotos, las que retrataban a personajes televisivos en Formentera, chicas semidesnudas recién salidas de la

peluquería, posando en los locales chic de Milán, delante de escaparates rutilantes de Nueva York...

Ella, en cambio, nunca conseguiría huir. Se lo impediría él, la buscaría por todas partes. A los dieciocho, tal vez. Sí, a los dieciocho años podría participar en el concurso de Miss Italia, conseguir que alguien se fijara en ella y marcharse. Con Anna. Pero ¿ahora? No era capaz de soñar, no le quedaban fuerzas. Al contrario, sólo tenía un deseo: la muerte de su padre. La muerte de esos viejos asquerosos que tenía delante, que apestaban y pretendían una mujer que les limpiara el bidé, una chica ucraniana arrancada de su casa.

Estaba segura: no se casaría nunca. Los hombres le daban asco. Eso sí que era capaz de pensarlo con claridad: que los hombres le daban asco, que no dejaría que ninguno le pusiera la mano encima, en toda su vida. Se marcharía, algún día, con Anna. Ellas dos y basta, para siempre.

Enrico ya había dejado de pensar. Se había aprendido las tres frases de memoria, y se sentía tranquilo. La mirada bovina. Se encajaba las cosas en el cerebro como se van encajando las fases del ciclo de producción, la temperatura del acero, los ritmos del enfriamiento, el cilindro que cepilla, el riel que sale. Como las fases de la pesca: montar la caña, enrollar el carrete, atar el anzuelo, enganchar los gusanos.

Los prismáticos.

Su hija.

Que nunca se convertirá en una puta. Que hoy por la tarde había cogido un cuchillo de cocina, de esos grandes para la carne, y se había cortado una muñeca delante de sus ojos.

Habrà que decir que se ha caído sobre un alambre.

El metal estaba limpio: no puede haberle causado infección alguna. El corte es profundo, ha perdido mucha sangre, pero las venas están ilesas. Eso es lo importante.

Los viejecillos se habían callado. Uno tras otro fueron entrando para que les recetaran las medicinas que tenían que tomarse cada día. La pastilla del corazón, la de la tensión, la que mantenía bajo control la glucemia. Al salir, se despedían en voz baja, con un hilillo de voz, apretando en la mano vacilante la receta. Aquel cuerpo, lo sabían perfectamente ellos también, ya no funcionaba, hacía agua por todas partes. Y de nada servía la ilusión de una mujer ucraniana que todo lo arreglara: era ya mucho poder llegar hasta la farmacia sin que les doliera nada.

Francesca: la única cosa bonita que había hecho en su vida. Recordaba cada minuto, desde que nació. La primera vez que balbuceó «papá». Cuando ganó la carrera de natación en el colegio. Esa carita imposible de describir, del tamaño de un grano de arroz, que se asomaba por la incubadora. Pero tenía las manos demasiado grandes, demasiado duras, y era incapaz de manejarla con cuidado.

Cuando llegó su turno, se levantaron con perfecta sincronía y entraron juntos, sin

titubear. El médico les sonrió. Enrico sonrió a su vez. Francesca no movió los labios. Clavó en el hombre una mirada que se limitaba a decir: cóseme. Después empezó Enrico con las explicaciones, a su manera, lo mejor que podía. Era un hombre rudo y se sentía cohibido ante los doctores. Pero sabía cómo convencer, llegado el caso, con los gestos de las manos.

El médico entendió, y no hizo preguntas. Cogió la muñeca de Francesca, despegó el algodón empapado de sangre, le restregó el alcohol. Empezó a suturar un trozo de piel con una gruesa aguja de metal.

Francesca lo observaba, sin expresión alguna, mientras unía la piel con la piel. Sin interés, su carne abierta, la sangre que había que taponar continuamente. Inmóvil en el silencio irreal, dejaba que la cosieran, dócilmente, en el ambulatorio del doctor Satta.

—No hace falta que la explore, doctor. No es necesario.

El médico entendió, y no hizo preguntas. No era la primera muchacha con moratones con la que se topaba. No le gustaba sacar a la luz esos hematomas. No quería confundirse con esa gente. Ya se sabe, son animales. Y él no era más que un médico de cabecera, ni un asistente social ni un policía. Total, nada iba a cambiar de todas formas.

—Dentro de una semana te quitamos los puntos, ¿de acuerdo, señorita?

Francesca asintió, impasible.

Cuando salieron, una nube de monóxido de carbono fue despedida de la chimenea más alta de la fábrica. Allí se quedó, quieta en el cielo límpido. Después, el viento del otro lado del promontorio sopló con fuerza y limpió el cielo.

No había ocurrido nada.

Por la ventanilla del coche, bajando por la carretera costera y más tarde por el paseo marítimo Marconi, Francesca veía brillar la isla. Tan cerca y, sin embargo, inalcanzable. Basta un trasbordador, y sin embargo nunca he ido, nunca la he visto. Sólo cuatro kilómetros. Con Anna podríamos recorrerlos a nado.

Enrico conducía sereno, respetando los límites de velocidad y el código de circulación. Si la señal decía cincuenta, él iba a cincuenta, si decía treinta, él iba a treinta. Y además tenía este don: olvidar de lo que eran capaces sus manos. No pensaba nunca en las cosas complejas, pensaba en una única cosa, separadamente, sin unirla en el tiempo ni en el espacio a las demás.

La luz empezaba a declinar. Y los pueblecitos de la isla de Elba se convertían en otros tantos pequeños pesebres que, vistos desde lejos, no parecían de este mundo.

Hoy me he rebelado. Hoy, por vez primera. Como dice Anna: tienes que rebelarte, que comprenda de una vez que no eres un objeto de su propiedad, que eres una persona. Anna sabía usar las palabras. Rebelión. Objeto de su propiedad. Persona. Pero yo no sé usar las palabras. Yo quería matarme. Y una mierda: quería matarle a

él. ¿Y qué ha ocurrido? Nada. Los dos estamos vivos. Ahora entramos en el garaje, él aparca el coche, salimos y cerramos dando un portazo. Anna, ¿por qué no estás aquí conmigo? ¿Por qué no nos marchamos juntas? Ahora él cierra con llave el portón, no nos miramos, subimos las escaleras en silencio, saludamos a mamá y nos sentamos a la mesa para cenar.

6.

Arturo estaba allí, asomado, a las seis de la mañana. Estaba solo. Apoyado en el murete del pequeño puerto. Se tocaba la muñeca, buscando el Rolex que ya no estaba allí. Con los ojos hinchados y la boca apelmazada de nicotina.

Se asombró de su cartera: ayer había dos millones, ahora quedan diez mil quinientas liras en monedas y billetes de mil. ¿Cómo es posible? En una noche. Me lo he quemado todo en una noche. Cojones, era el último sueldo.

Las farolas de la isla vibraron una vez más, después se apagaron a las seis y media.

Arturo no podía creer a sus propios ojos. Contaba una y otra vez el dinero, lo colocaba ordenadamente sobre el murete, volcaba su cartera vacía. Se quitó el impermeable veraniego, hacía ya un calor de muerte. Se desabrochó la camisa y se quedó con el torso desnudo, la cadenilla de oro y el crucifijo reluciendo entre el vello.

De repente, oyó silbar a alguien. Se volvió como un animal aguijoneado.

—Pero ¿qué cojones silbas a estas horas? ¡La gente duerme, so cretino!

El jubilado que acababa de salir de casa se detuvo de golpe, observó la extraña jeta que debía de haber pasado una noche brava y ahora le estaba vociferando.

El viejo abrió los brazos:

—¡So borracho! ¡Si luce un sol enorme!

Arturo miró el cielo. ¡Coño, si era de día! ¿Qué día sería? ¿Tengo que ir a trabajar? No, es verdad: ya no tengo que ir a trabajar. Tengo que llamar a Pasquale, eso es lo que tengo que hacer. Los falsos tienen que llegar hoy, ¿verdad? Hoy, sí: es sábado.

Sacó de los pantalones arrugados sus dos móviles y se percató de que ambos estaban apagados.

—Disculpe, ¿podría decirme la hora?

Éste está loco, pensó el anciano. Había salido de casa para ir a comprar el periódico y el pan, y se había topado con aquel individuo que primero le grita, después se vuelve de lo más amable, y tiene ojos de drogadicto.

—Las siete menos cuarto.

Arturo tragó saliva: ahora Sandra abre los ojos, se vuelve hacia mi almohada y ve que no hay nadie.

Durante unos minutos permaneció así, mudo y renqueante. Su cara expresaba perfectamente la idea: mi mujer me va a estrangular.

—Disculpe, oiga, me parece usted un pelín alelado —rió el viejo de la camiseta.

Arturo estaba de pie con la cartera abierta en una mano, los dos móviles sin batería en otra, y diez mil quinientas liras ordenadamente colocadas sobre el murete. Era incapaz de mover un solo músculo, no podía. Porque estaba pensando en su

mujer. Y en el lavavajillas, en la radio del coche de su hijo, en la deuda con el bastardo del banco.

—¿Has estado de parranda?

—Qué va. Estoy hundido en la mierda...

—¿Te ha pillado tu mujer con otra tía? ¿O es que has perdido al póquer?

Arturo se maravilló: era perspicaz el abuelete.

—Lo segundo... Pero al menos —sus mejillas iban recobrando su color—, me ha quedado dinero para desayunar.

Entretanto, en los muelles del pequeño puerto se iban acumulando las cajas de sepias, lubinas y doradas. Los pescadores hacían el recuento en voz alta y los peces medio vivos se convertían en mercancía. Los mayoristas se encaramaban en los muelles, los comerciantes se gritaban en tropel los unos a los otros, y los de los restaurantes verificaban con cuidado las branquias de los atunes.

En menos de un cuarto de hora, aquello fue un guirigay. Las furgonetas frigoríficas aparcadas por todas partes de través. Las motocicletas de los barrenderos por las calles del centro, y magrebíes con la mirada perdida y escobas en la mano. A lo largo de determinados muros, por los callejones de la ciudad vieja, y de ciertos ventanucos abiertos con geranios en los alféizares, se oían las cafeteras bufar en los hornillos y cucharillas tintineando en las tacitas.

Ahora que Sandra estaría deambulando como una loca por la casa, dando patadas a las puertas, a las paredes con el papel pintado suelto y deshilachado desde hacía años, a ella se dirigían los pensamientos cargados de ternura de Arturo. «¿Dónde coño estará ese bastardo?», le estaría gritando como una obsesa a su hijo, que acabaría de llegar de la discoteca. «Esta noche no ha vuelto, ¿sabes? ¿Sabes que no ha vuelto? ¿Dónde está? ¿Dónde coño está?»

Arturo sabía que estaba mandando a tomar por culo a la compañía telefónica porque le decía que los móviles de su marido estaban apagados, que estaba blasfemando porque su marido se había quemado al póquer el enésimo montón de dinero.

Entró en el Bar Nazionale con su nuevo amigo octogenario.

—Dos cafés y dos cruasanes. Ah, los cafés que sean carajillos, por favor.

—¿Lo de siempre? —le preguntó el camarero a su viejo conocido.

—Sí, sambuca —se volvió hacia el jubilado—. Te gusta la sambuca, ¿verdad?

Para Arturo, hacer amistades era un arte. Era capaz de recoger por la calle a cualquiera. Con la raya de los pantalones torcida, la brillantina incrustada en el pelo, despertaba inmediatamente simpatías.

—Me gusta todo —contestó el viejo—, cuando me invitan.

Arturo estaba convencido de ser el más listo. Le bastaba con exhibir sus Ray-Ban, desgranar un par de chistes, apoyar el codo en la barra: se sentía el rey de Piombino.

Sandra, en efecto, estaba blasfemando. Y Alessio, que acababa de llegar a casa, en la fase declinante de los estupefacientes, no tenía ni idea de dónde estaba su padre ni mucho menos ganas de escuchar a su madre.

—¡Cállate ya, por Dios! ¡Vete a trabajar y estate calladita de una vez!

—Lo mato. ¡Juro que lo matooo!

Vagaba por la casa, furibunda. Por un lado preparaba las cosas que le hacían falta para ir a trabajar: el delantal, la cofia del pelo... ¿Dónde habrá ido a parar el rímel? Por otro, las lanzaba al aire: calcetines, pintalabios, todo lo que encontraba, derecho contra la pared.

Una figura semidesnuda apareció en el pasillo, en el umbral de la puerta. Se restregaba los ojos adormecidos.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —maulló.

—Sigue durmiendo.

—Mamá... —masculló Anna con la cara hinchada, los pies descalzos sobre las baldosas frías. Sus rizos caían desordenados sobre sus hombros desnudos, sus ojazos brillantes y ajenos a cualquier acusación. Se había despertado sobresaltada, pero estaba tranquila, en bragas, lista para echar una mano.

—Tu padre es un subnormal —soltó Sandra a la cara de su hija—. Y ahora que ya lo sabes, puedes volverte a la cama.

Anna regresó a su habitación sin decir una sola palabra. Miró a su hermano mientras se quitaba la camiseta y las cadenas que llevaba en el cuello. Se veía a un kilómetro de distancia que estaba hecho polvo, así que mucho más aún tan de cerca. Se había destrozado, como era habitual, el viernes por la noche. Los cabellos embadurnados de brillantina ya no se sostenían: caían en parte erguidos, en parte sueltos, cada uno por un lado.

Anna lo miraba como se mira a un mono en el zoo detrás de los barrotes, entre curiosa y pensativa. ¿Qué habrá estado haciendo toda la noche por ahí? Había nacido, como quien dice, antes de ayer, de acuerdo, pero tonta no era. Al vivir en sitios como ése, donde rige la ley del más fuerte, sin excepciones, y con el padre que tenía además, ya sabía de qué iba el mundo, y con todo detalle.

Se acercó, le dio un beso en la mejilla poniéndose de puntillas. Alessio le correspondió con una sonrisa afligida. Estaba muerto de cansancio.

A las dos empezaba su turno, y ante la mera idea le entraban ganas de llorar. No tenía ni fuerzas para blasfemar como tenía por costumbre, después de diez horas de música ensordecedora, pastillas y golpes. Se desabrochó los vaqueros, miró a Anna que seguía delante de él, medio desnuda.

No se había percatado aún de que su hermana había crecido, ya no era una niña, se había convertido además en una buenorra. Sólo ahora caía en la cuenta, en medio de las arcadas de las anfetaminas. Y en ese follón que era su familia, con ese padre de

mierda, de ahora en adelante, de su hermana le tocaba encargarse a él.

Fue una idea que le duró un minuto. Justo el tiempo de quitarse las sandalias de los pies y lanzarlas al otro lado de la habitación. Se derrumbó sobre la cama en calzoncillos. Tienes cinco horas para dormir, afeitarte, hacerte un porro, y después: ¡la juerga de la grúa de puente! Se dejó caer boca abajo, con su enorme cuerpo moreno, templado por el acero, con un ruido de cuerpo muerto.

Anna bajó la persiana, encendió el ventilador porque hacía ya un calor de muerte. Ella también se quedó con el torso desnudo, perpleja, mirando su camita rosa y la enorme espalda de su hermano en la otra cama.

Su madre seguía gritando, fuera, y dando portazos en todas las habitaciones.

Tal vez no sea lo más adecuado, se dijo, ya no. Pero después espantó con una mano aquella idea-mosquito. Sí, rió. Y se lanzó sobre la cama de Alessio. Se hizo un hueco a su lado con la cabeza encajada bajo la axila, la nariz pegada a su piel. Aquél era el cuerpo de su hermano: su arrecife. Y a veces arraigaba encima de él, igual que una telina.

Y así se quedaron los dos, encajados uno contra el otro, en la cama sin hacer de siempre, el colchón hundido de una plaza. Se abrazaron a pesar del calor y de la luz que se filtraba por las persianas, y se hundieron en el sueño. Sandra dio un violento portazo al marcharse a trabajar. Los cristales de las ventanas temblaron, pero ellos ni se dieron cuenta. Al fin y al cabo, ya tenían el callo hecho. Y también por eso, a su edad, seguían durmiendo juntos.

—¿Y a qué dices que te dedicas en la vida, Arturo?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo... Bueno... —Arturo neutralizó en medio segundo la confusión que sentía en la cabeza, se aclaró la voz antes de decir—: Soy un hombre de negocios... Marchante de arte.

Por delante del Nazionale pasaban hombres de blanco que llevaban las cestas del pan.

Si tú eres marchante de arte, pensó el viejecillo, yo soy Rockefeller.

Los cierres metálicos se iban levantando en el Corso Italia, primero uno y después otro, con un gran rechinar de hierro. El quiosquero, el mecánico de la esquina, el que arregla bicicletas, el napolitano que ocupa toda la acera con sus carritos de baratijas. Hablaría con todos, el hombre de negocios, el marchante de arte. Se entretendría hablando de esto y de aquello, gorronearía la comida de una forma u otra, y se mantendría alejado del banco y de su mujer.

Vagaría por aquí y por allá, sin dinero, sin reloj. Se encerraría en la vieja cabina de la Piazza Bovio, donde todavía estaba el nombre antiguo de la compañía telefónica. Y con las últimas mil liras que le quedaban desafiaría a la suerte en la

primitiva.

7.

A la mañana siguiente, muy temprano, mientras Sandra estaba en el trabajo y los chicos seguro que dormían, Arturo cruzó el patio con la mayor circunspección. Se escabulló furtivamente en el interior del portal número siete.

Era su casa, desde luego, pero él no podía entrar allí como Dios manda.

Y, sobre todo, nadie debía descubrirlo, mientras se colaba en su piso para sustraer algunas cosas indispensables como el cargador de los móviles y acaso, si conseguía encontrarlas, cien mil liras.

Subió las escaleras vigilando a sus espaldas en cada peldaño. No le gustaba hacer aquello, quede claro, pero no tenía más remedio. Con el corazón en un puño, y grandes remordimientos. Unos días más apenas, el tiempo de arreglar ciertos asuntos, y volvería a su casa con la cabeza bien alta, hablaría con su mujer, volvería a abrazar a sus hijos. Ahora, sin embargo, le tocaba pegarse a las paredes, confundirse con la oscuridad de las escaleras y contener la respiración.

Absorto en sus pensamientos, con todos los músculos en tensión, llegó hasta el rellano del tercer piso.

Cuando Enrico se le plantó delante, a Arturo casi se le escapa un grito.

Chocaron. No se lo esperaban, en el desierto sepulcral del edificio a aquellas horas. Permanecieron un momento atónitos en la oscuridad, con los ojos muy abiertos.

A Enrico nunca le había caído bien. Sabía quién era por lo que se decía de él, y sabía que era el padre de Anna. Alguien poco recomendable. Alguien que se dedica a oscuros trapicheos. Y tampoco su hija era de fiar, una putilla que intentaba descarriar a su Francesca.

Se percató de que Arturo estaba nervioso, de que miraba a su alrededor como un ladrón y le lanzaba una sonrisa ridícula como diciendo: soy inocente, te lo juro. Pero no quiso saber nada. Estaba yéndose a trabajar, como todos los días, y sólo quería llegar a tiempo y fabricar acero como es debido.

Dijo: «Buenos días». Y se alejó.

También Arturo dijo: «Buenos días». Y nada más.

Siguió subiendo las escaleras, el mal padre de familia, y al llegar al cuarto piso, a pocos metros de la puerta, se detuvo para buscar las llaves en la riñonera. En realidad, estaba ganando tiempo y reuniendo valor, porque lo que se disponía a hacer no le entusiasmaba en absoluto. Antes de meter la llave en la cerradura, pensó que ese Enrico nunca le había caído bien. Era un hombre estúpido, se veía por sus ojos: redondos y planos como los de una gallina. No tenía un gramo de cerebro, aunque fuera un gigante.

Se acordó de aquella vez en que le oyó hablando con el fontanero: repetía cien

veces lo mismo para explicar que el contador no funcionaba bien. El fontanero asentía desganado, sorprendido de que una persona pudiera ser tan tonta. Era una cuestión elemental, un minúsculo retraso en el contador. Y, sin embargo, él seguía repitiendo esa misma frase, que no conseguía enlazar con el objeto, el objeto estropeado que se le escapaba y la palabra que no se sostenía.

Enrico, en cambio, que estaba poniendo en marcha el motor de su Fiat Uno blanco, no pensaba en nada. Únicamente en el trayecto que debía recorrer, pasando por tres semáforos y dos rotondas. Dejar el coche en el aparcamiento grande, delante de la entrada de Via della Resistenza, fichar, cambiarse en los vestuarios, llegar a su destino: la coquería.

Tenía algo inmóvil en su mirada, como el animal cuando clava sus ojos en la garganta de su presa. La naturaleza que realiza sus deberes cotidianos: el cansancio del acero, las manos quietas en el volante. Si había que darle a la pala, él lo hacía. Si lo ponían en el control, él controlaba. Anotar las temperaturas en el cuaderno, meter la pala en el carbón y levantarla: para él no había diferencia.

Se creían muy listos. Ese Arturo que no se sabe cómo había llegado a jefe de sección, y no movía un dedo si no era para robar gasóleo. Los otros subnormales, los jóvenes, los de veinte años, que se colgaban de los cables como si fueran lianas. En vez de preocuparse por la producción, jugaban a Tarzán. Eso no estaba bien.

Enrico sabía perfectamente cómo se hacían las cosas. Y, en efecto, estaba siempre muy atento a la temperatura del acero. Vigilaba el termómetro hasta tres o cuatro veces. Para estar seguro. Para hacer bien su trabajo. Respiraba el coque a pleno pulmón, muy atento, sin distraerse, repetía el mismo gesto durante ocho horas.

Mientras conducía, la única imagen que tenía en la cabeza era la de Francesca. No el rostro congestionado de cuando se clavó el cuchillo en la muñeca, sino su cuerpo semidesnudo en la playa, el que escapaba a su control, el que debía ser disciplinado.

Tenía que lograr que su niña volviera a sus justos límites. Así no podía seguir. La dejarían preñada, si continuaba así. Uno de esos bastardos. Preñada. Su niña. Eso no debía suceder nunca.

8.

Francesca se dio la vuelta, le gritó a Anna algo que quedó engullido por el estruendo de los tubos de escape. Algo así como qué feliz soy. Sin casco, el pelo se le metía en la boca. Reía porque notaba el cosquilleo del viento debajo de la camiseta, entre las piernas a horcajadas del ciclomotor. Se volvió de nuevo, abrazada al cuerpo de Nino, y apoyó la cara sobre su hombro, restregándole la mejilla.

Massi aceleraba como un desesperado para intentar alcanzarlos, pero el escúter de Nino volaba a noventa por hora y su Typhoon no llegaba a tanto. Anna, poco acostumbrada a llegar la segunda, lo incitaba con cachetitos en la nuca, puñetazos en la espalda. En vez de abrazarlo, le pegaba.

Los cuatro chicos corrían como flechas por la carretera costera. Dirección: fuera de Piombino. A la hora en la que las madres están en casa, los padres en el trabajo y los de su edad en la playa. Anna y Francesca miraban cómo la carretera se perdía entre las colinas duras de encinas y las chimeneas de la planta siderúrgica Lucchini. La fábrica asediaba el cielo. Pero ellas sonreían en silencio. Se sentían poderosas, abrazadas a esos dos hombres tan guapos.

Cuando llegaron al cruce con la nacional, el mar ya había desaparecido, al igual que las casas, las playas, las tiendas cerradas. Ahora la fábrica se erigía inmensa ante sus ojos, exhalaba una vibración remota en los conductos y en los gasoductos, tendía sus brazos, sus hornos cubiertos de hollín. Nino giró a la izquierda, Massi lo siguió de cerca. La meta no quedaba lejos.

Sin casco, llaves, dinero, cartera. Si te quedabas en casa, eras un pringado. Si salías, lo máximo era correr en un ciclomotor trucado hacia un lugar secreto.

Nino volvió a girar a la izquierda, Massi seguía detrás de él.

Y ahora estaban dentro.

El Cotone, el barrio del acero. Desnudo como una tumba. Ni una panadería, ni un supermercado, ni un quiosco. Si acaso, el cierre metálico echado de un taller.

El polvillo producido por el carbón lo sentías penetrar en los pulmones, pegársete encima, ennegrecerte la piel. Los dos ciclomotores corrían raudos sin freno entre las casas devastadas por el tiempo. Eran de principios del siglo XX aquellas maltrechas ruinas y ya sólo vivían allí inmigrantes.

A un metro, la frontera.

Dos niños de piel oscura, asomados a un balcón con una pelota en la mano, eran las únicas presencias humanas. En cambio, había gatos vagabundos por doquier, salían de las paredes podridas y de los prados desclasados a vertederos, y había que estar atento para esquivarlos. En otros tiempos, aquel lugar pudo haber estado lleno de vida, pero ahora había quedado reducido a una escombrera. La escasa ropa tendida en las ventanas estaba gris. Se cernía, por las calles, en los patios, un silencio

fantasmal. Una memoria muda. Y ratas y zarzas por todas partes, una prehistoria.

Nino y Massi prosiguieron a ras de la verja de la fábrica durante cuatro kilómetros. Ya no era el monstruo que había sido treinta años atrás: veinte mil dependientes, una ciudad. Habían reducido el personal, habían desmantelado algunas chimeneas, y el monstruo había adelgazado un poco. Via della Resistenza, número dos, la entrada principal. Algo así como diez millones de metros cuadrados. En letras de imprenta: LUCCHINI S. A.

Francesca y Anna ensancharon los ojos, porque dos no les bastaban para abarcar el mar de búnkeres, excavadoras, chimeneas, gargantas, raíles ciegos, cilindros autotransportadores. El cuerpo latía con fuerza junto a los metales en los hornos. Las barras, los *blooms*, los tochos: junto al corazón, las arterias, la aorta. Era imposible encontrar un orden, un sentido. Y ellas sólo tenían trece años.

Nino frenó cerca de un desgarrón en la verja.

Apagaron los motores. Bajaron de las motos y permanecieron los cuatro en silencio. Sentías cómo el lamento ronco, perenne, de la acerería te vibraba en los huesos. Experimentaban una sensación a medias entre el temor y el asombro ante aquel lugar a los márgenes de todo.

Un lugar de tierra árida y roja, transformado, a las dos de la tarde, en un horno. Donde ni una brizna de hierba podía brotar. Ni un ratón siquiera ahí, sólo reptiles. Aquel suelo desecado por el tiempo se parecía a un firme de asfalto. El plomo, el olor pesado del hierro quemaban los pulmones y las fosas nasales.

No volaba ni una mosca.

Nino se introdujo el primero. Los demás lo siguieron por el hueco de la verja oxidada. Sería la centésima vez. Iban allí cuando querían estar solos, o cuando hacían novillos en el colegio. Eran los únicos, en toda Piombino, que se atrevían a cruzar aquel umbral. Los únicos que tenían las pelotas para hacerlo.

Ahora, una vez cruzada la frontera, estaban en serio allí dentro.

Aquel ramal muerto de la fábrica se había reducido a meros despojos herrumbrosos. Permanecieron allí, los cuatro, clavados al suelo durante unos instantes. Deslumbrados por la luz que reflejaban los metales. Con la garganta seca. El cuerpo empapado en sudor, el cuerpo pequeño y vivo. Jadeando contra los gigantes de cemento.

Era, en cierto modo, como hallarse dentro de un acuario. La fundición del alto horno del fondo inflamaba el cielo, lo infectaba de nieblas y de venenos, y te sentías derretir. Sudabas, el corazón te latía enloquecido.

Enfrente, los restos de una chimenea. Un poco más allá, una nave abandonada. Y en el centro, una excavadora con el brazo retorcido y la pala al revés. Muertos y ardientes.

Nino soltó un grito, porque sí, por el mero gusto de hacerlo. Y los cuatro se

lanzaron hacia el cementerio industrial, echaron a correr hasta perder el aliento en todas direcciones, como animales recién liberados.

Todo estaba permitido allí.

Iban de una parte a otra a toda velocidad, se subieron al cucharón de la excavadora, a los bloques derrumbados de la chimenea y saltaron desde allí. Sin temor a hacerse daño con las piezas oxidadas o a tropezar con los restos de raíles o de neumáticos. Gritaban sobrepasando el zumbido colosal de la fábrica y por unos instantes ellos fueron los más fuertes.

Nino agarró a Francesca de un brazo y la arrastró hacia la oscuridad, dentro de la nave abandonada.

—Ahora vas a contarme qué te ha pasado en la muñeca.

—Ya te he dicho que nada.

En aquel vientre, las respiraciones y las siluetas apenas se distinguían. No podías ver dónde metías los pies, ni casi lo que pisabas.

—Eres una estúpida —dijo Nino.

Acercó su cuerpo al cuerpo que respiraba a su lado.

—Es posible —susurró ella, retrocediendo un paso.

Nino se imaginó el gesto de antipatía de su cara, la mueca de hastío que doblaba los labios de Francesca tan a menudo, y sintió que se inflamaba.

—Eres una estúpida... Pero tengo que darte un beso.

Le cogió la mano. Ante ese contacto advirtió un incendio, lento, que le subía por las arterias junto a la sangre. La atrajo con la dulzura de quien ya no puede esperar.

No había luz, ni siquiera un filamento lunar.

Francesca se apartó. Soltándose de aquel cuerpo masculino, demasiado grande y prepotente, permaneció rígida y cerrada, como un huevo. En silencio.

—¿Por qué haces eso?

—Porque sí.

—¿Y para qué has venido, si no te apetece?

No se la oía casi respirar. El latido imperceptible en el fondo del pecho, como si estuviera aletargada. Nino le cogió otra vez la muñeca, la que estaba envuelta en una venda. Jadeaba y su cuerpo era un puro desasosiego. Le hizo daño, apretándosela. Lo hizo aposta. Y ella esta vez emitió un breve sonido como debajo del agua, sin oponer resistencia.

Desapareció entre los grandes brazos de Nino.

Temblaban ambos, pero por temores diversos.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Deja de decir siempre nada, me cabreas. Quiero saber qué te ha pasado en la muñeca.

Era más fuerte que ella. Aquel abrazo, las manos, el cuerpo del chico más guapo que había visto nunca, que había crecido con ella y había jugado y nadado con ella, le daban miedo. Le molestaba tocarlo. Le daba asco el contacto. Notaba cómo el corazón de Nino latía con fuerza, con tanta fuerza como para penetrar, desgarrándolo, en su pecho vacío, y no se sentía a la altura. Su belleza era inútil, no podía conmoverla.

Ahora él posaba sus labios húmedos en sus labios. Y ella no podía impedir sentir repugnancia. Nino le gustaba: cuando volvía del taller con el mono azul y las manos manchadas de grasa, cuando hacía el caballito con el ciclomotor para llamar su atención. Pero cuando la besaba, como ahora dentro de la nave, sentía que sus órganos se helaban, que sus músculos se inmovilizaban. Se desencadenaba una guerra, en su interior, en sus tripas. Y debía resistir, hacer un esfuerzo: abrir los labios y dejarle entrar, un poco por lo menos.

Porque eso era lo que había que hacer.

Anna lo hacía con Massi: se besaban en la boca.

Pero Nino esta vez no intentó forzar sus labios. Se detuvo al borde. Le cogió la cara entre las manos y la levantó apenas.

Él estaba completamente enamorado. Como no volvería a estarlo nunca más en toda su vida. Antes de convertirse en el cabrón que todos conocían, en la nave del complejo Lucchini, al tomar el rostro de Francesca entre sus manos, estuvo a punto de echarse a llorar.

No veía casi nada de aquel rostro. Impenetrable, pálido rostro, que habría querido comerse, consumir. Veía sólo las dos cuchillas ardientes de los ojos.

—France...

Ella, con los brazos muertos en sus costados.

Nino hubiera querido no decir nada, pero estaba enloqueciendo. Se sentía rechazado y no podía aceptarlo. Estaba perdido por ella. Debía hacer algo, algo grande. Estaba nervioso, tenía que explotar. No aguantaba. Eso era, ahora. No, no puedo. Sí que puedo. Eso es, ahora se lo digo, se lo estoy diciendo...

—Te amo.

Francesca se sobresaltó.

No se lo esperaba, nadie le había dicho nunca algo así. Por unos instantes, volvió a la vida: vida llena de sangre y de carne. Volvió el calor a su rostro. Pero no podía contestar nada a aquellas palabras.

Nino ya las había dicho. Le había costado un esfuerzo sobrehumano y ahora no admitía fugas, reticencias, barricadas. Apretó con fuerza su cuerpo cálido contra el cuerpo cerrado de ella. Dejó que sus manos se deslizaran desde el rostro a los hombros, y de los hombros al pecho, el algodón de la ropa, ese olor que tanto daño le hacía. ¿A qué olía? A piel, a la suya.

Se le iba la cabeza.

—Te esperaré siempre... Estoy dispuesto a esperar —rió—, ¡hasta que nos casemos!

Rió Francesca también. Tenía ganas de reír, de sentirse una persona normal.

Se dejó abrazar por aquel chico bueno que la había visto crecer desde la ventana de enfrente, a través de los pilares de cemento del patio y de las rejas de la verja del colegio. Le había dicho: «Te amo». Él, que hubiera querido traspasar ese cuerpo.

Nino podía hacer mil cosas en ese momento, y en cambio la besó en la frente.

Francesca hundió la cara en su pecho y fue capaz por fin de dejar de fingir. Permitted que se le escapara el llanto, casi mudo. Él no buscó explicaciones. Únicamente, al abrazarla, tuvo una erección.

No podía saber. No debía ver: las marcas bajo la ropa, las sombras violáceas de los hematomas, de los golpes. Francesca lo sabía perfectamente, no podría enamorarse nunca de un hombre.

Entretanto, fuera, a pleno sol, Anna y Massi habían estado jugando a perseguirse y a esconderse, entre las dunas de arrabio y carbón. Drogados de luz, con los cuerpos sudados, se habían exhibido en saltos desde la chimenea derruida.

Ahora, de repente, se habían parado.

Anna se dejó caer sobre el cucharón invertido de la excavadora. Estaba sucia de tierra y respiraba con fuerza. Massi se quitó la camiseta, la tiró sobre el brazo de la carretilla hecha un esqueleto y se dobló sobre sus rodillas. Le hubiera gustado tirarse al suelo, embadurnarse de polvo y morir casi, que los pulmones le explotaran en el pecho.

Se quedaron así un rato, recobrando el aliento y mirándose.

Massi era muy guapo. Moreno, parecía un talibán. Con las rodillas levemente torcidas y los músculos de las piernas marcados como los jugadores profesionales. Diecisiete años, casi dieciocho. Una mirada cortante, negra, de quien sueña con la Primera División. Y un rostro duro, del sur.

La luz blanca convertía la tierra, y el hierro, y el aire irrespirable, en placenta. Había que cerrar los ojos hasta dejar una rendija apenas, para que no te dolieran.

Anna levantó la cabeza, le clavó los iris en sus iris y estalló en carcajadas de buenas a primeras. Era su forma de provocar.

También Massi se rió. Intuyó lo que estaba a punto de ocurrir y se puso de pie, sin apartar los ojos de ella. Él, en la vida, hacía como que estudiaba. Asistía ocasionalmente a las clases del ITIS.^[3] Y aquel año le habían suspendido. Las pecas, ese detalle de Anna, le volvían loco. Esa masa de rizos pardos, siempre despeinados. Se había maquillado un poco, hoy. Se había pasado el lápiz por el contorno de los ojos. Pero seguía siendo una niña, y eso también le gustaba.

La luz los aturdía. Y estaba el ruido grave y constante de la fábrica que se

irradiaba desde el subsuelo. Y el olor seco, orgánico, del carbón. El olor a óxido, a hierro, a humedad, como cuando empieza a llover. Anna se reclinó en el dorso del cucharón y se sintió al borde de algo que no tenía nombre.

Massi no era su novio, era como una especie de hermano mayor. Ella lo provocaba y él le seguía el juego. No era algo que hiciera a propósito lo de provocarlo, le salía. Sólo que los pensamientos, ahora, se confundían y ya no los controlaba. Sentía que sus músculos se relajaban y que todo su cuerpo se aceleraba. Se quitó la camiseta, se soltó el sujetador. Siempre había sido así, desde que eran niños y jugaban en el sótano a desvestirse. Se quedaban desnudos en la oscuridad. Con la puerta del trastero cerrada con llave, el olor intenso del polvo, del abandono de las cosas. Se miraban, se señalaban las partes del cuerpo, las nombraban en voz alta. Y con cada una de las partes les entraba la risa: el chichi, la colita, las tetas. Después volvían a vestirse y salían a jugar con los demás.

Massi estaba allí. Anna lo sentía acercarse, respirar. Y un terror tranquilo se irradiaba a través de las arterias, penetraba en cada capilar, le enturbiaba los ojos. La luz diluía los montones de neumáticos, las montañas de limadura de hierro y a ella. Le gustaba estar así con el torso desnudo, a la espera, con los brazos cruzados detrás de la cabeza y los ojos cerrados. Sabía que ahora él estaba mirándola.

Habían cambiado muchas cosas con los años, y sobre todo en las dos últimas semanas, sin que ellos pudieran comprender o reaccionar. Ya no les entraba la risa si se desnudaban. Habían empezado a sentirse incómodos mientras se ponían el bañador en las casetas de la playa. Había ocurrido algo nuevo, que era más fuerte que ellos.

Massi no podía soportar los pechos desnudos de Anna. Los miraba quietos bajo la luz, y no había nada más tiránico. Tenía que apretarlos a la fuerza, hundir en ellos su rostro. El sudor le corría por detrás de la nuca, le empapaba el pelo y bajaba como un arroyuelo por la columna vertebral. No podía hacer nada. Le ocurría y no podía ocultarlo. Se quitó el cinturón, que le molestaba. Se acercó hasta darle sombra. Ojalá supiera si Anna sentía lo mismo...

No se movía. Reclinada, con las piernas de cualquier manera y la falda ligeramente levantada. Se limitó a sonreírle, como diciendo: puedes.

Se le echó encima lentamente con todo su cuerpo. Y cerró los ojos. Ahora la oscuridad reinaba para ambos. Todo caía en lo indistinto, en un sabor acre, a nido. Se dejó llevar hasta las rodillas de Anna, sobre su pecho cálido. Y ella se enredó con brazos y piernas a su alrededor, como un marsupial.

Lo que ocurría era que había un único lugar donde Massi estaba realmente bien, y ese lugar era Anna. Su vecina de casa, la chiquilla cabrona que le tiraba globos de agua desde el balcón.

No siempre sentía ganas de estar en guerra: con los profesores, con la gente de su edad, con sus padres. Y hacerse el duro con ella, mediante gestos, miradas,

bravuconadas. Esforzarse por marcar un gol cada domingo, esforzarse por potenciar el escúter hasta el extremo. A veces sentía ganas de encerrarse y caer, desnudo, en esa niña.

Había descubierto hacía poco el cuerpo de Anna. Demasiado conocido, tan cambiado, podía ser el de su hermana, tan sin espinas.

Anna lo estaba besando, y ya no era capaz de pensar. No estoy enamorada, no es cierto. Es un juego, pero es algo más que un juego. Se aferraba a sus hombros, quería hacer algo, pero no sabía qué. Dejó que una mano de él se le insinuase. No debía hacerlo, pero lo hacía. Porque él la tocaba igual que lo hacía ella misma, sola, antes de quedarse dormida.

La primera vez que se besaron con la lengua fue dos semanas antes.

Él fue a recogerla el último día de colegio con el escúter. Se detuvo en la carretera costera y se sentaron en un banco frente al mar. Era mediodía. Massi le abrió los labios, se metió dentro, y Anna sintió mucho miedo. Después, sin embargo, la abrazó con fuerza, y al abrazarla la había rozado en medio de las piernas. Ella había sentido ganas de hacer pis, muy intensas, y le soltó una bofetada.

Pero ahora, no sabía por qué, tenía ganas de dejarse rozar. Un poquito, nada más que un poquito. El miedo ya no era tan intenso. Quería conocer esa cosa tan extraña, que le gustaba pero que le hacía daño también. Y Massi le apartó el borde de las braguitas, con los dedos únicamente, con un dedo apenas. Porque ella estaba temblando, había abierto los ojos, y esos ojos preguntaban: ¿ahora qué va a pasar?

Cuando oyeron que los llamaban en voz alta, se interrumpieron bruscamente. Se vistieron a toda prisa sin mirarse y reaparecieron con la ropa en desorden por detrás de la excavadora.

Francesca y Nino les estaban haciendo señas con las manos.

Antes de montar en los ciclomotores, Francesca miró a Anna de una forma que daba miedo. Una especie de incendio oscuro. Anna no lo resistió y volvió la mirada hacia otra parte.

9.

—¿Qué estabas haciendo con Massi?

—¡France, no seas pesada! No estoy enamorada de él, quédate tranquila.

—Sí, pero ¿qué estabas haciendo?

Antes de entrar se habían sentado una junto a la otra en un peldaño de las escaleras. Francesca, hosca, la asaeteaba a preguntas, y Anna reía con tanta fuerza que se la oía en todo el edificio.

—Te odio cuando te haces la tonta.

Anna se recobró instantáneamente. No le gustaba que la llamaran tonta.

—Hemos hecho lo mismo que vosotros.

—O sea que os habéis besado.

—Sí.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Y él te ha tocado?

—¡No!

—¿Y tú no estás enamorada?

—¡No, coño! Massi me importa un bledo. Si hace años que nos conocemos — sintió que empezaba a hartarse—. Somos amigos, jugamos... —levantó la voz—. ¡Lo que te pasa es que estás celosa!

Se levantó para dejar pasar a un enjambre de niños vociferantes con fusiles en las manos. Pero ellos se detuvieron y les apuntaron. Aguardaban una señal de rendición.

—No estoy celosa —Francesca se puso de pie de un salto también, con los ojos indecisos entre fulminar o llorar.

—¡Claro que sí! Estás enfadada conmigo. ¿Por qué? ¿Es que te molesta que bese a Massimo?

Cuatro niños con las rodillas peladas aguardaban de pie, serios y mudos, a que levantaran las manos y dijeran algo parecido a nos rendimos. Pero Anna y Francesca ni siquiera los veían, es más, parecían concentradas en clavarse miradas incandescentes. Desilusionados, los niños bajaron los fusiles y se alejaron.

Era evidente que la tenía tomada con Anna. Hubiera querido pegarle. Porque se había dado cuenta, al verlos presentarse medio desvestidos, de que Anna había estado haciendo algo gordo con Massi.

—Oye —empezó Anna con seguridad—, que porque tú beses a un chico y yo bese a otro chico, no cambia nada absolutamente entre nosotras dos.

Se detuvo un instante. Pausa táctica.

Un arroyuelo goteaba desde el rellano de arriba, donde había una niña agazapada, con las braguitas tensas en sus rodillas y la falda levantada. Hacer pis en las escaleras

era la norma.

—Verás que algún día nosotras, las dos, nos echaremos novio. No digo que sean Nino o Massi, sino que en general nos echaremos novio. Y haremos el amor con nuestros novios, y pasaremos mucho tiempo con ellos, e iremos a la discoteca, cogidos de la mano, y después nos casaremos, tendremos muchos hijos, yo me iré a estudiar lejos, tú ganarás el concurso de Miss Italia, y ¡qué remedio!, puede que durante cierto tiempo nos separemos.

Francesca la escuchaba, ofendida.

—Puede ocurrir, Fra, *tendrá que* ocurrir. Pero nosotras no estaremos nunca realmente separadas. No podemos perdernos, ¿es que no lo entiendes?

La otra seguía a la defensiva, pero algo en aquel muro había empezado a resquebrajarse. Anna se dio cuenta.

—Somos distintas, pero somos una sola cosa —sonrió—: ¡Somos hermanas!

Francesca se dejó llevar de repente.

No le había gustado el razonamiento de los novios, eso de estar alejadas, de Anna. Al contrario, había temblado en su interior. Pero cuando al final le había oído pronunciar esas palabras llenas de eses, había sentido como una explosión en el pecho. Se le echó encima.

No esperaba otra cosa, la verdad, sentía necesidad de abrazarla. Quería que volviera a ser suya. Y además, Anna no estaba enamorada de Massi, no le importaba un pimiento.

—France, en serio... Ahora escúchame.

Le cogió las manos y las apretó entre las suyas.

—Lo primero: cuando te quiten los puntos, te acompaño yo. Lo segundo: te prometo y te juro que ese monstruo no volverá a hacerte daño. Y si se atreve, te vienes a vivir conmigo. Y si mi padre hace otra gilipollez y mi madre no lo echa de casa, nos iremos nosotras.

Francesca se estaba esforzando por no llorar.

—Porque es una injusticia —gritó Anna—. ¡Es una injusticia que nuestras vidas se estropeen por dos gilipollas!

Que la oyeran, en ese edificio de mierda.

—¡Dos gilipollas que no hacen más que gilipolleces y que no son nadie!

Que la oyera, el padre de Francesca.

Cuando entró en la cocina, algo inaudito, sentado en la mesa de la cocina estaba... su padre.

—¡Papá! —exclamó Anna instintivamente.

A decir verdad, había aires de marejadilla. Sandra se afanaba entre los cacharros con gestos rígidos y ni siquiera se había vuelto a mirarla. Arturo, viendo la figura rizosa de su hija, se sobrepuso a la turbación y le abrió los brazos.

Sonó la sintonía del telediario. Por unos instantes, Anna tuvo la sensación de que su casa era una casa normal. Allí estaba mamá, que por fin la saludaba con los agarradores en la mano, lista para escurrir la pasta. Allí estaba papá, que llevaba tres días desaparecido, que le sonreía. Y no estaba su hermano, qué se le iba a hacer, era lo normal: les estaba dando a trozos ardientes de acero la forma larga de un raíl. La mesa estaba bien puesta, las noticias las desgranaba la voz de una hermosa señora.

No quería ver los nervios a flor de piel de su madre. No quería darse cuenta del gesto nervioso con el que su padre se restregaba las uñas bajo la mesa. Se acercó a darle un beso y se sentó delante de un humeante plato de macarrones.

Arturo se llevó el tenedor a la boca, y se prodigó después en elogios hacia la salsa. Aparentemente alegre y a gusto, comentó algunas noticias entre risas, sin más, al tuntún, sin que le importara realmente quién había sido arrestado o quién había muerto en una obra. Anna se aferró con todas sus fuerzas a aquella apariencia. Dijo que la salsa estaba muy rica. Y Sandra permaneció en silencio, con la mirada fija en el plato.

—¿Y qué? ¿Qué me cuentas, dónde has estado? —preguntó Arturo cuando acabó de masticar.

—Por ahí —contestó Anna.

—Sandra, por favor, la sal.

Ella, con el rostro contrito, cogió la sal de al lado de su plato y la dejó, desmañadamente, delante del de su marido.

—Gracias —Arturo engulló, y se dirigió después otra vez a su hija—: ¿Hoy no has ido a la playa?

Anna miró el rostro sonriente de su padre y tuvo la sensación de quererle realmente. A pesar de todo. Estaba contenta por aquella cena de los tres. La digna conclusión, pensó, de aquel día.

—No, no teníamos ganas de ir a la playa. Hemos ido a dar una vuelta, por ahí, con Francesca.

Arturo observó mejor el rostro de su hija, y su expresión cambió. Se oscureció de repente y no la dejó ni terminar.

—¿Qué es eso negro que tienes en los ojos?

Anna enmudeció.

—¿Qué es eso? ¿Es que hemos empezado ya? ¿Ahora vas por ahí pintada? —arrojó con violencia la servilleta contra la mesa y se volvió enardecido hacia su mujer—. ¡Sandra! —atronó—: ¿Es que dejas que salga así de casa?

La paz había durado cuatro minutos. Estupendo, pensó Anna. Se le había quitado el apetito. El babuino ya se había alterado. Siempre era lo mismo con su padre, una pura lotería. Y ella, con el estómago retorcido por la rabia, la desilusión, el deseo de mandarlo a cagar, ya no podía más.

—¿Es que no la ves, Sandra, no te das cuenta? ¡Con dos dedos de maquillaje en la cara! ¡Parece una puta, cojones! —se puso de pie, furibundo.

Sandra se irguió en la silla con un espasmo.

—¡No te atrevas nunca más a decir nada parecido de *mi* hija!

Anna permaneció sentada, con los ojos muy abiertos y el corazón latiéndole como loco. Parecían dos bombas de relojería, los dos, listos para destruir la casa. Y la pasta en los platos se había quedado helada.

Habría querido gritarle a la cara: ¿es que tenías que volver, so cabrón, es que no podías quedarte donde estabas, verdad? Cada vez que vuelves se desencadena el infierno. ¿Qué cojones haces? ¿La tomas conmigo porque tengo casi catorce años? Tú, so cabrón, que no montas más que desastres, ¿con qué derecho me tocas las pelotas?

Permaneció, como es natural, en silencio.

Ese padre que estaba y no estaba, que sonreía y después perdía los papeles: estaba hasta las narices de sus escenas. ¿Por qué tenía él el poder?

No se movió de la silla.

—¡Anna! —eructó—: Corriendo a lavarte la cara. Y mucho cuidado, cuidadito, si vuelvo a pillarte con esas pintas... —cogió el salero a ciegas, enfurecido, y lo estrelló contra la pared—, ¡te juro que no vuelves a salir de casa!

Anna se levantó, encantada de obtener permiso para largarse. Cerró de un portazo la puerta del baño, y cuando estuvo con la cara ante el espejo, las manos en el lavabo, rechinó los dientes. Ni siquiera había comido.

Menudo cabrón éste, que aparece un día saliendo de no se sabe dónde y quiere ejercer de padre. Y cree que ejercer de padre es tocarme las pelotas por un poquito de maquillaje. ¡A tomar por el culo!

Metió la cabeza debajo del grifo y dejó que el agua le entrara en los oídos. No quería seguir oyéndolo, a ese babuino de mierda que no dejaba de gritar:

—¡Hasta que no tengas dieciocho años, esa mierda no te la pones en la cara! No te la pones, ¿entendido?

—Baja la voz —susurró Sandra mientras empezaba a quitar la mesa—, y baja también la cresta. No pasa nada porque tu hija se dé un poco de rímel en los ojos. No son éstos los problemas.

Anna ni siquiera pensó en volver a la cocina. Estaba demasiado cabreada. Se encerró en su habitación y puso la música a todo volumen. Pensó en Francesca. Pensó que tal vez fuera oportuno marcharse de verdad. Las dos, de incógnito, con el impermeable de detective y un pañuelo en la cabeza, un hatillo como los de los dibujos animados y gafas de sol, en un banco del puerto esperando el primer trasbordador para la isla de Elba.

Pero no era ella la que tenía que irse, era él.

¿Por qué mamá no lo echaba de casa a patadas?

De haber salido de su cuarto ahora, vería a su padre tranquilo y relajado, en un sillón, absorto y entretenido con la mirada clavada en la pantalla del televisor. Arturo era así: después de montar sus escenas, después de haber roto unas cuantas cosas, enseguida volvía a estar alegre y manso.

Pero Sandra no.

Salió al balcón a sacudir el mantel. Llenó de agua caliente y detergente el fregadero. Restregó bien los platos y las cacerolas, los aclaró, los puso a secar. Todo ello en el más religioso de los silencios, sin dignarse a echar una sola mirada al marido que se desternillaba con un programa cómico. Barrió el suelo, recogió las migas. Cerró la bolsa de la basura y hasta bajó a la calle para tirarla.

Tengo que tomar el aire, si no, lo estrangulo.

Volvió a casa.

Arturo seguía allí, en el sillón. Nunca movía un dedo en casa.

—Escúchame —pronunció con calma, sentándose lentamente frente a su marido, esa palabra tan cargada de desgracias.

Arturo la miró con una expresión inequívoca: estoy listo, es el momento.

—Ahora vas a explicarme —empezó Sandra— por qué hace tres días que no vienes a casa a dormir, por qué lleva el banco tres días martirizándome con llamadas, amenazando con cosas que tú sabías y yo no sabía, y por qué faltan tres millones en la cuenta —respiró profundamente—. Sobre todo, quiero que me expliques qué vamos a hacer para pagar el lavavajillas, la radio del coche de tu hijo y catorce millones de deudas, sin que nos quiten el tejado que nos cobija.

Arturo, por un instante, sintió una punzada en el pecho que podía parecerse incluso a un ataque cardíaco. Durante una fracción infinitesimal de tiempo, mirando el rostro impasible y cansado de su mujer, se sintió una mierda. Pero, efectivamente, fue sólo una fracción infinitesimal de tiempo.

—De acuerdo, Sandra. Voy a decírtelo. Ahora, si me dejas hablar y no me interrumpes al cabo de tres segundos, te lo explico todo y así podrás darte cuenta de que tales problemas no existen.

Su mujer no alteró su expresión. Con paciencia sobrehumana, y sobrehumano cansancio, en el diminuto salón de su casa se disponía a escucharlo una vez más, después de veinte años de matrimonio, y a fingir que le creía.

—Es cierto, me he despedido.

Ella sintió un puñetazo en el estómago.

—Pero es que, Sandra, objetivamente... ¡Mírame! —Arturo se puso de pie, estiró una mano hacia delante—: *Objetivamente*, no podía seguir partiéndome las manos allí dentro, soportando toda clase de atropellos, para ganar un sueldo de miseria... Es decir... —tragó saliva para ganar tiempo, buscando cuidadosamente las palabras—:

Se me ha presentado una ocasión..., ¡una señora ocasión! Un nuevo trabajo, Sandra, un trabajo válido, te lo juro, ¡y te aseguro que es un señor trabajo!

—¿Y en qué consiste exactamente ese *señor trabajo*?

—¡El comercio, Sandra! Piezas de anticuario, obras de arte. Un campo seguro, ganancias sólidas —iba exaltándose—, ya sabes que siempre me han interesado cosas así, que el comercio siempre se me ha dado bien... y ahora se me ha presentado la ocasión.

Se lo cree, pensó Sandra, se cree de verdad todo lo que está diciendo.

—Un buen amigo me ha ofrecido convertirme en su socio. Antigüedades, Sandra. Es un mercado que crece, en neta expansión.

—Antigüedades —repitió Sandra con un hilo de voz—. ¿Y quién se supone que es ese buen amigo?

Arturo se aclaró la voz, carraspeando un poco.

—Pasquale.

Su mujer empalideció completamente.

—¿Pasqualeeee? —gritó—. ¿Qué Pasquale? ¿Ese que siempre está entrando y saliendo de la cárcel? ¿Ese que se pasa más tiempo entre rejas que en su casa?

Arturo se mesó los cabellos. Durante un instante, durante un solo instante, volvió a sentirse de nuevo una mierda. Después se recuperó.

—¡Nooo! No lo entiendes. Pasquale es una excelente persona, un pedazo de pan, lo único que ocurre es que...

Y se disponía a retomar sus explicaciones, que si patatán que si patatán, cuando Sandra le hizo un gesto de que no siguiera hablando, exhausta. Se levantó con esfuerzo de la silla.

—La realidad, Artu —dijo, tocando la mesa—. Hay una buena diferencia entre la realidad y las gilipolleces.

Aquella noche, Sandra durmió abrazada a su marido. Se daban la mano en la enorme cama, como cuando se conocieron y soñaban con una vida juntos: una casa, los hijos, las vacaciones en Cerdeña o aunque sólo fuera en la isla de Elba.

Antes de quedarse dormida, acarició largo rato el pelo del hombre con quien se había casado y a quien nadie más, ni ahora ni nunca —por desgracia—, podría sustituir. En realidad, estaba pensando seriamente en el divorcio.

Tenía la responsabilidad de sus hijos, de la casa, de las cosas concretas de la vida. Las sentía todas sobre sus hombros, esas responsabilidades. Pediría la separación sin esperar demasiado. Sin negar, por lo menos esa noche, los sentimientos que a pesar de todo experimentaba por ese hombre.

Se hundió en la almohada. Pediría la separación. Así no podían seguir. Cerró los párpados. Fuera, el bullicio hería el silencio de la noche. Un claxon, un coche que pasa a velocidad de locos.

Sería estupendo poder volver a empezar desde cero. Tener aún nueve o diez vidas por delante.

Se le vino a la cabeza su padre: un hombre condecorado por el Presidente de la República, un héroe de la Resistencia, alguien que había trabajado durante toda su vida, que había perdido una pierna en la fábrica de la que su marido había sido despedido.

Volvió con el pensamiento a aquella famosa noche de Ferragosto, hacía ya más de veinte años, en el pinar de Follonica: fue allí donde se topó con Arturo por primera vez. Y se dio cuenta enseguida, por sus actitudes, por cómo se encendía los cigarrillos y hablaba de empresas fantasmagóricas, de que era un hombre que no llegaría a nada.

Sandra pensó que hay cosas que no las decides tú. Que las deciden el capitalismo mundial, la historia de las naciones, la República Italiana en tu lugar.

Y además hay cosas que las decides tú. Que sólo dependen de ti. Lo que haces, lo que decides ser. Uno, si nace donde nació yo, puede ser ladrón u obrero, trabajar en el mostrador de gastronomía de la COOP^[4] o prostituirse. Uno puede escoger el pensar con su propia cabeza, puede votar por esto o por eso. Puede leer *La Repubblica* o ver programas de cotilleo.

Por último, hay cosas que no las decide nadie. Como ahora que estoy aquí debajo de las sábanas, con este hombre que siempre me ha llevado por la calle de la amargura y yo lo abrazo y me siento en casa, me siento en la tierra, y mañana, lo juro, llamo al abogado, juro que lo hago. Las cosas que soy y las cosas que querría ser.

10.

Alessio iba zumbando a una velocidad de locos por las calles desiertas del puerto industrial, iluminadas por una hilera rala de farolas. Eran las once de la noche. El aparato de alta fidelidad se multiplicaba en el desierto.

El Peugeot de Alessio se reconocía desde lejos, porque había montado tres alerones al estilo Batman. Hasta lo había bajado diez centímetros para hacerlo más agresivo. Pero su sueño era el Golf GT.

En el asiento de al lado estaba Cristiano, su amigo de toda la vida, sin cinturón y con el codo fuera de la ventanilla. No podían hablarse, la música estaba demasiado alta. Por lo demás, cuando se quedaba solo con una persona, Alessio era de pocas palabras.

A las diez, una vez terminado el turno, se había dado una ducha rápida, quitándose con la piedra pómez los restos negros del coque de la piel, había fichado y corriendo al coche. Estaba cansado, después de ocho horas seguidas en la grúa de puente descargando trenes torpedos repletos de acero en los calderos dirigidos a las coladas continuas. Pero ni pensar en irse a la cama, era sábado por la noche, era verano. Y las discotecas estaban repletas de tías buenas.

Pasó a recoger a su amigo, después se detuvo en una pizzería, para tomarse de pie, en la barra, dos porciones de pizza y una cerveza. Y ahora se adentraba en el desierto de la provincia. Franqueaba el perímetro de la fábrica Magona, superaba los barrios obreros y las primeras obras del puerto industrial. Conducía con su consabida concentración espectral.

—¿Por qué no vamos al Gilda? —gritó Cristiano para hacerse oír con los altavoces en erupción.

Se sentía terriblemente poderoso, Alessio, cuando hundía el pie en el acelerador. Veintitrés años, desde hacía siete trabajando en la acerería. Primero llevaba el arrabio desde los altos hornos a los convertidores, durante cierto período de tiempo lo pusieron a echar carbón con la pala, al final lo habían colocado en la grúa de puente. Sentía la sangre bombearle en las venas cuando conducía con esa locura de música y forzaba los altavoces casi hasta hacerlos estallar. A menudo la oía también en la fábrica, punk duro, con un lector MP3. Miraba las coladas continuas, el acero cuando tiene el color de la sangre, y el chunda-chunda obsesivo en los oídos le hacía sentir que estaba en guerra.

—¡Ale! ¡Te he dicho que si vamos al Gilda!

Giró en un callejón lateral, empezó a ascender por revueltas de firme desmigajado. Ahora no había farolas y para derrotar a la oscuridad había que poner las largas.

—No, vamos al Tartana —contestó al cabo de un rato.

Los trenes son lo más peligroso que existe. Porque nunca hay sintonía entre quienes los dirigen desde la central y quienes los conducen. Todo está desorganizado. Es cuestión de un instante acabar debajo de uno hecho trizas. En su carné de identidad le habían escrito: «Conductor de medios industriales».

Alcanzó la cima y frenó bruscamente bajo las antenas parabólicas y los repetidores. Habían llegado a su destino. Todo aquel que en Piombino no es un chico como Dios manda sabe lo que es la Tolla. Desde allí arriba, como desde ningún otro lugar, puede uno apretar en un puño la fábrica entera y el puerto también.

Aquella noche, por suerte, no había parejitas apartadas en coches ni cristales empañados. Tampoco estaban los habituales chavalines dedicados a fumar marihuana.

Por suerte, estaban solos.

Para disgusto de Cristiano, Alessio apagó la radio. Y un silencio irreal, horadado al pie de la colina por el zumbido de la Lucchini, invadió el habitáculo.

—¿Por qué no quieres ir al Gilda?

—No tengo ganas de pagarme una puta.

—¡No me seas drástico! —a Cristiano le había sentado mal—. ¿Y qué hay esta noche en el Tartana? Seguro que no hay una mierda...

—Me importa un cojón lo que haya. Si quieres, vamos al Tartana, si no, te bajas del coche.

El otro se calló. Conocía a su amigo, sabía que con ese tono de voz no era cuestión de insistir. Sacó del bolsillo una dosis, soltó del parabrisas el espejo retrovisor y dio comienzo a las operaciones rituales del sábado en un silencio religioso.

Alessio ni se dignaba a mirarlo. Estaba hundido en el asiento y se dedicaba a observar fijamente el mar artificial de luces y fuegos violetas a través del parabrisas. De noche, vista desde lo alto, la fábrica era otra cosa. Y él se dejaba caer en ella con la mirada, indiferente y mudo. Estaba cansado, y cabreado también.

Cristiano se inclinó sobre el espejo con un billete de diez enrollado en la nariz. Antes de inhalar, constató que había invertido todo su sueldo de mayo en cocaína, pero que esta vez le saldría bien: tenía que salirle bien, a la fuerza. Había corrido un gran riesgo, es verdad, un enorme riesgo. Pero era tan buena que por lo menos seiscientos mil liras de ganancia las conseguiría, seguro.

Cristiano sentía ahora una terrible necesidad de música a toda pastilla en los oídos, en la cabeza. Pero no se atrevió a pedirselo a Alessio. Cuando levantó la cabeza y aspiró de nuevo por la nariz, vio con el rabillo del ojo a su amigo petrificado, con los ojos muy abiertos y clavados en un punto abstracto. Aquel punto, en realidad, era la torre de los altos hornos.

Alessio no se había girado, no se había lanzado, famélico, sobre su raya de coca.

Seguía allí, ausente, sin mover un solo músculo. Seguro que le había ocurrido algo. Seguro que estaba muy cabreado. Pero sería absurdo preguntarle qué le pasaba.

No era de esos que sueltan confidencias.

Cristiano le pasó el espejo, él lo sujetó, pero sin moverse.

Está lleno de gatos. En eso pensaba Alessio.

Nadie lo sabe fuera, pero por debajo, en algunas naves, especialmente en los comedores, hay enormes comunidades de gatos, centenares de gatos. Nunca han visto la luz del sol, no tienen la menor idea de lo que es una brizna de hierba. Son una especie de mutantes, sin cola, con un ojo solo, todos iguales. Es absurdo.

Esa historia de los gatos siempre le había impresionado. Le parecía increíble que en medio del hierro, del arrabio, pudieran vivir los gatos. Que enfermaban, pobres bichos. Algunos completamente roñosos, sin pelo, que casi daban miedo. Si les mirabas el hocico, parecían humanos. Y nunca faltaba alguien, Alessio entre ellos, que les llevara de comer.

A Cristiano, en cambio, nada le importaba un pimiento: ni los gatos ni la Lucchini, que veía todos los santos días del año. A él, sencillamente, todo le tocaba los cojones. La droga empezaba a hacer su efecto y sólo tenía un pensamiento en la cabeza: la rubia en tanga del cartel publicitario a la entrada de Piombino.

Esa noche él quería ir al Gilda. Tenía ganas de llegar a un acuerdo sobre el pago de inmediato, al instante, con la rubia esa como un camión, y no demorarse detrás de una chiquilla caprichosa en la pista del Tartana. Nunca te las tiras, a cabronas como ésas. Se dan muchos aires, pero no dejan ni que las beses. Tenía ganas de sobar un par de tetas enormes. Pagando más, en el reservado, iría hasta el final. Y este otro pringado, que estaba como una cabra, quién sabe en qué coño estaría pensando.

En realidad, Alessio estaba luchando por no pensar. Pero esa maldita escena no se le quitaba de la cabeza, como un mensaje grabado repetido hasta el infinito.

Aquella tarde, hacia las cuatro, uno de esos gatos de los cojones, uno pequeño, se había metido debajo de su tren torpedo, y él no había podido hacer nada. Lo había espachurrado en un grumo de sangre y de pelo. Se había bajado y había empezado a darle patadas a todo. Soy idiota, pensaba ahora, soy un subnormal. Porque después, con toda razón, el jefe de sección le había reprendido. Había corrido hacia él, gritándole: «¿Qué cojones haces? ¡Cabeza de chorlito!». Y él, instintivamente, le había atizado al jefe de sección un puñetazo en toda la cara.

Soy un cretino, seguía repitiéndose. He perdido la cabeza por un gato. Pero es que ese gato le recordaba demasiado a un amigo suyo, aplastado bajo un cilindro, hacía dos años. No quería acordarse de su amigo, hecho trizas ante sus propios ojos, no quería. No quería acordarse de la cara del hombre que estaba en el tren y no había podido detenerlo.

Ahora el gatito, su amigo, la expresión desencajada del hombre en el vagón eran

una sola cosa dentro de su cabeza.

Cristiano había bajado a mear entre las zarzas. Y él seguía sin decidirse a esnifar. Miraba fijamente el corazón: la torre iluminada donde se funden el arrabio y el acero. Esperaba que no lo despidieran nunca, que nunca le ocurriera, mientras conducía un tren, el pasar por encima de una persona.

Lo que uno realmente, desde fuera, no podía imaginarse nunca era el interior. Uno lo sabe, da por descontado que dentro de la fábrica, en sus vísceras, se mueve la carne de piernas, brazos, cabezas humanas. Lo sabe, y sin embargo sería incapaz de medir ese mastodóntico esfuerzo. Nadie, desde fuera, puede comprender lo que significa transformar toneladas y toneladas de materia. La materia más dura que existe. Y no podría imaginarse tampoco la desorbitada cantidad de calendarios sexis y carteles de mujeres desnudas colgados por todas partes.

Habían colgado una tetona incluso en la pala mecánica.

De repente se inclinó sobre la raya de coca y la aspiró a pleno pulmón. Cristiano volvió a entrar en el coche y lo miró como diciendo: y bien, ¿qué te parece?

—Cri —dijo Alessio—: ¿Tú has visto alguna vez al zorro en la coquería?

Cristiano arqueó las cejas. Él trabajaba para una empresa externa, en los alrededores, con la excavadora. Se llevaban la materia inerte que había que reciclar.

—No. ¿Por qué? ¿Es que hay también un zorro? —se rió.

—¿Te das cuenta?... —rió Alessio también—. ¡Un zorro en la fosa! Lo he visto a menudo, pero sólo sale a las seis de la mañana.

Así llaman siempre a la coquería: la *fosa*. Da perfectamente la idea. Y ese nombre es una de las pocas cosas que se transmiten de generación en generación.

—¿Se te ha pasado? —se aventuró Cristiano.

—Hoy me he pegado con el jefe.

—¡Ah, vaya!

Había también un panel con una pizarra y un gráfico de los accidentes, pero nunca estaba puesto al día. La gente garabateaba cosas encima, dejaba escritas frases sin sentido: por ejemplo, que alguien había muerto y, en cambio, no era cierto. Escribían: estoy muerto, los rodillos me han triturado las pelotas. Y todos soltaban grandes carcajadas.

—Visto desde aquí, es casi bonito.

—¿El qué?

Alessio señaló el océano de luces.

—¡Una joya! —dijo Cristiano.

A las cinco saldría de la discoteca, y a las seis entraría directamente en la fábrica.

—Entonces ¿Tartana? ¿Seguro que no prefieres el Gilda?

—¡No seas plomo, Cri, ya te he dicho que no!

Una luz rojiza invadió el cielo negro durante unos minutos, como un apocalipsis.

Era la fundición.

—¿Tú crees que tiene sentido?

—¿El qué? —Cristiano dejó de jugar con la pantalla del móvil y miró a su amigo.

—Trabajar toda la vida allí dentro.

—Si nos pagaran cinco, seis millones al mes, sí. ¡Entonces sí que tendría sentido a tope!

Cristiano estaba subido de revoluciones, era evidente. Se agitaba, quería moverse, ir al encuentro de su sábado por la noche, de su momento de gloria.

Alessio se dio cuenta y puso el motor en marcha. También a él empezaba a hacerle efecto la coca. Encendió la radio. Se tragó la imagen del grumo de sangre y pelo, la imagen de su amigo hecho trizas y el rostro incrédulo del hombre que lo había matado y que era su tío.

Emprendió el descenso desde la Tolla a toda velocidad. No, no lo despedirían nunca. Corría hacia la carretera nacional, junto a otros miles de coches en la carrera del sábado por la noche, hacia el Tartana, tomado al asalto por las alemanas, hacia el pecho cálido y blanco de una muchacha, de una muchacha cualquiera, donde apoyarse y terminar la carrera.

Alessio conducía como un loco, y Cristiano movía la cabeza al ritmo del chunda-chunda.

Adelantaba a los coches, pensaba en las chicas. Esas que iban a visitar a sus maridos al trabajo, con sus niños pequeños en brazos. Se quedaban al otro lado de la valla, indicando a sus hijos quiénes eran sus padres, sucios, tiznados de arrabio. Esos niños que se volvían locos ante las excavadoras y las palas mecánicas. Aplaudían como si estuvieran en el circo.

Él también habría aplaudido, si hubiera tenido un padre subido a una de esas palas mecánicas, se habría sentido de lo más orgulloso. Y esas chicas con los niños en brazos tal vez no fueran tan guapas como las de la discoteca, pero esas sonrisas que tenían, esas caras sin maquillaje, pálidas, eran como un embrujo. Elena, si no le hubiera dejado, si no se hubiera ido a la universidad, habría ido también a visitarlo, al otro lado de la valla, y él le habría enseñado a su hijo lo mala que es una excavadora.

Empuñaba con fuerza el volante. Ese puño cerrado que le salía con más facilidad que cualquier palabra.

Un pecho blanco donde reclinar la cabeza. Eso sí que tenía sentido.

11.

En cuanto veía el agua, Anna se volvía loca.

Soltaba la mochila y la toalla donde fuera, tomaba impulso y echaba a correr. Corría hasta que el agua era ya demasiado alta y los pulmones le estallaban en el pecho, y entonces se zambullía. Restregaba la tripa sobre el dorso ondulado del fondo marino, emergía varios metros más adelante, donde ya no tocaba con las puntas de los pies. Le enloquecía aquel dorso, áspero y suave a la vez. Tocarlo con las manos, hundir los dedos en él. Bajo el agua, donde los ruidos del mundo se convierten en placenta, la sal abrasa las córneas y el único sonido que escuchas es tu respiración, que ha dejado de ser tuya.

Francesca, en cambio, se tomaba su tiempo.

Su silueta recortada a contraluz era el punto más luminoso de la playa. Dejaba que las miradas la horadaran, dorándose a la luz.

Se demoraba largo rato en la orilla, excavando la arena con la punta del pie. Entraba por etapas, mojándose primero la tripa con las manos, los brazos después. Por último, cuando Anna casi había llegado a las boyas, se zambullía con la perfección de una sirena.

Ahora Anna estaba revolcándose en la orilla, embadurnándose el pelo de légamo y llenándose de arena el bikini. Francesca la miraba divertida, pero no se atrevía a imitarla.

—¡Venga, Fra, vente!

Anna no se daba cuenta. Caminaba a cuatro patas completamente embadurnada de algas, con el bikini desaparecido entre las nalgas. Como si fuera lo más natural del mundo. Y se reía sin motivo.

Los chicos, en cambio, bien que se daban cuenta. Corrían a su lado, Massi la cogía de los brazos, Nino de las piernas.

—A la una, a las dos, a las tres...

Y la tiraban al agua. Ella gritaba, feliz. Tragaba un poco de agua salada. Y se levantaba de inmediato, jadeando, indecisa sobre si volver a revolcarse o llegar hasta las boyas sin respirar en veinte segundos.

Cuando los chicos clavaban los palos en la orilla, y uno de ellos lanzaba el balón hacia arriba decretando el inicio del partido, Anna y Francesca se exaltaban.

Ni Nino, ni Massi ni el resto de chicos de dieciocho años de Via Stalingrado tenían ojos para nadie mientras jugaban. Se les veía absortos en el partido, gritando: «¡Pasa, pasa! ¡A mí, a mí!», y sólo prestaban atención a la pelota. Pero Anna y Francesca no podían aceptar que se las diera de lado. Se inflamaban y les saltaban encima a todos.

Quienes, en cambio, como Lisa, se pasaban el tiempo en la playa sudando sobre

la toalla, confiando en una carta decente mientras jugaba al tenderete, sentían que se les alborotaban los nervios. Las seguían con el rabillo del ojo mientras corrían en medio de los chicos, mientras agitaban la parte de arriba del bikini delante de los varones con una mano a la vez que fingían taparse con la otra, como jugando al pañuelo. Era difícil divertirse, con las cartas.

Después uno se pregunta por qué a dos como ésas no las soporta nadie.

Sus coetáneas, esas pringadas en crisis total delante del espejo, es que no podían aguantarlas. Anna y Francesca te restregaban a la cara lo guapas que eran. Siempre, a cada santo minuto, tenían que demostrarte que eran mejores que tú, que eran las vencedoras, a priori, para siempre.

Lisa no podía dejar de constatar que nunca sería el centro de atención de los chicos, que nunca los vería rodearla. Se encerraba en el interior de su toalla, con la baraja de cartas en la mano. Mascullaba:

—Menudas putas que son.

Donata, en cambio, disfrutaba del espectáculo de la playa, e incluso del de las dos saltarinas entre los chicos. No podía hacer otra cosa que quedarse mirando en su silla de ruedas. Era difícil que alguien se molestara en acompañarla al agua. La olvidaban bajo la sombrilla, pero ella no se sentía olvidada. Ella observaba, reflexionaba. Y no guardaba rencor ni a Anna ni a Francesca. De no haber tenido aquella enfermedad, habría querido ser exactamente como ellas.

Anna salió del agua. Pasó por delante de Lisa y de las otras mamarrachas sin dignarse siquiera a mirarlas. Pero lanzó una sonrisita cabrona cuando les pisó la toalla, como diciendo: pobrecillas. Después saludó a Donata con la mano.

No es automático, pensó Lisa, que si eres guapa tengas que ser a la fuerza cruel también. Si ahora Anna se cayera de los arrecifes y se desfigurara la cara para siempre, sería algo justo y razonable. Sería de justicia que a Francesca se le enloqueciera el metabolismo de repente y se viera con dos muslos enormes y celulíticos.

A fuerza de restregarles el culo, a fuerza de montar en sus hombros y ponerles las tetas delante, acabas por encontrar a algún chico que caiga en la trampa.

Nino había abandonado el balón para correr detrás de Francesca a los vestuarios.

—Muy bien, France, muy bien —resopló Lisa—. ¡Un aplauso para France! ¿Qué dirás en el concurso de Miss Italia? «Soy una chica sencilla, la vecina de al lado...»

—¡A ver si nos damos menos aires! —masculló otra chica, también con la toalla atada a la cintura para taparse los muslos excesivamente gruesos.

Francesca, ajena a tanto veneno, se metía bajo la ducha y daba espectáculo.

—No me puedes hacer eso —reía Nino, aunque riendo hasta cierto punto—, estas cosas no se le hacen a un hombre...

—Mira qué imbécil —comentaban desdeñosas Lisa y las demás—: ¡Ha picado el

anzuelo!

Francesca se aclaraba el pelo, se masajeaba las piernas para quitarse la sal, sin dejar de mirar a Nino a través del chorro de agua. Nino intentaba contenerse, pero no le resultaba fácil. En determinado momento, entró de un salto él también en la ducha, la tomó entre sus brazos y le mordió dulcemente la nuca.

—¡Estás loco! Nos está mirando todo el mundo... —le alejó de un empujón Francesca, aunque sin dejar de reír.

Era lo que quería, y lo había conseguido: Nino implorante a sus pies. Le dio un beso en los labios como premio. Era como estar sobre un escenario en la playa, sentía un millón de ojos clavados en ella. Ante tanta gente, sabía vencer su timidez.

Después se alejó corriendo, otra vez al agua, para reunirse con Anna. Y el pobre de Nino otra vez detrás de ella, como un perrito.

Todos los días, todos los santos días la misma historia. Las perennes idas y venidas de Francesca y Anna del agua a la caseta, de la caseta al agua. Bajo la ducha, en el bar. Y después otra vez a bañarse. Un constante ir y venir, Anna y Francesca delante y los chicos detrás. Y las mamarrachas a mirar. Lisa y esas pobres pringadas que, entre otras cosas, tenían también un cuerpo que estaba empezando a cambiar.

Pero no eran las únicas que miraban. Había alguien, en el tercer piso del portal número siete, que las observaba fijamente sin apartar la mirada.

El bar empezaba a estar abarrotado a esas horas. En torno a las mesas de plástico de una marca de helados, bajo las sombrillas deshilachadas, los chicos mayores estaban repantigados saboreando alguna bebida alcohólica.

Maria, que tenía las piernas sobre la mesa en una pose que no era exactamente de la mayor finura, observó a Anna y Francesca durante unos minutos y después se encendió un cigarrillo:

—Esas dos —se las señaló a los demás—, si siguen así, no pasará un año sin que alguien las deje preñadas.

—¡Sí, hombre! —rió Jessica—. Su hermano la mata.

—Alguien tendría que decírselo. Mírala cómo tontea con Massimo...

Cristiano separó los labios de su Southern Comfort.

—¡Eh, so brujas! —gritó divertido—. Vale ya, ¿no? Dejadlas en paz. ¿O que hacíais vosotras a su edad? Yo me acuerdo perfectamente...

Todos se echaron a reír.

Allí estaba también Sonia, la diva, la que había grabado el nombre de Alessio en el banco y que a veces se encerraba en la habitación de Anna a ver películas porno con él. Se había sentado cruzando las piernas y el minúsculo pareo dejaba entrever mucho. Era una suerte de ex Francesca de Via Stalingrado. Ahora trabajaba como dependienta en Calzedonia y nadie se acordaba ya de la época en la que era la más guapa.

Lo estaban esperando todos. Y por fin apareció.

A las cuatro y media de la tarde, con el pelo de un rubio encendido y los ojos azules ocultos tras unas Ray-Ban. A Jessica y Maria se les caía la baba. Sonia bajó los ojos, sonriendo. Y Cristiano se levantó para darle una palmada en el hombro, con su habitual actitud de matón.

Alessio se presentó con el torso desnudo, con dos cadenas de acero en el cuello, los vaqueros medio desabotonados, el borde de los calzoncillos perfectamente a la vista. Se dejó caer en una silla.

Se levantó las gafas, miró a la cara a su manada. Dijo:

—La vida me devasta.

Era su actitud de rey de la selva. Contaba con el físico, y lo sabía. Tenía dinero, lo que sacaba de la coca y del cobre. Y además disponía de muchas mujeres en el barrio.

Anna lo reconoció desde la boya. Cruzó a nado, en medio minuto, el mar. Corrió lo más rápido que pudo entre las sombrillas y las neveras portátiles. Chorreando agua, se le echó al cuello. Detrás, como siempre, estaba Francesca.

—¡Anna, cojones! No me apetecía bañarme hoy...

—¡Ale! —lo apretujaba Anna—: ¡Dime que esta noche puedo salir!

—¡Así que por eso me haces tanto la pelota! —resopló dirigiéndose a los demás.

—Hay una fiesta en la pista de patinaje, me lo habías prometido...

—No, esta noche estoy de turno. Ni hablar.

—¡Pero si me lo habías dicho! —se volvió implorante—. Venga, Ale...

—No —repitió, seco.

—Déjala que vaya... ¿Qué puede pasarle? —intervino Sonia—. Ya le echamos un ojo nosotros.

Anna le lanzó una mirada aviesa, como diciendo: tú no te metas, so boba.

—He dicho que no. Irás en Ferragosto a la fiesta, total, celebran otra. Por lo menos a ésa estoy seguro de ir.

—¡Pero si falta un siglo para Ferragosto! —protestó ella, enojada.

—Escucha, me siento hecho una mierda, he dormido una hora, acabo de llegar. No me toques las pelotas y aire de aquí.

Anna se alejó de allí, de morros. Francesca, que seguía detrás, se sintió aliviada porque su amiga se quedaría en casa como ella, esa noche, y no estaría por ahí con quién sabe quién haciendo quién sabe qué.

¿Conque no te toque las pelotas?, rumiaba Anna pisoteando las toallas de la gente, volcando cubos y destruyendo con los pies los castillos de arena de los niños. ¿Y tú qué? Eres tú el que me toca las pelotas a mí.

Caminaba sin mirar dónde ponía los pies, un niño vio su pista ciclista para las canicas destrozada y estalló en lágrimas. Pero Anna estaba furiosa. ¡Conque quiere tenerme encerrada en una jaula! ¡A mí, que casi tengo catorce años! ¡Pero si dentro

de un mes me hago con un ciclomotor ya se verá entonces! Me gustaría ver qué haces si me marcho con el ciclomotor, si me echo un novio que sea el doble que tú. Me gustaría ver qué hacéis, tú y ese babuino de *tu* padre. No se dan cuenta de que ya soy mayor, de que tengo un cerebro enorme y de que puedo con todos.

—Qué duro eres, Ale —sonrió Sonia.

—No soy duro. Es que sé cómo funcionan las cosas. Si esta noche no estuviera de turno, iría yo también a la pista de patinaje. Pero como no puedo vigilarla, se queda en casa.

—¿Y qué crees que va a hacer? —preguntó Jessica.

—Ella nada, faltaría más. Pero ya me conoces... Si me llego a enterar de que alguien le ha puesto las manos encima, lo hincho a hostias. Y dado que *su* padre de estas cosas no se encarga... no tengo más remedio que decirle que no.

Estaban en corro, aturdiéndose de porros y de alcohol, bajo una sombrilla torcida. A su derecha y a su izquierda, otros corrillos de chicos vaciaban cervezas, se pasaban los chilum, alargaban las manos por los muslos de las chicas que desfilaban a propósito entre las mesas, paladeando un helado.

—¡Cojones, anda que no está buena Francesca! —soltó Cristiano de buenas a primeras.

Se volvieron todos a mirarla. En efecto, su cuerpo pálido, la forma con la que lo movía entre el gentío, en medio de los niños con manguitos, las tablas de surf, los viejos flácidos con sombreritos en la cabeza, que se volvían también asombrados a su paso. La manera con la que enlazaba su cuerpo ahusado y lleno de gracia con el de Anna, pasándole un brazo por la cintura, apoyándole la cara en el hombro. Era la maravilla de Via Stalingrado, una beldad que se produce una vez cada tres, cuatro generaciones.

—¿Sabes lo que vamos a hacer, Ale? —dijo Cristiano—: ¡Vamos a Baratti a peinar las carteras de los alemanes! Mierda —escupió— para esos turistas de los cojones...

En Stalingrado, naturalmente, no había atisbos de turistas ni siquiera por equivocación.

Pero Alessio, que se dedicaba mientras tanto a hacer masajes en la ingle de Sonia por debajo de la mesa, tenía en la cabeza planes muy distintos. Ni siquiera le contestó. Cogió a Sonia de una mano, la convenció para que se levantara con un leve tirón del brazo. Y Cristiano comprendió de inmediato.

Sonia le importaba una mierda. La cuestión es que hacía falta tener muchas mujeres en el barrio para ser el número uno. Marcar el territorio, hacerse respetar. Y ésa se dejaba arrastrar, se dejaba llevar detrás de las casetas mientras los demás gritaban las consabidas ocurrencias subidas de tono.

—¡A *toda* pastilla, Ale! ¡Os queremos oír!

Alessio la apoyó contra la pared crujiente de una caseta, a plena luz, entre la gente que pasaba. Se acurrucaron en un nido de sombra. El pareo echado a un lado, la cremallera que se baja en una fracción de segundo y ella que deja que se le deslice dentro. Un puñado de niños con pistolas de agua los sorprendió. Nadie se alteró demasiado. Dieron de prisa la vuelta a la esquina y les dejaron acabar.

Esa tarde bajó a la playa Sandra también, en compañía de otras mujeres del barrio. Era jueves, pero ella tenía el día libre. Muchas madres habían bajado con sus sillas plegables y sus revistas de cotilleo, y se habían puesto a charlar.

Rosa no. Rosa se había quedado en casa como siempre, sentada en un sillón frente al televisor, a pensar y a martirizarse las uñas. Con el rostro blanco como la cera, los pies hinchados en las zapatillas, sellada en el nicho sofocante del tercer piso. Mientras tanto, su marido se había asomado al balcón, y ella sabía lo que estaba haciendo.

Sandra buscó a Rosa con la mirada entre las sombrillas, notó con desaliento su ausencia. No había llamado a su puerta. A pesar de que hubieran pasado los días, aún no le había llevado la tarta. Y ella no era tonta, el porqué lo intuía.

Ahora abría orgullosa *La Repubblica* de hoy. Era tal vez la única mujer de todos los portales que leía un periódico cada día, y por ello se la miraba con desconfianza.

Repasaba voraz los titulares y las columnas: «Berlusconi obtiene la confianza del Senado». «Berlusconi cita *Alicia* de Lewis Carroll.» Arqueó las cejas. «El jefe del Gobierno recuerda que éste no es el país de las maravillas y, sobre todo, que él no es Alicia...»

Sandra estaba leyendo ávidamente las páginas de política nacional cuando Anna se acercó, se plantó delante de ella poniéndole mala cara y le arrancó el periódico de las manos. Realizarían una oposición dura. Derribarían ese Gobierno en menos de un año. Anna, entretanto, le estaba diciendo que ella a la pista de patinaje iría esa noche de todas formas, con o sin el consentimiento de su hermano.

—¡Vamos a ver si no acabas ganándote una bofetada! —recogió el periódico con gesto de impaciencia.

Dejó que su hija soltara dos o tres tacos, después hundió de nuevo la cabeza entre las páginas. Empezó a hojearlas humedeciéndose el dedo. Con los puños levantados, cuando era niña, cantaban canciones de batallas difuminadas en el siglo anterior. Anna miraba a su madre y se sentía en guerra con el mundo. Ya lo verán. ¡Vaya si lo verán!, de lo que soy capaz... Me escaparé de casa, pensó alejándose, montaré un buen follón, ya no podéis retenerme: tenéis que dejarme marchar.

Pero después Francesca le hizo una zancadilla en la arena, la cogió de un tobillo y empezó a arrastrarla al agua riendo. Francesca... Bajo el agua, abrazada a su mejor amiga, lo mejor del mundo y del universo, Anna se olvidó de golpe de la pista de patinaje y de su familia de cabrones.

Ahora había vuelto a correr entre los chicos que jugaban a la pelota. Junto a Francesca, ponían en práctica toda una serie de acciones bien ensayadas para molestar. Como por ejemplo, echarse encima de Massi, hacer que se cayera justo cuando estaban a punto de pasarle el balón.

Por un instante se detuvo a recobrar el aliento. Con los ojos grandes, abiertos de par en par sobre su mundo.

Vio a Donata inmóvil bajo la sombrilla, retorcida en su enfermedad. Le habría gustado acercarla al agua pero no podía, le faltaba valor. Vio a la pringada de Lisa, que estaba comiéndose un helado. Y a su madre dejar el periódico, gesticular animadamente con otras mujeres. Su padre quién sabe dónde estaría: era mejor si no regresaba. En el bar, la silla de Alessio estaba vacía, y Cristiano intentaba camelarse a una tía. Vio toda la playa abarrotada. Y, por último, vio a Francesca. Lo más hermoso. Su amiga del alma. Había estado dando vueltas sobre sí misma con el agua en los tobillos y ahora le sonreía, radiante.

Su hermana, efectivamente. Más que una hermana.

Si Anna hubiera levantado la cabeza, echando un vistazo a lo lejos, hacia la pared gris de su colmena, tal vez se habría percatado de un hombre asomado al balcón del tercer piso.

Enrico, con los prismáticos en la mano, observaba la escena. Ajustaba la graduación enfocando el bañador de su hija. Sudaba. Lo había visto todo, esta vez. Su hija que se subía a hombros de un chico, ese asqueroso bastardo del edificio de enfrente. Él que la abrazaba bajo el agua, fuera del agua, por todas partes. Los había visto correr hacia los vestuarios, ocultarse entre las casetas.

Las manos le temblaban, las venas le estallaban en el cuello. Estaba a punto de lanzarse abajo, a la playa. Pero después, al cabo de pocos minutos, los vio regresar y reunirse con los demás. Y por eso no había intervenido. No quería montar escenas inútiles. La esperaba en casa. Y antes del turno de las diez le haría comprender, por las buenas o por las malas, que no debía comportarse como una puta.

Se lo haría comprender perfectamente esta vez, a ella y a esa cabronaza de su amiga, la que la estaba descarriando.

Mira cómo cojones se abrazan. Pero ¿qué están haciendo? ¿Qué cojones están haciendo?

Los prismáticos se le cayeron al suelo. Y se hizo la oscuridad en el interior de las lentes.

SEGUNDA PARTE

Algas

12.

El 13 de agosto de 2001, a medianoche, Alessio subió hasta lo más alto de un poste oxidado de la vieja línea eléctrica, asegurándose con un arnés. Escaló por él como un gato. Llevaba su mono de trabajo y la habitual gorra de los Chicago Bulls. Desde esa altura veía todo el promontorio y el mar, a escasa distancia, negro y caliente.

Dos postes más allá, en pantalón y manga cortos, Cristiano desenfundaba la cizalla y le hacía una señal para empezar. A horcajadas en el poste, ni siquiera se había subido una soga a la que atarse. No le tenía miedo a nada. En su pecho, los latidos acelerados y la emoción adolescente de siempre, de la baladronada.

La noche estaba limpia. Y desierta.

Se miraron a los ojos, decididos a no dejar sin castigo ni uno solo de aquellos postes. El corazón de Alessio bombeaba sangre y cocaína: como siempre que iba con Cristiano, cuando se colaban en alguna propiedad privada para robar algo.

Estaban dentro del recinto vallado con alambre de púas del complejo Dalmine-Tenaris, en el centro de una gran extensión libre de cañaverales, frente al oasis del WWF. A su lado, la gigantesca central eléctrica proyectaba sus torres en vertical, emitía luces blanquísimas idénticas a las estrellas. Eran lo más alto de la costa. La luna filtraba los vapores de los paúles, convirtiéndose en una baba. Después, sólo maleza, encinas bajas y zarzales. Después, el mar, y ya nada.

Allí no había nadie más que ellos, manos a la obra, en medio de las instalaciones. Acaso un par de zorros, algún jabalí y muchos, muchísimos mosquitos. No se habían traído las linternas. La plata de la luna bastaba y sobraba: no alarmaba a los guardias de la Dalmine.

Desde allí también, como desde todas partes, era visible Afo 4. La torre de los altos hornos centelleaba tranquila sobre el promontorio. Hacía de centinela. Y una nave de crucero, iluminada como para una fiesta, pasaba de vez en cuando como en un sueño.

Algo más allá, distintos corrillos de chicos se habían reunido en las playas, como cada año, en amplios círculos alrededor del fuego. Era la semana de Ferragosto, casi todo el mundo estaba de vacaciones y cada grupo había organizado su reunión playera, a lo largo de la carretera comarcal de la Principessa, con cervezas y porros. Allí estaban también los chicos de Via Stalingrado, los más macarras. Allí estaban Sonia y Jessica, preguntándose dónde se habían metido los otros dos, sin poder imaginárselo siquiera.

Alessio enrolló el primer haz de cobre e hizo una señal de asentimiento con los dedos. Todo marchaba.

Cristiano le contestó lanzando un enorme trozo de cable al aire como si fuera un

lazo, fingiendo que cabalgaba el poste como si fuese un toro o algo parecido. Es un auténtico idiota, pensó Alessio, meneando la cabeza.

Unos días antes, en el comedor de la Lucchini, a un fulano de lo más listillo se le escapó que el recinto de la Dalmine estaba lleno de cobre. Lo dijo guiñando un ojo, en voz alta, sin saber que quienes le escuchaban en silencio tenían bastante familiaridad con el cobre.

—No han desmantelado entera la vieja línea eléctrica.

Y ellos captaron la idea. Es más: se le adelantaron.

Aquella noche, con los faros apagados, bordearon la fábrica de tubos siguiendo la carretera de tierra del campo de entrenamiento para perros de caza. Buscaron el lugar exacto donde el cañaveral era más ralo y la ciénaga poco profunda. Cortaron la alambrada y se adentraron como animales nocturnos.

El mercado negro del cobre: ése sí que estaba en plena expansión. Ahora levantaban la cabeza de vez en cuando para comprobar que no salía nadie de la fábrica. Todo estaba desierto y silencioso. Lo estuvo durante más de una hora.

Después, Cristiano notó que algo se movía entre la vegetación. Se puso rígido. Estaba acercándose hacia ellos. También Alessio se detuvo.

Un coche avanzaba lentamente en medio del cañaveral con las largas puestas. ¡La policía!, fue el primer pensamiento de ambos. Siguieron el ruido de los neumáticos en la grava y la silueta del coche que aparcaba a no mucha distancia. Contuvieron la respiración.

El motor se detuvo, pero no bajaba nadie. Contuvieron la respiración un par de minutos más. Tensos, agazapados. Otros dos minutos. Los faros se apagaron. Conque era eso: el coche empezaba a balancearse. Despacio, como una cuna. Hacia delante, hacia atrás, como una mecedora.

Alessio sonrió, sintiendo cómo la tensión se aliviaba de golpe. Cristiano les mandó a cagar con la mano. ¿No había otra noche? Con todas las playas que hay, ¿precisamente aquí?

No importaba. Lo indudable era que ni se trataba de polizontes ni tampoco iban a llamarlos. Tenían otras cosas en las que pensar, dichosos ellos. El coche latía tranquilo, los parabrisas empezaban a empañarse.

Era una extraña compañía.

Entretanto, Alessio y Cristiano habían vuelto a cortar y a sudar. Tenían las camisetas pegadas al cuerpo. La humedad provenía del mar, les apelmazaba la boca y la nariz, transformaba el aire en agua.

Al fondo, en la carretera nacional, hileras de coches en columna avanzaban a paso de hombre hacia el puerto. Desde aquella altura, Cristiano podía verlos: una serpiente de faros amarillos y motores encendidos. Turistas ansiosos por embarcar hacia la isla de Elba en el primer barco de la mañana. No los envidiaba en absoluto, a aquellos

fanfarrones de ciudad que mañana llegarían a la isla para celebrar Ferragosto en un hotel, bajo las sombrillas de unas playas blanquísimas.

El de los turistas era otro mundo, otra vida, aglomerada y normal. Aquí había adrenalina, había hasta dos que hacían el amor. Y los guardias al acecho, los mosquitos, kilos y kilos de cobre, o sea, un montón de dinero que ganar.

Cristiano miró a su amigo de siempre, a su mejor amigo, que bajaba de un salto y enrollaba un grueso cable con el lógamo hasta las rodillas. Lo miró con una sonrisa especial.

Porque sí. Porque, cuando tenían doce años, se metían en las obras de la carretera nacional y aguardaban a que algún obrero se alejara. Decían: «Vete a mear, gilipollas». Y si se alejaba de verdad, decían: «Uno, dos, tres». Después se metían a toda prisa en la cabina sin vigilancia de una pala mecánica o de una excavadora, aquellos utensilios mastodónticos que conducirían durante toda su vida.

Alessio levantó la cabeza y echó un vistazo al coche.

—No paran esos... —los señaló—. ¡Enhorabuena!

Se secó con el brazo el sudor de la frente y respiró a pleno pulmón una bocanada de salitre. Le entraban ganas de reír.

Robar cobre en plena noche: algo digno de contar a las chicas. Alessio las conocía bien, sabía que en determinado momento del relato se les dibujaría en la cara esa sonrisa tan especial. Los labios severos, obstinadamente cerrados y, sin embargo, en filigrana, listos ya para el beso. Por ese beso él habría hecho cualquier cosa, por esa precisa clase de chicas que se enamoran de los canallas, pero después se casan con los empleados de banca.

Él, en todo caso —intentó sonreír—, estaba en lo alto de un poste de la luz y, francamente, se divertía como un crío. ¿Cuánto se divierte, en su ventanilla, un empleado de banca? Y si un día, por casualidad —un día que antes o después tenía que llegar—, se cruzaba con Elena por la calle, se lo diría a la cara: «Estupendo, haces muy bien, cástate con ese sapo baboso del banco. Verás, yo me siento orgulloso de lo que soy. Porque me parto el culo, pero estoy vivo».

Por fin el coche encendió el motor, después los faros y desapareció lentamente rechinando sobre el adoquinado.

—¡El gusto es mío! —rió Cristiano.

Alessio hizo ademán de aplaudir.

Se miraron a la cara: daban asco. Miraron el reloj. No había tiempo para bromas. Y otra vez a cortar cables, con las manos resquebrajadas, las piernas atrofiadas, la satisfacción absoluta de haber acumulado ya cantidades industriales de cobre.

Y así prosiguieron, colgados con las cizallas en las manos, durante cinco horas. Al amanecer tenían tales ganas de gritar que sentían como si los pulmones fueran a estallarles. Casi no habían proferido palabra, por miedo a los guardas, por miedo a

que alguno de los camioneros adormecidos al volante, en el aparcamiento a la entrada de la fábrica, se despertara y empezara a tocar el claxon.

Cuando por fin bajaron, estaban empapados en sudor y tenían los brazos hechos trizas. Ya no se veían ni los faros de ningún coche aislado. La nada más absoluta. Dentro de poco, los obreros del turno saldrían y otros, de todo Val di Cornia, llegarían en autobuses, en coches, para el turno sucesivo.

Vadearon el légamo con las botas de goma y llevando a hombros los últimos cables enrollados. Llegaron hasta el coche y llenaron el maletero, los asientos posteriores, cualquier hueco que hubiera, hasta arriba. Después, con las luces apagadas y con los amortiguadores oprimidos por tanto peso, costearon de nuevo la nacional.

Un cartel negro con caracteres anaranjados señalaba la ZONA ARTESANAL. Señalaba. Porque hacía poco que alguien, un genio, había ennegrecido la *a*, la *r*, la *t*, la *e* y la *s*. La indicación resultaba mucho más fiel a la realidad ahora.

Alessio conducía con calma, atento a los baches y a las piedras. Ruido de ranas, de insectos parecidos a helicópteros, y esos malditos mosquitos que entraban por las ventanillas abiertas junto al polvo.

No hacían más que rascarse las pantorrillas.

Cuando por fin se alejaron de la Dalmine, Alessio metió la cuarta y después la quinta. Levantó una gran polvareda de tierra y se volvió hacia Cristiano con una sonrisa galáctica.

Cristiano le contestó lanzando un puñetazo contra el parabrisas. Un puñetazo feliz, de victoria. Encendió la radio: *I'm blue, da ba dee da ba die*, a lo bestia, *I'm blue, if I was green I would die*. Los altavoces volvieron a rugir, y ellos sacaron entonces las cabezas por las ventanillas, a la vez. Y a la vez gritaron fuerte, en la nacional desierta, contra las colinas.

—Tres mil liras el kilo, ¿multiplicado por?

—Más o menos... —Alessio echó un vistazo al retrovisor.

—¡Más o menos una media tonelada! —exultó el otro volviéndose para controlar el botín.

Echando cuentas, en una sola noche se habían embolsado, entre los dos, el equivalente a su sueldo de un mes.

—¡Hasta el culo les hemos mangado y no ha saltado ni una sola sirena!

—Estarían durmiendo, o chutándose una porno...

—Ale, mírame —en el semáforo se miraron fijamente a los ojos cansados y brillantes—: Mañana por la noche nos vamos al Gilda, y ni una palabra más.

El de Alessio era el único coche que vagaba por la ciudad dormida.

Se sintieron algo ladrones, cuando bajaron en Via Stalingrado y las puertas hicieron mucho ruido al cerrarse. No se rieron en absoluto cuando, con las miradas

atentas a las ventanas con el temor de ver alguna encendida, amontonaron el cobre en el garaje.

Se deslizaron a través del patio y cada uno se metió de puntillas en su propio portal. Subiendo por las escaleras, lo único que se oía eran los ronquidos de los hombres, y el llanto de un recién nacido. Era como invadir un reino extranjero. Y el que lloraba era el hijo de Cristiano, en el piso de su ex novia.

Se detuvo en la puerta y apoyó allí la oreja: hasta que ella no se levantara para cogerlo en brazos, se quedaría allí escuchando cómo lloraba. Sintió en su pecho algo intenso y diluido. Tal vez fueran ganas de llamar. Pero no era capaz. Y se escabulló en la oscuridad devorando a la carrera tres tramos de escaleras.

Alessio puso el máximo empeño posible en no hacer ruido. Se preocupó de quitarse los zapatos y prefirió no encender la luz. Intentó llegar a su habitación a tientas.

Pero le salió mal.

Chocó contra una silla en la cocina. El ruido retumbó, irreal, por todas las habitaciones del piso. Instantáneamente, el clic de un interruptor de la luz se oyó incluso allí. Blasfemó para sus adentros. Y su madre se presentó, con los ojos hinchados de sueño, justo delante de él.

Sandra estaba de pie, rígida como el palo de una escoba, ante la figura inmóvil de su hijo a las seis de la mañana. Con el mono de trabajo, la cara sucia, en condiciones sólo equiparables a las de un soldado del Vietnam en *Apocalypse Now*.

—Ahora vas a explicármelo —empezó a decir. Despegó los labios encolados por el sueño, y bajo la piel transparente de la frente se le tensó un músculo. Le salió una voz que no era suya, y no fue capaz de completar la frase.

Alessio miraba a su madre: aquella mujer en bata con los hombros curvos había envejecido, desde luego, estaba pálida y debilitada, aquella mujer con los ojos llenos de tristeza, que ahora cerraba los párpados para no seguir viendo.

No se había percatado aún de que su madre era una mujer con demasiadas preocupaciones y demasiado cansada para aguantar encima sus gilipolleces. Bastaba con el desgraciado de su padre, bastaba con el mundo bastardo para causarle daño. Lo que a él le tocaba, quizá, era hacerla feliz.

—Mamá —reunió valor—, vuélvete a la cama y por favor no me preguntes nada. Te juro que no tienes por qué preocuparte.

Sandra seguía con los ojos cerrados, en silencio.

—Mamá —dijo—, perdona si estoy tan sucio...

Tomó entre sus brazos aquel cuerpo, lo estrechó contra él como un niño o una novia. Le hizo notar, pese a su espalda hecha trizas, toda su fuerza.

—No te pregunto nada —dijo Sandra, meneando la cabeza—, pero tú prométeme...

—¡Chisss! —dijo Alessio, que no quería escucharla.

—Prométeme —repitió Sandra, mientras le iba volviendo la belleza al rostro— que ésta es la última vez que vas a hacer no sé qué de noche.

Alessio se rió. Se rieron juntos, abrazados y cansados, a la luz de la bombilla que colgaba del techo y del alba que estaba surgiendo. En aquel momento, por detrás del ángulo de la puerta, apareció Anna. No dijo nada. Permaneció allí, limpia y descalza. Los miraba, sin ser vista, como un pequeño ángel en pijama veraniego. En su alfabeto, aquello era algo muy hermoso. La imagen de su madre con el rostro en el hueco que quedaba entre el cuello y el hombro de su hermano, era tal vez la más hermosa. Algo por lo que merecía la pena, en la vida, no hacer trampas.

13.

Minúsculos huevos de mosquito flotaban sobre la superficie del agua. Un caldo tibio y denso en el que pululaban los animales vivos.

Francesca y Anna cruzaban el cañaveral con los pies descalzos, lanzando risitas poco humanas. Cada paso era un ataque de cosquillas en los tobillos, y a ellas les gustaba un montón.

Con los pantalones del chándal arremangados en las rodillas, las zapatillas de deporte atadas a la cintura. La carita de Anna espiaba la de Francesca entre las cañas. Jugaban a esconderse y a encontrarse, entre los vapores y las trayectorias de los insectos.

—¿Estás segura de que me seguirás queriendo el año que viene?

—¡Qué plasta eres, France!

Eran dos excrecencias en aquel lugar. Con cada ráfaga de viento, en la ciénaga nevaba polen. Hasta la luz se remansaba. El sol se había quedado a media altura, henchido e inflamado. No se ponía.

¿Por qué se obstinaban en ducharse cuando sabían que iban a ensuciarse?

El pelo húmedo, que olía a champú, iba impregnándose poco a poco de otro olor. Sudor mezclado con linfa. La pelusa de las plantas en contacto con la piel. Era como estar caminando entre la lana.

Iban allí todas las tardes, después de cenar, desde hacía años. Y a las diez tenían que estar ya en casa.

No había otra forma de llegar hasta allí: era necesario saltar el muro, superar tapándose la nariz el desagüe del alcantarillado, adentrarse en los paúles tupidos de filamentos, de babas.

Pero cuando llegabas y el mar se te aparecía delante, te entraba un afán sin igual por echar a correr. No había nadie allí, era el desierto. Hasta podías desnudarte completamente y gritar las peores cosas, palabras obscenas, sin avergonzarte.

La playa era un almacén de algas. Y troncos caídos, y barcas varadas con el casco recubierto de pelusilla. Los pescadores venían aquí a abandonar los viejos armazones para no pagar la tasa de basuras.

Era hermoso hundirse en la pasta blanda de las algas hasta las pantorrillas, notar los caparazones vacíos de las conchas que sobresalen como dientes y te pinchan en los pies. Posidonias pardas a millones, que el mar arrojaba allí. En la orilla se deshacían en un mucílago negro, una papilla que olía a pis y a pan. Ésa era su playa secreta.

Anna apretaba entre sus manos el cucurucho con los restos de la cena y caminaba expedita por la orilla. Estaba radiante: pensaba en Ferragosto, al día siguiente. Miraba fijamente ante ella el disco rojo, dilatado, del sol. Con la sensación de que todo estaba

en su poder.

Francesca permanecía atrás, oscilaba sobre sus piernas largas y delgadas. Abrigaba en su pecho una promesa, que tal vez mantuviera. Una promesa que se había hecho a sí misma, en la mesa, en silencio, mientras cenaba con sus padres. Pero ahora ya no estaba tan segura de poder mantenerla. En el momento oportuno, estaba convencida, le faltaría valor.

Cuando llegaron al lugar exacto, Anna se metió dos dedos en la boca y lanzó un silbido agudo, de chico. Permanecieron a la espera.

—Ya verás como falta alguno...

Se habían comprometido a no llevar a nadie más allí. Ni ellas sabían el porqué, pero había algo de desnudez en aquel lugar que las hacía sentirse como en casa. Francesca, estarían quizá en quinto de primaria, se lo había propuesto: «Este lugar será nuestro solamente». Y Anna había dicho enseguida que sí. Se lo había jurado: «Sólo tú y yo».

Al cabo de unos instantes, por todas partes, fueron apareciendo los gatos, entre los agujeros de las barcas y de la espesura poco distante, fieles a la señal de las chicas.

—Uno, dos, tres, cuatro... —contó Francesca—. ¡No falta ninguno!

Llevarles de comer, sacar a los animalitos del corazón de los matorrales y de los cascotes de las barcas antes de que se hiciera de noche, antes de meterse en la cama y rememorar el día recién acabado, las hacía retroceder a un estado infantil. Masticaban las algas. Hundían las caras en los pelajes húmedos y ásperos de los gatos. Que eran feos. A uno le faltaba un ojo. A otro, la cola. Y eso, sin contar las pulgas.

Fue un puerto, en otros tiempos, hace más de un siglo tal vez. Y ahora, para ellas, era un nido.

Anna dejó en el suelo el cucurucho, lo abrió y se vio sumergida por los maullidos. Aquel lugar perdido de la costa se había reducido a un caldo primordial de cosas. A Francesca le gustaba rebuscar entre las ruinas la prueba de que alguien había estado allí, antes que ellas: un cucharón, un azulejo de cerámica. Se agachaba para excavar y gritaba si desenterraba algo humano.

También aquel día se acurrucó junto a un amontonamiento de yedra y piedras. Sólo que esta vez estaba distraída. Excavaba con la mano sin criterio alguno, mientras sopesaba y le daba toda clase de vueltas a su promesa. De una cosa estaba segura: de que aquél era el lugar más adecuado. En cuanto al momento, mañana tal vez fuera ya demasiado tarde.

Levantó la cabeza, se detuvo a observar a Anna, su *mejor amiga*, en el centro de una aglomeración de colas y patas. Tenía que decírselo ahora, tenía que decidirse a hacerlo. Una docena de gatos se restregaba entre sus piernas y ella se lo consentía, se inclinaba sobre ellos, les ponía boca arriba y les acariciaba después donde el pelaje se

volvía ralo y rosado.

Francesca seguía allí, en plena agitación. Por debajo de la piel notaba deslizarse algo parecido a un jugo caliente, vibrante, que la inundaba y la atemorizaba. Anna acercaba su nariz al hocico húmedo de aquellos animales y Francesca notaba cuánto había cambiado, con el tiempo o repentinamente. Era como si se hubiese derretido en los gestos, en los ojos. Se había vuelto femenina. La voz más ronca, un tono más baja, ahora que hablaba y Francesca no entendía sus palabras. Algo se estaba desatando en el fondo de su hosco, mudo organismo.

El efecto misterioso. El efecto lanuginoso que Nino no conseguía despertar en ella.

Tenía que armarse de valor: tenía que decírselo, ya no podía seguir ocultándolo. Odiaba el tiempo porque creaba distancia entre ambas. Cuando eran niñas, eran una única cosa. Ahora, en cambio, empezaban las distinciones. Y mientras se escindían y Anna perseguía sus sueños galácticos —«Seré jueza, abogada, senadora»—, Francesca se iba quedando atrás, indecisa. Si la abrazaba, o incluso sólo con rozarla, su cuerpo reaccionaba de un modo nuevo. Y Francesca no era tonta. Estaba llena de cardenales, pero no era tonta.

Cuando Anna se sentó sobre el esqueleto herrumbroso de una barca, y se quedó mirando el mar en un contraluz oscuro y rojizo, Francesca fue a sentarse a su lado y se abrazó las rodillas.

—France —dijo Anna sin mirarla—, mi madre es una frustrada. Ella cree que no me doy cuenta, pero yo lo veo. Te pareceré una cabrona, pero... yo quiero marcharme de aquí. ¡Quiero ser famosa!

Francesca tragó saliva:

—Tengo que decirte una cosa.

Su amiga estaba inspirada. Tenía la mirada fija en el horizonte, en el perfil dentado de la isla, con los ojos de quien desea conquistarlo todo y tiene una prisa desmedida.

—Yo no quiero ser una frustrada —prosiguió—. Sonia, Jessica, hasta mi hermano también... Trabajan todo el día, se ponen ciegos el fin de semana. Después se casan, tienen un niño, y al final se mueren. ¿Qué ha ocurrido? Nada. Nadie se ha dado cuenta de que estaban ahí.

—Entonces uno tendría que salir en la tele...

—¡No es verdad! Con todo el respeto para las azafatas, las bailarinas, la gente del espectáculo... ¡Fabrizio Frizzi^[5] no va a pasar a la historia! —lanzó un puñetazo al aire—. ¡No es una persona seria!

Volvió en sí.

—¿Qué querías decirme?

Francesca la había estado escuchando, con las pupilas dilatadas y listas para

capturar cualquier variación de aquella silueta: cualquier mínima, hermosa expresión de aquel rostro. Una palabra precisa le invadía las sienes, quemándola, pero no era capaz de pronunciarla.

—Nada, nada importante —el rostro de Francesca estaba pálido—. Pero es que uno nace aquí, donde no hay ni un cine decente, se cría en este barrio de mierda, y después, ¿crees que va a pasar a la historia?

—No lo entiendes. Eres una pesimista hasta las cachas. Pon que me convierto en sindicalista y me cabreo con Lucchini, imagínate que le monto una huelga tan dura que hasta se apagan los altos hornos, molaría un huevo, ¿no crees?

No, Francesca no creía que algo así fuera posible. La única idea que tenía, a propósito de la fábrica, era que si su padre hubiera muerto allí, ella habría soltado un suspiro de alivio.

Anna hablaba de Roma, de Milán, de la carrera de Derecho, todas cosas lejanas que le gustaría hacer y conocer, acaso sin ella. Y ella sentía su cuerpo frío volverse tibio y sin forma. Hubiera querido sofocarla, no dejar que siguiera hablando, retenerla y abrazarla fuerte.

Se giró también para observar la isla de Elba, las siluetas gigantes de los montes, las minas de hierro. En una mina, eso era, en el interior de una montaña quería esconderla.

—Yo siento, Fra, que quiero ser alguien que aquí no existe —sonrió—. Casi no me creo que mañana nos dejen ir a la fiesta, por fin... Todo está cambiando.

Se acabaría marchando de allí. La dejaría sola. Y ella, sola, ¿qué haría?

Anna: la primera palabra que aprendió a escribir, después de mamá.

No la estaba escuchando, en realidad: sólo la miraba, y no era capaz de frenar eso que tenía un único nombre. Era inútil buscar otro, disimular. Es inútil, Francesca, que sigas conteniéndote: a lo largo de los días, de los meses, de los años. ¿Cuánto puede durar aún? No puedes hacerlo: tu organismo ha decidido por ti.

—Quiero ser alguien, pero quiero que tú también lo seas.

En aquel *tú*, pronunciado netamente con la lengua contra el paladar, Francesca sintió que estallaba y, definitivamente, se deshizo.

—Tú —una sonrisa magnífica, pecosa, con el labio levemente mordido y húmedo de saliva— eres la persona más especial del mundo.

Bum.

El mundo. Francesca cerraba los ojos.

Tienes que decírselo. Debes hacerlo.

Entreabría la boca y notaba el retrogusto de pelo mezclado con algas que había en aquel lugar denso. Sentía, se convertía en un sentimiento.

Tienes que decirle esa palabra.

Estaba cediendo.

Tienes que pronunciarla entera, primero el pronombre y después el verbo. Si no, morirás.

Nada más volver, Anna se puso enseguida el pijama. Corrió al baño a lavarse los dientes y se los restregó con tanta fuerza que le salió sangre de las encías. Levantó la vista del lavabo y se quedó mirando el aspecto que tenía en el espejo: la boca embadurnada de pasta de dientes y los ojos muy abiertos.

Se imploraba a sí misma: ¡dime que soy normal, dime que no ha pasado nada malo, te lo ruego, yo soy normal!

Francesca está enferma. No es verdad. No habré perdido... Venga, sabes perfectamente que no se pierde así. ¿Y entonces por qué estás tan inquieta? Es una gilipollez. Ahora cálmate y vete a la cama. Mañana es Ferragosto, el día de la fiesta. Es todo culpa de su padre, del monstruo.

Hizo un largo gargarismo con el colutorio y lo escupió después con violencia. Se secó la cara, y con la boca aromatizada de menta intentó sonreírse ante el espejo. Todo había pasado, sí.

Pero cuando se metió en la cama, las imploraciones y las falsas certezas volvieron a atormentarla. El corazón le martilleaba en el pecho, sentía que se le calentaba la cabeza. Ya está bien, ya vale. Desde fuera llegaban los gritos y el ajetreo de los mayores, junto a la luna y los cláxones. La noche estaba llena de vida, y ella no sabía nada aún de todo ello.

Pero no tardaría mucho: al cabo de unas cuantas horas, al día siguiente, todo cambiaría... Pero, entonces, ¿por qué (¡coño!) ya no era capaz de sentirse feliz ante la perspectiva de la fiesta, como antes de cenar? ¿Por qué no se conturbaba ya ante la idea de la pista de patinaje y de los chicos y de la música de discoteca, y en cambio eran otras cosas las que no la dejaban dormir? Sabía perfectamente el porqué.

Muy bonito, parece que vas a comerte el mundo, quieres llegar a Presidenta de la República, y después te cagas encima.

Entretanto, en la oscuridad de su habitación, Francesca cerraba los párpados, contenía la respiración y pensaba con fuerza en ella. Tenía abrazada la almohada contra su cuerpo cálido y vivo. Cálido y vivo como nunca lo había estado.

Es cierto, se lo había jurado tácitamente: no había pasado *nada* y no volverían a hablar de ello nunca más. Sin embargo... Sin embargo, ahora, en la intimidad de su cuarto, sí que podía hacerlo: recuperar, revivir, nombrar ese nada. Aquí por lo menos, en su interior. Porque aquel nada había ocurrido. Y Anna se había enfadado *después*, hasta le había dado un empujón. Pero *antes*... Francesca abrió los ojos y proyectó en el techo, en una repetición infinita, aquel antes.

Se oyó romperse un plato o un vaso. Su padre empezó a gritar.

No era de esa gente que lucha, ella. Le daba igual eso de conquistar el mundo como Anna. Ella no era Anna. Era distinta a las chicas del barrio, a las chicas en

general. Y se había rendido desde siempre, ya desde el primer curso de primaria. Este mundo, ella no lo amaba.

Sin embargo, amaba a Anna.

Intentó no prestar atención a los gritos, a la suciedad. Al ruido que hacían las manos de su padre contra el cuerpo de su madre, y al llanto refrenado, continuo de ella. No podía ser tan tremendo lo que había hecho. No podía ser algo tan equivocado si por lo menos de noche, antes de quedarse dormida... Negaría y reprimiría los sentimientos que experimentaba, los ocultaría como los moratones, los golpes, el horror. Oscura, salvaje Francesca. Pero también ella era capaz de un minúsculo calor. Sus poros, sus folículos vibraban.

Cuando se hizo el silencio, una serie luminosa de imágenes empezó a agolpársele en la cabeza: la leche fría con menta, en primer lugar, en un vaso alto con la cucharilla que al dar vueltas tintineaba. La merienda con Anna, una tarde de hacía muchos años. La primera vez que descubrieron la playa de las algas, y Anna había dicho: «¡Oooh!». La tortuga terrestre. La mancha blanca en las bragas que había de ocultar. Se estaba quedando dormida. La concha que Anna se llevaba al oído a los ocho años, haciendo como si llamara por teléfono: «¡Cállate! El mar me está diciendo una cosa importante».

No eran los desfiles de moda su auténtico sueño. Era coger un trasbordador para la isla de Elba, el primero de la mañana. Asomarse a proa y, abrazada con fuerza a Anna, mirar cómo la isla se iba acercando. Se pondría su vestido más bonito ese día. Metería en la maleta las gafas, las aletas y también los patines. Ella se encargaría de todo: de cocinar, de lavar, de bailar. En la pequeña casa dentro de la mina de hierro.

Pero Anna no conseguía quedarse dormida. Daba vueltas y vueltas en la cama sudada, e imploraba: basta. La cabeza le zumbaba como un ventilador al máximo. Entonces la tomaba con las sábanas, se encarnizaba con la almohada. En determinado momento, desesperada, encendió la bombilla de la lamparita, cogió un libro cualquiera de los del colegio: *Leer el texto. Historia de la literatura italiana 3*. Lo abrió al azar y empezó: Giovanni Pascoli.

Quería mucho a Francesca, que quedara claro, incluso ahora. Tal vez no hubiera querido tanto a ninguna persona en toda su vida, porque... Bueno, se habían criado juntas, habían hecho todas las cosas juntas y lo sabían todo la una de la otra. Pero... había un pero.

«Digitale purpurea.» De *Primeros poemillas*, versos libres.

Anna se esforzaba por leer, por no revivir con la mente cuanto había sucedido una hora antes en la playa secreta. Y sin embargo, fulgores, briznas de ese minuto, o de esos cinco, diez minutos, se insinuaban en la lectura y le hacían daño. Recordar. El sol oculto a medias detrás de la isla, y la isla negra y viva. Le había faltado la respiración. Se había visto con las narices invadidas por el olor a ella, a nueces, a

almendras y al mismo tiempo a gato. El vapor que subía del mar. Sentía el agua pulir las cosas, respirando.

Análisis del texto. Análisis del texto.

Sentadas. La una mira a la otra. La una / grácil y rubia, sencilla de ropas / y de miradas; pero la otra, grácil y morena, / la otra...

No puede estar pasando de verdad, pensaba mientras ocurría. Francesca había dicho *esa* palabra, había hecho *eso*, y ella se había rendido. Era incapaz de comprender. O mejor dicho: comprendía perfectamente. Sin embargo, sentía curiosidad.

Recordaba los ojos verdes de Francesca. No era inocente, al contrario.

Los gatos, los que quedaban, se habían tumbado sobre la tripa entre las barcas y habían entrecerrado los ojos enfermos, las cataratas.

Después se había dado cuenta. Y entonces había echado a correr todo lo rápido que podía. Y también ella —*la otra*— había echado a correr en dirección contraria. Ambas se habían olvidado las zapatillas de deporte entre las algas y las tablas de la barca.

Corriendo con los ojos cerrados, el viento, la oscuridad que iba volviéndose más densa entre ambas, y todos esos restos de cristales que le provocaban pequeños cortes en los pies, Anna había pensado todo lo imaginable. Que la odiaba, que la amaba, que no volvería a dirigirle la palabra.

Al final, sin embargo, al salir a la carretera asfaltada, había visto a Francesca pegada a un muro, bajo una farola, encorvada para recobrar el aliento. La estaba esperando.

«Noviembre» fue escrita por Giovanni Pascoli en mil novecientos...

De regreso, habían caminado en silencio siguiendo los muros desconchados de los garajes. Sobre sus cabezas, la silueta gigante de las colmenas decía: *estáis a salvo*. Las ventanas encendidas a centenares se llamaban unas a otras. Hinchidas de gritos y olores de cocina, las ventanas del mundo atestado y consabido. Habían evitado mirarse.

Entraron en el patio algo aturdidas. Allí estaba Nino montado en su escúter, que las saludaba. Y Cristiano, bullicioso como era habitual en él, que gritaba: «¡Al Gilda! ¡Al Gilda!», haciendo un gesto obsceno con la mano. Al fondo, en un banco, Sonia y las demás estaban en corro, en una conversación incesante y apuntalada por guiños. Las estrellas invadían el cielo como pecas, y ellas dos —sucias, mojadas y ateridas— caminaban una al lado de la otra sin mirarse.

—Entonces mañana, a las dos...

Voz neutra, tranquila como la superficie de un lago, apenas audible entre el estruendo que salía de una portezuela abierta de par en par y una radio al máximo.

—A las dos, pero nada de playa. Tenemos que probarnos los vestidos.

Sonrisa difícil, ojos dilatados y trémulos.

No volverían ya a dar de comer a los gatos, de eso Anna estaba segura.

Cerró el libro y los ojos. Pensó que, a fin de cuentas, esos gatos se las apañarían perfectamente por su cuenta. Le dolían los pequeños cortes de los pies.

Qué pena lo de las zapatillas de deporte, estaban casi nuevas.

14.

Era más o menos medianoche cuando Francesca y Anna se quedaron dormidas. El mundo se afanaba alrededor de sus habitaciones.

Rosa, con la mirada fija en el espejo del baño, se taponaba una herida del pómulo con una bola de algodón empapada en alcohol. Tenía dos ojeras tan negras que la sangre coagulada se distinguía a duras penas. En la habitación de al lado, Enrico el gigante, cómodamente tumbado, veía un programa documental en la primera cadena. No tenía, en su rostro ancho y desaliñado, expresión alguna. Sus pies reposaban sobre un cojín, el mando a distancia sobre la tripa. Sus grandes manos descansaban inocuas en sus costados.

También Sandra estaba viendo un programa en la televisión: un reportaje sobre las muertes por accidente laboral. Con el ventilador encendido que le daba directamente. Repiqueteaba con los dedos en el brazo del sillón. Tenía ganas de llamar por teléfono a alguien, pero no sabía a quién. Y se asombraba de que, ya a sus cuarenta y tres años, un sábado por la noche se viera obligada a quedarse en casa sola. La tenía tomada con él, pero le echaba en falta. Casi tenía la esperanza de que para mañana, para Ferragosto por lo menos, Arturo volviera.

Apoyado en la barra de un local en San Vincenzo, mientras tanto, entre una multitud de pequeños empresarios, vendedores de barcas y propietarios de concesionarios, su marido estaba hablando por el móvil. Exhibía un nuevo reloj en la muñeca y, a juzgar por cómo iba vestido, las cosas no le iban nada mal. Era un hombre guapo, de gran atractivo, pese a su escasa estatura. Habría podido conseguir a muchas mujeres, de haberlo querido.

Pero no quería. Al contrario, incluso entonces, habría querido volver a casa con un regalo para Sandra. Decirle: «Vístete, venga», y llevarla a bailar. Pero no era el momento, aún no. Y no tenía ganas de discusiones. Un señor sirvió más champán en su copa, y él bebió sonriendo. Tenía grandes negocios entre manos: su vida, ahora sí, estaba cambiando de verdad. Y Sandra, en vez de presentarle los papeles del divorcio para que los firmara, le pediría que volviera a casarse con ella. En Capri, o en Positano.

Lo que más deseaba hacer ahora, sin embargo, lo que no podía aplazar, era llamar a su hijo. Le había entrado el ansia por escuchar su voz, por comprobar que estaba bien. No lo demostraba excesivamente, ni era consciente de ello, pero le importaba mucho ese chico testarudo que se obstinaba en trabajar como un mulo en la Lucchini, en ese sitio de mierda. Y además estaba su niña, su pequeña Anna... Pero seguro que ya dormía.

Abrió la lengüeta ya desgastada de uno de los dos móviles que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta y marcó el número de Alessio. Una sonrisa hermosa,

de papá especial, apareció en su rostro en espera.

Sólo que el teléfono de Alessio estuvo sonando en vano. Tirado en el asiento posterior, se perdía bajo el sonido de la radio del Peugeot en carrera y, tras iluminarse unos instantes en la oscuridad, se apagó.

Aparcaron delante del pinar de Follonica. Con los vaqueros marcando trasero y en el bolsillo posterior las carteras repletas, alimentadas por lo obtenido con el cobre. Salieron del coche dando un portazo. Atención, ya estamos aquí.

Cristiano se había pasado, con el alcohol y con la ropa. Llevaba una camisa anaranjada, fosforescente, que notaría cualquiera. ¡Como un superhéroe!, se decía a sí mismo. Le hubiera gustado dar un beso a su hijo antes de salir, dado que su ex no estaba en casa. Pero no se atrevió, y ahora había cancelado la idea de aquel minúsculo ser humano. Silbaba mientras daba patadas a una piña.

Alessio, guapo y oscuro, caminaba inquieto detrás de Cristiano. Con la camisa blanca bien planchada, el cuello levantado y los ojos casi grises. Le habían dicho, en el bar de Piombino, dos policías: «¿Por qué no te presentas a un casting para la televisión, en vez de vender cobre bajo cuerda? ¿Qué te crees, que somos idiotas?».

Tropeles de chicos cruzaban zigzagueando el pinar. Numerosas llamitas crepitantes, olorosas de loción de afeitado mezclada con whisky, y gritos semejantes a aullidos lanzados en vertical entre los árboles. Donde los pinos se espesaban y las agujas caían cual lluvia, hacía frío. Apresuraron el paso, adentrándose por las resinas y las nieblas de la noche henchida.

Entre las ramas se veía un punto luminoso, que poco a poco adquiría el perfil de un letrero. Algunas letras estaban apagadas, pero, de todas formas, la palabra resultaba legible. A medida que se aproximaban, podía distinguirse la figura estilizada de una pin-up que invitaba a acudir allí. Y dos pezones de neón que brillaban.

Había que guardar cola.

Cristiano bufó ruidosamente. Alessio se palpó el bolsillo posterior de los vaqueros y se percató de haber olvidado el móvil en alguna parte.

Cola es una palabra civilizada. En realidad era un atasco. Un maremagno de varones acalorados y borrachos que la emprendían a empujones para abrazarse un instante después y que no se sabía adónde querían ir a parar. En el desorden general, un chavalín estaba doblado sobre sí mismo, en la acera, vomitando. Y otro, que no aparentaba ni catorce años, gritaba, con los calzoncillos bajados:

—¡Soy Rocco Siffredi!

Nadie le hacía caso. Había muchos chiquillos ruidosos como él mezclados con los mayores, de caza por vez primera acaso. Sólo un viejo, aunque fue una escena casi indistinguible, se volvió para mirarlo con una pizca de envidia vibrando en sus pupilas.

Era el único local de alterne entre Grosseto y Livorno. A la entrada, un cartel avisaba del carácter erótico de la discoteca: desaconsejaba la entrada a quien pudiera sentirse ofendido en su pudor. Alessio y Cristiano lo leyeron y lanzaron, como todos, unas risitas. Al cabo de treinta minutos de cola y treinta mil liras de entrada, franquearon por fin las puertas.

El primer impacto fue un bolo húmedo de humo, gritos, hedor.

Antes de conseguir ver nada, el Gilda les lanzó a la cara aquel hálito suyo caliente y nauseabundo. El aire era tan denso que parecía estar uno comprimido en la cesta de la ropa sucia. Se te subía a la cabeza el retrogusto a desinfectante, vómitos y sudor que aquel lugar transpiraba por todos sus poros. Impenetrable, la muralla de hombres acalorados. Los techos bajos, las luces azuladas: como en un subsuelo, casi un ataúd.

The summer is magic. Oh, Oh, Oh... The summer is magic... decía la canción, bombeada por los altavoces a todo volumen.

Pero allá, al fondo —Cristiano lo presentía mientras se le hacía la boca agua—, había una vertiginosa curva de muslo. A pocos pasos, el destello lanoso, público, de un pubis.

Ganaron el bar a fuerza de codazos. Entrevieron entre dos cabezas calvas la silueta de una figura desnuda que se movía. Al avanzar un poco más, distinguieron los círculos oscuros de dos pezones y el resplandor de un tanga metálico. Por último, cuando llegaron al borde de la pista, ahí estaba por entero: una espléndida morena que se contoneaba cimbreada, aferrada a una barra de acero. A su lado, una rubia menuda y semitransparente se trabajaba su barra también, retorciéndose vestida de escamas.

Muy satisfechos tomaron asiento, en una mesita que cojeaba, pero que gozaba de buenas vistas. Extendieron cómodamente las piernas y pidieron dos negronis.

Cristiano lanzó algunas miradas violentas hacia las dos, que tenían rostros ausentes y abstractos. Les midió la circunferencia de las caderas y de los pechos. Dos pedazos de carne colgados en el matadero. Pero acabó concluyendo que, desde luego, ¡eran de alucine! Y se unió al coro de entusiasmos.

Pidieron otros dos negronis, y después otros dos.

Nadie se percataba de que el enlucido del techo estaba desconchado ni de que en las esquinas proliferaba un moho negro. Nadie, excepto Alessio, tomaba en consideración el estado de abandono de los sofás hundidos, las fundas raídas por centenares de rodillas, muslos, codos entrelazados y apoyados. La enorme araña esférica reducida a un desnudo brazo, con apenas una decena de cristales colgando. Quién sabe cuántas veces a la semana, o incluso al mes, la contrata de limpieza limpiaría aquel agujero bochornoso. Alessio se lo preguntaba bebiendo despacio. Sin hacer comentarios, se detuvo en el rostro de la morena, visiblemente cansada. Dedujo que no, que no era espléndida en absoluto.

El suyo era un *lap dance* desgano, previsible. Aquella mujer debía de tener más de treinta años, las mejillas estropeadas por el acné bajo el maquillaje. A Alessio no le costaba imaginarse, tras sus movimientos, una pastilla disuelta bajo la lengua en el camerino, antes de empezar. Más difícil, en cambio, era imaginar el resto de su vida: la decoración de su cuarto, sus aficiones, a qué dedicaba el tiempo iluminado por la luz del día.

No podía evitarlo, aquel sitio nunca le había gustado. Eran tristes las sonrisas de las conejitas que deambulaban entre las mesas a la caza de las cincuenta mil liras. Le sacaban del estómago toda la tristeza que había acumulado en sus veintitrés años de vida. Pese a todo, procuraba disimular, esbozaba algún comentario vacío, una carcajada, y lo hacía solamente por su amigo.

Menudo amigo...

Cristiano, en efecto, muy excitado, había reconocido en determinado momento en el maremagno a su empleador. Tras ponerse en pie de un salto, empezó a agitar los brazos. Su jefe, un hombre de unos sesenta años, que llevaba una camisa hawaiana de la que sobresalía una enorme tripa, estaba atareado metiendo una ficha en el tanga de la chica rubia. Cristiano lo había llamado por su nombre y el hombre se había dado la vuelta. Le había gritado:

—¡Eh, alfeñique!

Y éste se había acercado como un estúpido.

Tras quedarse solo, Alessio observaba y callaba.

La escena vergonzosa de Cristiano que roía las migajas de su empleador. Los restos de un muslo, de un seno. «El bastardo que tan mal me paga, el bastardo que me explota», eso solía decir de él. Alessio seguía los movimientos de la mano de aquel grueso hombre peludo en el cuerpo frágil, anoréxico tal vez, de la muchacha rubia. Tuvo la impresión de que, de un momento a otro, aquel cuerpo se disgregaría como una galleta.

Era joven, muy joven. Tenía algo de extranjero en su rostro. Alessio se asombró de lo mucho que aquella adolescente se parecía a Francesca. Era idéntica: perfecta y sombría como ella. Los mismos ojos de agua verde, los mismos labios tersos. Se le puso la carne de gallina sólo con pensarlo.

Apoyó el vaso y se sintió por fin libre para estar triste. Profundamente triste.

Mientras Cristiano acompañaba al sosias de Francesca hacia la cortina sucia de un reservado, Alessio se levantó de golpe de la mesa, volcando la silla. Le vio meter un billete en la mano de aquella —no, ni siquiera tiene dieciocho años— criatura sintética; vio al viejo repugnante seguirles detrás de la cortina, la madriguera donde ella daría el espectáculo. Un número previsible, previo pago. Ellos se dejarían caer sobre el puf de polipiel, y ella se dejaría convencer para acercárseles más.

Una gigantesca sensación de asco y de rebelión le hizo avanzar decidido hacia la

salida. Hubiera denunciado con mucho gusto a esos hijos de puta que traficaban con menores de Europa del Este. Pero dado que no era un héroe, sino más bien un pobre gilipollas que había bebido demasiado y que debía vomitar, una vez fuera se desplomó en la acera.

Cuando levantó la cabeza de la mancha fangosa, se sintió como un adolescente en su primera fiesta de clase. Una vez de nuevo en pie, se rió de sí mismo. La explanada estaba ahora vacía, la noche rechinaba de cigarras y estrellas. Apoyó la cara contra el viento fresco que ascendía del mar. Y, débilmente, avanzó con pequeños pasos por el pinar.

Allí se tumbó sobre un banco. La noche era vasta y limpia entre las ramas abiertas como largos dedos y la caída repentina, inocua, de una piña. Pretendía reponerse un momento, limpiarse, antes de ir hasta el coche y marcharse. Solo. Esa noche al otro le tocaría volver andando o esperar el primer autobús de la mañana, era problema suyo. Sentiría repugnancia al verlo con los pigmentos repulsivos de aquella muchacha encima.

Su estómago era un fermento de jugos gástricos irritados, y la cabeza le daba vueltas. En el corazón húmedo del pinar se sintió poco a poco reanimado. El olor a resina era tonificante. Cerró los ojos y convocó en su interior, como para purificarse, una imagen hermosa, una imagen cualquiera, pero hermosa.

Y una, en efecto, emergió de un oscuro recoveco de la memoria y le invadió, cálida y cándida, las sienes.

Volvió a verse: el pelo revuelto y el rostro manchado de arrabio, de pie bajo un cielo terso y tal vez más azul de lo que era en realidad aquel día. Llevaba el calzado del trabajo embadurnado y el arnés anaranjado de tres cuartos, el de tiras fosforescentes.

Se había escabullido del comedor durante la pausa de la comida. Recordaba perfectamente los latidos exagerados de su pecho y cómo todo en él sonreía.

A sus espaldas, el Corso Italia bullía de transeúntes. Estaba clavado delante del escaparate de la joyería Scognamiglio. Era mediodía. Una joven madre le rozó con las ruedas del carrito y él se volvió de inmediato, dijo «Perdone», aunque no le correspondía a él disculparse.

Era el 12 de julio del 98. El sol no quemaba, pero iluminaba a manos llenas las cosas. Las joyas refulgían casi vivas detrás del escaparate de la tienda. Y él seguía allí, incapaz e hipnotizado, retorciendo la histórica gorra de los Chicago Bulls entre sus manos. Estaba emocionado como un niño. Parecía un retrasado.

Hasta que una mujer, la propietaria de la joyería, salió al umbral y le preguntó sonriente:

—¿Puedo ayudarle en algo?

Hubiera necesitado unas muletas en aquel momento, para sostenerse en pie. Y un

vaso de whisky para calmarse.

Entró así, vestido con la ropa de la fábrica, con la cara colorada y desconcertado. Se confió a la señora, le dijo a media voz:

—Quería un anillo.

El pinar susurraba ahora despacio, como un animal adormecido o alguien que quisiera hacerle compañía sin molestarlo. Miraba hacia un punto preciso del espacio, delante de él. Sabía que debía afrontar aquel recuerdo que le raspaba el esófago, la garganta, el paladar.

Elena. Sentada enfrente de él, en el restaurante La Vecchia Marina. El pelo castaño recogido detrás de la nuca, una leve sombra azulada sobre los párpados. Acababa de terminar el instituto y en el examen de reválida había sacado la máxima nota. Llevaba un vestido blanco de algodón como los que ella acostumbraba, con no demasiado escote.

Le estaba contando con todo lujo de detalles la crónica de su examen: cómo había leído perfectamente en griego hasta aquel verso y había tropezado después en aquel aoristo (¡aoristo!, hasta de eso se acordaba). Y mientras ella hablaba de su examen y a él le importaba tres cojones, se había preguntado por enésima vez cómo había conseguido, un gilipollas como él, pescar a una como ella, que hablaba tan complicado y sin comerse las consonantes.

Porque ella no era una del barrio. Elena era la hija de un jefe de servicio del hospital de Piombino. Hacían el amor continuamente y en cualquier sitio, incluso en el servicio del instituto en el último curso de secundaria, y entre los armarios de los vestuarios del gimnasio. Y él había sido el único y el primero.

Ella seguía hablando y no se lo esperaba... No podía esperárselo. Hablaba con esas palabras suyas tan completas, sin partir las frases, sin interrupciones... Y él, en determinado momento, la interrumpió.

—Escucha —le dijo.

Aún no sabía que ella, al cabo de no mucho, se matricularía en la universidad, Empresariales, y buscaría casa en Pisa con sus amigas del instituto, y los estudios no le consentirían volver a Piombino más que de vez en cuando. No le había dado oportunidad de decírselo.

—Verás —tragó saliva—, quería decirte...

Ella lo había mirado sorprendida, arqueando las cejas. Tal vez empezara ya a intuir que llegaría a ser alguien, mientras que él seguiría siendo un obrero, buenorro desde luego, pero con sus dos millones de liras al mes.

—Ya hace mucho... A ver si me paso... Verás, bueno... Tú y yo llevamos juntos un montonazo, bueno, desde que empezamos la secundaria estamos juntos, y entonces yo he pensado que quizá... Si tú estás de acuerdo, bueno, quería decirte... Qué cojones... —había sonreído—: Quiero decir, tú has *acabao* el cole —una ligera

turbación—, yo no he *terminao* una mierda, es verdad...

Elena permanecía en silencio y le dejaba hablar.

—Tengo que decírtelo —se metió una mano en el bolsillo y sacó un estuche de terciopelo.

Abrió el estuche. Y ella dio un respingo.

Pensaba que no sería capaz, que jamás llegaría a pronunciar esa frase tan idiota. Y, en cambio, pudo, fue verdaderamente un idiota. Elena *coma* ¿quieres casarte conmigo?

Sintió unos golpecitos detrás de la espalda y volvió en sí de repente. El pensamiento se retiró fulmíneo. Alessio dijo, inmóvil, casi con un ataque de nervios:

—No quiero ni verte.

—¡Así que eres tú de verdad! —dijo una voz que no era la de Cristiano—. ¿Qué estás haciendo? ¿El poeta solitario del Gilda?

Alessio se volvió rápidamente. Se quedó de piedra. Increíblemente, por unos momentos le costó trabajo mover los músculos de la boca. Después ésta se iluminó con su primera sonrisa verdadera de la velada.

—¡No me lo creo! ¡No me lo puedo creer! —se lanzó a abrazarlo, lo estrujó, casi llorando—. ¡Sabes cuánto te he buscado, bastardo animal!

—Vaya —rió el otro—, ¿así que te has vuelto sensible?... ¿Qué estás haciendo aquí en el pinar? ¿Te han agotado ahí dentro?

—¿Dónde cojones te has metido todo este tiempo, eh? ¡Te habías olvidado de mí..., so hijo de puta!

—¡Pero si te he reconocido desde allí arriba, de espaldas! Fíjate, fíjate.

Se separaron y se miraron a la cara con atención.

—No has cambiado en nada —se dijeron, casi simultáneamente.

—¿Dónde has estado?

—Si te lo digo, no te lo crees.

—¡Venga, vamos, suéltalo! —Alessio casi brincaba.

—En Rusia, en el mar Negro, en los barcos.

—¡Coño! Tú estás como una puta cabra...

—Un poco —rió—, pero ahora he vuelto. A propósito, ¿sigues currando en la Lucchini?

—Qué remedio.

—¿Dónde?

—En la grúa de puente.

—Enhorabuena —le tendió la mano—, soy el nuevo encargado de las verguetas. ¡Desde la próxima semana!

—¡Nooo! —Alessio se le lanzó al pecho, más contento que unas castañuelas—. Hasta hace un momento era una noche de mierda, créeme, pero tan de mierda que

hasta he vomitado, ¡y ahora apareces tú! ¡Y resulta que somos colegas de curro! Pero ¿por qué te esfumaste de esa manera? ¡La de veces que te he mandado a tomar por culo!

El otro hizo un gesto con la mano.

—Dejémoslo correr, historias más bien feas. Y tú, en cambio... ¿Y Elena? ¿Sabe que estás aquí haciendo el gilipollas?

A Alessio se le cambió la cara, de repente:

—No me nombres...

—A Dios en vano. Vale, no quiero saber nada, soy ateo.

—No me fastidies tú también la noche, hazme el favor —resopló Alessio—, que ya se ha encargado Cristiano.

—¡Caramba, Cristiano! ¿Sigue en danza ese mamón? —desdramatizó el otro.

Pero Alessio estaba demasiado excitado para entristecerse. No lo veía desde el 98. Desaparecieron los dos de su vida, Elena y él, de la noche a la mañana y al mismo tiempo: le faltó poco para pegarse un tiro. Ahora, por lo menos, a uno de los dos lo había recuperado.

—Escúchame bien, so bastardo —le dijo—: Ahora te vienes conmigo, no quiero oír chorradas. Y te quedas a dormir en casa. Es lo mínimo, después de todo lo que me has hecho pasar.

—Vale, jefe, si además estoy sin coche —miró a su alrededor—. Pero ¿has venido solo o con el mamón?

Alessio echó un vistazo furtivo a la entrada:

—¡Vamos, corre!

El amigo, a quien Alessio cogió del brazo y con quien corrió a todo correr por el pinar hasta el coche, se llama Mattia y en aquella época era un pobre desgraciado.

Pero habían crecido juntos, él también era de Stalingrado. Mattia era el clásico chico guapo y tremendo. A los dieciséis años tuvo sus líos con la justicia por robo con allanamiento. Después, en el 98, la que montó fue más grave y tuvo que huir al extranjero. Entre otras cosas, porque ya era mayor de edad y esa vez no le habrían mandado al centro de ancianos a limpiar váteres, sino derecho a la cárcel de Livorno. A través de un círculo bastante turbio de conocidos pudo embarcarse en un barco y encontró trabajo en una empresa rusa de transportes. Era uno de esos enormes buques mercantes que desde Osetia abastecían de gas a Europa, y él tuvo que ir hasta allí para aprender el oficio.

No es que fuera mala persona, quede claro.

—¿Estás seguro de que quieres que vuelva andando? —preguntó Mattia mientras montaba en el coche—. Se va a cabrear como un mono...

—¡Pues que se cabree! —Alessio metió marcha atrás—. Que se lo hubiera pensado antes, el muy cabrón. ¿O es que uno se folla a una menor con su jefe y deja

ahí a un colega más solo que un perro sarnoso? Tiene suerte de que no le haya partido la cara.

Al mirar por el espejo retrovisor, Alessio vio una luz parpadeando en el asiento trasero y por fin se dio cuenta de que allí estaba su móvil.

Alargó la mano para cogerlo y vio: ocho llamadas sin respuesta.

Papá.

Metió la marcha y se alejó a toda velocidad.

15.

Al principio, movió sólo la cabeza, reclinada de lado sobre la almohada. Los rizos desordenados vibraron. Después estiró las piernas bajo las sábanas, girando las puntas de los pies. Unos pequeños pies ahusados, con las uñas pintadas de fucsia, que se asomaron desnudos por el borde de la cama. Alargó los brazos, la pelusa rubia que los cubría relució un momento. Agarró el borde de las sábanas con los ojos cerrados y se las apartó del pecho, destapándose.

Llevaba un pijama veraniego de algodón blanco con numerosas fresitas rosas estampadas. De la camiseta le asomaba una porción del pecho.

Ya estaba demasiado crecida para aquel pijama, que le quedaba estrecho. Las formas casi adultas de las caderas chocaban con las fresitas rosas, o tal vez encajaran hasta excesivamente bien.

Transcurrían los minutos, y ella no se daba cuenta de nada. Alguien la estaba observando desde muy cerca. En la habitación había un intruso, un hombre, y ella aún no lo sabía. Se había puesto de costado contra la ventana. El sol se filtraba mullido a través de la persiana, amalgamándose de polvillo: parecía azúcar.

Eran las nueve de la mañana. Mattia llevaba más de media hora contemplándola. Procurando no hacer ruido, registraba con la máxima atención el menor movimiento de ella. Y era incapaz de distraerse.

Le quedaría estupendamente un picardías, pensó. Encaje negro semitransparente. Pero a continuación pensó también que con un picardías no estaría tan hermosa. Fragante y limpia en la quietud de las primeras luces.

Olía muy bien. Pero no a perfume sintético o a desodorante. Emanaba un aroma a leche. Y él lo respiraba despacio.

Evidentemente había algo que le picaba, porque se metió los dedos bajo el pijama y se rascó en un punto y después en otro detrás de los hombros. Sonrió, quién sabe por qué. Y por último abrió ligeramente los ojos adormilados.

Anna separó los labios húmedos de saliva. Sonrió otra vez, una sonrisa repleta de todos aquellos pequeños dientes suyos blancos y rectos. Se incorporó de repente, se arregló la mata del pelo dirigiendo los ojos al techo y después al despertador. Y cuando los abrió mejor, mirando hacia delante, lanzó un grito.

Ojos color avellana, jaspeados de amarillo.

Ojos pecosos como sus pómulos, pensó Mattia. Y le sonrió, no conturbado en absoluto, sino más bien deslumbrado por tanta belleza.

Un desconocido estaba cómodamente sentado en la silla de su escritorio, y la miraba con ojos socarrones. Había motivos de preocupación.

—¿Y tú quién eres? —gritó Anna, y se cubrió fulmínea con la sábana.

Pero no se tapó bien, y la porción del pecho siguió desnuda. Él lo notó y sonrió

aún más. Tácticamente, se demoró en contestarle. Quería disfrutar de toda su alarma.

Anna se volvió hacia la cama de su hermano y vio que no había nadie. Miraba atentamente, con los ojos llenos de desconcierto, sea al desconocido, sea la cama vacía, y no era capaz de comprender qué ocurría.

—Me llamo Mattia —dijo divertido—, encantado de conocerte.

Le tendió la mano, y ella le miró aviesa, sin atreverse a tocarla.

—En realidad ya nos conocemos, pero eras una mocosa de ocho o nueve años... Seguro que no te acuerdas.

Seguía con la mano tendida y con muchas ganas de reír. Anna enrojecía a ojos vistas, pero no se percataba de tener media teta fuera.

—¡Mamáaaa! —gritó.

—No está —meneó la cabeza él—. Estás metida en una trampa.

Viendo que le tomaba el pelo y, sobre todo, que seguía tranquilo donde estaba sin moverse, Anna se calmó un poco.

—¿Y adónde ha ido? ¿Dónde está Ale? ¿Y tú qué haces aquí?

Mattia retiró la mano, se la pasó por los rizos morenos y después se aclaró la voz cruzando las piernas. No tenía necesidad de adoptar ninguna pose: la tenía ya por naturaleza. Pero se divertía en causar impresión en aquella niña-mujer y se tomaba su tiempo, se ponía de pie, observaba con fingido interés el cartel de Britney Spears colgado de la pared. Era un hombre teatral.

—Tu madre ha salido, y da la casualidad de que me ha invitado a quedarme a comer. Ha sido muy amable conmigo... —apartó la mirada de Britney y la posó sobre Anna: tenía la boca abierta y retorció el borde de las sábanas—. Tu hermano está abajo, dándose de leches con Cristiano. Y yo soy un viejo amigo suyo que hace poco ha vuelto a dar señales de vida.

—¿Cómo que «dándose de leches con Cristiano»?

—Es una forma de hablar... Pero desde luego, están discutiendo —se rió—, y bastante acaloradamente, me parece.

Mattia se estaba desplazando de un lado a otro de la habitación en penumbra, y Anna lo seguía moviendo la cabeza como los personajes de los dibujos animados.

—¿Y cuándo has llegado tú?

—Hacia las cinco de la mañana.

—¿Y dónde has dormido?

—Aquí. Sobre esa silla, precisamente.

Mattia la señaló con la máxima seriedad.

—¡Entonces me has visto dormir! —Anna enrojeció de vergüenza.

Mattia se dio cuenta, se acercó un poco más y, sonriendo malicioso, susurró:

—Te lo aseguro, estabas maravillosa...

Grandes ojos de color verde esmeralda, labios carnosos y duros.

Ambos tenían el pelo rizado.

Anna salió de la cama de un salto, corrió descalza a la ventana. Subió la persiana hasta arriba y dejó que entrara la luz en la habitación. Después se volvió para mirar alelada el rostro iluminado del chico nuevo que ahora se estaba tumbando en su cama.

Al reclinarsse, Mattia aspiró con fuerza el olor de ella entre las sábanas.

—Es posible que te conozca... Aunque no me acuerdo bien, creo que ya te he visto —dijo Anna de pie frente a él, y gesticulando más de lo habitual.

Mattia pensó que sus piernas eran realmente bonitas, y que para tener trece años era muy alta. Y estaba muy desarrollada. Dijo:

—Me habrás visto millones de veces. Sólo que estabas demasiado ocupada jugando con las barbies y tus amigas para percartarte del aquí presente.

Anna se sonrojó. Junto al sol, el calor había invadido la habitación, y a ella le hubiera gustado desnudarse. Agosto hervía fuera, y sentía un tizón incandescente en su interior. Ningún hombre, con la excepción de su padre o de su hermano, la había visto nunca en pijama. Se sentía desnuda y conturbada como en esos sueños en los que uno camina en ropa interior en medio de un paseo repleto de gente.

Lentamente, iba percartándose de lo guapo que era aquel chico. Y fuerte y adulto, y seguro de sí mismo. El rostro moreno, con la mandíbula cuadrada y los pómulos altos, parecía esculpido en el mármol. Tenía un no sé qué de prepotencia en los ojos. Y un no sé qué de tentador en los labios levemente femeninos. Sus manos nudosas y grandes no gesticulaban como las de los chicos cuando se ponen nerviosos. Debía de ser de un metro noventa de altura. Unos hombros como si hubiera transportado el planeta entero durante varios días.

—¿Dónde vives?

Anna iba sintiendo, mal que le pesara, cada vez mayor curiosidad.

—Solo, aquí cerca.

—¿Y por qué solo?

—Porque me gusta estar solo.

No era verdad, tosió para aumentar el efecto. Añadió:

—Soy un lobo de mar.

Anna cayó fulgurada. Le parecía tener delante la versión rejuvenecida del Santiago de *El viejo y el mar*, su mito.

—Hace poco que he vuelto a Piombino. Durante tres años he estado en Rusia, en el mar Negro.

Por fin se dio cuenta Anna de que su camiseta estaba mal colocada, de que prácticamente estaba medio desnuda y de que llevaba un pijama ridículo. Intentando disimular lo embarazoso de la situación, avanzó como quien no quiere la cosa hacia el armario y sacó un jersey al azar. Una sudadera invernal, que con aquel calor estaba

fuera de lugar. Pero a esas alturas ya no entendía nada y se la puso.

Él, obviamente, lo notó, contuvo una sonora carcajada que le cosquilleaba en la garganta. No quería cohibirla, no más de lo que ya estaba por lo menos. Y además le gustaba, tan inexperta, tan mona.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas en la vida?

—Voy al colegio.

Ya no sentía ni el calor ni el frío. Únicamente que las rodillas le temblaban.

Decidió sentarse en la cama ella también. A cierta distancia de él...

Él, que tenía diez años más, descifraba todos sus movimientos con extrema facilidad. Sin embargo, tenía que admitir que aquella representación le divertía más de lo previsto.

Cuando Anna se dejó caer cerca de la almohada, Mattia ganó un par de centímetros en la misma dirección. Era una guerra secreta de posiciones, y la estaban disputando con armas desiguales.

—Mejor dicho, en septiembre voy al instituto. Empiezo el liceo..., el clásico.

—Coñ... ¡Así que se te da muy bien!

—Estudiar me gusta...

—Haces bien, no sigas el ejemplo de Alessio —miró el reloj—. Me parece que Cristiano ha debido de comérselo.

Cuando le vio mirando la hora, Anna advirtió un extraño escalofrío en la espalda.

—Y tú, ¿has estudiado? —se apresuró a preguntar, como para retenerlo.

—Tengo un diploma —a Mattia no hacía falta que nadie lo retuviera—, pero no diría yo que he estudiado. Calentaba el asiento, más que otra cosa... Pero siempre he leído un montón de poesías... —lo dijo, evidentemente, para impresionarla. ¿Poesías, él? Vamos, anda. Pero ella estaba completamente ofuscada.

—¿Como Pascoli? —sonrió.

—¡Exacto! Pascoli. Y además, Carducci, Baudelaire, Dante... —soltó unos cuantos nombres al azar—. En los barcos, antes de quedarme dormido, los leía a menudo.

Anna se imaginó a Mattia en la penumbra de una bodega, tumbado sobre un montón de sacos, con una vela encendida a su lado, mientras en el mar arreciaba la tempestad, leyendo un libro ávidamente con un hilo de voz. El pecho empezó a latirle en serio.

Los dos estaban en la cama. Anna, sentada con las piernas cruzadas; Mattia, tumbado con los brazos detrás de la nuca. Se miraban, se estudiaban. Y ella se asombraba de cómo su cuerpo entero palpitaba, y él se asombraba del efecto que la hermanita de su amigo le provocaba. Y ella pensaba que le gustaría tocarlo con un dedo para comprobar que era de verdad. Y él pensaba que le gustaría besarle la nuca.

¡Esto es un flechazo, concluyó Anna, qué narices! Pero no tuvo tiempo de

constatarlo de nuevo, porque su hermano irrumpió en la habitación gritando:

—¡Está loco, está loco!

Alessio no se percató en absoluto de cómo estaban los dos: en la cama mirándose y hablándose muy de cerca, sonriéndose sin parar. Se acercó sin dudar a Mattia, lo levantó y le enseñó el ojo negro.

—¡Mira! —gritaba—. ¡Mira lo que me ha hecho! ¡Si vuelvo a bajar le parto en dos, juro que lo mato!

Mattia inspeccionó el rostro encolerizado de Alessio:

—Ponte un poco de hielo... Venga, que esta noche haréis las paces...

—¿Las paces? ¿Estás de broma? Siempre en mi coche a todas partes, todos los santos días, y para una vez que le dejo tirado, ¿qué hace? Va y me arrea un puñetazo.

Anna seguía la escena, despistada. No entendía nada de lo que estaba pasando. Y al mismo tiempo, se descubría irritada: Alessio había vuelto demasiado pronto. ¿Y ahora qué? ¿Se llevaría a Mattia?

—¿Sabes lo que me ha dicho? Que yo no he cogido un autobús a las seis de la mañana en mi vida... ¡Nooo, qué va! ¡Mil veces lo habré cogido!

Anna se acordó de que su madre lo había invitado a comer y volvió a animarse de repente. Alessio salió de la habitación para ir a buscar hielo y Mattia lo siguió. Pero antes de cerrar la puerta, como el vivales que era, se volvió hacia ella y le guiñó un ojo.

En cuanto se cerró la puerta, Anna, electrizada, se llevó las manos a la cabeza y empezó a musitar:

—Coño, coño, coño, coño.

Le dio por brincar. No podía creérselo. Se quitó esa horrible sudadera invernal. La primera cosa racional que consiguió pensar fue: tengo que decírselo enseguida a Francesca.

Un instante después, sin embargo, mientras se estaba poniendo los zapatos para correr a verla, una fastidiosa arcada le bloqueó los dedos que estaban atándose los cordones. Se lo pensó mejor. No, no debía contárselo a Francesca, de ninguna manera.

Se dejó caer sobre la cama. Era el hombre más guapo que había visto nunca. Sonrió al techo. Era el hombre de su vida. Desde ese momento hasta la hora de comer, debía encerrarse en el baño, probarse todos los maquillajes y la ropa del mundo, presentarse en la cocina preciosa. Quién sabe si esa noche iría él también. ¡A la fuerza, tenía que ir a la fuerza!

La vida era maravillosa, y ella estaba enloqueciendo de alegría.

Francesca. Claro. Pero ahora no quería pensar en eso. Miró el reloj. Eran las diez y media. Se adentró en el armario, volcó los cajones, lo cogió todo. Era imposible que un chico así, un chico mayor, la hubiera mirado de esa manera... Que la hubiera visto

dormir. Dios mío, ¿y si roncaba?

Mientras Alessio y Mattia no dejaban de hablar en la cocina, fumándose un montón de cigarrillos, Anna fue de su habitación al baño una docena de veces por lo menos. Y cada vez que cruzaba el pasillo, echaba una ojeada a la cocina. Como quien no quiere la cosa, lo miraba. Y si él se daba cuenta, se alejaba de prisa descalza conteniendo una risita.

—¿Qué coño está haciendo mi hermana? —Alessio frunció las cejas—. ¿Nos espía o qué?

—Mat-ti-a —silabeó Anna ante el espejo del baño. Se había encerrado con llave. Soy tonta, se dijo. Después empezó: puso la música a todo volumen. *Me and you... La la la la, la la la*. Probó unas quince expresiones de la cara, por lo menos: de la enfurruñada a la divertida, pasando por la sensual. Decidió que había llegado el momento de reducirse las cejas, y se hizo mucho daño con las pinzas.

Sin dejar ni por un momento de bailar, ni de repetirse mentalmente las sílabas de ese nombre, se coloreó los labios de rojo, rosa, teja, fucsia. Los párpados de verde, dorado, celeste, violeta. Sacó el rímel del bolso de mano de su madre. Se miró la cara embadurnada y dedujo que su aspecto era obsceno.

Se metió debajo de la ducha. En toda su vida no había experimentado jamás una alegría semejante, una alegría tan aguda.

Antes de comer, abrió su diario y redondeó insistentemente la fecha de aquel día: 15 de agosto de 2001. Escribió a toda página, tan grande como una casa: MATTIA. Con el rotulador rosa, de esos indelebles. Y por debajo trazó un metro y medio de puntos suspensivos.

Increíble: después de las diez y media de aquella mañana, le parecía estar viviendo otra vida.

A las dos en punto, Francesca llamó al timbre. Entró. Saludó a Sandra, a Alessio y a un chico a quien nunca había visto. Pero ya antes de entrar y de saludar, en el mismo umbral de la puerta, había notado el vestidito escotado de Anna, propio de fiesta, no de estar en casa, desde luego, y los ojos pintados de ella.

Nadie en el mundo podía imaginarse ni de lejos cuánto había esperado Francesca aquel momento. Y con cuánta tribulación.

Se despertó varias veces en plena noche. Hacia las cuatro, no tuvo más remedio que levantarse para abrir la ventana y lavarse el sudor de la frente con aire fresco. Después de desayunar, permaneció en su habitación durante horas, sin hacer nada. Mientras se pintaba las uñas, intentó imaginarse, no sin miedo, qué estaría pensando Anna de ella, y cómo la recibiría aquella tarde, con qué expresión del rostro, qué tono de voz. Y los dedos le temblaban y el esmalte se le salía de los bordes.

No le importaba nada de Ferragosto, de su primera noche de baile. Se figuraba a Anna gélida y distante. Tal vez debieran clarificar las cosas, pero ella no sería capaz

de hallar las palabras y, como con su padre, se quedaría muda. Quizá Anna le dijera: «France, tú estás enferma». O la abrazaría, como ayer, y se besarían de nuevo...

Nada de todo eso ocurrió. Anna estaba normal. La cogió de un brazo como siempre, la arrastró a su habitación entre risas, susurrándole al oído las cosas habituales: la falda, la camiseta, el pasador. Como si no ocurriera nada.

Sin embargo, tenía ese vestido rosa, demasiado corto, demasiado bonito para estar en casa. Y se había pintado los párpados, ¿para qué? ¿Para comer? Francesca no era tonta. Hubiera podido atar cabos. Preguntarle algo, como quien no quiere la cosa: «¿Cómo es que vas vestida así?».

Pero no hizo ninguna pregunta. Mejor dicho, no quiso darse cuenta de nada.

Por lo demás, sólo se había dignado a lanzar una somera mirada al nuevo huésped. Confiaba secretamente en que ese cambio, esa excitación, fueran por ella.

Pasaron la tarde entera juntas, encerradas con llave en el baño, probándose ropa y ensayando las zalamerías más eficaces para ligar. La ventana de par en par, como siempre. Haciendo pis juntas como siempre. Y ni siquiera la sombra de una desavenencia. Ni siquiera el atisbo de alguna novedad.

Pero la novedad estaba allí, muy presente. Trasudaba de todos los poros de Anna, afectuosa y ausente. Gradualmente, Francesca se dio cuenta de que tenía la cabeza en otra parte. Y mientras el día iba capitulando hacia la hora tan esperada, Francesca se preguntaba si podría soportar realmente una vida entera así: sin ser ni A ni B.

Era más difícil de lo que pensaba. Y tuvo que hacer un esfuerzo enorme, en determinado momento, para no echarse a llorar.

16.

En cuanto Anna salió, Sandra se quitó los guantes de goma, vació en el váter el cubo con el agua sucia y fue a asomarse al balcón. Se encendió un cigarrillo con calma y se puso a mirar la isla de Elba.

Pasaba un trasbordador. Una bandada de aves lo seguía dibujando amplios círculos a su alrededor. Y la luz se deshacía junto a la nubosidad y a las estelas de los aviones, se coagulaba en los faroles de los pesqueros que respunteaban débilmente el agua.

De repente, en la isla, se encendieron un puñado de farolas. Crepitaron como fuegos vivos. Sandra, casi como respondiendo a una invitación, empezó a imaginarse las avenidas que esas farolas iluminaban. Los escaparates de las tiendas abiertas de noche, el ir y venir de los turistas por el paseo marítimo. Porto Ferraio debía de ser delicioso en agosto, con los mercadillos veraniegos, las orquestas callejeras, los restaurantes que crepitaban de cubiertos, de brindis.

Pensó en las señoras de los círculos milaneses o romanos que se entreveían por las ventanillas de los coches en fila que se dirigían al puerto. Pensó que tenía que ser bonito vivir esa clase de vida. Irse de vacaciones, alquilar una habitación con terraza, con vistas, y la comida servida.

Ella había estado en la isla de Elba una sola vez, a los veinte años.

En cuanto desembarcaron, Arturo se obsesionó con un amigo suyo, un tal Pasquale, a quien tenía que volver a ver como fuera. Y no hubo modo de que cambiara de idea: se pasaron la tarde en la trastienda de un almacén, después sentados en un café repleto de máquinas tragaperras. Y así hasta el barco de regreso, y ella callada en un rincón. No llegó a ver nada, ni la casa de Napoleón siquiera.

Lanzó la colilla a la calle. El cielo se iba oscureciendo y tenía un montón de ropa que tender. Tenía cuarenta y tres años.

Entró en casa, el ruido de sus zapatillas arrastradas por el suelo le hizo sonreír.

Al encorvarse sobre el tambor de la lavadora espantó aquellos pensamientos tan fútiles. Iba acumulando las sábanas en la cesta. La edad en la que uno cree que el mundo es una mina de oro, que basta con crecer, con salir de casa... Aquella época hacía ya mucho que había terminado para ella y ¿adónde la había llevado? Ya estaba bien: tenía otras cosas en las que pensar. La fiesta del partido que había que organizar, para la semana siguiente; había que invitar al diputado Mussi para que hablara del estado del bienestar.

Quedaba un cuarto de hora para las nueve.

Francesca y Anna caminaban en silencio, una al lado de la otra, por la ciudad desierta.

La mayor parte de las familias estaban aún sentadas a la mesa, cenando. A través de las ventanas abiertas se entreveían las manchas azules de los televisores encendidos, y un gran ajeteo de cacerolas y cubiertos sorprendía a las chicas cada vez que pasaban por debajo.

Cruzaron el aparcamiento desierto de la COOP y dejaron a sus espaldas el barrio de Salivoli. Otro barrio semejante al suyo empezaba: ahí también enormes colmenas grises y patios de cemento se alternaban sin lógica con barracones de madera y huertos mal cuidados. En las vallas que los separaban se agolpaban racimos rojos de tomates y albaricoques de las ramas que sobresalían, preciosos y anaranjados. Anna cogió uno, después otro y se lo ofreció a Francesca.

Desde que habían salido de casa no habían intercambiado prácticamente palabra alguna. Al pasar por delante del parvulario municipal, sin embargo, Anna sonrió a Francesca y ella le cogió la mano. Ambas guardaban sus propios pensamientos, sin intención de conocer los de la otra, mientras el sol agotaba sus rayos en las alamedas, alargando las sombras de los árboles.

Ningún coche, ningún transeúnte. Era dulce aquel silencio, la sensación de que las calles y el barrio eran un espectáculo privado, para ellas dos solamente. Cuando llegaron a la esquina de un parque con columpios herrumbrosos, Francesca se detuvo de repente y se lo señaló a su amiga. Una sonrisa leve, producto de un recuerdo inesperado, se le había asomado a los labios.

—¿Te acuerdas?

Había tiempo antes de que empezara la fiesta. Las dos chicas entraron en la breve extensión de césped, rodeado casi por entero de un seto. La hierba estaba tierna en algunos puntos, en otros amarillenta a causa del sol. Los dos árboles gemelos permanecían en pie con gran esfuerzo: la hiedra, enredada a su alrededor, los sofocaba. Los columpios y el tobogán estaban en un grado tal de abandono que parecían llevar siglos allí.

¿Cuántos años han pasado?, se preguntó Anna avanzando con cautela. Pasó una mano por la herrumbre resquebrajada de la plataforma giratoria, le dio un ligero empujón y ésta empezó a girar rechinando, aguijoneando levemente el enorme silencio. Después la llamó Francesca.

Allí al fondo estaba la pequeña cabaña de madera. Las dos chicas se acercaron de puntillas.

Dentro todo estaba sucio de arena, entre un tablón y otro debía de haberse asentado un hormiguero. Pero seguía habiendo ese olor a humedad, a madera mojada que tanto les gustaba. Hubieran querido entrar, acuclillarse bajo el techo inclinado como hacían en otros tiempos, pero habían crecido y ya no les resultaba posible. Se echaron a reír a carcajadas ante las contorsiones que se veían obligadas a hacer. El hueco se había vuelto demasiado estrecho y tan encogidas, con las rodillas en el

pecho, apenas cabían.

Volvieron a salir al aire libre, con dos o tres hormigas subiéndoles por las piernas.
—¡Menos mal que iba a ser nuestra futura casa! —rió Anna.

—No me acordaba de lo pequeña que era —admitió Francesca—. O seremos nosotras que somos el doble...

Se intercambiaron una mirada cómplice y duradera, que daba a entender las numerosas cosas perdidas, que acaso no se habían perdido realmente.

Después corrieron hacia el columpio. Ocuparon cada una el lugar de siempre en los asientos chirriantes. Francesca apenas se balanceó, con la sien apoyada alternativamente en una u otra cadena. Anna, estirando con fuerza las rodillas, se dio un impulso fuerte hacia el cielo aún claro.

Todo estaba inmóvil en aquel lugar, casi como sepulto en un acuario. Las dos muchachas, de juego en juego, lo animaban como las niñas que habían sido. Como el padre de Francesca le daba demasiado miedo y el padre de Anna le gritaba continuamente, decidieron escaparse de casa. Entonces se aventuraron hasta el barrio de Diaccioni. Era la primera vez que llegaban tan lejos, y así fue como descubrieron aquel parque.

Siempre había estado así: vacío. Siempre había sido el pequeño paraíso en honor de Anna y Francesca.

Volvieron todas las tardes después del colegio, durante meses. Iban a jugar a las casitas: fingían cocinar, lavar, tender la ropa como dos recién casados imaginarios en la casa de madera. Pero al final los babuinos se dieron cuenta de que no jugaban en el patio, de que quién sabe dónde coño iban, sin volver hasta las ocho de la tarde: eso no podía ser, con todos esos pedófilos por ahí.

Se ganaron una buena somanta de golpes.

—Qué impresión verlo así —dijo Anna—. Fíjate en el seto, cuántas zarzas. Hasta los lugares se vuelven viejos.

Francesca se dejó caer en un trozo de hierba, jaspeado aquí y allá por dientes de león. Arrancó uno y esparció las semillas de un soplido por el aire tibio.

—Sólo está más viejo... —sonrió—, y más escondido... y a mí me gusta más así. Me gusta pensar que durante todos estos años no ha pasado nadie por aquí, que ha seguido siendo sólo nuestro.

Anna fue a tumbarse a su lado. Dirigió la mirada hacia donde ella la tenía: a la estela blanca de un avión que se disolvía en medio del cielo, como las nubes entre los rayos oblicuos y las semillas entre los dedos de Francesca.

—Han pasado muchos años.

Francesca se puso de costado y empezó a cosquillearle la mejilla y la nariz con la punta de un tallo.

—El tiempo es una cosa extraña.

—¿Tú crees? —Anna la miró divertida—. ¡Oye, que me estás haciendo cosquillas!

E incorporándose para arrancarle el tallo, acabó con la nariz a un centímetro de la suya.

—Yo no quiero crecer, A' —dijo Francesca.

Permanecieron así durante unos instantes: con sus grandes ojos muy abiertos la una sobre la otra, con el pelo enredado, las briznas de hierba y la pelusa de las flores. Las fosas nasales repletas del olor de la una y la otra. Sabor a albaricoque y olor a castaña, inconfundibles. Como inconfundibles eran la forma de las orejas, y el arco de las cejas y hasta la curvatura y el color de las pestañas. Además, estaban los agujeritos en las mejillas de una y el hueco en la barbilla de la otra. ¡Y la tez sonrosada, y las naricitas pequeñas, los labios en forma de corazón, las pecas!

Francesca había jugado más de una vez a contar esos puntitos sobre los pómulos y la nariz de Anna. Sólo ella podía testificar cada variación de aquel rostro. Y distinguir en él los pigmentos que el tiempo no había tocado. Ella lo había visto abrirse, lo había acariciado y ayudado a brotar. Lo había sentido palpar, colocar una detrás de otra las palabras, las frases, los sueños. Ella era la única en todo aquel mundo que estaba al otro lado del seto que sabía lo que seguía siendo idéntico en Anna.

—A' —susurró—, tengo ganas de que nos restreguemos las narices como cuando éramos pequeñas...

Anna, que se hallaba por entero en aquel presente y se había olvidado de la fiesta y de la noche que estaban a punto de llegar, restregó su nariz con la de Francesca, sonriendo de su propia sonrisa. Sentía suyo, en cada una de sus fibras, ese cuerpo, mientras lo rozaba y se acercaba más y más, hasta tenerlo casi completamente a su vera.

Hasta la sombra violeta de un moratón debajo del pecho, hasta eso lo sentía suyo. Y experimentaba un amor exagerado, en efecto: nada más que amor hacia aquel ser que la miraba de una forma tan cómplice, que sentía infinitamente próximo y confortable y dúctil y tibio y oscuro...

Se estaban manchando la ropa de tierra y de hierba, no les preocupaba ensuciarse, el olor de la colada dejaba su sitio al de la herrumbre.

—A' —susurró Francesca en la humedad de las bocas cercanas—, no sé qué me pasa, pero tengo ganas de besarte.

Anna se inclinó sobre el rostro de su amiga, y apoyó ligeramente su boca contra la de ella. Era hermoso sentir el aliento cálido de ella en el suyo, era hermoso sentir el velo de saliva húmeda que le mojaba los labios. Era hermoso. Y nada ni nadie podían hacer algo al respecto.

Francesca cerró los ojos.

—No podemos —dijo Anna sin alejarse—, es una cosa que no está bien.

Francesca abrió de golpe sus verdes ojos oscuros.

—¿Por qué?

—Porque ya no somos unas niñas. Si nos besamos, ya no es como en primaria, no tiene el mismo significado —vaciló un instante—. Me suceden cosas... que contigo no deberían sucederme.

—¡Pero a mí sólo me suceden contigo! —Francesca sonrió, como no había sonreído nunca—. ¡A mí no me gusta Nino, me gustas tú!

Aquel nombre, Nino, arrojado de repente dentro de su pequeño paraíso, despertó a Anna, que se acordó de Mattia, de la fiesta, de los demás, y se incorporó hasta quedarse sentada.

También Francesca se incorporó. Después, cogiéndola de la mano con ojos llenos de miedo, le hizo a Anna la pregunta que no se había atrevido a hacerle por la tarde.

—Te gusta ese chico nuevo, ¿verdad? El chico que estaba comiendo en tu casa.

Anna puso una expresión divertidísima.

—¡Pero si casi ni lo conozco!

Francesca se aferró por entero a esa mentira. Tímidamente, se acercó un poco más a su amiga del alma.

—Pero yo no te gusto, ¿verdad? O sea, no te gusto en *ese* sentido...

Sería el efecto de aquel lugar, la impresión de toda aquella luz dorada y agonizante sobre el rostro hermosísimo de Francesca, pero el caso es que Anna se sentía desarmada y se dejó llevar. Una alegría sutil se filtraba a través del aire, de las nubes, de los juegos del diminuto parque donde estaban enterradas las niñas que en otros tiempos habían sido, y se inyectaba en ella como una droga.

—France, quizá te ame. Pero es algo imposible de vivir. Es algo que va contra todo mi futuro. Y aunque ahora que lo digo es verdad, después, en cuanto salgamos de aquí, sé que no puede serlo, y me arrepiento enseguida, y me da una vergüenza que me muero...

Ya no había luz. Desde la calle llegaban los primeros fragores de los ciclomotores a la carrera y los consabidos alborotos y las consabidas palabrotas de chicos que se encaminaban a la fiesta. A Anna, que se había mordido los labios por lo que había dicho, le entró el ansia por marcharse y, al mismo tiempo, por no marcharse. Francesca hubiera querido llegar hasta el puerto, coger un trasbordador para la isla de Elba y no regresar jamás.

Se abrazaron. Escondiendo las caritas entre el pelo la una de la otra, aferrándose con fuerza la una a la otra. Porque aquél era un adiós.

Cuando se soltaron, la oscuridad había caído en la diminuta cuenca del parquecito y roía los bordes de los columpios, del tobogán, de los dos árboles. No había farolas allí, no se veía ya casi nada. Se pusieron de pie, salieron de aquel lugar con la

añoranza de algo imposible de definir, con tallos y briznas de hierba en el pelo.

No volvieron a decirse nada.

En la pista de patinaje, las verjas habían sido tomadas al asalto. Hileras de ciclomotores en desorden se amontonaban unas contra otras, y a los coches que no dejaban de llegar les costaba mucho encontrar un hueco. Toda aquella gente junta tenía algo de hostil. Había también una ambulancia, con dos fulanos de protección civil apoyados en el capó, resoplando. Había otro tío contra un tronco, meando.

Ahí estaba, el gran viraje. El momento con el que llevaban años fantaseando, descrito durante horas con miles de detalles inventados. Mientras se entretenían, tumbadas sobre el casco de una barca, imaginándose su futuro, juntas. «Cuando seamos mayores», cuchicheaban, «vendremos a vivir aquí». Y se apretaban acurrucadas en la oscuridad, en la pequeña cabaña de madera.

Todo estaba allí.

Avanzaban a pequeños pasos, zarandeadas por brazos y piernas desconocidos, contra espaldas y nuca desconocidas. Se vieron obligadas a detenerse, en determinado momento, para dejar que el remolino fluyera. Había allí camisas desabotonadas, camisetas empapadas en sudor. Había allí palabras que nunca habían oído decir. La luz blanca de los reflectores llovía sobre todas aquellas cabezas, como un herbicida. Y la música latía desde el terreno, se mezclaba con las chácharas vecinas, producía en Anna y Francesca un gran aturdimiento.

Eran los últimos minutos, definitivamente. Después, cada una saldría al encuentro de su futuro, cada una por su cuenta. Y ya empezaban a advertir aquella sensación extraña que es descubrirse, repentinamente, solos.

Cuando cruzaron el umbral, hubo quien contuvo el aliento. Mattia, por ejemplo, sin ser visto, se ensimismó unos instantes y perdió el hilo de la conversación.

Un ojo experto habría advertido de inmediato que esa clase de belleza dura exactamente un instante en el arco de una vida. Pero en aquella multitud no había ojos expertos.

Allí estaban todos.

Massi, junto a Nino. Aisladas, en un banco, Sonia, Maria y Jessica. Estaban también las pringadas de Lisa y sus amigas sentadas en las gradas. Donata, no. Allí estaba Emma con su marido y el cuerpo desfigurado por la barriga a sus dieciséis años. Allí estaban, en el bar, al fondo, Alessio, Cristiano y Mattia. Había un océano de gente desconocida que se adensaba y se confundía hasta convertirse en materia indistinta.

Anna y Francesca se lanzaron al interior, hacia aquel magma. Corrieron a la caseta donde se alquilaban los patines y resoplaron porque había una cola enorme. Se esforzaban por creer que aquello era lo máximo. Se convencían, cada una en su cabecita, de que ésa era la vida perfecta.

En realidad, era una pista de patinaje descascarillada, construida hacía decenios con fondos de la oficina local de turismo. Los amplificadores eran los mismos, usados una y otra vez, que se empleaban para las Fiestas de la Unità^[6]. El barecillo zarrapastroso, que vendía cervezas y refrescos a dos mil liras, las bebidas alcohólicas a tres mil, no era más que un barracón prefabricado. Y las guirnaldas, colgadas en las barandillas, tenían todo el aspecto de una vieja fiesta escolar.

Alessio estaba apoyado con los codos en el mostrador. De vez en cuando daba un sorbo a la cerveza, que si ya no se la habían servido muy fría, ahora estaba tibia. Ése fue su único movimiento durante más de media hora.

La gente seguía afluyendo, se lanzaba a patinar a la pista o se coagulaba en los alrededores. También las gradas habían sido tomadas al asalto, e incluso el quiosco donde se había montado una especie de discoteca. En el bar, en cambio, no había casi nadie. Las escasas decenas de mesas estaban medio vacías. Sólo algunos adultos sentados, desganados, jugando a las cartas, y algún otro desgraciado que, en vez de participar, observaba. Había incluso un viejecillo sin dientes, cuya vista exasperaba a Cristiano.

—Son las diez —resopló—, ¿ya podemos irnos?

Estaba hasta las pelotas de estar allí quieto esperando. Y además, se había metido dos anfetaminas.

Alessio hizo como que no le oía: tenía su propio y preciso objetivo, que no le había revelado a nadie. Permanecía allí, clavado, derecho como un tronco, a la espera. Cristiano lo observaba avieso, sentía que le estaban robando su Ferragosto. Dime tú si en mi única semana de vacaciones me toca estar aquí mirando a las niñas de doce años mientras patinan. Y mañana tendré que volver a partirme el espinazo en esa excavadora de mierda.

—Te lo digo otra vez: ¿podemos mover el culo?

Alessio, de nuevo, hizo como si nada. Más que un objetivo, lo suyo era un presentimiento. No perdía de vista ni por un segundo a Maria, Jessica y Sonia sentadas en un banco debajo de un árbol. Y árboles no es que hubiera muchos. Y Cristiano se vaciaba un whisky detrás de otro. Y Mattia empezaba a darse cuenta de que la situación podía llegar a ponerse violenta.

En aquel mismo momento, en la última fila de las gradas, alguien más miraba y se consumía el hígado en silencio. En realidad, había un montón de gente que había salido pensando en encontrar El Dorado en una pista de patinaje, y que después se había descubierto más sola que en casa.

Cuentan los chicos y chicas que dan vueltas, se lanzan en saltos y piruetas prodigiosos, compiten entre ellos y se deslizan como cohetes a velocidad de vértigo. Chicas delgadas y estilizadas, de las que poco importa qué harán en la vida, porque en el instante justo de la adolescencia están allí, en el centro de la pista, en medio de

la fiesta, bajo los reflectores. Es un instante impagable de gloria.

Había chicos con el pelo engominado, los abdominales en relieve debajo de las camisetas que revoloteaban y collares de conchas colgando del cuello. Chicos a los que cualquiera querría besar, que jamás se encontrarían solos como ahora lo estaba Lisa, en la última fila de las gradas, en un rincón, observando cómo se divertían los demás.

Estaba sentada con las piernas cruzadas en la sombra más absoluta, en compañía de dos casi en peor situación que ella. Y con la sensación de estar perdiéndose algo colosal, de estar yéndose a pique.

También para Lisa era la primera vez que acudía a una fiesta. Ella también se había pasado la tarde entera delante del espejo, aunque sólo se hubieran beneficiado sus complejos. Al final, se había puesto sus habituales vaqueros largos y anchos, su habitual camiseta dada de sí. Y ahora, la tímida capa de lápiz con la que se había embadurnado los ojos, al deshacerse, contribuía únicamente a empeorar las cosas.

Echó una ojeada de través a sus compañeras: le parecía estar en los confines no sólo de la pista de patinaje, sino de todo el reino viviente. Yo no soy una pringada, se dijo. Por más que todos se lo repitieran, por más que a la entrada un gilipollas la hubiera llamado mamarracha y ella hubiera querido morirse. Por más que, en efecto, guapísima no es que fuera, estaba viva, sin embargo; y tenía ganas de patinar, y de bailar y de besar a alguien. Por más que fuera vestida como una seta, *por dentro*, sin embargo, era como Anna. Anna, que en ese momento, a una decena de metros de distancia, se acercaba a la pista, ceñida en su centímetro cuadrado de camiseta, en su medio centímetro de faldita rosa.

De repente, se le vino a la cabeza su hermana: Donata seguro que no habría montado ninguna de esas escenas. Donata, si ella hubiera tenido el valor de traérsela, se habría divertido un montón. Habría cantado, habría agitado los brazos y la cabeza en la medida que podía, habría bailado incluso sobre la silla de ruedas. Y ella no se la había traído, se había avergonzado una vez más de tener una hermana enferma. Como si esa enfermedad fuera suya. Como si en realidad, ahora, sin Donata, el mundo resultara menos arduo.

Lisa miraba fijamente la falda de Anna, las largas piernas de Anna.

Y Donata estaba en casa, aparcada delante de la televisión. Y ella, que estaba en mitad de una fiesta, en vez de patinar o hacer algo sano, se quedaba allí marchitándose, mirando fijamente el cuerpo de Francesca que se reunía con el cuerpo radiante de Anna al borde de la pista. Y ninguno de esos dos cuerpos era el suyo. Por más que el mundo entero fuera injusto, Lisa comprendía por vez primera que eso no podía ser una justificación.

Preso de un arrebatado de rebelión, se puso de pie. Llevaba desde las nueve criando hongos en aquella grada y ahora eran las diez y media: ya era suficiente. Ahora se

sublevaba.

Contra el mundo bastardo, contra el hijo de puta que la había insultado a la entrada, contra sí misma, algo jorobada y mezquina, pero en el fondo... ¡no era sólo eso!

Reuniendo todo su valor, desplegando una sonrisa triunfal, miró desde arriba a sus compañeras raquíticas y agazapadas:

—¿Sabéis qué os digo? Que me voy a patinar.

Por primera vez en su vida, echó a correr todo lo rápido que podía, a correr de verdad. Hacia el centro de la luz y del clamor, hacia el centro —esa ilusión se hacía— de la vida. Se soltó la goma que le mantenía recogido el pelo, se ató de prisa los patines para no perder ni un gramo siquiera de ese repentino, sorprendente valor suyo.

Se encaminó hacia la entrada de la pista, donde estaban, inalcanzables pero algo más cercanas, Anna y Francesca.

También Mattia estaba deseando irse a la pista y, en cambio, se veía obligado a permanecer ahí parado, en aquel bar de pringados, a inventarse las peores ocurrencias y a soltar las peores gilipolleces para distraer a Alessio de esa obsesión suya de los cojones, y sobre todo para que Cristiano se mantuviera en calma.

¡Salvar la situación, sí, se dice pronto! El rostro de Alessio estaba taciturno, mucho más: era un muro. Y el de Cristiano, morado. Al hastío de ahora se añadía el rencor por la noche pasada. Y Mattia, a fin de cuentas, no tenía culpa alguna. Estaban como tres vaqueros en el salón del pueblo.

Entretanto, acaso atraídas por aquella actitud suya muda y cabreada, algunas chicas y chiquillas empezaban a revolotear por allí y a pasarles repetidamente por delante. Lanzando la consabida serie de gemidos y risitas, se demoraban en los alrededores esperanzadas, casi contoneándose. Los tres, naturalmente, ni siquiera las veían. Y cada uno, con sus nervios, se ponía cada vez más nervioso.

—Lleno de tías buenas, sí... ¡Desde lejos! —volvía a empezar Cristiano—. De cerca les pondrías a todas una bolsa en la cabeza. Esta fiesta es un asco.

Mattia dejó el segundo vaso sobre el mostrador, lanzó una ojeada desesperada a Alessio: éste seguía allí, clavado, mirando fijamente a Sonia, Maria y Jessica, y quién sabe lo que le circulaba en el cerebro.

—Ale... —dijo para intervenir con tono diplomático—, escucha, tal vez no fuera mala idea...

Pero Cristiano, con menos diplomacia, le robó la palabra.

—¿Tenemos que seguir aquí mucho tiempo? Dínoslo, total, estamos a tus órdenes... ¡Total, hemos venido con tu coche!

Alessio miró por última vez el banco, en el que no sucedía absolutamente nada. Maria y Jessica no paraban ni por un momento de charlotear entre ellas y Sonia ya

había dejado de lanzarle ojeadas preocupadas, que le habían parecido una señal y una prueba. Simplemente, se había hecho la ilusión.

Apartó la mirada y fue a depositarla en la cara congestionada de Cristiano. Una colosal cara de culo en aquel momento. Junto a la esperanza, perdió definitivamente la paciencia.

—¿Por qué no te vas a tomar por el culo?

El otro, chasqueándose los dedos, le lanzó una sonrisita de desafío. Pero no era un desafío, era la anfetamina.

Hay siempre expectativas semejantes en las cabezas de todos en determinada clase de fiestas. Era lógico que la situación degenerara. Cristiano ni siquiera quería ir a la pista de patinaje, como era habitual en él, quería ir al Gilda. Y Alessio se había obsesionado durante más de una hora con el banco ese de los cojones. Era lógico. Pero Mattia no sabía ya qué inventarse, los veía sulfurarse, levantar la voz, empezar a insultarse, y pensaba: que se sacudan si quieren. ¿A mí qué coño me importa?

Todos los desgraciados que estaban sentados en las mesas habían levantado la vista y dirigido sus miradas hacia allí. Complacidos, fumaban y disfrutaban del espectáculo. Mattia meneó la cabeza, abatido: no cambia nunca una mierda en este sitio, no cambia la gente, no cambia la fábrica que rompe las pelotas a la gente, no cambian estos dos gilipollas extenuados.

Todo era tal como lo había dejado antes de huir. Todo asquerosamente igual, pensó de repente, excepto Anna.

—Te lo advierto, me estás cabreando.

Cristiano se echó a reír, justo a la cara de Alessio.

—Pues ya puedes descabrearte, total, *ella* no va a venir.

Ella, ¿quién? Mattia no entendía nada.

Alessio ya no atendía a razones.

—Lárgate —masculló con los dientes apretados. El rostro, transfigurado.

—¿Y adónde quieres que vaya? ¡Si tienes tú el coche!

—Lárgate —rugió.

Cristiano seguía allí, no hacía ademán de irse, con su hermosa cara de drogado.

El viejecillo sin dientes, especialmente entretenido, gritó desde una mesa:

—¡Venga, pégale!

Pero había poco por lo que bromear. Había poco de lo que alegrarse en aquella escena, pensó Mattia, de última periferia del espíritu. La bandera italiana a jirones, que a fin de cuentas resistía a la entrada de la pista de patinaje, le pareció el emblema más acertado.

—¡Ésa no va a venir! —se desgañitaba ahora Cristiano—. Yo no puedo mandar a la mierda Ferragosto porque esa puta no venga corriendo. Estará *corriéndose* con algún otro, resígnate de una vez.

Antes incluso de que hubiera terminado la frase, Alessio agarró a Cristiano por el cuello. Le respondió con uno, dos, tres cabezazos. Probablemente lo habría matado, de no haberse interpuesto Mattia con sus noventa kilos por un metro ochenta y siete de altura. Probablemente alguien habría llamado a la policía si esos dos chicos, ajenos a la gracia de Dios, no se hubieran separado en determinado momento. Y si Cristiano, con un chichón gigantesco en la frente, no hubiera hecho ademán de irse.

—¡Muy bien, nadie te retiene! —le gritó Alessio, fuera de sí—. Y oye, en vez de irte de putas... En vez de dejar preñada a otra adolescente, ¿por qué no te comportas como un hombre esta noche? ¿Por qué no haces algo decente por una puta vez en tu mierda de vida? —desbocado—: Cri, en vez de irte al Gilda, ¿por qué no te vas a ver la cara que tiene tu hijo?

Hijo.

Mattia sintió que se le helaba la sangre.

Cristiano, que ya había dado unos pasos, se volvió, incrédulo.

Transcurrió un momento de estupor general en el que nadie supo ya qué decir. Los curiosos, sorprendidos también por un desenlace de tanto peso, bajaron la mirada y volvieron deprisa a sus mazos de cartas. Alessio, frente al rostro cadavérico de su amigo que clavaba en él dos tizones en lugar de ojos, ya se había arrepentido de lo que jamás, en un momento de lucidez, hubiera osado decir.

Cristiano, en cambio, no dijo nada. Contrajo los labios con una mueca de disgusto y después, sin dejar de hundir sus pupilas profundamente en las de Alessio, concentró toda la saliva que tenía a su disposición y escupió al suelo. Después desapareció definitivamente.

Hay que apresurarse a decir que si Alessio no se hubiera enzarzado en una gresca con Cristiano, podría haberse dado cuenta de que, desde hacía un rato, una figura grácil de largo pelo castaño se había unido a las tres chicas del banco, aquel de debajo del árbol.

Hay que decir también, en honor a la verdad, que la adolescente a la que Cristiano había dejado preñada se llamaba Jennifer, y que aquella noche no estaba en la fiesta como todas las chicas de su edad, sino en casa destetando al pequeño James, que no quería saber nada del biberón en lugar del pecho.

En efecto, Sonia, Maria y Jessica esperaban precisamente a la persona que creía Alessio. Debajo del árbol: era el lugar establecido mediante SMS. Estaban ya a punto de renunciar ellas también cuando Maria notó que le daban unos golpecitos en la espalda.

Había venido realmente. A pesar del lugar y de la multitud provinciana que sudaba allí dentro, al final había venido de verdad. Ahora las miraba sonriendo, educada y distante.

Ella, en efecto, no tenía nada que ver con *las demás*. No se había puesto jamás

esas minifaldas vaqueras que llegaban a la ingle, ni cinturones con tachones, ni, sobre todo, las baratijas de mala bisutería en generosa cantidad alrededor del cuello. Ella, cuando se sentaba, no separaba las piernas. Evitaba gritar palabrotas. Y sólo la tela de su vestido lila ya excavaba un foso insuperable entre su mundo y el de ellas.

Sonia, Maria y Jessica se quedaron un momento en suspenso mirándola, con una mezcla de atracción y desconfianza.

Ella, antes incluso de empezar la primaria, conocía el alfabeto y sabía contar hasta cien. Sus padres le habían enseñado a leer, le habían explicado lo que era un libro y cuántos oficios hay en el mundo, algo que en Via Stalingrado no todos tienen ocasión de saber. Ella nunca había deambulado a los cinco años en medio de las calles de los barrios obreros, no se había escondido en los sótanos para fumar por primera vez, ni había dejado que le metieran mano entre pilares de cemento armado: nadie le había levantado la falda a los once años.

Y sin embargo, allí estaba, con una sonrisa franca en las facciones de su rostro. Y ellas, a fin de cuentas, se sentían satisfechas.

Se disculpó por no tener demasiado tiempo: la estaban esperando fuera. Pero no podía marcharse sin despedirse. Quería de verdad a esas tres chicas que, sin embargo, sólo podían quererla a su vez hasta cierto punto.

Todos se acuerdan aún de la primera vez que él la llevó a su casa. Formaba parte de la leyenda. Cómo caminaba ella, tan atenta para que sus tacones no se engancharan en las hendiduras de las alcantarillas, tiquismiquis entre las colmenas de cemento. Le habían tomado brutalmente el pelo. Cuando se presentó, tendió la mano cordialmente y dijo: «Buenas tardes, encantada de conoceros». ¿Buenas tardes? ¿Encantada? Ni el cartero, ni el doctor siquiera se salían con tanta solfa.

Ahora, con la confianza de los años, las cuatro chicas ocultas detrás del tronco del árbol hablaban de las vacaciones, del trabajo, del empleo que buscaría ella en cuanto acabara la carrera, en Pisa quizá o acaso en Piombino, a partir de septiembre; de los trabajillos mal pagados de las otras, que si tenían el graduado escolar era ya mucho, que se debatían entre las cajas de la COOP o las de Intimissimi, vacaciones excluidas.

Maria se sintió al final obligada a susurrarle al oído que él estaba allí. Se lo señaló en la cima de la pequeña colina artificial. Ella miró con una mezcla de estupor y de alarma en aquella dirección. Distinguió enseguida su figura rubia en la lejanía y se quedó como suspendida, sin emitir sonido alguno durante unos instantes.

—¿Qué tal está? —preguntó al final, apartando los ojos.

—Cómo quieres que esté... —contestó la otra, sarcástica.

—¿Y Anna?

—¡Ella bien! Tiene ya sus asuntillos...

—¿Ah, sí? —intentó sonreír, pero lo que le salió fue una mueca fuera de lugar.

—Se ha apuntado al instituto, como tú.

Siempre se preocupó por esa chiquilla, para que no se perdiera por el camino, para que no acabara como las demás, detrás de la barra de un pub dejando que le tocaran el culo.

—Debería estar aquí, por algún sitio —Jessica miró a su alrededor—. A propósito, tendríamos que ir a echarle un vistazo, si no su hermano nos mata.

—Vente con nosotras, así la saludas...

Ella hizo un gesto:

—No, de verdad, no puedo. Dadle recuerdos de mi parte.

—¿Tampoco *a él* quieres saludarlo? —se aventuró Sonia.

Ella esbozó una amarga sonrisa. No dijo nada. Las abrazó una a una.

—Nos veremos en septiembre, cuando vuelva de París.

—Sí, y mándanos una postal.

Al final, justo cuando se estaba yendo, en el preciso instante en el que se volvía hacia la verja, por pura casualidad y sin la menor esperanza, Alessio volvió a mirar hacia allí.

Se puso pálido.

Aguzó las pupilas.

Vaciló.

Mattia, pensando que se encontraba mal, empezó incluso a sacudirlo. Él no respondía, parecía como si le hubieran disparado. Pero se recuperó de inmediato.

Excepto la directamente interesada, como es natural, le vieron todos: lanzarse colina abajo como si le hubiera picado una avispa, correr como un condenado, como un loco. Sonia creyó morir. Maria sonrió: mejor que una película...

Mattia, al quedarse solo, le dio una patada a una piedra y pensó que debían irse todos a tomar por culo.

Alessio daba codazos a diestro y siniestro, sin pedirle disculpas a nadie. Le aterrorizaba la idea de perderla de vista. Iba ganando con gran esfuerzo espacio por delante y no le quedaba más remedio que emprenderla a empujones con la gente.

Quería gritar su nombre. Pero era incapaz de hacerlo. Quería pensar en ella. Pero tampoco era capaz de hacer eso. Avanzaba con la carga de un animal en un bosque. Quería verla, ahora. Mirarla a la cara, viva, entera, frente a él al cabo de tres años.

Sentía tal follón en el pecho que, en determinado momento, dijo en voz alta:

—Me va a dar un infarto.

Pero seguía avanzando, paso tras paso, codazo tras codazo, insulto tras insulto. Ella estaba allí, en la verja. No la perdería. Tenía calor, es más, chorreaba de sudor y empezaba a sentir una sed de locura. Pero alcanzó la verja, y alcanzó también el aparcamiento.

Allí hacía fresco, los sonidos llegaban con dificultad y un gran silencio nocturno se cernía desde los troncos apelotonados del pinar. Se oían las cigarras y la caída de

las piñas. Ella caminaba unos pasos por delante de él, y era ella de verdad.

Aquéllos eran sus andares. Aquéllas eran sus pantorrillas. Su fina cintura, su espalda, sus hombros. El trasero no, no podía mirárselo.

Un coche con el motor y los faros encendidos seguro que estaba esperándola. Porque ella iba en esa dirección, y cuando se le acercó lo suficiente, la puerta derecha se abrió. Estiró el brazo para coger la manilla, estaba punto de montar.

—¡Elena!

Un estruendo: el nombre explotó en la oscuridad como un petardo. Y ella se detuvo. La *a* tardó en disolverse unos instantes. Encogió el brazo, permaneció inmóvil.

—Elena... —repitió Alessio con un hilillo de voz.

Y como retenida, lentamente se fue dando la vuelta.

Se volvió: silueta conocida e ilesa del tiempo. Su tibia silueta castaña de largos cabellos, más largos de lo que Alessio recordaba. Levemente ondulados, sujetos por un pasador. Parecía mayor, quizá. Parecía la criatura más alta del reino viviente.

Alessio se había quedado sin fuerzas. Ya no sentía su cuerpo, sólo el tumulto feroz de sus órganos. Seguía allí como un idiota, petrificado en medio de un aparcamiento vacío, y las rodillas no veían la hora de ceder. Todas las palabras se le habían volatilizado de la cabeza. Sintió en el cráneo el músculo del corazón que bombeaba y retumbaba, y la garganta más seca que un desierto. Qué podía decir... Era todo él un corazón y unos pulmones que estaban yéndose a la mierda.

Era un instante imposible de vivir y de sostener.

Para ella también. No oía las voces del coche, y no hacía ademán de dar un paso ni hacia delante ni hacia atrás. Permanecía inmóvil, como él, y sentía sus rodillas desmigajarse. Pensó en trece mil cosas al mismo tiempo. Que era magnífico. Que habían pasado tres años. Que lo había decidido así. Que había tomado una decisión de mierda. Que era lo correcto. Que era una equivocación. Y no era capaz de mover ni la punta de un pulgar.

Se miraron durante una fracción de segundo absolutamente insignificante y próxima al cero.

Después, Alessio sonrió. Y aquella sonrisa era tan hermosa, feliz, incrédula, infantil, que Elena sonrió a su vez. Y le pareció que todos aquellos años no habían significado nada.

Se oyó el sonido de un claxon, el proverbial y doblemente maldito sonido de un claxon.

Elena volvió en sí. El tiempo existía. Y ella debía marcharse mañana, y ahora debía irse. No quería hacerlo, le costó un esfuerzo enorme: hacer como si nada. Y con todo levantó una mano en un mísero gesto de despedida. Entró en el coche, que, de inmediato, ni que fuera un cohete, arrancó.

Una niebla de tierra se elevó por el aire, y unos densos nubarrones acabaron deshilachando la luna. Después, todo volvió a estar como antes. El pinar volvió a crujir. El viento limpió el aire y las ramas. Alessio, tras haber dado unos pasos ciegos, se dejó caer sobre un tronco tirado y se sujetó la cabeza entre las manos.

No era el único.

A poca distancia, oculto entre los árboles, Cristiano se sujetaba la cabeza de la misma manera. Pensaba en James, su hijo, y tenía la mirada clavada en una piedra.

Piombino se precipitaba febrilmente a la pista de patinaje.

Los altavoces vociferaban *Rhythm is a dancer*. Francesca y Anna la habían bailado miles de veces en el baño encerradas con llave, juntas delante del espejo.

You can feel the, you can feel the...

Ahora había tribunas repletas de gente en lugar de las ventanas de enfrente. Las ruedas de los patines, centenares, millares, arañaban el adoquinado. Y bajo el haz del reflector principal, todo adolescente resaltaba, resplandecía, empapado de luz blanca. Francesca echaba hacia atrás el mar de sus cabellos y no podía saber a quién se parecía mientras se retorció sinuosa en torno al asta de la desvaída bandera italiana.

Lift your hands and voices, free your mind and join us. You can feel it in the air.

Gritaron juntas:

—*Ooh, it's a passion.*

Por un instante, se hicieron la ilusión de que su amistad se había salvado.

17.

Había un fulano en el bar, del que no se sabía bien si era un cura o un voluntario de urgencias. Probablemente, no era más que un profesor de religión de secundaria. Pues bien, ese sujeto meneaba la cabeza y decía:

—¿Qué les damos a estos chicos? ¿Qué les estamos enseñando? —y observaba mientras tanto la concavidad de la pista de patinaje, todos aquellos cuerpos que se movían aquí y allá como en un tagadá—. ¡No tienen nada! ¡No piensan ya en nada!

A Mattia, que se había quedado solo como un idiota, encima le tocaba escuchar lo que decía.

—Se drogan y nada más. Casi era mejor cuando existía el Partido Comunista.

—¡Caramba! —soltó alguien.

Mattia, disgustado, ordenó otra sambuca. Que se vayan a tomar por culo Alessio y Cristiano, que hace un cuarto de hora que estoy esperándolos. Después se dijo que, francamente, no tenía ganas de ir a buscarlos, y menos aún de aguantar las chorradas de los viejos. Que se las apañaran todos solos: él, por esa noche, ya había hecho suficiente.

Así, silbando, fue bajando de la colina artificial. Y viendo a algunas chicas guapas, se le pasó rápidamente el mal humor.

No era un tipo de los que guardan rencor o de los que se quedan rumiando oscuramente las cosas. Era alguien a quien le importaban tres pimientos Dios y el Estado. No había ido ni una sola vez a las urnas a votar, y si cenando se topaba con el telediario, con sus muertes, sus guerras, sus matanzas, cambiaba rápidamente de canal.

Así era Mattia, y no era mala persona en absoluto. Desde luego, si los demás hubieran sabido el motivo de su fuga tres años antes, en un primer momento habrían acusado el golpe. Pero no es un robo a mano armada en Correos, dos o tres cinemómetros alcanzados por una bala, lo que hace de un hombre un criminal de repente.

Ahora trotaba sin rumbo alrededor de la pista en busca de inspiración. En patinar no pensaba, desde luego, en bailar mucho menos. A él le gustaba observar las cosas. El diablo está en los detalles, oyó decir una vez, y fue una frase que se le quedó grabada.

Se apoyó en la barandilla, en el lugar menos abarrotado, y empezó a seguir con la mirada los circuitos de los patinadores. Apenas tuvo tiempo de encenderse un cigarrillo y de atusarse un poco el pelo antes de localizarla en aquel enorme follón.

Le pasó por delante volando. Una, dos, tres veces. Y una y otra vez, con ese paso armonioso, su minúscula faldita rosa se levantaba dejando al descubierto una extensión desnuda, aterciopelada, de muslo; una extensión clara, blanda, de ingle. Y

un trasero delicioso que se movía a un lado y a otro, mientras las piernas se daban enérgicamente impulso hacia adelante.

Una y otra vez, en esta sucesión, pasaba ella. Pasaban las partes luminosas de ella. Pierna derecha, pierna izquierda, brazo, masa de pelo a la carrera, fracción de nariz. Sonrisa.

Él contaba hasta diez y ella ya había devorado media pista.

Anna no se dio cuenta de que Mattia estaba allí ni de que la estaba mirando. Casi se había olvidado de él, demasiado concentrada en ganarles por velocidad a todos. En cuanto alguien se atrevía a hacer una pirueta, ella lo imitaba con más gracia. Si otro se exhibía en un salto, ella lo repetía a más altura. Y en aquel afán competitivo suyo completamente fuera de lugar, no daba cuerda ni siquiera a los cortejadores que intentaban cogerle de la mano o, menos caballerosamente, tocarle el culo.

Mattia comparaba a esa especie de amazona con la muchachita vergonzosa a la que esa mañana había sorprendido en pijama. Eran las semejanzas las que lo hechizaban, las que lo tenían clavado en la barandilla herrumbrosa ante la que ella desfilaba a cada minuto.

Cada vez que esa faldita se levantaba, él se sentía, de repente, en todo su cuerpo, con trece años.

Fulminado por una que acaba de terminar el primer ciclo de secundaria. Si alguien se lo hubiera dicho antes, no se lo habría creído de ninguna de las maneras. En Osetia había convivido incluso con una mujer mayor que él. Había dormido en el fondo de una bodega, había lidiado en los jardines de un chalé que no era suyo con un mastín napolitano, y se había escabullido hábilmente de cuatro policías en plena redada.

Aquellos recuerdos se le cruzaban por la cabeza de forma intermitente como fragmentos de una película de Tarantino, mientras la imagen viva de ella, su microfalda de tela ligera, ganaba y lo arrollaba todo. Como si su vida fuera ahora. Y antes: tábula rasa.

Mattia se terminó el cigarrillo en tres caladas. La llevaba en la cabeza desde hacía doce horas. Y ahora ya no aguantaba más. Los ojos casi le dolían, a fuerza de mirarla fijamente, de estudiarla, de anticiparla... ¿Qué era eso tan extraordinario que tenía? ¿A quién se parecía? A su madre, no, eso seguro; a su antigua novia eslovena, tampoco. Pero ¿qué más le daba a quién se parecía? Fuera las explicaciones. Le provocaba un efecto físico instantáneo, un efecto que le hinchaba visiblemente los pantalones.

¿Qué hacer? Buena pregunta. No sabía si llamarla, si reunirse con ella, o si largarse a toda prisa y acabar con aquella historia absurda. Si invitarla a tomar algo, si llevársela de paseo al pinar... Vamos, hombre, el pinar. Como que era de esas que aceptan ir al pinar.

Además, hay un problema. Un grave problema: Alessio.

Lo mataría de una paliza. Mejor dicho: lo ahogaría en un caldero. Bueno, bueno, no exageremos. En cualquier caso, se cabrearía. Y un puñetazo se lo soltaría. Y después le conminaría a que se mantuviera alejado de su hermana.

Era un follón. Sí, si él la llamaba ahora, si acababa yéndose solo con ella a algún sitio, montaría un follón enorme. Pero en realidad, quién sabía dónde estaría Alessio, y ella, en cambio, se estaba cansando de patinar y, gradualmente, empezaba a aminorar el ritmo...

Le gustaba demasiado. Le causaba un efecto inexplicable, coño. Y además se dijo que no tenía malas intenciones. Se convenció de que sólo quería conocerla un poco, hablar con ella, descubrir qué había en esa cabecita y, si acaso, estrecharla un minuto entre sus brazos. Realmente, no quería nada más de la pequeña, tan exageradamente maciza e insolente...

—¡Ricitos! —gritó.

Anna, aflojando la carrera, se volvió hacia allí y empezó a mirar entre la multitud.

Coño: era estupenda.

Aquella carita que buscaba con curiosidad quién la había llamado... ¡era fantástica!

Sí, aguantaría la paliza, se lo explicaría, y después encajaría el resto de los porrazos. Empezaría otra vez a explicarse...

Anna lo vio. Lo reconoció. Y frenó bruscamente.

Mattia. Mat-ti-a. Apoyado en la barandilla, tan guapo como Brad Pitt en *Thelma y Louise*, tan guapo como uno de esos actores de las cubiertas de las revistas.

Pasó un segundo de despiste, de loca alegría en estado salvaje. Después Anna se repuso. Intentó llegar hasta él, pero no era fácil: decenas y decenas de patinadores pasaban como flechas, y Anna debía estar atenta para esquivarlos si no quería que la arrollaran y que se le despellejaran las rodillas justo delante de... ¡Mattia!

Durante tres o cuatro minutos siguieron así: uno a un lado y la otra al otro, intercambiándose caras divertidas, riéndose por el azoramiento, por lo absurdo de la situación, por las ganas que tenían de reunirse... Pero aún nada, bólicos humanos en el horizonte.

Qué guapa estaba Anna mientras hacía intentos de dar un paso y se retiraba después, hinchando las mejillas, echando todo el aire. Y él, con la colilla encendida entre los labios, se preguntaba el porqué de todo aquello.

Cuando llegó por fin hasta él, se apoyó ella también en la barandilla.

—Lo hemos conseguido —dijo resollando.

—¡Desde luego, se te da bien lo de patinar! —rió él.

Anna no sabía qué decir. ¿Te das cuenta de lo que te está pasando? Hay gente a la que algo así no le ocurre en toda su vida. Anna no sabía qué decir, porque le hubiera

gustado besarlo al instante, y al mismo tiempo nada le aterrizzaba más que la eventualidad de ese beso.

—Me estoy muriendo de sed.

—¿Quieres que te acompañe al bar?

Tenía esa sonrisilla de emprenderla a bofetadas, como los criminales en las películas de gánsteres. Los criminales buenos, ya se entiende.

Anna saltó la barandilla, como si fuera lo más obvio del mundo, y Mattia no pudo dejar de echar un vistazo a las braguitas.

—No, no me gusta el bar —dijo, sentándose en un escalón, atareada en quitarse los patines de los pies—. Ya no tengo ganas de estar aquí.

—¿Y adónde quieres ir? —preguntó él, sorprendido.

Anna estaba toda retorcida en el suelo, los patines se resistían a salir de los pies, y, mientras tanto, esa mortal faldita suya se levantaba por enésima vez, por millonésima vez. Mattia se preguntaba qué podría hacer y saber, a esa edad, una chica italiana de barrio. Porque las eslovenas y las rusas, ya se sabe, son muy despiertas...

—Bueno, pues ¿adónde quieres ir?

—¡Fuera! —exclamó Anna poniéndose de pie.

Ahora, descalza, apenas le llegaba a los hombros.

—¿Y tú te fías así del primero que pasa?

—Pero si tú no eres el primero que pasa... —Anna soltó una de esas risitas suyas.

Mattia meneó la cabeza, divertido: no se esperaba tanto arrojo. Aunque sabía perfectamente que eso no era arrojo, puesto que no era más que una niña.

—Además, si no te portas bien... ¡se lo digo a mi hermano!

Era evidente que estaba de broma y, sin embargo, la sonrisa de él resultó forzada, realmente forzada.

—¿Te lo has creído? ¿Crees que le contaría algo? —estalló en risas Anna.

Se sintió aliviado. Y enredado, engatusado, contagiado por el entusiasmo de aquella chiquilla, que para ser una chiquilla, la verdad, tenía dos tetas enormes. De esa manera, mandando a tomar por culo todo escrúpulo, arrebatado por un repentino deseo adolescente de jugar, le ofreció el brazo y dijo:

—Vamos, princesa... ¡La llevaré a donde usted quiera!

Anna se echó a reír de nuevo, agitando las manos como para rechazarlo.

Pero él la había cogido del brazo. Había retrocedido diez años de golpe.

—¡Espera, que no tengo zapatos!

Mattia se detuvo, se percató de los pies descalzos de Anna en el suelo y, pletórico de energías y fantasía, antes de que ella pudiera decir media palabra, la cogió en brazos y la levantó:

—No vaya a ser, madame, que una piedra atente contra sus piecitos...

Fue así como Anna se vio en brazos de Mattia como una recién casada, aferrada a

sus hombros y aturdida, llevada en triunfo en medio de la multitud bulliciosa, hasta la caseta de los patines, hasta la taquilla donde había metido sus sandalias.

Durante el trayecto, Anna no fue capaz de pensar en nada. Se dejó acunar por el movimiento de aquel cuerpo sobre la grava, por el calor que desprendía, por aquel olor moreno a nicotina, y alcohol, y a algo más, casi... a algas.

Advertía con una mezcla de hechizo y horror sus músculos en tensión, las arterias a la tarea y la sangre circulando. Sorprendía con una mezcla de estupor y repulsión los mechones de pelos negros en el pecho. Y se abandonaba entera a aquel contacto.

De repente, dijo Mattia:

—¿Qué has hecho? —con voz estupefacta—: ¡Tienes briznas de hierba en el pelo!

El diablo está en los detalles.

Francesca los había visto.

Lo había visto todo.

A Anna aminorar su carrera, ir al encuentro de aquel chico, *el* chico. Entonces frenó inmediatamente y durante algunos minutos tuvo que agarrarse a la barandilla para regularizar la respiración.

Se acercó, procurando que no la vieran, confundiéndose con la multitud. Llegó a dos pasos de ellos. Y lo vio todo: a Anna saltar la barandilla, quitarse los patines de los pies, entrar en los brazos de aquel hombre.

Dejó de sentir las piernas, los brazos, el corazón. Sólo el estómago había empezado a retorcerse, como si hubiera sido aspirado y bombeado después y otra vez puesto en marcha en un vuelo vertiginoso.

Los siguió. Los estuvo espiando a escondidas hasta la caseta, sosteniéndose milagrosamente sobre los patines que resbalaban en la grava, manteniéndose a duras penas con vida bajo el martilleo furioso de aquel corazón que trabajaba a un ritmo sencillamente insoportable.

En efecto, no pudo soportarlo: la vista de aquellos dos que bromeaban en la caseta, de él que le ponía las sandalias en los pies, que *fingía* ponérselas, porque al final le hacía cosquillas y Anna se reía de una forma... que le daba asco.

Salieron de allí. Ella no dejó de seguirlos, hasta el final. Hasta que no desaparecieron del todo en la oscuridad del pinar. Y en ese momento fue cuando se sintió mal.

Contra la rejilla de la verja, le sorprendió la primera arcada de vómitos. Después, otra, y otra más. Se llevó la mano a la boca y, reuniendo todas sus fuerzas, empezó a correr hacia los baños. Allí había una cola de locura. Tuvo que saltarse a seis o siete personas y llevarse algún insulto. Debió aguardar desesperada ante una puerta. Y cuando ésta se abrió por fin, Francesca inclinó la cabeza en el váter.

Lo vomitó todo.

Se sorbió ruidosamente la nariz.

Lloró a mares, encerrada en el metro cuadrado del váter atascado de pis.

Alguien fuera empezó a llamar a la puerta y la conminó a que se diera prisa. Un loco daba patadas a la puerta y gritaba: «So puta, ¿acabas o qué?». Pero durante diez minutos se quedó en aquel agujero, aturdida. Y sólo cuando por fin se le habían vaciado el estómago y los ojos, cuando tuvo la impresión de que de sus sentimientos ya no le quedaba nada, salió.

Fue a sentarse a las gradas, se acurrucó en el rincón que le pareció más oscuro y solitario. Se abrazó las rodillas y hundiendo en ellas la cabeza decidió que desde ese preciso momento Anna había muerto.

Alessio iba dando bandazos a derecha y a izquierda.

Se arrastraba al tuntún con los brazos pegados a los costados y la barbilla caída. Avanzaba como si se hubiera extraviado. Y así continuó, desplazando su cuerpo en medio de los pinos, durante media hora, una hora, quién sabe. Hasta que tropezó con una rama y cayó de bruces. Y cuando levantó la vista, reconoció a Cristiano.

Estaba encogido sobre una piedra. Con la mirada dilatada y torva.

Se miraron: no se sabía quién de los dos estaba peor.

Pasó un minuto lleno de tensión, porque ambos estaban sorprendidos y contentos de encontrarse allí, en un mismo estado deplorable, pero no querían admitirlo.

Alessio se incorporó, empezó a limpiarse los vaqueros.

—Tenías razón, es una zorra —dijo mirando hacia otro lado.

Él, el primer paso, lo había dado.

Cristiano, como si no aguardara otra cosa, no tardó en dar el segundo.

Se le acercó, le puso una mano en el hombro:

—No digas eso, no digas eso ni en broma. Elena es una chica..., es la mejor que podía tocarte.

—Que podía abandonarme, querrás decir.

—Volverá, te lo juro —se puso una mano en el corazón—, y si te he dicho esas cosas...

—Déjalo correr.

Amigos como siempre. Al cabo de tres minutos.

—Soy una mierda de padre.

Cristiano la emprendió a patadas con una piña, furiosamente.

—Si ni lo has intentado, ¿cómo vas a saberlo?

Se abrazaron, se estrujaron. Estaban solos en todo aquel pinar, eran dos desgraciados. Eran unos desgraciados solitarios, pero estaban juntos. Como siempre.

Cristiano alineó con la tarjeta de crédito sobre una superficie imposible de precisar la raya de la reconciliación.

—Juro que es la última de mi vida. ¡Desde mañana me convierto en padre!

—Yo también lo juro. Desde mañana... —Alessio lo pensó un momento—, vuelvo al puente de grúa y a tomar por culo.

Se encorvaron sobre la cocaína y la aspiraron con el habitual billete de diez mil metido en las fosas nasales.

—Pero la verdad es que James es un nombre de mierda —dijo Cristiano levantando la cabeza.

Tenía una sonrisa llena de ternura en ese momento. Aspiró con prepotencia por la nariz y pensó que allá, en medio del puntar luminoso de las farolas, había una criaturita que dependía de él. Un pequeño ser llorón a quien podría enseñar a ponerse en pie, a andar y más tarde a quemar las gomas con el ciclomotor.

En realidad, no estaban solos en aquel pinar.

Y si Alessio hubiera llegado a imaginarse lo que estaba ocurriendo a unos escasos cincuenta metros, no habría seguido allí riendo como un idiota. En absoluto, de haber llegado a sospechar, aunque hubiera sido de lejos, quién se había ocultado entre los árboles, con agujas de pino en el pelo, con su hermana.

Faltaba menos de media hora para que empezaran los fuegos artificiales.

Francesca había permanecido acurrucada en las gradas durante todo ese tiempo. Se había quedado dormida.

Un sueño brusco, mezclado con duermevela, en el que los sueños reales se confundían con los sueños imaginarios, y de vez en cuando se veía obligada a abrir los ojos, de un sobresalto. Eran pesadillas confusas y monótonas. Soñaba con su padre, que, mudo, sentado en un sillón, se levantaba de repente e iba a rebuscar en el cajón de la cocina. Y era en ese momento, con un zoom de la hoja del cuchillo, cuando abría de golpe los párpados.

Permaneció semiinconsciente en posición fetal sobre el cemento armado de la tribuna, hasta que oyó a alguien a su lado que le hablaba y la sacudía. Sentía la cabeza a punto de estallar.

Abrió los ojos. Ojos legañosos y enrojecidos. Poco a poco, las pupilas comenzaron a enfocar la silueta de una persona de sexo femenino, una silueta conocida aunque desconocida.

Parpadeó varias veces. Lisa le estaba pasando una mano por la frente para ver si tenía fiebre. Le sujetaba la muñeca para tomarle el pulso.

¿Lisa?

Cuando volvía para sentarse en la tribuna, había advertido de inmediato una cosa rubia acurrucada en el último escalón, tan abandonada e ignorada que pensó que era alguien que no se sentía bien. Se acercó y se dio cuenta con enorme estupor de que esa persona inconsciente y hedionda era Francesca.

Una Francesca irreconocible, que ahora se incorporaba, restregándose débilmente los párpados. Se sentía débil, era como alguien que ha tenido un mal encuentro o está

volviendo en sí de los tenebrosos efectos de quién sabe qué estupefaciente.

—Oye... ¿Te encuentras bien?

No contestó. Seguía restregándose los ojos, arreglándose el pelo y la ropa. Repetía los mismos gestos, mecánicamente. Un sutil hilillo de baba en la comisura de los labios.

—¿Quieres que llame a un médico? He visto una ambulancia ahí fuera...

Francesca parecía estar emergiendo.

—No —dijo.

Empezó a tomarla en consideración: la miraba con grandes ojos vacíos, sin expresión.

A Lisa le pareció increíble que una muchacha tan hermosa, hermosa incluso en aquel momento, con el pelo revuelto, el rostro desencajado, el rímel corrido debajo de los ojos, pudiera sufrir.

Se parecía a uno de esos niños que acaban de salvarse de un aluvión, que parpadean atónitos contra un trasfondo de escombros y a quienes las cámaras televisivas van encuadrando hasta cerrar un primer plano.

Lisa casi sintió ganas de abrazarla.

—¿Quieres que vaya a traerte algo?... ¿Un vaso de agua?

Pero se sentía cohibida.

—No, ya me siento mejor —dijo Francesca.

También en su voz había cierta turbación: regresaba al mundo, sus mejillas iban recuperando el color y tomaba conciencia de haber sido sorprendida en un estado miserable.

—¿Quieres que vaya a llamar a Anna?

Para Lisa era la pregunta más lógica del mundo. Ya se había puesto de pie, y estaba buscando con la mirada, en medio de la multitud de patinadores, su silueta con rizados y faldita rosa. Pero oyó a Francesca decir, con un tono que tenía algo de glacial, y de indiferente, y de extraordinario, por lo tanto:

—No —secamente.

Lisa se volvió a mirarla, atónita. Francesca estaba inmóvil y tranquila.

—¿Te ha pasado algo con Anna? —no pudo contenerse en preguntar.

Pero enlazar aquel estado de enfermedad con una pelea entre amigas era demasiado incluso para Lisa.

—Si la ves, avísame —Francesca lo dijo sin emoción particular—. No quiero tropezarme con ella.

—No, no la veo... —volvió a sentarse.

Estaban una junto a la otra, sin saber bien qué decir o qué hacer.

—¿Qué hora es? —preguntó Francesca.

—Casi medianoche. ¿Tienes que volver a casa?

—No, mi padre está trabajando.

No era más que una breve información. Pero era también una confidencia, un pequeño detalle de la vida íntima de Francesca. Y Lisa experimentó una emoción casi física.

Estaban juntas, estaban cerca y solas en el escalón más alto y desierto de las gradas. La gente, abajo, saltaba y bailaba distraída, patinaba ajena a todo. Esa gente desconocía que Lisa estaba sentada junto a Francesca, con su rodilla rozándole la rodilla. Esa proximidad le daba una sensación de vértigo. Esperaba ardientemente que Francesca no decidiera levantarse y marcharse de allí.

Pero tampoco Francesca, ya recobrada, era indiferente en absoluto a esa situación. A ratos observaba a la extraña compañera que se le había posado al lado, y se sorprendía ella misma de no sentirse molesta. Como si hubiera renacido a una vida nueva, y Lisa fuera la primera novedad.

—Ya sé que nunca hemos sido grandes amigas —dijo Lisa de buenas a primeras—, pero, en todo caso, si quieres hablar, aquí estoy.

Tragó saliva: era el gesto más valeroso al que se había lanzado nunca.

—Al fin y al cabo, nos conocemos desde la guardería... —se aventuró.

Francesca no se esperaba una declaración semejante. Se volvió de un brinco hacia ella y parpadeó con gesto de sorpresa, casi con una pizca de alegría. Una diminuta astilla de alegría, seguida de una tímida sonrisa.

Lisa tuvo que reconocer que tal vez un momento semejante había sido objeto de sus sueños más desenfundados e inconfesables, y ahora, ante el sonido de aquella sonrisa, se sentía vibrar de felicidad.

—Francesca, ¿estás segura de que no quieres hablar? ¿Te has peleado con Anna?

—Ya no somos amigas —dijo simplemente—, pero no quiero hablar de ello.

Lisa asintió. Debía de haber una razón poderosa para que esa chica tan dura, y también francamente cabrona, que jamás se había dignado a dirigirle una sola mirada, estuviera ahora ahí, apartada con ella. Permanecieron en silencio algunos instantes. Lisa estaba como dentro de un enamoramiento.

Francesca midió de pies a cabeza, en cada pliegue del rostro, a aquel extraño sucedáneo de Anna, a aquel divertido ser viviente que nunca había significado nada para ella, cuando Anna lo había significado todo. Se la quedó mirando durante un minuto entero.

Lisa: alguien en quien no se fija nadie, que tiene una hermana en silla de ruedas.

Lisa: nariz grande, muslos gruesos, espinillas.

Estaba allí, y a duras penas podía contener su emoción.

Una empollona que iba a cursar el liceo clásico, que se pasaría su vida en la grisura de una biblioteca, ante un escritorio, subida a una tarima. Lisa, que en septiembre estaría en clase con Anna.

Ése fue el pensamiento decisivo.

—Somos amigas —Francesca se dirigió a ella de repente, en voz alta.

Anna la había sustituido por un chico alto y guapo. De modo que ella la sustituía ahora por aquella birria. Era todo perversamente exacto.

Entretanto, Lisa, fuera de sí, no era capaz de creérselo: ¿yo? ¿Amiga suya, yo?

Permanecieron sentadas allí arriba casi hasta el estallido de los fuegos artificiales.

Se intercambiaron algunas tímidas observaciones sobre la fiesta. Lisa dijo que nunca había visto tanta gente junta, y Francesca contestó que le habían gustado las canciones. Lisa le explicó que ella no había oído nunca esas canciones, y no le dijo que en realidad las conocía porque las había espiado, a ella y a Anna, desde la ventana de enfrente.

Hablaron de los estudios, también tímidamente. Lisa no veía la hora de empezar y le preguntó a Francesca qué rama había escogido. Francesca le contestó que se había matriculado en el IPS, pero que no sabía ni lo que se estudiaba allí dentro y que le importaba un pimiento. Entonces Lisa cambió de tema. Pero no es que hubiera muchos temas.

Durante ochos años habían sido compañeras de clase, y no se conocían en absoluto.

Lisa, cada vez que se quedaban en silencio, se exprimía las meninges para encontrar algo más que decir. La excesiva emoción, al final, hacía que sacara a relucir siempre algo equivocado. Francesca, por su parte, apenas la escuchaba.

A las doce y cinco, con cierto retraso, un pirotécnico disparó al aire seis o siete fuegos, que apenas tuvieron tiempo de explotar para morir después de inmediato. Fue entonces cuando aparecieron Nino y Massimo.

Lisa se puso enseguida colorada. Ellos se sorprendieron no poco de encontrarla junto a Francesca. Como era habitual, ni siquiera hicieron ademán de saludarla.

Preguntaron qué había pasado y dónde había ido a parar Anna. Francesca respondió plácidamente que Anna estaba con otra gente, que ahora, pasada la medianoche, podían irse por fin a bailar.

Massimo y Nino pusieron ambos cara de pasmo, y en un primer momento se intercambiaron una mirada, como diciendo: ¿será verdad? Después cada uno decidió sabiamente no profundizar. Se lanzaron gradas abajo. Francesca se puso en pie de un salto, cogió a Lisa de un brazo y la arrastró hacia la pista. Parecía renacida, parecía sincera.

A las doce y cuarto del 16 de agosto de 2001, Lisa Cavini, la pringada, estaba bailando en la discoteca, en el centro de la pista, con Francesca Morganti, Massimo Righi y Nino Greco.

A las doce y cuarto del 16 de agosto de 2001, Lisa, con toda empírica evidencia, había tomado el lugar de Anna.

Los buscaron por todas partes.

Alessio, fuera de sí, gritaba:

—¿Dónde cojones está?

La había tomado con Sonia, que estaba encargada de vigilarla. Entretanto, Cristiano marcaba una y otra vez el número de Mattia, y el teléfono no dejaba de repetir: «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura».

Alessio parecía haberse vuelto loco. Y eso que no había echado aún sus cuentas.

Era la una. La pista de patinaje se estaba vaciando.

Sonia no dejaba de repetirle a Alessio que se calmara, que Anna estaría sin duda por ahí, en algún sitio y que no tardaría en aparecer. Pero éste, lejos de tranquilizarse, chillaba aún más.

—¡Francesca! Pero ¿cómo es posible que no hayas visto nada? ¡Si estaba contigo, me cago en la puta!

Francesca, sentada en un banco junto a Lisa, apenas se dignó a menear la cabeza en sentido negativo.

—Ya voy yo —dijo Massi poniéndose en pie—. Voy a echar una ojeada al pinar.

Además de no soportar la ausencia de Anna, quería quedar bien con Alessio, que no dejaba de ser, aunque hubiera perdido la cabeza, el chico más respetado del barrio.

—¿Al pinar? ¿Y qué coño puede haber ido a hacer al pinar? Si le ha ocurrido algo... Si le han tocado un pelo, os juro...

No terminó la frase. Anna apareció entre los árboles, despeinada y sonriente. Como si no hubiera pasado nada, como si no llevara la ropa arrugada y en desorden.

Dijo:

—No jures, estoy viva.

Y detrás de ella estaba...

Todos enmudecieron.

Anna sonreía.

Alessio no sonreía.

Mattia, que antes sonreía, ahora ya no sonreía.

Desde el banco, Lisa empezaba a entender un poco las cosas. Nino pensó que quizá fuera a haber pelea y que él se pondría de parte de Alessio, desde luego. Massimo obtuvo la confirmación de que Anna no sería nunca su novia. Sonia, Maria y Jessica pensaron que Anna había montado un buen follón y, al mismo tiempo, que había conseguido un estupendo botín. Cristiano, sobrecogido, sólo pudo decir:

—Mierda.

—¿Hay algo que quieras contarme, Mattia?

El tono de Alessio no dejaba resquicio a las dudas. Como su cara, por otra parte.

Mattia, con la máxima dignidad, contestó:

—Aquí, no. Montemos en el coche.

Y se encaminó el primero hacia el Peugeot.

Nadie dijo esta boca es mía. Algunos hasta fingían mirar hacia otro lado.

Mientras Mattia se alejaba, Alessio le hizo un gesto a Cristiano, como diciendo: tú quédate aquí. En la práctica, le tocaba otra vez volver andando. Pero no tuvo valor para protestar.

Alessio dio unos pasos en dirección al coche, después se volvió de repente hacia Anna.

—Tú —pronunció— te vas ahora a casa y te esperas despierta a que yo vuelva, ¿entendido?

Anna no movió una ceja.

—¿Entendidooo? —rugió.

Anna asintió con la cabeza.

Sonia y las demás se acercaron a ella para acompañarla a casa. Alessio las miró con muy mala cara. Después se encaminó hacia el coche. Los dos montaron. Se encendieron los faros, el motor. Y todos vieron el Peugeot con los alerones ir marcha atrás como si estuviera despegando, para desaparecer después entre una gran polvareda de arena.

Francesca no se había acercado, no se había movido.

Anna se volvió hacia ella: estaba sentada junto a Lisa, cogida de la mano de Lisa, y la estaba mirando con una especie de mugrienta sonrisa.

A Anna apenas le dio tiempo a entreabrir los labios, a ponerse pálida, a devolverle una mirada incrédula y desarmada. Después Sonia la alejó de allí a empujones.

18.

Una semana después, a las tres de la tarde, Rosa llamó al timbre de la familia Sorrentino. Y Sandra fue a abrir.

Una semana después era el 22 de agosto, el cumpleaños de Anna.

Pero Anna no estaba en casa y Sandra, mientras se quitaba los guantes de goma y se encaminaba hacia la puerta, hubiera esperado cualquier cosa excepto esa visita. Durante todos aquellos años, Rosa nunca había pasado a visitarla, a pesar de todas las invitaciones y atenciones.

Ahora estaba ahí, en el rellano, sobre la alfombrilla en la que estaba escrito WELCOME, pero parecía indecisa sobre si cruzar o no el umbral. Ni siquiera había telefonado para avisar, y eso no era propio de ella.

Sandra la recibió con una sonrisa, diciéndole:

—Ven, pasa y disculpa el desorden.

No tardó en comprender, por su actitud, que aquélla no era una visita de cortesía.

—Siéntate —le señaló una silla al entrar en la cocina—. ¿Preparo un café?

Rosa asintió y, algo abochornada, se sentó ante la mesa. En efecto, había un gran desorden a su alrededor.

—Disculpa. Ya sabes, he vuelto a las dos del trabajo y entre una cosa y otra ni siquiera me ha dado tiempo a lavar los platos... Lo siento.

Rosa hizo un gesto con la mano que significaba: no te preocupes, no tiene importancia.

Ella no trabajaba, nunca había trabajado, y su casa siempre estaba en perfecto orden. En cuanto Enrico acababa de romper las cosas, ella ya había barrido los restos y los había tirado al cubo de la basura.

Sandra puso la cafetera al fuego. Se apresuró a lavar dos tacitas de las que se amontonaban en el fregadero. Aunque le diera la espalda, no le costaba trabajo imaginarse la expresión de Rosa ni el motivo por el que había ido a verla.

Se sabía, a fin de cuentas. En el edificio era algo que, en voz baja, todos comentaban.

Sandra no le hizo ninguna pregunta. Se limitó a lanzarle una sonrisa de certidumbre cuando, al volverse, se cruzó con su mirada. Preparó la mesa lo mejor que pudo, con dos servilletas de papel y dos cucharitas encima. Dejó el azucarero en el centro de la mesa y, dada la tensión, mientras servía el café en las tacitas se encendió también un cigarrillo.

—Gracias —susurró Rosa, dejando la taza. Era la primera palabra que pronunciaba.

Sandra saboreaba su café mientras se fumaba un cigarrillo. Se preguntaba si no sería conveniente intervenir, preguntarle algo. Pero no hubo necesidad.

Rosa dirigió los ojos hacia la ventana abierta: entraba un sol precioso, y el ajetreo de los niños en la playa se oía hasta allí. Entonces empezó a hablar. Habló con calma, sin andarse con rodeos, casi sin interrupciones. Habló durante más de diez minutos. Y, probablemente, desde que nació no había hablado nunca tanto.

—Sandra —arrancó—, tú ya sabes por qué estoy aquí, puedes imaginártelo... El caso es que ya no puedo más. Y hoy he decidido que tengo que hablarlo con alguien... Tengo que enfrentarme a la situación, no puedo seguir demorándolo. Y no lo hago por mí misma. Créeme, tengo treinta y tres años y en mi pueblo ya me consideran una vieja. De mí no me importa nada, lo hago por mi hija.

Dirigió una larga mirada a Sandra, de muda desesperación. Y Sandra se sintió llena de comprensión y de respeto hacia aquella mujer que, con gran esfuerzo, estaba intentando sacarse de dentro todo su dolor.

—Fueron a la fiesta, ya lo sabes... —Rosa hablaba, rígida, sin mover las manos ni nada—. Le di permiso a Francesca, sin decirle nada a su padre. Porque Enrico nunca lo habría permitido. Él iba a estar trabajando la noche de Ferragosto. Tenía un turno doble por las extraordinarias y ni siquiera volvería para la cena. Le dije a Francesca que fuese, que no se preocupara, que ya la tapaba yo, que su padre nunca llegaría a enterarse...

Se volvió de nuevo hacia la ventana, entrecerró los ojos para distraerse un momento al calor de la luz veraniega, al sonido ileso y vivo de los niños que se zambullían en el mar.

—Yo no quiero que Francesca se convierta en lo que yo soy... No quiero que acabe como yo. Quiero que salga, que se divierta como todas las chicas normales... Quiero que siga estudiando, que un día pueda marcharse, lejos de aquí. Quiero que encuentre un trabajo digno, un hombre que la quiera. Yo no he ido en mi vida a una fiesta, ¿sabes?

Sandra asintió. Se le helaba la sangre al notar la calma de aquella mujer, la fuerza subterránea de aquella mujer que ahora, separando despacio las palabras, se estaba rebelando.

—Y él, esta mañana, se ha enterado. No sé cómo... Se lo habrá dicho alguien, seguramente. Porque ha vuelto a las seis de la mañana y nos ha despertado. A mí no ha querido ni hablarme. Me ha encerrado, con llave. Después le he oído ir a la habitación de Francesca... —cerró los puños en el regazo— y no he podido hacer nada.

Sandra hizo ademán de acercársele, pero Rosa la detuvo.

—Oía los ruidos de las cosas. Oía los ruidos de las manos. Francesca no llora, ¿sabes? Ya no llora, no dice ni una palabra siquiera... Se ha vuelto como yo. Oía los ruidos de las cosas, Sandra, los he estado oyendo hasta las siete de esta mañana. Y no oí en ningún momento la voz de Francesca... Después él me abrió, volvió a ponerse

la chaqueta y se marchó.

Se escuchaban los gritos de los niños, abajo en la calle, y el viento hinchaba a ratos los visillos blancos.

—Al entrar en su habitación, he visto a mi hija por el suelo. Tenía la cara llena de sangre, le había roto la nariz. La ayudé a levantarse. Ella no quería ni mirarme. Sandra —se detuvo—, no puedes ni imaginarte cómo me sentía al levantar a mi hija del suelo por enésima vez.

Sandra le cogió una mano y Rosa, en esta ocasión, no la retiró.

—A las ocho cogimos el autobús. En urgencias nos han hecho un montón de preguntas. Yo le decía: «Esta vez lo denunciemos, esta vez lo denunciemos». Pero ella no dejaba de repetirme: «No, no, que nos mata». Estaba demasiado asustada. Pero en urgencias estoy segura de que no nos han creído. Nos mandarán a los de los servicios sociales y te lo aseguro... —levantó la mirada hacia Sandra, ahora sus ojos eran muy vivos—, me alegraría de que nos los mandaran.

—Tienes que denunciarle, Rosa. Te acompaño yo si quieres. Vámonos ahora, mañana, cuando quieras...

—Francesca está demasiado asustada, no me he sentido capaz de ir a la policía. Pero quiero hacerlo, Sandra. Y si me mata...

—No lo digas ni en broma. ¡Te protegerán!

—En mi pueblo —sonrió—, a las que son como yo nadie las protege.

Sandra sintió un arrebató de rabia. Sabía perfectamente ella también que así era, que a las mujeres las matan sus maridos y nadie dice nada. Porque es verdad que estamos en Italia, pero éste es un país de mierda.

—Lo que me pase a mí no me importa, yo sólo quiero que Francesca esté a salvo. Por eso he venido a pedirte... Cuando vaya a denunciarlo, porque esta vez voy, esta vez juro que lo hago. Pues verás, cuando vaya, ¿podría quedarse Francesca aquí contigo? ¿Podría quedarse aquí si surgen problemas?

—No tienes ni que preguntármelo, Rosa.

—Gracias, Sandra.

Sus ojos se velaron con un ligero temblor.

—No hay nada que agradecer.

Rosa se levantó de la silla.

Seguía siendo guapa. A su edad, muchas mujeres no se han casado aún: trabajan, hacen viajes, van al cine, al restaurante, a bailar.

Sandra se acercó para abrazarla y ella se dejó abrazar.

—Tienes mucho valor —dijo Sandra—. Te acompaño yo a la comisaría, ya verás como las cosas cambian... —le acarició la cabeza.

Rosa la miró a los ojos. Había casi alegría, ahora, en su rostro.

—¿Sabes? —admitió—, resulta raro decirlo a esta edad, pero eres la primera

amiga de verdad que tengo...

A Sandra, pese a ser una mujer con buenas espaldas, le costó trabajo contener la emoción.

—Llámame a cualquier hora, por favor. Cuando quieras, te acompaño —le repitió en el umbral de la puerta.

Rosa asintió. Y desapareció.

Quién sabe si lo haría realmente. Personarse ante un agente de policía, sentarse, presentar una denuncia contra el hombre más importante de su vida después de su padre. Contarle cosas a un desconocido que durante muchos años no le había contado a nadie, tal vez ni siquiera a sí misma. Abandonar su casa, buscar un trabajo, cuidar sola de Francesca. Y acaso, algún día, encontrar a otro hombre, vivir algo parecido a un amor.

Era necesario, pensó Sandra. A su edad era realmente necesario. Pero ¿con qué derecho hablaba ella? Durante todos esos años... ¿qué había hecho?

Se dejó caer en un sillón.

Para mí, es tarde ya.

Nunca podría rehacer su vida, lo sabía. Simplemente, envejecería sola.

No se sentía con ganas de lavar los platos. Fue a asomarse a esa ventana en la que daba el sol y adonde llegaba el gorjeo reconfortante de los niños junto a la luz, igual que la luz.

Por hoy, todo se quedaría sin recoger.

Levantó el auricular, tecleó el número del abogado lo más rápido que pudo. Era la decisión correcta, la única actitud digna. No hacerlo por uno mismo, hacerlo por los propios hijos. Por el futuro, por esos niños que juegan en la playa y no tienen la menor idea de lo difícil que resulta tomar las decisiones correctas.

19.

El 22 de agosto, Anna cumplía catorce años.

Mattia le estaba mirando el culo, que se movía debajo del pareo blanco. Mientras apartaba las hojas del cañaveral, se preguntaba adónde le estaba llevando.

La luz era agobiante.

Se habían citado en el sótano a las dos, la hora en la que todos duermen. Anna lo estuvo esperando escondida, con los pies descalzos sobre el suelo sucio. Olía a polvo y a polen. Le había susurrado al oído:

—Conozco yo un sitio.

Ahora era un repetirse rítmico y constante. El chirrido de los insectos, los mosquitos detrás de las orejas. Mattia caminaba con el torso desnudo, los vaqueros arremangados en las rodillas. Le agobiaba la línea curva, cálida, de sus caderas. El trasero de ella en movimiento le martilleaba secamente en el interior de los riñones.

Sudaba, al hundir las pantorrillas en la papilla. El sol maceraba los montones de algas. ¿Adónde coño me estará llevando? Se esperaba el interior de una caseta, o una bodega, cerrada con llave.

El sol caía a plomo sobre la arena.

La seguía por aquel desierto que nunca había visto. Una especie de cementerio para barcas y cisternas vacías de gasóleo. Un silencio ensordecedor y gatos que anidaban en las sombras. Mattia se esperaba un lugar resguardado y oscuro. Pensaba que las chiquillas, la primera vez, tenían miedo de ver, de dejarse ver en todos sus detalles.

Aquél era el día más caluroso, según el hombre del tiempo. Con el noventa y cinco por ciento de humedad, el cielo henchido de agua. Anna se quitó el pareo blanco, lo dejó caer sobre la arena.

—Hay una membrana al principio —le había dicho—. Una membrana semitransparente que puede tener muchas formas. Yo he intentado mirar la mía, pero no he podido.

Se embadurnaba las piernas de fango en la arena. Excavaba agujeros con la punta de los pies que enseguida se llenaban de agua. Le esperaba.

—He buscado el verbo en el diccionario —le había dicho—, se llama *desflorar*. Quitar la flor —como si él no supiera esas cosas—. Es un verbo extraño, ¿verdad? —había sonreído, infantil y maliciosa.

Anna entró en el agua hasta que le llegó a las rodillas. Tenía la parte de abajo del bikini metida en una nalga, el pelo húmedo y embarrado de arena. Quieta a contraluz, negra, absorta en mirar fijamente la isla de Elba con una mano delante de los ojos.

Mattia se quitó los vaqueros, los arrojó sobre una piedra. El olor a herrumbre, el sol en la cara. A las dos de la tarde, la gente se queda encerrada en casa, deja oscilar

la cabeza empapada en sudor en el sofá.

Llegó a su altura. Se dejó caer en el agua oscura y terrosa en aquel punto desconocido de la costa.

—Vamos hasta la boya —propuso Anna.

Mattia la vio zambullirse y quedarse después flotando en la superficie, haciendo el muerto.

Se sentía inquieto. Como siendo un crío en el saco de dormir, cuando se había deslizado entre las piernas de una mujer por vez primera. Pero era de noche en aquella ocasión, no pudo ver nada. Estaba con el grupito de sus amigos, que, a escasa distancia, fumaban marihuana aguardando a que acabara.

Ahora, Anna y él nadaban juntos. Llegaban hasta donde cubría. Y el mar estaba caliente y quieto, como el lomo de un animal adormecido.

Habían pasado ocho o nueve años desde aquella primera vez. Años de piernas abiertas contra los azulejos de los servicios, en los restaurantes; contra las taquillas de los gimnasios, en las camas matrimoniales de otros, entre la ropa esparcida. Todas esas cosas que Anna desconocía, cosas que haría algún día acaso con él. En las áreas de servicio, con estudiantes en excursiones escolares. Mujeres de una cierta edad contra el reposadero de un coche. Los reservados rosáceos y nauseabundos del Gilda. Posibilidades que Anna no sospechaba.

Nadaban juntos, con brazadas paralelas. Se balanceaban metidos en la espuma blanca, en las corrientes a veces frías, a veces cálidas. Mattia la observaba bajo el agua, cómo liberaba brazos, piernas y pelvis en la desnudez del mar. Demostraba una gran habilidad en escabullirse hacia el fondo, hasta tocar con los dedos las laminarias, tan parecidas a una barba.

Al alcanzar la boya, se aferraron con fuerza.

Le había confiado, como si fuera algo descomunal, que antes de quedarse dormida, se metía los dedos en las braguitas. Todas las noches se provocaba su pequeño, mudo orgasmo.

Se miraron a los ojos enrojecidos por la sal, con las cejas adensadas por el agua. Entrelazaron las piernas por debajo de la boya amarilla.

—Dime una cosa: ¿con quién venías aquí?

Anna lanzó una mirada hacia la playa, donde estaban los restos de un pavimento. Adonde acudían los gatos, no a esas horas, más tarde...

Quién sabe quién les daría de comer ahora. Quién sabe si seguirían esperándolas, después de cenar. Los cucuruchos de pasta enrollados dentro del bolsillo.

—Con nadie —contestó.

—No me lo creo.

Aquél no era el tipo de sitio al que se va a jugar a policías o ladrones o al escondite.

La luz lo agobiaba. Buscaba sus piernas debajo del agua, sus pies minúsculos. Hurgaba en ella con los ojos. Sabía desanidar a los pulpos de debajo de las escolleras, sabía matarlos con la fisga incluso a cierta distancia. Sabía no hacer ruido, si era necesario.

—¿Te gusta pescar?

Anna dijo:

—Sí.

—¿Y qué más te gusta?

Estaba floreciendo. Tenía algo indescifrable en sus ojos. Simplemente, no era ni una cosa ni otra.

Se le acercó, la cogió del pelo. Ahora que la tenía sujeta, ella se dejaba acariciar cerca de la ingle. Sonreía, entreabría apenas los labios. Mattia le tiraba del borde de las bragas debajo del agua y ella cerraba los ojos.

—Espera —dijo apartándose—, me estoy haciendo pis.

Mattia la miró, aturdido, mientras se alejaba.

—No te me acerques —decía riéndose—, que si no, no me sale...

Cuando salieron del agua, Mattia fue a recostarse sobre el casco volcado de una barca.

Su cuerpo moreno, reclinado e impaciente. Se quedó goteando al sol, esperando a que de un momento a otro Anna se acercara. Había sido ella quien lo había buscado, ella quien lo había traído a ese lugar, a esa papilla.

Pero Anna seguía donde estaba. En vez de acercársele, se había puesto a buscar lagartijas debajo de las piedras. Deambulaba por los restos del pavimento y se agachaba para coger algo. Lo hacía aposta.

Mattia tenía las fosas nasales llenas de hierro oxidado y algas podridas. Se volvió de costado para mirarla.

Estaba recogiendo una rama, ahora. Tenía ese dichoso bikini anudado en los costados, que se le metía en medio y dejaba el culo completamente al descubierto. El bochorno era agobiante; la luz, intensa y fija. Una especie de martillo neumático le taladraba las sienes. Era insoportable verla moverse con los pies desnudos, deambular como un depredador de talla pequeña. Lo hacía aposta.

—Ven aquí —le dijo.

Alessio tenía turno, de dos a diez. Cristiano estaba al otro lado de Piombino, en Torre del Sale. Y esa cabrona pescaba con una rama una medusa del mar, la depositaba en medio de las piedras y miraba cómo se disolvía. Fingía no oírle.

Quería que la miraran, no había otra explicación: le gustaba que la miraran. Anna torturaba el cuerpo de la medusa mientras se disolvía y, entretanto, vigilaba a Mattia con el rabillo del ojo. Reprimía con dificultad esa mortal sonrisa suya.

Se había matado a pajas pensando en esa sonrisa. Había castigado de forma

absolutamente violenta y sádica, recién levantado por la mañana, su insolente sonrisa. Para ella era un juego, como aprender a conducir el ciclomotor, como echar carreras con los patines a velocidad de locura. Quería ser la primera de sus amigas en llegar. Mattia no era tonto, se había dado cuenta.

Tenía diez años de vida más que ella, menos fantasías en la cabeza. Sabía manejar las armas, gestionar la tensión, dejar que se coñeara literalmente de él un bikini medio desatado sobre el cuerpo incandescente de una chiquilla que juega.

—Déjala ya, que ya está muerta.

Ella no sospecha ni por asomo que puede llegar a hacerle daño. Tiene el aspecto de alguien que del mundo sólo conoce el lado bueno. El aspecto de quien se ha revolcado en la niñez hasta ahora. Ahora, sin embargo, ya está bien.

—Ven aquí —le dice, con el tono de quien no tiene intención de repetirlo de nuevo.

Anna dio un par de pasos hacia él, le señaló el relieve que había tomado su bañador. Y se echó a reír.

El aire era irrespirable, al día siguiente seguro que se pondría a llover. Tenía el sol de las dos y media de la tarde cayéndole a plomo, y mañana le tocaba a él en la mierda de fábrica. Cargar y descargar verguetas, toneladas de acero recién salidas de los hornos, aún inflamadas, rojas, incandescentes.

—Venga —dijo—, deja en paz a los gatos y ven aquí.

Anna esta vez obedeció. Se tumbó a su lado.

Se le habían pasado las ganas de jugar. Permanecía muda y quieta al borde de la barca. Mattia le soltó la parte superior del bikini, le desató los lazos de la parte inferior. Se la quitó de las piernas. Percibía ahora toda su alarma.

No estaba lista. Debía sujetarla mientras montaba sobre ella con su cuerpo moreno y pesado. El sol le goteaba por la espalda. La tenía sujeta, humedeciéndola despacio. Ahora se veían los detalles. La pelusa castaña de ella, su rosa interior. Las venas oscuras y dilatadas de él. Se sentía el olor, ahora, de los detalles, más acre que el de las algas.

Le abrió las piernas, sintió con la mano en la tripa todo su temor. Debía tenerla sujeta y acariciarla. Sudaba, le sudaba encima. El sol en la cara, el cielo blanco, los gatos anidados en el interior de las sombras.

Tenía la edad y el cuerpo para hacerlo. Pero no estaba lista. Igual que en el médico, sobre la camilla. Se dejaba tocar y esperaba algo desconocido. La forzaba despacio, se movía despacio. Era su cumpleaños, era su momento.

No servía de nada buscar las palabras en el diccionario. *Quitar la flor*. Era real, era mucho más sencillo. Dolía como una espina, como un objeto contundente que no hiere sino que únicamente se adentra. Y la membrana se parte en dos, como un fruto.

Anna tenía los ojos abiertos, lo miraba como un niño que pide apoyo a la persona

equivocada. Nunca habían estado tan *juntos*. Se precipitaba despacio, sonreía despacio, cedía ante aquello, indistinto y pleno. Una cuna. Un movimiento idéntico a otras mil cosas del mundo. Cálido y constante.

Mattia se lo había jurado, con una mano en el corazón, un labio partido, desplomado sobre el capó del Peugeot la noche de Ferragosto. Se lo había jurado.

Pero Alessio no podía saber, no lo sabría nunca, cómo se agitaba el cuerpo de su hermana, cómo movía la pelvis bajo el sol. Sus puntos más suaves. No conocería nunca ese olor suyo, marino y acre. Cómo sabía moverse y ceder y correrse con una sonrisa infantil.

Ya no era de su hermano, no era de nadie más.

La había visto crecer en el patio de Via Stalingrado, jugar con las barbies junto a su amiguita rubia. Se acordaba de ella con una cartera en los hombros y el babi de cuadritos rosas. La había visto bañarse en la piscina de plástico del tejado del edificio, al lado de otros mil niños.

Y ahora la veía correrse.

Levantar la cabeza, acercarla a la suya. Los ojos fruncidos, el sudor en la cara, la luz incandescente de la cara mojada, y aquella mortal, maravillosa sonrisa. Correrse dentro, marchitarla. Anna advertía una especie de invasión repentina de hormigas desde el subsuelo. Y dejaba caer la cabeza hacia atrás.

Mattia se retiró en el último momento, eyaculando sobre su tripa. Se dejó caer, con el corazón estallado, sobre su pecho blanco. Un elemento que vuelve a su lugar. Alessio estaba en la grúa de puente, levantando calderos de acero líquido con la espalda encorvada y la frente empapada en sudor.

Mientras Mattia y Anna se levantaban, se sacudían la arena y las algas de encima, Rosa llamaba al timbre de Sandra y se arreglaba el pelo para armarse de valor.

Mientras Anna miraba a su alrededor, desconcertada, e iba a lavarse de la tripa el líquido blanco, Alessio se metía otra raya de coca dentro de la cabina de mando con un colega recién contratado.

Anna se acurrucaba en los brazos de Mattia. Se habían ocultado dentro de una barca, como los gatos. El sol era tórrido, se había levantado el viento. Y una parte de la isla de Elba estaba ardiendo, como siempre en verano, en un punto negro del monte Capanne. Anna ametrallaba a Mattia a preguntas, y Mattia, en vez de contestar, se reía.

Cristiano, por su parte, observaba el incendio y el humo negro que se elevaba desde un punto no identificado de la isla. Él desconocía el nombre de los montes y detestaba a los isleños: que se quemaran vivos.

Estaba sentado en una silla plegable de plástico, bajo la sombrilla. Habían ido a Torre del Sale, la playa que quedaba entre la central eléctrica y la fábrica de tubos Dalmine-Tenaris. Su primera excursión familiar.

Había otras familias a su alrededor. Los hombres comentaban el incendio con ademanes excitados y gesticulantes. Cristiano apartó los ojos de la isla y subió el volumen de la radio para escuchar las últimas noticias del mercado de fichajes.

Jennifer estaba tumbada sobre una toalla tomando el sol, algo deformada en las caderas y el trasero. Decididamente, había empeorado, no se parecía ya casi a la chiquilla estilizada de quince años que consentía que le hicieran el amor de pie en el sótano o en la caseta oscura de sus padres.

Cristiano tenía en brazos al niño, que refunfuñaba. Le había regalado unas zapatillitas de gimnasia doradas de la marca Nike, de esas que estaban de moda. Se había gastado un montonazo de dinero en esas zapatillitas de hombrecillo que le estaban absolutamente grandes, pero qué sabía él de las medidas de los niños. Le había dicho a la cajera: «Como usted crea».

Cristiano alternaba su mirada entre Jennifer tumbada con los auriculares del walkman en los oídos, y los mocos que goteaban de la cara de su hijo. Y no sabía bien qué decir ni qué pensar. Cogía un pañuelo de la bolsa, limpiaba la nariz del pequeño James, quien parecía querer decirle algo, pero que aún no sabía hablar.

Cristiano no entendía un pimiento de sus gruñidos. Esos ojillos le hacían sentirse cohibido. Era difícil, era una cosa grave. No quería acabar como esos cuarentones tripudos, con la nevera portátil, que pierden una hora hablando de cómo se quema la isla de Elba en verano.

Pero ¿qué podía llegar a ser? Qué clase de destino le aguardaba allí, en Piombino, respirando mierda sobre la excavadora de la Lucchini, el domingo en la playa con su preciosa familia...

Un robo. Tenía que hablarlo con Mattia. Una oficina de Correos, una filial pequeña. El arma desenfundada. La adrenalina. Y después desaparecer, ir a desmadrarse a un lugar molón. Sonrió. Acarició la cabecita de James.

—¡Papá te va a llevar a Brasil —le susurró— a ver el carnaval!

Pero James sólo tenía seis meses, no entendía sus palabras. Y se echó a llorar de buenas a primeras como un poseso, obligándole a llamar a Jennifer, a gritar para que le oyera a través de los auriculares del walkman.

20.

En cuanto llegó a casa, Anna se escabulló en el baño sin saludar siquiera a su madre. Fue derecha a sentarse en el váter, se quitó la parte de abajo del bikini y empezó a inspeccionarla con atención. En efecto, algunos restos quedaban.

Se encarnizó en el lavabo con el jabón, contra la mancha que nadie debía descubrir. Y en cierto modo le daba pena verla diluirse. Pero atención: sólo se diluía, no desaparecía. Y ella no tenía ningunas ganas de pasarse allí media hora enjabonando. Arrebujó las bragas y las escondió debajo de la cama.

Cuando apareció en la cocina, era evidente que había algo nuevo en ella. Sandra, de haber sido cualquier otro día, probablemente se habría dado cuenta. Habría sumado el follón del baño, las bragas desaparecidas, los rumores que corrían sobre ese chico que había vuelto de Rusia y la actitud agresiva y sonriente de su hija. Habría echado sus cuentas, en cualquier otro momento.

Ahora estaba sentada en el sillón, con la cabeza hundida en el periódico *Liberazione*. Pero no leía. Cuando oyó los pasos descalzos de Anna acercarse, levantó la cabeza y cerró el periódico. Vio un metro de arena mezclada con otras guarrerías en el suelo recién barrido.

—¿Cuántas veces te he dicho que te laves los pies?

Anna cogió un melocotón de la cesta de la fruta y le dio un mordisco.

—Eres un desastre —dijo Sandra, meneando la cabeza—. ¿Te lo comes con la piel y todo?

—Es que la pelusilla —contestó Anna, masticando— ¡está muy rica!

Escupió el hueso directamente en el desagüe del fregadero. Sandra se levantó del sillón visiblemente alterada: ¿qué maneras eran ésas, es eso lo que te he enseñado? Pero antes de que pudiera decir nada, Anna, mirándola fijamente, dijo:

—*Tu marido*, ¿cuándo vuelve?

La había cogido desprevenida, la muy listilla. Con la clásica carita que hacía que Sandra perdiera los nervios.

—No sé cuándo vuelve *tu padre* —y arrojó el periódico al suelo—. Llamó ayer, farfullando no sé qué... Dijo que te diéramos recuerdos y que no te perdiéramos de vista.

Se esforzó por reír.

—Desde luego que no me perdéis de vista...

Sandra cogió la escoba y empezó a recoger la arena del suelo. Anna la miraba absorta.

—Pero ¿está bien?

Su madre se afanaba con la escoba en los rincones y debajo de los muebles.

—Que si está bien... ¡Y qué sé yo! Está vivo —silbó—, tiene sus negocios, el

señor, tiene sus obras de arte... Claro que sí. ¡Es un hombre muy ocupado, cómo no! ¡Es que ni quiero saber a qué se dedica, no quiero saberlo! De todas formas, dice que vuelve mañana.

Anna, ante la palabra *mañana*, sintió una suerte de alegría repentina que procuró ocultar.

Sandra, en cambio, soltó allí mismo la escoba, vació una balda y un cajón, buscando los cigarrillos.

—Yo no me creo eso de que va a volver... Con la vida que se pega, ¿qué te crees? Le han visto en San Vincenzo, me lo han contado... —se detuvo de repente, no estaba bien decirle esas cosas a su hija—. Espero que vuelva —intentó corregir el tiro—, espero que vuelva porque si no... —pero sin conseguirlo—. ¡Tu hermano es un cretino, eso es lo que pasa! ¡Se ha ido a pagar el anticipo para el Golf, ha pedido un crédito para el coche! ¿Por qué tengo que ser siempre yo la que me parta el culo? ¡Un poco de cerebro, por Dios, vamos, digo yo!

Anna, todas las veces que oía hablar de esos problemas de dinero, experimentaba una sensación de hastío, de mortificación casi. No tenía ganas de entristecerse precisamente hoy, pero se entristecía de todas formas. Esperemos que llegue de verdad mañana para la comida...

Hizo ademán de irse a su habitación. Sentía necesidad de razonar, de pensar, no sabía exactamente aún en qué: si en Mattia, en las bragas arrebujadas o en su padre que desde hacía un mes se limitaba a telefonar a casa. Estaba a punto de irse y cerrar la puerta cuando Sandra le dijo:

—Espera, tengo que hablar contigo.

Anna, alarmada, se volvió a mirar a su madre a los ojos. Le había entrado un miedo repentino ahora, completamente irracional, a ser descubierta: las bragas y todo lo demás.

—Hoy ha venido la madre de Francesca...

Anna se quedó de piedra.

—Tengo que contarte varias cosas. Siéntate.

Se sentó mecánicamente, con el corazón a mil por hora.

—No sé si Francesca te ha hablado, te ha contado... —expulsó aire con fuerza— de su padre.

A Anna se le puso una cara blanca, como diciendo, sí, continúa.

—En todo caso, Enrico se ha enterado de que fuisteis a la fiesta y le ha pegado una paliza a Francesca. Le ha roto la nariz. Parece que es la enésima vez, que es una especie de costumbre para ese cerdo...

Las manos de Anna empezaron a toquetear el borde de la mesa.

—Rosa quiere denunciarlo. Estoy completamente de acuerdo. Estoy dispuesta a acompañarla, a testificar, a lo que sea.

Sandra levantaba la voz, frente a las injusticias. Tendría que discutirlo en el partido, plantear el problema de la violencia contra las mujeres. No la de los rumanos por las calles sino esas otras pesadillas de ahí, las del piso de abajo. Se calmó.

—Rosa quiere que Francesca se quede con nosotros en casa durante una temporada... Tiene miedo, es comprensible. Cree que, después de la denuncia, Enrico podría hacer alguna locura. Yo la entiendo —se encendió un cigarrillo por fin y aspiró con fuerza la nicotina—. Esta mañana ha tenido que llevar a Francesca a urgencias.

No hubo necesidad de que añadiera nada más.

Anna se puso de pie. Las manos, los ojos, los labios le temblaban de rabia. Una gigantesca sensación de culpa. El rostro incrédulo, palidísimo, una vorágine en lugar del pecho. Miró a su madre por un instante. Se daba asco. Corrió de un salto hacia la puerta, la abrió sin volver a cerrarla. Se lanzó escaleras abajo todo lo rápido que podía.

¡So cabrona! Se lo repetía continuamente. Saltaba los escalones de dos en dos. Hubiera querido darse de bofetadas, caerse y golpearse la cabeza. ¿Cómo cojones había podido dejarla sola? Hacer como que no la veía durante una semana... Sólo porque le ponía mala cara, sólo porque se había hecho amiga de Lisa.

Y además, había hecho eso con Mattia, lo había llevado a ese sitio... ¡La había traicionado, lo había traicionado todo! Y ahora Francesca estaba llena de moratones. El monstruo le había dado una paliza. Anna estaba convencida de que era la única que podía salvarla. La única que sabía, y tenía el poder... ¿de qué? Hubiera querido desplomarse por el suelo, sentir un dolor físico inmenso que superara el que le mordía los pulmones, el estómago, el corazón.

Se precipitó escaleras abajo descalza, estaba sucia de arena, tenía los ojos llenos de rabia, llenos de desesperación y juraba, lo juraba mil veces: al diablo Mattia, renuncio a él, renuncio a todo... Pero ahora tengo que abrazar a Francesca, ahora ya nadie debe hacerle daño.

Se detuvo delante de su puerta. Una puerta oscura y cerrada, siempre, más allá de cuyo umbral no se podía pasar. Me importa un bledo, yo ahora entro. Y mantuvo el dedo índice apretando largo rato el timbre. Me importa un bledo, tenéis que abrirme. Y nadie acudía a abrirle. Mierda puta. Y se ensañaba. Una, dos, diez veces contra aquel timbre de mierda, contra el infierno en el que estaba encerrada su Francesca y que ahora mismo se tenía que terminar.

Basta. Francesca se iba a venir a vivir con ella ahora mismo. Como una auténtica hermana, como es justo que sea. Dormiría en la cama con ella. Se abrazarían. Desayunarían juntas cada mañana, irían a clase en el ciclomotor. Y ella iría a esperarla a la salida, delante de la verja del IPS.

Me importa un bledo, gritó dentro de sí misma, con el dedo pegado al timbre. Yo

no lo suelto, yo no me muevo de aquí hasta que no la vea. Y se viene conmigo. Y ese monstruo no volverá a verla. Irá a la cárcel y se pudrirá allí. Lo meterán en la cárcel, a enmohecerse, a convertirse en el moho que es. Lo mato si no vienen a abrirme.

Oyó unos pasos. El ruido de la cerradura. Y la puerta se abrió, justo lo imprescindible para poder verse la cara.

Dos ojos relucían en la penumbra, con una luz oscura y fría.

No eran los ojos de Francesca, no eran los ojos de Rosa.

Enrico la miraba fijamente sin pronunciar palabra.

Era un gigante. Una cara congestionada de carne roja, muda y enorme.

Anna osciló apenas, al dar un paso atrás. Con un esfuerzo enorme, fue capaz de decir, balbuceando en voz baja:

—Quería ver a Francesca...

El hombre no parpadeó. Tal vez percibiera el terror de la chiquilla que tenía delante. Tal vez no. Parecía un gran envoltorio vacío, un cuerpo pesado, un arma de fuego. Parecía no experimentar sentimiento alguno, pensamiento alguno. Parecía incapaz de hablar.

—Francesca no está —dijo—. Francesca no va a volver a salir con malas compañías.

Cerró la puerta.

Anna se llevó una mano a la boca. Para no gritar, para no sollozar, para contener la furia y el miedo que sentía. Se dio la vuelta y se alejó de allí, bajando a la carrera los tres tramos de escalera que le quedaban.

Cuando salió al patio, eran las seis de la tarde. Aún había luz. Se echó a llorar desesperada. Se le acercaron, le preguntaron qué le pasaba. Anna sollozaba como si se le hubiera muerto alguien, lanzaba débiles puñetazos contra Sonia y Maria, que intentaban calmarla.

Pero Anna no se calmaba, se revolvía y sollozaba con fuerza. Y así siguió durante más de diez minutos. Después empujó a las demás y fue a tumbarse sobre el banco, aquel en el que habían escrito sus nombres con el rotulador rosa. Lloraba despacio. Lloraba en silencio. El pelo sucio de arena, las algas pegadas a las pantorrillas, el pareo empapado y con manchas. Parecía la pequeña cerillera descalza del cuento de Andersen.

Desde su ventana, desde detrás de los visillos, Francesca la veía llorar y lloraba.

Había oído cuando Anna había llamado a la puerta. Había oído a su padre que iba a abrirla.

Y su madre hacía punto en el salón. Y ella permanecía encerrada en su habitación. Francesca estaba llena de moratones. La nariz seguía doliéndole. Había sentido una punzada tremenda cuando reconoció la voz de Anna.

Pero, ahora, mientras la espiaba desde detrás de los visillos, no lloraba por su

padre, por los hematomas o por los golpes. Lloraba porque todo era culpa de Anna.

21.

El verano estaba terminando, la luz del día se acortaba.

Empezaba septiembre. Anna iba a hacer el amor a casa de Mattia, un apartamento pequeño y oscuro en perenne desorden, al fondo de Via Stalingrado.

Alessio, al final, había cedido. Les había hablado uno por uno, a su amigo y a su hermana, y les había soltado su discursito.

—Contáis con mi bendición, chicos. Pero nada de gilipolleces hasta que ella no sea mayor de edad —les advirtió de inmediato con el tono de un padre.

Y Mattia se apresuró a replicar:

—Es obvio, ¿bromeas?

Ahora Anna iba a esperar a su novio a la entrada de la fábrica Lucchini o hacía que pasara a recogerla a la puerta de casa. Alessio no era tonto, pero prefería pensar que se quedaban mirándose a los ojos todo el rato. Por el contrario, la pareja hacía el amor en todas partes: en la cama de matrimonio sin hacer, con las persianas echadas, en el baño, sobre el váter o dentro de la ducha, y hasta en el pasillo, contra la puerta.

Alessio observaba a Anna mientras montaba en el coche de su amigo, toda maquillada y alegre: le daba un beso, toqueteaba un poco la radio, ponía el volumen al máximo y se iban haciendo chirriar los neumáticos. Entonces él blasfemaba en silencio y se hacía un porro.

Mattia le contó un día a Anna que su madre había muerto, de un tumor en el cerebro. Que su padre andaba por algún lugar del mundo, pero no allí. Y esas confidencias los unieron mucho.

Mattia se fumaba un cigarrillo después de hacer el amor, le contaba fragmentos de su vida. Le dijo también que había cometido errores, cosas ilegales, pero que ahora ya no tenía intención de volver a hacerlas. Anna lo escuchaba llena de admiración. Y empezó ella también a fumar, a escondidas.

Francesca, cada vez que se topaba con Anna, seguía su camino con la mirada baja y una sonrisilla fingida. Durante una decena de días, en efecto, Anna se obstinó en esperarla en el patio, en su banco, e intentaba hablar con ella, a veces hasta la cogía del brazo y la sacudía. Pero Francesca no se paraba nunca, no quería escucharla. Seguía derecha, entraba en el número ocho y llamaba al timbre de Lisa. Hasta que un día, después de comer, ya no se la encontró en el sitio de siempre. Y entonces, aunque no lo admitiera nunca, sintió una punzada en el estómago.

Francesca se pasaba todas las tardes en casa de Lisa, al igual que Anna se pasaba todas las tardes con Mattia. Sólo que Francesca no hacía el amor, no le interesaba en absoluto, y había roto relaciones con Nino también. Se quedaba en la habitación de Lisa, dejaba que la admirara, jugaban a la escoba y al tenderete. Ella le había enseñado a maquillarse, la había acompañado al mercado a comprarse ropa decente.

Y Lisa le hablaba a menudo de Donata, que estaba en la habitación de al lado, bajo las sábanas, con las pastillas en la mesilla y las persianas perennemente echadas.

La hermana de Lisa había empeorado. Ahora ya no movía casi ni los brazos ni la boca. Era incapaz incluso de sonreír de aquella extraña manera suya. Ya no sonreía, apenas mascullaba algunas palabras incomprensibles. Nadie en esa casa hacía alusión a Anna. Nadie en esa casa quería admitir que Donata se estaba muriendo.

Un día de septiembre, el 2 o el 3, Anna fue con su madre a la COOP a comprar la agenda, el estuche y los cuadernos para el nuevo curso escolar. Mattia estaba sentado en Aldo, el bar de Salivoli, bebiendo algo fuera.

Fumaba, miraba el terso cielo preotoñal y saboreaba con calma su negroni. A esas horas de la mañana no pasaba casi nadie. El *pinball* estaba parado. Un viejo leía un periódico local con las gafas en la nariz y medio puro en la boca. Un magrebí no dejaba de bajar la palanca de la máquina tragaperras sin obtener nada. Hasta la radio estaba apagada.

Después, Mattia vio que Cristiano venía hacia él. Menudo coñazo, pensó. Éste caminaba como era habitual en él, enjuto en sus vaqueros anchos de chavalín. Con el pelo muy engominado y un nuevo piercing bajo el labio. Tenía todo el aspecto de dirigirse hacia donde él estaba: lo último que le apetecía.

Cristiano se sentó efectivamente en su mesa y pidió un whisky. Mattia no tenía ningunas ganas de hablar con él. No por nada, sino porque prefería estar un rato en paz, así sin más, pensando en sus cosas.

En cambio, Cristiano entabló conversación, y era evidente que se había metido una anfetamina.

—Tengo turno de noche hoy —le contestó—, me han puesto con las verguetas, pero es posible que me trasladen a los convertidores...

—¡Mucho mejor los convertidores! —dijo el otro, convencido—. ¡Anda que no se toca allí uno las pelotas!

Mattia no tenía de por sí muchas ganas de hablar, pero menos aún de trabajo.

—¿Qué tal con el mocososo? —preguntó distraídamente, sólo para cambiar de tema.

Cristiano se llevó las manos a la cara:

—Es un delirio, Mattia. Me llora todas las benditas noches, empieza a llorar mientras estamos follando, ¿entiendes? Cada vez que empezamos, cojones. Y la otra que se levanta siempre. Déjalo llorar un ratito, ¿no?

Mattia no le estaba escuchando, se limitaba a mirarlo.

—Pero en el fondo, no es el mocososo el que me irrita. Crecerá y se dedicará a lo suyo... Hasta resulta divertido, a veces. Es Jennifer la que me toca las pelotas. He hecho mal en mudarme a su casa, ¡con sus padres además! No te puedes ni imaginar cuánto dan el coñazo sus padres...

Estuvo hablando un cuarto de hora.

Mattia se estaba terminando el negroni, miraba las caras de la gente que entraba. Chicos en sandalias que pedían fichas para el *pinball*. Obreros con mono, viejos que sostenían que a ellos no les hacía falta Viagra. Mattia dejaba el vaso en la mesa, vigilaba los avances del magrebí en la máquina tragaperras. Y, mientras tanto, el otro seguía hablando, algo frenético. No era mala persona, sólo un poco pesado. Y Mattia estaba casi decidido a pagar y marcharse.

—Escucha —lo retuvo Cristiano, bajando la voz e inclinando la barbilla hacia la mesa—: He venido porque tengo que hablarte de una cosa...

Cristiano tenía un aspecto casi serio ahora.

Pues sí que vamos bien, pensó Mattia. Pero después decidió que podía hacer un esfuerzo más y se quedó. Empezó a jugar con una pajita.

—De mí te puedes fiar, ya lo sabes... Soy mudo como una tumba, y además no es que esté exactamente... —sonrió—, immaculado. Ya sabes, las partidas de coca, otras historias...

—Habla... —ya se estaba hartando.

—Bueno, verás... Sé que estás en contacto con algunas personas de Follonica...

Mattia cambió de expresión.

—Sé que esas personas son profesionales, y sé que tú te las apañas bastante bien... Me han contado lo del robo del 98, un asuntillo realmente bien rematado... Estoy hasta los cojones de esta vida, Mattia, estoy hasta los cojones de la fábrica y de Gianfranco que me toca las pelotas por un minuto de retraso y ha dejado de pagarme las horas extraordinarias, en definitiva... Yo estoy interesado, bueno, en hacer *algo*. Y sé que tú puedes echarme una mano.

—Ni lo pienses.

—Venga, Mattia... Si todo el mundo sabe que... No seas cabronazo. Sólo te pido poder participar en algún trabajillo contigo... No soy un incompetente, sé cómo moverme.

—No hago esa clase de trabajillos, te han informado mal.

—¡Coño, ya te he dicho que puedes fiarte de mí!

—No conozco a nadie en Follonica.

Mattia hablaba en voz baja y con dureza, pero cierto nerviosismo lo traicionaba.

—Sólo me hace falta una pistola y un número de teléfono...

¿Una pistola? Se ha vuelto loco, pensó Mattia, se le ha resecado el cerebro. Pero si es el último cretino sobre la faz de la tierra que podría cometer un robo como es debido.

—Déjalo correr —le dijo con el tono de quien quiere dar por zanjada la conversación—. No sabes de lo que hablas.

—Pues que sepas que lo sé muy bien —parecía exaltado—. Estoy perfectamente

informado. Tal vez a ti ahora se te encoja el culo, pero yo estoy metido hasta el cuello, Mattia, y sé muchas cosas. Sé también lo del padre de tu novia... Que es el gancho de Piombino.

Mattia se quedó pasmado con la pajita en la mano.

—No le digas nada a Alessio, por favor. Ése monta un follón si se llega a enterar. Se había puesto pálido y estaba rompiendo la pajita en trocitos.

—Creía que lo sabías. Estaba convencido...

Mattia se levantó de la mesa y fue a pagar.

—Te lo digo como amigo —añadió después, al pasar por delante—: Déjalo correr.

Cristiano permaneció sentado, como los niños que han soltado una cosa tremenda y sólo se dan cuenta después, y hasta se avergüenzan un poco.

Mattia entró en el coche y cerró con fuerza la puerta. Quería irse derecho a casa a esperar a Anna. Nunca se lo habría imaginado. Esperaba sinceramente que eso que le había dicho de su padre fuera una más de las gilipolleces de Cristiano.

Anna deambulaba entre los estantes, acumulaba en el carro cosas que Sandra valoraba sistemáticamente por su precio y utilidad, para volver a colocar la mayoría en su sitio. Anna se lanzaba frenética hacia los grandes cestos de estuches, arrebatada por una suerte de entusiasmo. Estaba convencida de que todo se arreglaría en cualquier momento.

Faltaba muy poco para que empezara el colegio. Se esperaba sólo cosas bonitas. Había aprendido a conducir el escúter de su hermano. Mattia le había dado clases en un aparcamiento periférico, y ella sabía montar dabuten. Había ido al ambulatorio a hurtadillas para que le prescribieran la píldora. Estaba convencida de que, de un momento a otro, todo volvería a estar como antes. Que era sólo un período. Que Francesca llamaría a su timbre, era sólo cuestión de días, y se fundirían en un abrazo.

Anna, guardando cola en la caja, estaba convencida de ser la misma de siempre.

22.

El hombre del tiempo estaba anunciando temperaturas superiores a la media en cuatro o cinco grados cuando se oyó el timbre.

Era domingo por la mañana, el último domingo del verano.

Interrumpieron el desayuno, se quedaron con la galleta en la mano y se miraron con aire interrogativo. La voz del presentador anunciaba sol por toda la península italiana. Un presentimiento común. Sandra se levantó y fue a abrir.

Ruido de suelas de goma en el suelo. Pasos enérgicos y regulares.

Entró Arturo, ceñido en un memorable traje a rayas negro que olía a tintorería. Los pastelitos bien envueltos, una gabardina gris perla del brazo.

—Buenos días —dijo.

Sus hijos se habían quedado de piedra, cada uno en su silla. La mujer emergió en camisón por detrás de él y fue a apoyarse contra la jamba de la puerta.

—¡Qué bien os veo!

Como si no los hubiera abandonado, dejándolos solos y en grandes apuros, durante un verano entero. Los veía bien: estaban mudos y cabreados.

Arturo dejó caer la gabardina sobre el sofá, se sentó cruzando las piernas. ¡Qué gran talento se le había escamoteado al teatro! También él escamoteó una excusa, aunque fuera de esas dichas por decir, con un mínimo pudor.

—Venga, abramos los pastelitos...

Estaba emocionado como un chavalín que acaba de robar un ciclomotor, y casi no puede creer que lo ha conseguido, y se siente como un dios por más que sepa que ha cometido un error.

¿Dónde había estado durmiendo? ¿Se habría echado una amante?

Arturo exhibía una sonrisa canalla.

Sandra tuvo que hacer un esfuerzo enorme para controlarse, para ocultar el azoramiento, la desazón que sentía frente a ese traje nuevo, la raya impecable de los pantalones (¿quién se los había planchado?) de su marido, que, fuera como fuera, incluso hecho una tacita de plata, seguía siendo un desgraciado.

Anna le dio un tímido bocado a su galleta.

No había parentesco alguno, ni de lejos siquiera, entre el paño de sastrería que vestía él y las telas del sofá, del mantel, del arrugado camisón de su mujer. El sol entraba alto y claro a través de la cortina blanca, y Sandra se toqueteaba el pelo, intentando en vano arreglarlo y mantener a raya los nervios.

Arrancó la sintonía del telediario.

—He vuelto —tragó saliva— para quedarme.

A Alessio se le había quitado el apetito.

—A ver, ¿sigue siendo ésta mi casa o no?

Silencio sepulcral.

Entonces Arturo se metió la mano en la chaqueta. Esta vez iba a sorprenderlos de verdad. Era el gesto que llevaba una vida entera esperando, la escena clave de la película que llevaba en la cabeza. Se sacó del bolsillo un estuche de terciopelo rojo. Tenía esa sonrisa flamante estampada en la cara, un color estupendo en las mejillas, que desentonaba de forma colosal con los labios sellados de su mujer, con la gélida sorpresa de su hijo. Y Anna contenía la respiración ante el estuche rojo.

Lo abrió. Extrajo su contenido. Se lo enseñó a Sandra.

El anillo que Arturo tenía entre sus manos era la mayor preciosidad que ella había visto nunca.

—He vuelto para quedarme —repitió—. Para daros la vida que os merecéis.

Sandra se quedó fulminada, muy a su pesar. No quería ceder, pero estaba cediendo. Contra todas las convicciones maduradas en una vida de militancia, de reuniones sindicales, *zapatitos rotos pero hay que caminar*, se enfilaba el diamante en el dedo. Estaba bien afeitado su marido, con el fular embebido de perfume.

Alessio se levantó de la mesa arrastrando ruidosamente la silla. La comedia había alcanzado el nivel de saturación.

—¿Dónde vas? —preguntó alarmado su padre.

—A cagar —contestó su hijo, asqueado.

Siempre había sido así, desconfiado y pendenciero. Arturo nunca había llegado a entenderlo. Su hijo siempre le había reprochado algo tácitamente. Pero ¿qué? Ni que él tuviera una bola de cristal.

—Escúchame. Tu coche está abajo —se apresuró a decir, con la seguridad de quien tiene un as en la manga y está a punto de destapararlo—. Aquí están las llaves.

Dejó con energía un llavero con un enorme símbolo de Volkswagen.

—He terminado de pagarlo —sonrió triunfal—: Es tuyo.

Alessio se volvió a mirarlo. Increíble, esta vez.

El poder increíble del dinero.

—Te lo he aparcado aquí debajo, cerca de los contenedores.

A Alessio se le había cambiado la cara. Lo odiaba, pero se le había cambiado la cara. Su padre le sonreía entusiasta.

Alessio permaneció quieto durante unos instantes, indeciso como pocas otras veces. No quería darle ese gusto, no se fiaba. Arturo le estaba mirando, entre chulesco y tierno, como si de golpe se convirtiera en el padre generoso que imaginaba ser.

—Venga, vete a verlo por lo menos...

Le imploraba con los ojos.

Y su hijo no pudo evitar hacerle caso. Cogió el manajo de llaves, salió directamente en pijama.

Sandra no podía dejar de echar cuentas. Él desempaquetaba resuelto los pastelitos, daba una vuelta por la habitación. Y ella seguía echándole números encima. Sumaba cifras hipotéticas con varios ceros, su cabeza trabajaba como un horno, redondeaba sea por exceso, sea por defecto. No tenía la menor idea de lo que podía costar un diamante. Admitiendo que lo hubiera comprado...

No quería saberlo. No le interesaba. Durante los días siguientes, Arturo iría sacando del bolsillo de la chaqueta, como un prestidigitador, el dinero para el alquiler, incluidos los atrasos, el dinero para saldar la cuenta del lavavajillas y de la radio del coche. Y en cada ocasión vería ella aparecer los fajos y no haría ninguna pregunta. Ella, su mujer, se guardaría ese dinero, surgido como un conejo de la chistera, sin formular, ni siquiera a sí misma, la pregunta más obvia.

—¿Eres feliz? —le preguntó, invitándola a levantarse y abrazándole la cadera.

Llamaría al abogado, dejaría correr las gestiones del divorcio y por todo ello experimentaría una sutil vergüenza. Lo haría por el dinero. No sólo. La voluntad de creer en algo en lo que no puede creerse. Sandra se hundía entre los brazos de su marido. Era como un efecto Valium, las campanas automáticas de la iglesia señalaban la hora. La misa había terminado, una misa a la que no había asistido nadie.

Anna había permanecido en silencio todo el rato.

—¿Y a mí? —reclamó en determinado momento—, ¿es que no me has traído nada?

Después de comer, Alessio llevó a su padre a dar una vuelta en el Golf nuevo.

Había un ambientador colgado del espejo retrovisor que emanaba un perfume años ochenta. Alessio no superaba los cincuenta kilómetros por hora. Su padre hundía la espalda en el asiento anatómico, con el nudo de la corbata suelto y las gafas de sol puestas. Hablaron de mujeres y de motores, con un hilillo de empacho en la voz.

Alessio conducía, acariciaba el volante, acariciaba el motor con el oído atento. Conducía absorto, con el sol a un lado, el cristal posterior oscurecido que sólo tiene la gente chula. Los neumáticos se deslizaban sobre el asfalto con gracia imperceptible y la moqueta del revestimiento absorbía cualquier ruido. Un habitáculo protegido y climatizado.

Arturo miraba el paisaje desplegado a su alrededor, cómo relucían al sol los colores de septiembre. Era lo que quería. Los parquecillos avivados por la chiquillería pasaban a su lado, las parejas sentadas en los bancos o de paseo con el perro. Ahora también él estaba donde debía estar. El paisaje límpido, algo movido, de las familias en un domingo por la tarde.

Es eso lo que cuenta. El coche nuevo reluciente, con las nubes, los árboles, las casas que se reflejan en el capó. Es eso lo que marca el cumplimiento. El aire acondicionado. Saludar a los transeúntes a través del cristal, aminorando la marcha en el Viale Marconi. Costear la acera: somos gente que no tiene nada que temer.

Alessio conducía, medía las prestaciones de su sueño en silencio. Tomó la nacional, que bordeaba durante diez kilómetros el perímetro de la fábrica. Sólo eran un padre y un hijo, ahora, en una situación embarazosa. Encendió la radio y la mantuvo a volumen bajo, como ruido de fondo. Una música anónima, una emisora al azar. Se deslizaban a su derecha las chimeneas orilladas de rojo, los fuegos semitransparentes de los convertidores. Y por encima de todo, tétrica y herrumbrosa, se recortaba la torre de Afo 4, aquello que nunca se detiene.

—¿Por qué sigues trabajando en esta mierda de sitio?

—Porque no tengo alternativa.

Su padre se volvió a mirarlo a través de las lentes oscuras de las Ray-Ban.

—No te entiendo... ¡Tienes todas las cartas para dedicarte a cosas muy distintas!

Se dejaba adelantar por los coches más potentes. Había todoterrenos con matrículas de Milán o Florencia que los superaban con cierta violencia.

—Me aseguran el paro.

Eran los últimos turistas desembarcados de la isla de Elba, tenían prisa por volver a casa.

—Me aseguran un sueldo cada mes —dijo Alessio, metiendo la marcha.

Le habían entrado ganas de cabrear a un Cayenne que estaba pegado a su culo y le daba las largas.

Arturo se encendió un cigarrillo, bajó la ventanilla y el chirrido de la fábrica invadió el pequeño reino obtuso.

—Cualquier cosa —dijo mirando hacia fuera con desprecio— es mejor que trabajar de obrero.

—No se me ocurre qué otra cosa podría hacer.

—Te falta iniciativa, te faltan ganas de arriesgarte...

La radio emitía la canción *Fotoromanza* de Gianna Nannini. Lo que le faltaba era Elena, y le faltaba a rabiar. Evitaba decir a su padre que perdonarlo le costaba un gran esfuerzo.

—Yo, a tu edad, tenía un montón de ideas, de sueños. Tenía ganas de dar un giro a mi vida... —sonrió—. Aunque si es por eso, ¡sigo teniéndolas! Y de todas formas, cualquier cosa es mejor que la Lucchini.

Alessio tomó la carretera para San Vincenzo, dejaron a sus espaldas la fábrica. La traducción exacta de los sueños de su padre era la siguiente: un piso de ochenta metros cuadrados en la tercera planta de una colmena de casas populares, dos embargos. Empezaban las colinas. Los carteles al borde de la carretera rezaban: MELONES Y SANDÍAS A 1 EURO/2.000 LIRAS.

Arturo tiró la colilla por la ventanilla, bajó el parasol y se echó un vistazo en el espejito. Su hijo se había convertido en un obrero, le había entrado la mentalidad del pringado que paga sus impuestos y deja que le jodan vivo.

A Alessio se le escapó una sonrisa amarga.

—Vamos a Baratti —dijo para cambiar de tema.

—Yo, en tu lugar, lo intentaría.

—¿El qué?

—¡Cambiar de trabajo! —levantó la voz su padre—. ¡Dedícate al comercio, ten un poco de iniciativa, cojones! O deja que te sigan dando por culo como hasta ahora, que te venga un cáncer; envejecerás a los cuarenta años, eso admitiendo que llegues a los cuarenta...

Arturo había dado un puñetazo al salpicadero. Alessio estaba tragándose la bilis.

Giró a la izquierda, tomó la carretera de Populonia. Las tumbas de los etruscos eran piedras tomadas al asalto por los turistas. Era septiembre y había aún un montón de gente haciendo cola para visitar la necrópolis de unos gilipollas que habían vivido tres mil años antes.

—Tú y yo no somos iguales —dijo Alessio, separando cuidadosamente las palabras—. Resígnate. Me gusta que me den por culo, me gusta trasvasar el acero a los calderos y representar el papel del pringado en el mundo. Pero lo que no me gusta es ir dando por culo a los demás.

La aguja del cuentakilómetros saltó de los sesenta a los noventa kilómetros por hora.

Su padre permanecía ahora en silencio, oculto detrás de sus lentes oscuras. Pero sus manos habían empezado a manosear el borde del asiento.

—Tú, en cambio, ¿qué has hecho, eh? ¿Me has comprado el coche? —escupió Alessio—. Tú sí que eres listo.

Arturo no contestó. Qué marea de cosas calladas le hervía por dentro.

Esa noche seguiría con atención la edición nocturna del telediario regional. Esperaría una noticia precisa, y esa noticia acabaría por llegar. Haría una llamada telefónica en el corazón de la noche. Haría otra llamada con palpitaciones. Y después ya no conseguiría conciliar el sueño.

23.

Francesca desmigajaba una rebanada de pan, sin intención alguna de comérsela. De forma minuciosa, la miga iba reduciéndose a pequeñas esferas que parecían de plastilina. Mientras tanto, observaba las manos de su padre, con qué cuidado sabían manejar ahora los engranajes, casi acariciándolos. Gestos aseados y precisos, aunque enteramente desligados del cerebro que era incapaz de comprender, por mucho que se esforzara, dónde estaba la avería y, por lo tanto, la solución.

Enrico estaba absorto en la reparación del exprimidor. Tenía delante la caja de herramientas, donde cada objeto estaba situado en su propio compartimento. De ahí sacaba un destornillador, una llave. Volvía a dejarlos de inmediato en su sitio.

Francesca lo vigilaba desde debajo de las pestañas. Con las gafas parecía más viejo. Estaba sentada a su lado en la cocina fría. En aquella habitación no daba nunca el sol, a ninguna hora del día. Esa mañana se esperaba una frase de sus padres, por lo menos, algo así como «Buen primer día de colegio». Pero no llegó. Llegaron los habituales gestos mudos de la cabeza.

Su padre se levantó, fue a meter la clavija en el enchufe. No funcionaba. Volvió a sentarse, desmontó de nuevo el exprimidor. Tenía una paciencia infinita, para ciertas cosas.

—Déjalo ya, compraremos uno nuevo...

La voz de Rosa era un triste maullido perdido en el tintineo de la llave inglesa.

El otro, sin soltar prenda, volvía a empezar.

Francesca odiaba el desayuno, la impecable manera en la que todo estaba distribuido sobre el mantelito de flores. Era un odio tranquilo y ordenado. La servilleta metida en el servilletero, la tacita con su plato a juego, el vaso sobre su posavasos. Pero Francesca no tenía edad para sonreír ante ciertas cosas. Se le pasaba el apetito cuando empezaba el colegio y su padre no trabajaba en el turno de seis a dos.

La televisión transmitía un programa matinal: el presentador explicaba cómo se deshuesa un pollo. Era la única voz viviente. Francesca mantenía la mirada baja mientras se tomaba su porción de mermelada y observaba de reojo a su padre y a su madre.

No ocurría nada.

Rosa estaba en el sillón, como siempre.

Pero había querido un gatito. Efectivamente. Se había despertado una mañana con esa idea y, por primera vez en su vida, se había enrabiado. Y así siguió cada mañana, y durante varios días. La cosa resultaba tan singular que Enrico, al final, acabó por traérselo: un gatito blanco y negro, que recogió en una de las naves de la fábrica. Volvió a casa con aquel animal envuelto en una toalla. Parecía el ogro de un

anuncio de pasta Barilla.

Rosa estaba trabajando en una bufanda. Con el animal en su regazo. No se separaba nunca de él. Era ésta la principal novedad. Tal vez, si dos semanas antes, en vez de ir a ver al médico, hubiera ido a la comisaría, no habría querido ese gato que dejaba pelusas por toda la casa y arañaba las fundas del sofá.

Enrico estaba montando el exprimidor por cuarta o quinta vez. Llevaba varios días sin afeitarse. Francesca no bajaba la guardia, mordía minúsculas esquirlas de galleta para masticarlas después con la máxima lentitud. Había un tiempo preciso, que había aprendido a calcular para desayunar sin molestar a nadie. Debía comérselo todo o esconderlo en los bolsillos, mantener a raya las náuseas y la mirada baja, hacer como que escuchaba la televisión, esperar un cuarto de hora por lo menos y levantarse después con mucho cuidado para no arrastrar la silla.

No llegaron nunca a decidirse a comprar esas cositas que se ponen debajo de las patas de los muebles. Francesca no podía recibir una bofetada por eso.

Si su madre hubiera ido a la comisaría, en vez de ir a ver al médico de cabecera...

Francesca miró el reloj y se limpió las comisuras de la boca manchadas de zumo de naranja.

El médico era el mismo cabrón que le había cosido la muñeca. Pero en la cabeza de Rosa, que venía de una aldea perdida de Aspromonte, es el doctor el que sabe las cosas de verdad. ¿Qué sabrá la policía? Es el médico el que tiene una carrera y un sueldo alto.

Un lunes por la mañana se armó de valor, se puso su único vestido decente y acudió a la abarrotada consulta del médico. Aguardó su turno durante muchas horas, había preparado mentalmente lo que iba a decir. Se lo había repetido de arriba abajo una docena de veces asintiendo con la cabeza, como se repasan los deberes en clase. Pero en el momento de repetirlo en voz alta ante el escritorio del doctor, se embarulló y se echó a llorar después, y luego hasta se puso a reír.

Una crisis depresiva, concluyó el médico. Le prescribió Prozac y pastillas para dormir.

Francesca fue a dejar la taza en el fregadero, sacudió las migas del mantel. Enrico había conseguido por fin que el exprimidor funcionara y sonreía ligeramente, tímido, como un niño inseguro que resuelve una multiplicación.

Hubiera podido ponerse en contacto con los asistentes sociales, aconsejarle que fuera a ver a un abogado. Pero entre las funciones de Satta, el médico, no estaba la de resolver los problemas de las familias, los problemas *irresolubles* de las familias.

Rosa, ahora, no dejaba nunca de sonreír de la misma manera, vaga y ausente. Sonreía indistintamente a la ventana, a su hija, al gato, a cualquier cosa. Y Francesca había empezado a odiarla. Había empezado a ocuparse ella de las tareas domésticas, porque su madre estaba siempre muy cansada.

Pero los oía, de noche. Un ruido sordo y regular a través de la puerta, a través del pasillo oscuro y rancio. La aceleración del movimiento. Las vocales roncas. Eran demasiado finas aquellas paredes, estaban huecas en su interior. Francesca se quedaba quieta, con la cabeza escondida y la sábana estirada, inmóvil como un animal acechado. Para no oír los ruidos, la aceleración, el estertor horrendo que provenía de sus padres. Efecto del Prozac.

Francesca se puso la cazadora, agarró la cartera y dijo adiós con la mano en el umbral de la puerta. Un infinito sentimiento de asco por aquellos dos animales. Cerró la puerta despacio. Había quedado con Lisa en el patio. Pedalearían juntas hasta Montemazzano, todo cuesta arriba, hacia el complejo escolar de enseñanza secundaria. Y en su cartera del año anterior seguía estando lo que le había escrito Anna con el rotulador.

El timbre sonó a las ocho y cuarto.

Diez años antes, los institutos de secundaria estaban todos en el centro, viejos edificios de tres plantas con ventanas que daban al mar, y en el recreo se hacían escapadas al puerto para darse un beso o conseguir un cigarrillo. Ahora los habían trasladado al lado de la carretera nacional, entre un campo de fútbol pelado y una estación de servicio. Cuatro bloques cuadrados de cemento.

Delante descollaba la fábrica Lucchini, con sus hornos.

Francesca se despidió de Lisa a las puertas del edificio número uno, el liceo clásico. Había entrevisto aparcada junto a la verja la Aprilia de Anna. Se despidió prestando atención a rozarle sólo la mejilla, sin besarla. Después corrió a la entrada del número cuatro, el IPS.

Los timbres sonaban todos al mismo tiempo.

Casi no le había dado tiempo a entrar en la nueva clase cuando oyó aullidos por todas partes.

—¡Vaya *peazo* de tía! —en coro, mientras desfilaba entre los pupitres. Un puñado de subnormales.

Caras conocidas e intercambiables, cuerpos laxos sobre las sillas. Eran casi todos varones, muchos repetidores, muchos de Via Stalingrado. Gente que iba allí a montar jaleo, a calentar los asientos porque la ley obligaba a calentarlos.

En no más de dos años acabarían todos en la fábrica. Levantando calderos, perdiendo un brazo, fabricando el acero.

Francesca abrió la mochila, colocó un cuaderno y un bolígrafo en el pupitre. No hacía caso a los comentarios de los tíos, las palabras obscenas de los tíos con la revista porno en el bolsillo. No sabría decir por qué se hallaba allí. La ley no era un motivo suficiente, un decreto del Gobierno carece de sentido cuando la realidad es tan distinta.

No se dio la vuelta para comprobar la cara de la persona que se sentaba a su lado.

No le importaba: fuera quien fuera, no era Anna.

Se obstinaba en mirar por la ventana, en cambio, con grandes ojos oscuros. No contestaba a las preguntas de «¿Cómo te llamas? Oye, que estoy hablando contigo, te he dicho que cómo te llamas». No le interesaban los mapas colgados de las paredes ni la tabla periódica de los elementos. No le interesaba saber el nombre de su nueva compañera de pupitre.

Le interesaba el edificio de enfrente.

Eran idénticos: el cubo de cemento donde ella estaba y el cubo de cemento donde estaba Anna. Pero en medio había una valla divisoria, una valla en mal estado, recosida aquí y allá. Evidentemente, alguien había intentado pasar al otro lado.

No era posible. No son dos mundos comunicantes. No basta con un agujero en la valla y meter la cabeza dentro para llevar una vida distinta.

Anna estaba al otro lado. Anna estaba oculta detrás de una de esas ventanas.

No sabía cuál aún, pero más tarde Lisa le desvelaría la planta y la posición. De ese modo, ella podría mirar cada mañana en esa dirección con la esperanza de verla, un trocito de cabeza, un hombro, una llamarada de rizos en el reflejo del cristal. No volvería a dirigirle la palabra, de eso estaba segura. Es más, la odiaría con constancia y para siempre. De vez en cuando se divertía imaginando su reacción si ella muriera, fantaseaba con ahorcarse por el gusto de adivinar la cara de Anna cuando la descubriera colgada de un pilar del patio, sus tremendos remordimientos.

Miraría fijamente su ventana cada día durante toda la duración de las clases, sin apartar nunca los ojos, descifrando cada sombra, y antes o después la vería. La silueta de un muerto. Al otro lado. Durante cinco horas enteras, Francesca permanecería pegada al cristal de la ventana esperando a Anna.

Aquel mismo día, Elena se despertaba en su casa de Campiglia. Observaba desde el ventanal del salón la extensión de los campos, de los olivares, de las viñas que se sucedían hasta el mar, hasta las colosales instalaciones.

Desde allí, desde aquella posición privilegiada, Val di Cornia era un lugar sereno y ordenado. Los campesinos a un lado, los obreros metalúrgicos a otro y los pescadores abajo, en el puerto. Desde su casa de campo se veía incluso la silueta de la isla de Elba, un peñasco rodeado de niebla.

Elena cribaba por enésima vez las opciones posibles, mientras se tomaba su café. No había razón para irse hasta Pisa o Florencia si esos campos, ese mar, la línea dulce de las colinas hasta la torre de Populonia, eran su casa. De modo que se vistió y se peinó, metió la llave con decisión en el contacto del coche y condujo hasta Piombino, lista para su entrevista de trabajo. Despachos de madera brillante y latón. La principal empresa de la zona. La Lucchini.

Una licenciatura en Empresariales con las mejores notas. Era perfectamente consciente de las posibilidades que le abría una titulación semejante. Era la joven,

voluntariosa, hermosa hija del jefe de servicio del hospital.

Elena conducía serena hacia la gran fábrica de acero, sin saber todavía, aunque presintiéndolo en el fondo, que no tardaría en dedicarse a seleccionar el personal para la industria que produce rieles para toda Europa y también para los Estados Unidos.

Alessio, mientras tanto, dormía feliz, exhausto por ocho horas nocturnas en liza con Afo 4, el rebelde, Afo 4, el mítico, funéreo horno. Acero líquido que se vierte en los calderos, acero incandescente que se convierte en producto para el mercado, beneficio, salario, conexiones para las ciudades, los lugares, el tiempo. Heterogénesis y palingenias de los fines. ¿Cuál es el final, realmente?

No podía imaginarse que, al cabo de unas semanas, su gran amor ocuparía un despacho en la torre de los directivos. Y contrataría y despediría, valoraría y haría cálculos acerca de la vida, las horas, los días de la gente como él.

No podía realmente imaginarse que, al cabo de unos cuantos meses, su enésimo colega moriría y él agitaría la bandera del sindicato contra ella, que estaba ya, a todos los efectos, en el otro bando.

Elena conducía tranquila, aparcaba en la entrada de la enorme fábrica. Estaba segura de que la contratarían, estaba segura de que Alessio se sentiría feliz porque ella no había visto nunca un caldero, no tenía ni la menor idea de cómo era y, en su cabeza, Via Stalingrado era una especie del tebeo.

El sol irradiaba sus rayos a través de la ciudad que trabaja, los miles de cristales que ocultan a personas encorvadas sobre pupitres, sobre escritorios repletos de papeles, haciendo cálculos, garabateando con sus bolígrafos, las dos mil personas que producen los *blooms*, las barras, los tochos, y que al hacer todo ello deben estar muy atentas para no caerse, para no distraerse, para no arder bajo la fundición continua de los metales. Cristal, hierro y cemento.

2001. Aquel día era el 10 de septiembre.

24.

Al día siguiente parecía verano.

Mattia había ido a buscarla a la salida del colegio. Estaba apoyado contra la puerta del Panda aparcado en doble fila, como las decenas de padres a la espera. Aquel día libraba y quería llevarla a la playa para el último baño de la temporada. La vio aparecer entre una multitud variopinta de chavalines con una mochila enorme y la regla que sobresalía.

Anna entró en el coche lanzando la mochila a los asientos posteriores. Bajó del todo la ventanilla de manivela y estiró las piernas sobre el salpicadero. Se estaba bien. Repasó mentalmente el alfabeto griego mientras Mattia conducía con una mano y le acariciaba la rodilla con la otra. El paisaje fluía junto a la ventanilla: una tierra de colinas e instalaciones relucía bajo los rayos aún cálidos.

Fueron a Torre del Sale, la playa blanca que quedaba entre la central eléctrica y la fábrica Dalmine-Tenaris. La encontraron casi desierta. Había arcilla en el fondo marino. Dos o tres oficinistas tumbadas tomaban el sol, con la ropa de trabajo arrebujada a su lado. Hora de la comida: la última ocasión para ponerse morenas. El sol era intenso y pardo. Resplandecía como si fuera el principio, como si estuviera a punto de volver a empezar todo: el verano, los juegos, Francesca tumbada en la orilla... Un sol falaz.

El agua se había enfriado un par de grados. Anna metió la punta de un pie y la retiró enseguida mientras notaba los escalofríos. Pero Mattia se acercaba corriendo y la arrojó al agua. Mattia quería que se bañaran y que hicieran el amor en el agua. Se besaron largo rato, como suelen hacer los novios, en el cieno, en el movimiento lento y regular de las olas. Comieron un bocadillo y una fruta. Después volvieron a besarse, mientras se les pegaba la arena fragante. Eran las 14.49. Las oficinistas volvían a vestirse para regresar al trabajo. Los dos chicos se apretaban el uno contra el otro bajo el sol, bajo el olor a gasóleo que venía del vertedero de la fábrica de al lado.

—¿Cuándo me vas a llevar a la isla de Elba? —le preguntó.

—Pronto —contestó él.

Ahora, después del baño y del orgasmo, la vida había vuelto a la normalidad. Septiembre. Toda la gente enclaustrada en las oficinas. La semana escandida por el nombre de los días: el ritmo constante de un mundo obligado a producir. Había un vacío, ahora. Anna y Mattia apenas lo percibían. Algo había ocurrido dentro de la norma. En la playa desierta se advertía la ausencia de niños jugando a la pelota, la pelota que rueda hasta tu toalla. Los niños habían vuelto al parvulario. Y el mar se iba deslizando hacia el letargo.

Había ocurrido algo extraordinario en el silencio. Un barco mercante avanzaba lentamente por el horizonte en dirección a Cerdeña y lentamente perdía su contorno

en el azul.

De regreso, Mattia conducía siguiendo la carretera de tierra del campo de entrenamiento para perros de caza. Anna miraba por la ventanilla el perímetro de la Dalmine-Tenaris. Los fardos de heno, los postes.

—¿Por qué no quedan cables? —Anna los señaló.

Mattia estaba sometiendo a una dura prueba los amortiguadores de su viejo Panda entre baches y piedras, levantando una gran polvareda. Sonrió.

—¿Por qué no funciona ya esa línea eléctrica? —insistió Anna.

—Digamos que tu hermano le ha dado el golpe de gracia...

Eran las 15.30. Mattia conducía con calma por la nacional, en el promontorio tranquilo de un martes después de comer. Naves de las que entraban y salían camiones. Los cierres metálicos levantados para la limpieza de las tiendas antes de volver al comercio.

—¿Nos acercamos al bar de Aldo?

Anna asintió de mala gana: era un lugar triste y sucio, había demasiados hombres adultos allí. Pero ésa era la hora del bar para los ancianos jubilados, para los jóvenes haraganes. Algo normal en la periferia, entretenerse diciendo chorradas en un bar de barrio donde todos se conocen.

Mattia aparcó atravesado en la acera. Salieron del coche con el pelo mojado, las sandalias y los pies llenos de arena.

—Cómo disfrutáis de la vida, malditos seáis —dijo un viejo al verlos entrar.

Mattia apoyó un codo en la barra, pidió una sambuca y un zumo de fruta.

—Eh, *peazo* cabrón —le gritó Alessio riendo. Estaba sentado en una mesa con Cristiano y otras personas que jugaban a las cartas.

Había un padre con dos niños al lado: les estaba comprando un montón de piruletas y había pedido un Fernet Branca para él. Estaba el magrebí habitual, que se afanaba en la máquina tragaperras sin sacarle ni un céntimo. El *pinball*, tomado al asalto, y la bola que rebotaba contra los obstáculos, montaban un gran alboroto. Un policía de paisano fumando. Había obreros metalúrgicos con su mono de trabajo todavía encima, y otros que aún debían empezar su turno. Eran casi las cuatro. Al fondo de la sala había un televisor sintonizado en la primera cadena.

Anna estaba sentada sobre las rodillas de Mattia, bebiéndose tranquila su zumo de fruta. La gente hablaba sin parar. Anna observaba a su hermano, que discutía alegremente sobre cosas para ella oscuras. Palabras como *perico* rebotaban de una boca a otra, proyectos llamados *historias* que debían concretarse en las semanas siguientes, para obtener *pasta* suficiente. Un increíble hedor a humo. Estaba orgullosa de su hermano, estaba orgullosa de su chico. Se sentía en paz. Los hombres que la conocían la saludaban con un pellizco en la mejilla.

Estaba orgullosa de su mundo, aunque estuviera sucio y oliera mal. Al cabo de

unos minutos, aparecieron también Maria y Jessica. Sí, su mundo sólido y elemental: estaba orgullosa de él.

—Hoy ha entrado una clienta que casi la mato —dijo Jessica.

Cogieron dos sillas para sentarse con ellos.

—Quería un tanga, y yo le he dicho: «Señora, su talla no la tenemos» —la gente iba y venía—. ¡Y la tía se ofende y la toma conmigo! «Lo siento», le he dicho, «inténtelo en la tienda de enfrente». Pero qué quieres que haga con lo gorda que estás, tenía que haberle dicho. ¡Menuda gilipollas!

Los viejos hablaban de mujeres ucranianas. Nadie escuchaba a Jessica con su historia del tanga. Nadie escuchaba a nadie, si no había de por medio sexo y dinero.

Les interrumpió la sintonía del telediario.

¿A esas horas? Aldo señaló la pantalla y conminó a todo el mundo a guardar silencio.

Edición extraordinaria. Las cartas golpeaban la superficie manchada de las mesas. Una enorme cantidad de cigarrillos apagados en los ceniceros repletos. Nadie hizo caso.

—¡Cojones! ¿Queréis dejarme oír? —gritó el propietario, que había enrollado el trapo de limpiar y se había acercado al televisor. Alzó el volumen con el mando.

El periodista era uno de esos que se ven poco, uno de esos que sustituyen a sus compañeros en Navidad y Semana Santa.

Edición extraordinaria. Uno tras otro empezaron a enmudecer y a girar la cabeza hacia allí.

El periodista masculló algo incomprensible durante unos segundos. La pantalla se vio invadida a continuación por la imagen de dos rascacielos y una densa columna de humo. Apareció el rótulo: «Live. World Trade Center, New York».

—¿Qué es eso?

La máquina tragaperras seguía funcionando.

—Pero si es en América...

Alguien dejó su vaso.

Otro se lo quedó en la mano, sin beber. Y los niños seguían gritando «¡Del Piero!» y «¡Pippo Inzaghi!».

—Chiss —dijo Aldo—. Dejadme oír.

Ahora todos estaban quietos.

Anna terminó de masticar un chicle de nata y fresa para dejarlo pegado, sin ser vista, bajo el tablero de la mesa.

—¿Qué pasa? ¿Han matado al Presidente?

De las partidas interrumpidas quedaban los mazos de cartas desparramados, algunas caídas por el suelo junto a la ceniza y los tiques. Los niños siguieron jugando al fútbol hasta que intuyeron que el silencio era excesivo y que algo debía de estar

pasando. Entonces dejaron caer los brazos y la bola siguió rodando unos instantes antes de detenerse.

La voz del locutor sólo se oía a ratos. La imagen se desvanecía y volvía después a aparecer, idéntica a como era. Dos rascacielos y una columna de humo. Zoom de los rascacielos: dos columnas de humo que salían de dos agujeros. En un primer momento, nadie acertó a darse cuenta de que la superficie destripada, en realidad, eran ventanas de oficinas. Nadie podía imaginarse que los puntitos negros que caían al vacío eran seres humanos.

Cristiano se volvió hacia la puerta. Estaban entrando dos carabineros de uniforme.

—¿Qué ocurre?

—Qué sé yo. Hay una edición extraordinaria desde los Estados Unidos.

Los dos carabineros se apoyaron en la barra y se pusieron a verlo también, no sin pedir antes dos carajillos.

—Los dos aviones se han estrellado esta mañana —decía la voz—. Un Boeing 757 recién secuestrado y después, evidentemente... —nada era evidente—, dieciocho minutos más tarde, otro avión se ha estrellado igualmente contra la torre —nadie entendía nada.

La imagen estaba inmóvil. Sólo se movía el humo.

—Pero ¿esto es en directo? —preguntó alguien.

«¿Alguna novedad, Borrelli?», preguntó el periodista. Apareció el corresponsal en directo desde Nueva York, una cara familiar que desde aquel lejanísimo lugar del mundo se dirigía a Italia en un intento de explicar lo que ocurría. «Bueno», titubeó, «se trata de la mayor catástrofe, el mayor ataque terrorista realizado en pleno corazón de los Estados Unidos».

Silencio general, silencio difícil de aguantar y escalofríos de película de acción. Cristiano dijo:

—Será uno de esos programas de telerrealidad —se puso a barajar las cartas—. Ya sabéis, esas americanadas de los cojones...

Pero era el telediario.

Empezaron otra vez a hablar entre ellos, en voz baja. Hubo quienes renunciaron a entender y retomaron su partida de póquer, volviendo a poner en columnas las monedas de mil liras. Anna tenía arena en el bikini y le molestaba. Alessio seguía mirando atentamente la pantalla, pero era ya uno de los pocos. La gente volvía a sus cosas, y algunos se marcharon a casa.

Pasaron cuarenta y dos minutos así, con las imágenes en vivo y los planos monótonos, los periodistas que hablaban de círculos islamistas, de un tercer avión que se había estrellado en el Pentágono.

Aldo no atendía a sus clientes, se esforzaba por conectar la noticia con el tejido del mundo, de su mundo. A la gente le importaba una mierda lo que sucedía en los

Estados Unidos. Un Boeing 757 que se ha estrellado en los edificios de las altas finanzas, ciento diez plantas repletas de gente trabajando en oficinas, es una cosa de Hollywood que no se la cree nadie.

Mattia le estaba haciendo cosquillas a Anna detrás de las orejas. Y Anna decía que tenía que aprenderse el alfabeto griego y los sustantivos latinos para mañana.

—¿Me llevas a casa?

Los dos carabineros llamaron al cuartelillo para saber algo. Pero en el cuartelillo de Piombino, un edificio desconchado con dos palmeras delante, los funcionarios sabían aún menos que la gente del bar.

Al cabo de cuarenta y dos minutos, la imagen de la pantalla se animó de repente.

Vieron cómo el rascacielos se derrumbaba. Se derrumbaba igual que una columna de arena en el interior de la clepsidra. Y después se derrumbaba también el otro rascacielos. Todo al suelo en la zona cero. Entones, en el bar de Salivoli, alguien empezó a gritar, a gritar de asombro y de estupor, mientras los gritos en directo de los americanos llegaban pidiendo ayuda hasta allí.

—¡Leches!

Pero era una cosa absurda al otro lado del océano y del mundo. Tal vez ocurriera *fuera* del mundo. Alessio y Cristiano se miraron a la cara. Todos se miraban a la cara incrédulos, ahora que los americanos gritaban como animales y los rascacielos habían desaparecido.

—Pero ¿es en directo?

—¿Está pasando de verdad o es que están todos drogados?

Decenas de personas, en Piombino, en el bar de Aldo, empezaron a mandar SMS y se lanzaron a llamar por teléfono.

—¡Oye! ¡Enciende la televisión! —les decían a sus mujeres, a sus hijos—. ¡Date prisa, que el mundo se viene abajo!

También Francesca, en casa de Lisa, estaba delante del televisor. Ella también miraba caer las torres, esa caída que se repetía en la pantalla docenas de veces. La repetición de lo extraordinario tiene algo de incomprensible, y a Francesca le costó un momento entender de qué iba la historia.

Aldo dejó un vaso en la barra.

—Gente —gritó—: ¡A los americanos les acaban de dar bien, pero que bien por el culo!

Algunos aplaudieron.

Mattia sonrió a Anna, como diciendo: ¿has visto? Estamos juntos viviendo un acontecimiento tan importante.

—¡Les han *desfondao* el culo esta vez, chicos!

Alessio meneó la cabeza, aturdido:

—O sea, ¿te enteras? Se han estrellado, como si ahora llega un avión y se estrella

contra la torre del alto horno... Menudo follón, salta la Lucchini...

Había un clima de exaltación en aquellos momentos, como en una huelga del sindicato. No era posible creer que en aquellas imágenes absurdas hubiera gente que estuviera muriendo.

—Pero ¿hoy habrá que ir a trabajar de todas formas?

—Ya verás que es eso... —se rió uno—. ¡Ocurre una cosa en los Estados Unidos y nuestra fábrica cierra!

Se reían varios ahora.

—¡Capitalistas de mierda!

Eran unos hechos que no eran unos hechos. Era una película.

Anna, mirando por enésima vez cómo se derrumbaban los gigantes de cemento en el corazón de Manhattan, sintió que allí estaba la historia, la historia que es algo desmesurado e incomprensible, pero de lo que ella formaba parte.

Anna descubría que formaba parte de la historia y se asombraba, pero sobre todo se daba cuenta de que echaba de menos a Francesca. Y de que ahora la quería allí, a su lado, como si lo que se repetía en la pantalla infinitas veces fuera una boda o un funeral, uno de esos acontecimientos en los que hay que estar juntos a la fuerza, y ya dejan de tener importancia las discusiones.

Francesca, en casa de Lisa, sentía lo mismo, es decir, que echaba de menos a Anna, la pequeña mano de Anna, mientras las torres se derrumbaban por décima vez. Y estar separadas no tenía sentido.

El titular del periódico *Manifesto* fue: «Apocalipsis».

Esa tarde, en Piombino, las calles estaban desiertas. Todos se habían quedado en casa clavados al televisor. Reunidos en los sofás, en torno a la mesa de la cocina, con la adrenalina de estar asistiendo a algo que pasaría a los libros de historia. Sandra estaba muy inquieta, llamaba continuamente al partido. Elena estaba trastornada, le hubiera gustado mandarle un SMS a Alessio, pero ¿para decirle qué?

Y Anna y Francesca, cada una en su cama, no podían dejar de pensar la una en la otra, ni de sentir ganas de verse, ni de odiarse un poco también.

De modo que Anna se levantó, encendió la lamparita y se puso a hojear el diario del año anterior. Volvió a leerse todas las frases de Francesca, con sus errores ortográficos y sus corazoncitos en lugar de puntos sobre las íes. Eran tan significativos aquellos garabatos, las letras con tanta rúbrica, como el hecho de que en Manhattan, ahora, había un agujero y estaba a punto de cambiar el rumbo del mundo.

Alessio, en la grúa de puente, escuchaba la radio. Centenares de radios y televisores encendidos en las naves de la Lucchini, sintonizados en la misma frecuencia. El ataque a las Torres Gemelas, el terrorismo que ha vencido en el curso de unas cuantas horas a Occidente, entre los incendios, los trenes cisterna, los

calderos incandescentes, miles de diminutos hombres en mono fundían hierro y carbono, acero y arrabio para hacer los rieles, los barcos, las armas de Europa y de los Estados Unidos.

Sólo Enrico, inerte en su sillón, había cambiado de canal. Se había topado con unos extraños dibujos animados, y después con una película del oeste con Clint Eastwood. Pensaba en otras cosas. Pensaba en el cuerpo de su hija en los prismáticos de pesca. Recortado nítido en la lente, dentro. La espalda, la punta de los senos a contraluz, en el agua. El verano se había terminado y él había guardado el instrumento en un lugar seguro de la casa. Los lejanísimos Estados Unidos, la caída. Su niña sostenida en la palma de la mano. La había sostenido entera, olorosa, en la palma de su mano cuando salió de la incubadora.

Y se había quedado dormido, solo.

TERCERA PARTE

Ilva

25.

Llueve a cántaros. Es un hecho.

Arturo mira fijamente el movimiento de los limpiaparabrisas, con briznas de pensamientos cruzándosele por el cerebro. Se halla en un estado de tensión extraordinario dentro del habitáculo del coche. Gira a la izquierda, enfila hacia la carretera nacional. Tal vez esté a salvo.

Iban de paisano, desenfundaron las pistolas. Arturo conduce despacio para pasar desapercibido, siente las descargas de adrenalina por los brazos y las piernas. Les han mandado a paseo un negocio de cien millones, quizá de más, pero no lo han atrapado.

Algo sucede ahora. El coche de delante frena y pone los cuatro intermitentes. Se añade un hecho ulterior que obliga a desacelerar y a detenerse después. Stop. Arturo está parado. ¿Qué habrá ocurrido, un accidente? Era lo que le faltaba.

Llueve a cántaros esta noche.

Llovía antes, en el muelle del puerto, al alba, cuando se produjo la redada. Y llueve ahora. El tráfico está parado. El agua golpea sobre los capós de los coches en fila. Es gente que acude a su trabajo, gente que toca el claxon porque tiene que fichar. Son las ocho y media de la mañana. El agua inunda las alcantarillas. Se desliza por los peciolos de las hojas, las pocas que quedan. Sacude las ramas desnudas de los árboles a ambos lados de la carretera.

Arturo es incapaz de pensar. Tiene que decidir adónde ir, buscar un acomodo, un subterfugio; después, quizá, llame a Sandra. Arturo mira fijamente los limpiaparabrisas y piensa que hay millones de hechos en el mundo, relacionados entre sí, ajenos y conectados. Él es uno de ellos, uno de muchos. Un hecho viviente y pensante en la cadena ilimitada e indiferente.

El agua se desliza por los peciolos de las hojas, en los canalones de las naves junto a la carretera nacional, a la salida de Piombino. Perder el control es cuestión de un instante. El agua inunda las alcantarillas y forma charcos sobre el asfalto agrietado. Es cuestión de un instante resbalar por el dorso de la cadena, acabar en una constelación desconocida de acontecimientos. No hay tiempo.

Llueve sobre el ciclomotor caído, y sobre el cuerpo de un hombre tendido boca abajo en el suelo.

Arturo mira fijamente los limpiaparabrisas, después echa un vistazo al espejo retrovisor y se pone pálido: hay un coche de la policía justo detrás de él.

Enciende la calefacción. Los cristales se están empañando.

Pasquale... Pobre hombre. Seguro que se lo están llevando a Livorno, con las sirenas a toda pastilla en un coche de la policía igual que ése, lo habrán esposado... Y yo por un pelo no acabo del mismo modo.

Mira fijamente el movimiento de los limpiaparabrisas de izquierda a derecha, de

derecha a izquierda. No se sabe si está vivo o muerto, ese cuerpo tendido a un centenar de metros sobre el asfalto. La gente no sabe conducir cuando llueve, piensa Arturo, a la gente le pillan por sorpresa.

«Aguaplaning» se le llama. Se dice que cuando pierdes el control y te estrellas contra los guardarraíles, te haces daño. Pero hay millones de maneras de hacerse daño. «Accidente» se le llama. Llamamos a los hechos contra los que nos estrellamos de esa manera.

No se sabe bien si el hombre tendido entre la chapa es un cadáver o en cambio respira.

Llueve sobre las naves de Lucchini S. A., sobre las chimeneas orladas de rojo y sobre las cintas transportadoras cargadas de arrabio. Arturo mira fijamente el movimiento automático de los limpiaparabrisas, sabe que a su derecha se celebra el espectáculo de la industria durante más de diez kilómetros cuadrados. Pero no quiere mirar.

No han pasado más que unos pocos minutos. Todavía tienen que hacer las llamadas oportunas. Tienen que percatarse de que hay alguien boca abajo entre la chapa retorcida, y hay que marcar el número de urgencias. Arturo intenta desempañar los cristales con la calefacción, piensa que el hombre tendido en el suelo está muerto, y que él, en cambio, está vivo. O bien sucede exactamente lo contrario.

A su derecha, la Lucchini está empapada y quema carburante. Él lo sabe, pero no quiere mirarla. Llueve desde esta noche sobre los altos hornos. Lo que no se detiene. El agua bate el metal sin interrupción: los tochos y las barras acumulados en los parques esperando, los camiones parados en filas y los obreros a cubierto bajo toldos improvisados. Los buldóceres están todos parados ahora, igual que los coches en la nacional y el cuerpo del hombre tendido en el suelo.

—Cristiano, vete a casa —le dice el jefe—. Hoy ya no hacemos nada aquí.

Total, no va a parar. La excavadora sólo recoge barro y no es capaz de separar la materia para reciclar de la materia inerte. Dentro de unos minutos llegará la ambulancia. Alessio y Mattia se dan el relevo en el vagón del tren torpedo. Están calados hasta los huesos y no dejan de blasfemar. En la nacional, ellos no pueden verlo, hay un desgraciado que ha salido volando de su ciclomotor y no se sabe si está vivo o muerto.

Podría haber sido mi hijo, piensa Arturo. Pero no quiere pensar, quiere mirar fijamente los limpiaparabrisas, el dato más simple en el tejido del mundo. Llueve sobre el capó del coche. El de detrás es un Alfa 147 de la policía con las luces encendidas. El azul de las luces bajo un cielo oscuro que parece de noche. Pero es por la mañana.

Arturo los mira y se le disparan los nervios. Seguro que esos policías están discutiendo sobre la redada del puerto, seguro que están diciendo: había un quinto

hombre, pero el muy bastardo se ha librado.

Alessio está descargando calderos del tren torpedo y no sabe que el quinto hombre es su padre.

Su padre piensa: si Pasquale menciona mi nombre será el final.

A los demás los han cogido al alba, justo mientras estaban descargando el barco. Y él está a salvo, tal vez. Lluve sobre el cadáver de un gato que nadie ha recogido. La ambulancia tarda en llegar. Cristiano monta en su ciclomotor y observa aburrido la fila que se ha formado en la nacional. Alessio y Mattia se paran a charlar bajo un toldo, con el mono sucio y el cigarrillo encendido.

—Vaya tiempo de mierda —ríen.

Movimiento regular de los limpiaparabrisas, un ritmo tranquilizador. El coche está parado en el atasco pero los limpiaparabrisas no se detienen.

Podría ser yo, ese muerto sobre el asfalto. En cambio, estoy dentro de un coche que por suerte no es el mío, y respiro. Detenerse en los datos esenciales, en la cadena mínima de la existencia. ¿He apagado los móviles? Sí. He tirado las tarjetas. Y ese que está tendido en el suelo, que no se sabe si está vivo o muerto, es demasiado corpulento para ser mi hijo.

Arturo echa otro vistazo furtivo por el retrovisor. Hay dos hombres delante y uno en los asientos traseros. En el coche de policía parado en el tráfico, el hombre al volante habla, el que está a su lado intenta encenderse un cigarrillo. El tercer hombre telefona con un móvil, parece joven y muy excitado. Tal vez haya estado él también esta mañana al amanecer, tal vez haya sido de los que desenfundaron las pistolas... ¡y acaso este éxito le valga incluso un ascenso!

El remolino no se deshace. El remolino de chapa y de cláxones. El remolino de agua. Entonces el policía que conduce se harta, pone la sirena y se abre paso entre los coches.

Arturo se aparta, con una mano temblorosa en el cambio. Si Pasquale no habla...

Llega la ambulancia. Arturo se desplaza al carril de emergencia.

Están depositando el cuerpo sobre una camilla. Dos minutos más, después podrá ponerse a ciento setenta, ciento noventa si es necesario. Tomará la autopista hacia Florencia, o mejor no, mejor la de Génova. En Viareggio está Sandrini, su abogado, y además ese amigo suyo que le debe un favor...

Sandra no entenderá nunca todo esto.

La fila se deshace, por fin puede marcharse. Hay una pregunta que en rigor debería hacerse: «¿Qué cojones estoy haciendo?». Pero le falta valentía.

Piombino desaparece rápidamente en el espejo retrovisor. Las chimeneas, las naves, los tejados de las colmenas de casas populares, todo se aleja, las cosas domésticas y familiares. Quizá vayan a hacer un registro a su casa, pero él está limpio. Tal vez quieran interrogarlo, pero ¿qué pruebas tienen?

¡Pasquale, te lo ruego, no menciones mi nombre!

La fábrica Lucchini corre a su lado con sus obreros empapados de lluvia. Tal vez —pero es un pensamiento de un instante— tenga razón mi hijo.

Anna observa el cielo por la ventana de su clase. Es una capa hinchada y pesada de condensación. Llueve indistintamente sobre el tejado plano del colegio y sobre los montones de algas podridas removidas por el invierno.

Piombino se convierte en una ciudad para muertos, en noviembre. Oscurece pronto, y al frío sólo salen los habituales. Cristiano y Alessio están tirados sobre las butaquitas de Aldo, esperando su turno en la fábrica. La vida escandida por las comidas calientes en casa y las funciones existenciales mínimas. Pero Mattia hace el amor con ella bajo la manta de lana que le pica, se pasan toda la tarde haciéndolo. Y cuando oscurece vuelve a casa despeinada, con el olor y el sudor debajo de la cazadora.

La profesora está explicando la tercera declinación.

Traza signos con la tiza en la pizarra, dibuja vocales muy grandes. Un color para la raíz, otro para la desinencia. Anna no la escucha. Se queda mirando el cristal de la ventana, observa la caída regular del agua. Tampoco hoy ha venido a clase, piensa.

Entonces se vuelve para mirar a Lisa, que está tomando apuntes en el lado opuesto del aula. Busca en su rostro absorto las huellas de alguna explicación. Por qué la bicicleta de Francesca no está aparcada en la verja junto a las demás. Por qué hace más de una semana que no acude a clase, y quién sabe qué coño estará haciendo, si estará enferma. Ha contado los días. Se los ha marcado en su diario. Lisa sabe, Lisa tiene que saberlo a la fuerza. Y Anna la mira con insistencia, la profe declina los sustantivos según los grupos de pertenencia, hasta que Lisa se siente observada y levanta la cabeza.

Siempre evitan cuidadosamente mirarse y saludarse. Siempre evitan cruzarse a la salida del instituto.

Pero Anna sabe que Lisa la espía de la misma manera que ella espía a Lisa. Sabe que cualquier detalle es grabado y referido a Francesca. Su media escolar puesta al día, qué lleva puesto y cómo se peina, si está enfurruñada, si se sabe que se ha peleado con su novio, hasta la merienda que escoge en el expendedor automático: todo será recogido fielmente.

La profesora está explicando en vano la tercera declinación y Anna piensa que ya no tiene ganas de seguir fingiendo.

Se encorva sobre el cuaderno y escribe arriba a la izquierda: «Nombres imparisílabos con dos consonantes antes del arranque del genitivo en —is. Ejemplo: *mens mentis, pons pontis*». El genitivo es el caso de la pertenencia, repite la profe, es el caso de la generación, como la propia palabra indica. Anna piensa que tal vez debiera decidirse a hablar con Lisa en el recreo para preguntarle qué le ha pasado a

Francesca. El genitivo indica la materia. ¿Qué le ha pasado a Francesca? De qué están hechas las cosas, de dónde provienen: la indicación reside en cómo acaban las palabras.

Después suena el timbre y la profe de latín recoge las cosas, cierra el libro de clase. Anna piensa que por pura estrategia debería decidirse a hacerse amiga de Lisa, por más que sienta asco hacia ella. Después entra el profesor joven, el de historia, y las idiotas de siempre hacen como que se caen de las sillas.

Hay algo de lo que se ha acordado Anna y que podría ser un recurso. Podría ser mejor que recurrir a Lisa. Hacerle un regalo, escribirle una nota, llamar a su timbre y resistir aunque quien le abra sea Enrico.

—Hoy es 22 de noviembre, chicos —dice el profesor mono—. ¿No os suena de nada esta fecha?

La clase está muda y soñolienta, excepto las habituales que se presentan con vaqueros y camisetas ceñidas cuando hay clase de Historia.

—Hace casi cuarenta años, chicos, fue asesinado en Texas John Fitzgerald Kennedy. ¿No os suena?

Caras ausentes, como diciendo, no, no nos suena a una mierda.

—Texas, chicos. La tierra del petróleo, negocios enormes tras el petróleo. Todo encaja. La historia se repite. Era el Presidente de los Estados Unidos, estamos en 1963, chicos. La guerra fría. Hoy también, como habréis deducido por el atentado a las Torres Gemelas, estamos en guerra.

El profe guapo se enfervoriza.

—Es importante. Los Estados Unidos siempre han matado a sus Presidentes...

Chiste previsible desde el fondo de la clase:

—¿Y por qué en Italia no?

Anna aprende la historia del Presidente asesinado por el obrero Oswald, y calcula que veinticuatro años después, en el hospital de Piombino, provincia de Livorno, nace Francesca Morganti, escasa de peso y de pelo.

22: el mismo número que Anna.

La mitad es 11, los ratones. El doble es 44, la cárcel. Y 22 es el loco, está claro. Era su padre quien le había enseñado la *smorfia*^[7] napolitana.

—Chicos, es importante —dice el profesor joven y mono—: Tened siempre en la cabeza las fechas y los acontecimientos. Ejercitad la sospecha. Siempre hay un complot tras una simple fecha y un simple acontecimiento. Aislad la parte correcta de la equivocada. Pero debéis saber que ambas conforman la historia de la misma manera.

A Anna le parece que eso de los diez minutos de reflexión, los diez minutos para hacer balance de los acontecimientos, es una gilipollez enorme. Sólo espera poder abrir el libro en la página treinta, «La batalla de Salamina», y emborrionarla en paz.

—Bin Laden y Oswald —dice el profesor de veintiséis años—: ¿Quién puede decirnos realmente quiénes son? ¿Son ellos el mal? ¿O hay un complot que involucra al Gobierno, al capital, al sistema entero?

—¿Y qué más? —ríe alguien.

Pero el profesor ya es incontenible:

—El sistema, chicos... ¿Vosotros qué idea os habéis formado del 11 de Septiembre?

11: los ratones.

Decenas de chicles pegados debajo de los pupitres y las sillas.

—Os he traído *La Repubblica*, hay que leer los periódicos.

Los chicos ponen mala cara. Anna detesta los diez minutos de reflexión en clase acerca de la actualidad que *nos atañe*.

Y mientras el otro lee el enésimo artículo sobre el mundo que se va al garete, Anna piensa que el 22 de noviembre es el día en el que nació Francesca, y el 11 de noviembre es el día en el que en el bar de Aldo echó de menos a Francesca. Y se pregunta por qué hace más de una semana que no viene al colegio. Y se dice a sí misma que hay una parte correcta y una equivocada. Y que seguir haciendo como si no pasara nada es la parte equivocada. Y que llamar al timbre de su mejor amiga es la parte correcta. Y que a ella lo de Bin Laden y los complots le importa una mierda.

A fin de cuentas, hoy incluso podría llegar a ocurrir algo estupendo.

26.

Durante más de dos horas estuvo dando vueltas Anna con el ciclomotor bajo la lluvia buscando la tienda. Una tienda que coincidiera no con una idea, sino con un sentimiento.

No la encontraba. Hacía falta algo extraordinario, algo que significara: somos amigas. Somos amigas para siempre y a pesar de todo. Aunque ya no nos hablemos, aunque sea invierno y oscurezca temprano, hoy es tu cumpleaños y yo he venido a regalarte esto. Acéptalo, porque no sé encontrar las palabras.

Anna conducía empapándose la cazadora y los pantalones. Hoy no quería dejar de llover. Y ella se metía en las mismas calles del centro por enésima vez, se detenía siempre ante las mismas tiendas, atascada en el tráfico, no se decidía a pararse. Conducir la ayudaba a pensar, a hacerse una composición de lugar sobre Francesca y sobre ese objeto extraordinario que quería regalarle. Había oscurecido y las farolas se encendieron de repente a las cinco y media de la tarde.

La gente se apelotonaba entre las luces de los escaparates, los paraguas empapados y el paso rápido por los charcos. Faltaba un mes para Navidad, el ayuntamiento ya había instalado las luces. Anna no se decidía a aparcar. Quería algo simbólico, algo, a ser posible, eterno. A ser posible, por diez mil liras.

A las siete se detuvo ante la floristería. No era lo que quería. Decididamente, se estaba equivocando de plano. Pero no encontró nada mejor y ya era hora de volver a casa. Entró y se puso a observar las flores: le parecieron todas iguales y bien míseras. Por lo menos, estaban vivas. Una flor. Aunque muera, está viva. Vio una distinta a todas las demás. Se la señaló a la dependienta y ésta le dijo que era un lirio de agua.

Se la daría personalmente esa noche, tras haberle escrito una nota llena de cariño.

Hizo que pusieran un enorme lazo rosa en la maceta y quemó la paga semanal.

Volvió con el lirio de agua en las rodillas, en ciclomotor, con el lirio martirizado por la lluvia. Intentaba protegerlo con la cazadora, pero llovía a cántaros y en el paseo marítimo soplaba el viento. Cuando entró en casa, el tallo se había curvado visiblemente, y había dos hojas partidas. Y su madre, que estaba preparando la cena, lo primero que le dijo fue:

—¿Has hablado con tu padre?

—No —contestó y se fue derecha a su habitación.

Tenía otras cosas en las que pensar. Echó la cazadora empapada de agua sobre la cama y apenas saludó a su hermano, que se peinaba delante del espejo, mientras el móvil vibraba con los mensajes.

—¿Qué es eso? ¿Es vuestro aniversario?

Alessio se rió mirando la planta.

Anna se sentó ante el escritorio. Empezó a revolver los cajones en busca de una

hoja presentable.

—¡Si parece una polla!

—¿Por qué que no te metes en tus putos asuntos, subnormal?

Estaba nerviosa y no veía la hora de que su hermano se quitara de en medio.

Querida Francesca, como ves no me he olvidado de que hoy es tu cumpleaños. Y aunque nos hayamos peleado, quiero felicitarte de todas formas.

Su hermano contestaba a las llamadas, gritaba y se reía dentro de la habitación. Anna no sabía cómo proseguir.

Pero ¿por qué nos hemos peleado? Sé que esto no es más que una flor, pero en realidad tiene mucho significado. Significa que en la vida, cuando dos son realmente amigas, las peleas no importan.

Su hermano seguía vociferando al teléfono y Anna mordisqueaba el bolígrafo azul y golpeaba con la punta en la mesa. Se esforzaba por encontrar una mierda de frase que no se decidía a aparecer.

Porque en realidad yo nunca he dejado de quererte.

—Ale, ¿por qué no te vas a tomar viento?

—Perdona, verás —dijo Alessio al teléfono—, es que está aquí mi hermana, que se ha traído a casa una flor en forma de pene...

Querida France, ésta es una flor y tú eres mi amiga del alma.

No tenía ni idea de lo que escribir.

Querida France.

¿Cómo conseguir hallar las palabras? ¿Para decir qué, exactamente? Tiró el bolígrafo, estrujó la hoja y se fue a cenar con la angustia en el estómago.

—Anna —le dijo Sandra—, tu padre tiene el teléfono apagado desde esta mañana...

Anna mordió un colín y contestó masticando:

—Bah, lo habrá perdido.

—Estoy preocupada —le dijo su madre.

Eran las ocho, la pasta estaba casi lista. Y Arturo sin dar señales de vida. Es extraño, pensaba Sandra, es muy extraño, mientras cogía los agarradores.

—Voy a ver un momento a Francesca —dijo Anna, volviéndose de pronto.

Fue a su habitación. Cogió el lirio de agua. Dejó sobre el escritorio el aborto de nota estrujado y se armó de valor respirando con fuerza.

—¿Dónde vas? ¡Si estoy sirviendo la pasta!

Cerró la puerta y bajó los dos tramos de escalera que la separaban de su mejor amiga, de su ex mejor amiga, de su perennemente para siempre.

Sujetaba la planta entre las manos, pero sin decidirse a llamar. ¿Y si viene el ogro a abrirme? No podía saber que no había nadie en casa. No podía ni imaginarse lo que había ocurrido aquella mañana. Ni de lejos.

Hizo el gesto más idiota: dejó la planta sobre la alfombrilla de delante de la puerta, tocó el timbre y se marchó corriendo.

Los espaguetis se quedaron en el colador durante veinte minutos. Se habían convertido en hilos gélidos y pegajosos, parecidos a cabellos. Sandra, sin embargo, no se decidía a servirlos.

—Tu padre tiene el teléfono apagado.

Eran las ocho y media pasadas, el telediario se había terminado. Anna miraba fijamente la pantalla del televisor y pensaba en lo idiota que había sido al no poner ni siquiera el nombre en la planta, ni siquiera un trozo de papel en el que estuviera escrito: «Feliz cumpleaños».

Sandra estaba empezando a preocuparse en serio: desde que Arturo regresara, no había faltado nunca a cenar. Había ocurrido algo, lo sentía.

A las nueve, Anna se había terminado los colines y se quejaba de que tenía hambre. Alessio había terminado de telefonar y de untarse el pelo con la gomina. Se presentó en la cocina completamente acicalado y sonriente.

—¿Has hablado con tu padre? —le preguntó Sandra—. Lleva todo el día con el teléfono apagado...

—¿Y a mí qué coño me importa?

Salió dando un portazo. Fuera seguía lloviendo a cántaros, un tiempo de esos que te echan encima presagios.

Sandra marcaba una y otra vez el número de su marido y sistemáticamente, al otro lado, oía tres breves sonidos seguidos de un silencio sepulcral. Ni siquiera la voz de la compañía. La nada más absoluta. La lluvia te echa encima presagios.

—No sólo es que esté apagado, no dice que esté fuera de cobertura... Es como si hubieran sacado la tarjeta del teléfono.

Eran las nueve y media.

—Dámelo a mí, déjame que lo intente yo.

Anna intentó llamar a su padre y era verdad: no saltaba el consabido mensaje de la compañía. Tres breves sonidos, y después la nada. Miró a su madre, desconcertada. Estaban en la cocina, solas. Habían bajado el volumen del televisor. Y fuera seguía lloviendo y soplaba el viento. Sandra rebuscó en el cajón de los cigarrillos, y cuando los encontró, el encendedor se le cayó de las manos.

—Ha ocurrido algo. ¡Ha tenido un accidente, estoy segura!

Anna estaba tranquila, no tenía ganas de ponerse nerviosa. No tenía ganas de accidentes. No tenía ganas en absoluto de cosas feas.

—¡Voy a llamar al hospital!

—Pero ¿qué dices? —gritó su hija, irritada—. ¡Vale ya, por favor, verás como llega enseguida!

Sandra estaba de pie, pálida, con el auricular del teléfono en la mano.

Flotaban ciertos aires en casa, aires de presagio. La mesa puesta y los espaguetis helados, un amasijo de gusanos en el centro del colador. Mientras tanto, el viento sacudía las contraventanas, agitaba los mástiles de las barcas produciendo ruidos hostiles.

Pasadas las diez, llamaron a la puerta.

—¡Oh, por fin! —suspiró Sandra sonriendo—. Se ha vuelto a olvidar las llaves...

También Anna sonrió:

—¿Lo ves? ¿Qué te decía yo? ¡Mira que eres agorera!

—¡Artu, menudo susto me has dado! —gritó mientras se dirigía a abrir—. ¡Eres un desgraciado! —feliz, aliviada, mientras quitaba el pestillo de la puerta.

Había tres policías. Dos hombres y una mujer.

—¿Señora Sorrentino?

La sonrisa se le había quedado congelada en la boca como algo sin sentido.

No contestó. No distinguía ninguna de las líneas ni de los colores de aquella visión.

—¿Está su marido en casa? Tenemos una orden de registro.

La mujer le enseñó a Sandra una hoja con unos garabatos escritos.

—¿Mamá? —llamó su hija desde dentro.

Sandra no hablaba, no se movía, no respiraba. Lentamente se le iba borrando la sonrisa del rostro, pero no era capaz de entender lo que estaba ocurriendo.

—Señora, le he preguntado si está su marido.

—No está... —consiguió balbucear.

Sandra seguía allí, petrificada, y los tres agentes empezaban a impacientarse.

—No tenemos tiempo, déjenos pasar.

Como ser arrancados de repente de las propias vidas y arrojados a una serie policíaca de la televisión. Sandra no es que no quisiera apartarse, es que no era capaz.

Miró primero a uno, después a otro, después a la tercera de los policías. Se llevó una mano a la boca, se apoyó contra la jamba de la puerta y emitió un sonido sofocado y viscoso que no tenía nada de humano, mientras la empujaban bruscamente a un lado.

Anna los vio aparecer en la cocina, con el uniforme y todo lo demás. Lo demás era una especie de caja de herramientas, con linternas, instrumentos de comprobación, de medición. La pistola en la funda, a tan corta distancia, la impresionó vivamente.

Se quedó de pie, muda y desconcertada.

—Señorita —dijo uno de los agentes—, intentemos darnos prisa. ¿Es usted la hija?

Asintió.

No somos asistentes sociales, pensó el agente. Después dijo, brusco:

—Tenemos que registrar la casa. ¿Dónde está la habitación de tus padres?

Anna oía a su madre sollozar despacio en el pasillo.

—Por aquí —contestó, abriendo camino. No es que hiciera realmente falta: no eran más que ochenta metros cuadrados.

Como cuando alguien muere. ¿Qué haces tú al principio? Te apartas de la vida y haces lo que tienes que hacer. Piensas en las cosas que es necesario e indispensable hacer. Como cuando alguien te dice que en tu casa ha de practicarse un registro y tú comprendes que tu padre ha hecho algo enorme. Tú le dices al policía dónde está el dormitorio y dónde está el baño. Contestas mecánicamente a las palabras del agente sin descifrarlas tan siquiera. Eres absolutamente incapaz de descifrar la frase «Tenemos que registrar la casa».

Oyó a su madre chancleteando hasta la cocina. Había dejado de sollozar y había empezado a hablar sola. Un agente estaba volcando los cajones de la alacena y rebuscaba entre los paquetes de cereales y de galletas.

—¿Caja fuerte o algo parecido?

—No —contestó Anna.

—Hoy no ha vuelto, ¿verdad?

—No.

El agente esbozó una sonrisa absorta, después se recompuso:

—¿Le has visto salir alguna vez con una pistola o guardar una pistola en alguna parte?

Anna meneó la cabeza, trastornada.

—¿A qué hora sale de casa normalmente?

—A las nueve.

—¿Y vuelve siempre a dormir?

Anna no podía saber que la policía llevaba meses vigilándolo. No podía imaginarse que aquella gente sabía cien, mil veces más cosas que ella. Se esforzaba por contestar de forma verosímil a sus preguntas. Suponía que su padre y el padre del que hablaba el agente eran dos personas distintas.

—Sí —contestó.

—¿No ha faltado nunca? ¿Durante una semana, un mes?

Anna se mostró confusa, mientras la policía revolvía la casa. Si los dos padres eran la misma persona, tal vez ella debiera protegerla...

—No ha faltado nunca —dijo, al cabo de un momento.

—¿No te has percatado alguna vez de algo extraño en tu padre? ¿Una llamada extraña? ¿Extraños movimientos?

El agente que estaba rebuscando en el colchón la miró y sonrió, como si estuviera haciéndole un guiño. Como si Anna y él fueran cómplices.

—No —secamente.

La mujer farfulló algo que Anna entendió como: «Con un padre por el estilo...». Pero no sabía si la agente lo había dicho en serio, o si era sólo una alucinación acústica. Miraba el dormitorio de sus padres destripado y patas arriba. Veía volar las bragas de su madre, los calcetines de su padre, y esas cosas íntimas al descubierto le hacían daño.

—Aquí no hay nada.

La mujer cerró las puertas del armario.

—Mira a ver si hay un doble fondo.

Mientras tanto, el agente que estaba en la cocina entró en el baño. Anna lo oyó y pensó que quizá hubiera quedado un tampón usado sobre la lavadora. Corrió a ver, alarmada. No había ningún tampón sobre la lavadora. Sólo el lavabo estaba un poco sucio de pasta de dientes. Era algo normal, pero Anna se sintió avergonzada a pesar de todo, mientras el hombre de uniforme vaciaba el armario pequeño de las medicinas.

Oyó maldecir a su madre.

Anna estaba quieta en el centro del pasillo como un animal alerta, le había venido de repente un oído de ratón y percibía hasta los mínimos ruidos, el crujido de los vestidos en la cesta de la ropa sucia.

Sandra se asomó a su habitación y vio cómo se la estaban poniendo patas arriba. Había cajones fuera de su sitio, indumentos esparcidos por el suelo y un agente subido a la escalera que parecía estar estudiando los altillos del armario.

—¡Él no tiene nada que ver! —gritó.

Estaba firmemente decidida, ahora, a hacerse valer.

—Señora —dijo la mujer—, créame que lo sentimos mucho, pero es nuestro trabajo...

—¡No ha hecho nada! —gritó como si la degollaran.

—Claro que no... —rió el agente en lo alto de la escalera—. Pero a nosotros nos ha dicho un pajarito que su marido trafica con cuadros robados, y hasta reparte billetes falsos.

Sandra grabó la información como se graba una información publicitaria.

—¡Eso no es verdad! —soltó después con todas las fuerzas que tenía.

—¿Así que usted no sabe nada, señora, de las actividades de su marido? ¿Está usted segura? —la tomaban por tonta—. Sorrentino es un viejo conocido nuestro, estamos perfectamente al tanto de sus gestas... ¿No sabrá por casualidad cuándo vuelve?

Sandra parpadeaba incrédula. Seguía sin poder creerse que hubiera tres agentes de policía en su casa.

—¿Nos han puesto el teléfono bajo vigilancia? —preguntó indignada.

Uno le sonrió, como diciendo: señora, pero qué clase de pregunta bobá es ésa.

Después añadió:

—Si da señales de vida... dígame que se pase por la comisaría..., que es mejor que venga él por voluntad propia.

—¿A sus amigos no los conoce? —intervino el otro—. Tal vez sean ellos los que le han involucrado en el asunto... ¿Qué puede contarnos de ellos?

Sandra callaba arrinconada en una esquina. No era una pesadilla. Todo era real. Su marido no había regresado y tres policías le estaban enlodando la casa.

—¡Aquí no hay una puta mierda, coño! —gritó uno de los agentes tras acabar de desmontar la habitación.

—¡Qué listo es el hijo de puta!... Ya verás como acaba librándose una vez más.

Sandra seguía pensando en los cuadros robados, en los billetes falsos... Eran todas hipótesis de delitos en perfecta sintonía con su marido. De ahí es de donde venían el diamante y el Golf...

—¡Menudo desgraciado!... —se le escapó a Sandra entre dientes. Ahora sentía ganas de hacerlo todo pedazos.

Se marcharon pasada la medianoche, con las manos vacías.

Después de cerrar la puerta, Sandra corrió a verificar la filigrana verde de las cien mil liras que tenía en la cartera. Parecían verdaderas, menos mal... Después fue a sentarse a la cocina, donde estaba su hija, de pie, que se había quedado de piedra.

Pasaron algunos minutos de silencio. Se miraron a los ojos.

Anna hizo ademán de ir a abrir la boca, pero su madre la acalló de inmediato:

—¡No digas nada, por favor, no se te ocurra decir nada!

Se levantó, furiosa.

—Vete a la cama, que mañana tienes clase.

Anna no se movía.

—¡Te he dicho que te vayas a la cama! Largo, que tengo que recogerlo todo, ¿no lo ves?

Y señaló el huracán que acababa de pasar por aquellas habitaciones. Anna la miró como diciendo: estás loca, estáis todos locos.

Después pensó: pero ¿qué culpa tengo yo? No aguantó más y se echó a llorar.

—¿Van a detenerlo? —masculló entre sollozos.

Sandra volvió en sí y abrazó a su hija.

—No, no van a detenerlo, no te preocupes... —empezó a decirle con ternura para tranquilizarla. Pero después la idea del dinero falso, y del diamante comprado con dinero falso, y de los cuadros robados, y de que encima habían venido a ponerle patas arriba su casa, hizo que se le inyectaran los ojos de sangre. Perdió de nuevo los papeles.

—¡Mierda de hombre! ¡Desgraciado! Basta, vete a la cama... —miraba a su alrededor, los cajones, los platos, las sábanas esparcidos por doquier en el suelo—.

¡Espero que lo metan en la cárcel! ¡Y si no lo meten ellos, ya lo meto yo! ¡Que no se atreva a volver, que no se atreva!

Gritaba tanto que la estaban oyendo en el piso de arriba y en el de abajo. Mañana lo sabrían todos, en la comunidad no se hablaría de otra cosa.

Anna observaba, con lagrimones en los ojos, a su madre que blasfemaba y cogía ahora la fregona, después la dejaba, cogía la escoba y la dejaba de nuevo, y no sabía por dónde empezar.

La vio empuñar el antigraza como si fuera una pistola y rociarlo por todas partes, en las mesas, en las puertas, en el interior de los armarios, sobre las repisas. En ese momento, Anna decidió que lo mejor era irse a la cama. Los espaguetis se habían quedado fríos en el colador. Cuando volviera su hermano de la discoteca, mañana por la mañana... Habría que oír a Alessio. Volverían a volar las cosas.

Entretanto, en la autopista, Arturo disminuía la velocidad, ponía el intermitente de la derecha, entraba en el área de servicio.

Tenía una cita con su abogado de Viareggio. Bajó del coche, miró a su alrededor en la explanada oscura. Tenía mieditis. Esperaba impacientemente a Sandrini, casi como si Sandrini fuera el mago Otelma.^[8] Seguro que él, con todo el dinero que le había dado, lo allanaría todo.

Pero la espera le enervaba.

Entró en la cafetería y pidió un carajillo. Había un par de camioneros que devoraban unos enormes bocadillos de panceta. Había una chica poco vestida que sin lugar a dudas era una prostituta. Y además había una cabina telefónica.

Es cuestión de un instante deslizarse desde la senda recta a la equivocada. Sin embargo, pensaba Arturo, es impagable habérsela jugado a la policía y saborear un café en un área de servicio de noche... Basta con que Pasquale se esté calladito y me habré salvado.

Para recorrer la senda equivocada hace falta vocación. Y su amigo, que le debía un favor, tenía negocios en el extranjero también... ¡Un par de mesecitos y vuelvo a casa a lo grande! ¡No uno, sino *dos* diamantes le llevaré a Sandra!

Arturo se acercó a la cabina telefónica, levantó el auricular y marcó el número de casa. Después, cuando sólo había sonado una vez, vio entrar al abogado y colgó de golpe.

27.

Lo estaban operando de urgencia. Costillas y vértebras fracturadas. Una mano hecha trizas. Un hematoma en el cerebro que estaban haciendo todos los esfuerzos por conseguir que se reabsorbiera.

El hombre había permanecido demasiado tiempo tendido sobre el asfalto recibiendo lluvia y perdiendo sangre. Sangre y sentidos que se habían dispersado por los huecos de las alcantarillas en medio de los cláxones.

La ambulancia había tardado una eternidad y el servicio de urgencias de Piombino es el que es.

Quirófano número 3, tercera planta. Enrico llegó como un saco de carne.

Amor mío, decía la mujer sentada en el pasillo. Era una mujer con la cara hinchada de sueño y de Valium, la cantinela sofocada de quien no está acostumbrado a reaccionar. Una mujer del sur, toda vestida de negro. La falda rigurosamente por debajo de la rodilla y los pies sudados en los mocasines.

Amor mío.

Rosa se mostraba envejecida y más gruesa bajo la luces de neón, mientras operaban a su marido. Rosa le daba asco a su hija, sentada a su lado, muy formal. La madre pequeña y negra. La hija altísima y rubia.

—Doctor —gruñó la madre.

Tenía consigo una especie de rosario que sujetaba entre los dedos.

El médico dijo que no había nada que decir.

El olor a desinfectante y lejía. El color desvaído de los azulejos. La pared del pasillo sin ventanas. El ruido grácil de las camillas. A Francesca le gustaba el olor a desinfectante, porque bajo una cosa que mata hay otra viva que alarma.

Francesca permanecía muda y quieta. Le hubiera gustado arrancarle de las manos el rosario a su madre y hacérselo tragar junto a quince, veinte frasquitos de Valium. Por la garganta. Todos, uno por uno. El rosario, el Valium y el Prozac. Estás gorda, pensaba. Me das asco. El pasillo estaba semivacío y las horas transcurrían a través de éste con extrema lentitud.

Ruido de camillas con cuerpos encima incapaces de retener líquidos.

Francesca resplandecía en todo esto. Si fuera posible, estaba más hermosa de lo habitual: porque había una luz en su rostro, un destello lácteo en lo oscuro de sus ojos. La pupila tensa y serenamente fija. La pupila viva y confiada. La alegría implacable de quien está vivo, sano y maravilloso.

Una milésima de segundo en la que la luz salía a flote. El piloto intermitente de la palabra que viajaba en círculo entre sus neuronas.

Muérete muérete muérete muérete muérete.

Fue al baño. Se apoyó contra la pared de azulejos. Le provocaba un orgasmo estar

allí. En el corazón de su cumpleaños, del que nadie se había acordado. Hazme este regalo, hazme este regalo: muérete.

Volvió al pasillo. Rosa estaba pasando los dedos por el rosario y canturreaba en voz baja. En estas circunstancias salía a relucir su educación calabresa. La vida está hecha de dos sentimientos, pensó Francesca, la esclavitud y la libertad. Se acordó de su abuela, que no sabía italiano, cuando le propinaba bofetadas a su madre incluso después de casada. Se acordó del tugurio de Calabria del que provenían, mientras los médicos echaban una mirada compasiva a Rosa.

Era una mujer que canturreaba atascándose porque no se acordaba del avemaría. Y además, ¿qué quiere decir *ave*? Una palabra sin sentido, una palabra ritual. La tuvo a sus diecinueve años. Prácticamente toda su vida se fue al traste para parirla. Se casó con él sólo porque ese cerdo la había dejado preñada. Y ahora mira en qué estado te has quedado.

Le trajo un vaso de agua, y un café de máquina.

Decía:

—Si yo también trabajara, arreglaríamos el coche y él no cogería el ciclomotor. Eso, si yo también trabajara. Se lo dije, antes de salir. No cojas el ciclomotor, que está lloviendo. Si yo también trabajara, tendríamos dinero. Dinero. Ave María.

Francesca vigilaba a través de las pestañas la mirada oscilante de dos enfermeros. Sentía un hormigueo desde los tobillos a las pantorrillas. Y no resistía.

Le había dicho: «¡Tú a clase ya no vuelves!». Le había dicho: «Te quedas en casa y ayudas a tu madre a limpiarlo todo». Estaba convencido de que no existía la enseñanza obligatoria. Estaba convencido de que no existía ley alguna por encima de la suya. Era verdad, no existía ley alguna. Y ella no volvió a clase.

Pero si ahora se muere... El mundo se abre en un abanico de posibilidades infinitas.

Le están metiendo pedazos de hierro en la carne. Bisturís, tijeras. Le están cosiendo y descarnando. Le están bombeando oxígeno e inyectando sustancias. La diferencia que discurre entre la esclavitud y la libertad es una magnífica diferencia.

Francesca se lo imaginaba como en ciertas series de televisión. Tumbado en una camilla en el quirófano con muchas luces redondas a su alrededor. Y se apasionaba. Pasaban las horas y ella se imaginaba con todo detalle cuántas cosas podría hacer si su padre moría. Concursos de modelos. Roma, Cinecittà, un programa de éxito. Anna la vería por la pantalla de la televisión. Y ya no era capaz de quedarse quieta. No era capaz de quedarse sentada. Hasta que Anna comprendiera que no podían vivir separadas y dejara a su novio. Sólo tú y yo, le diría.

Bum: ya no existe. En ningún lugar de la tierra, en ningún momento del tiempo. Te despiertas por la mañana y sabes que él ya no existe. Francesca iba y venía por el pasillo, reteniendo con dificultad la luz, el ansia, el deseo. Hasta que el médico salió y

dijo:

—Hemos tenido que amputarle un dedo.

Pasaron la noche en el hospital. El lirio de agua seguía en el rellano. El tallo, ya sometido a prueba por el viento y la lluvia, se había curvado hasta doblarse sobre sí mismo. Pasarán otra noche en el hospital sin volver a casa ni siquiera para coger las cosas esenciales. El lirio de agua se marchitaba rápidamente, su pétalo cóncavo se apoyaba en el borde del tiesto, el cono oblongo de polen se ennegrecía. Pasaron una tercera noche en el hospital, sin lavarse ni los dientes ni las axilas. El lirio de agua no aguantaba el peso del polvo ni de las horas. A la mañana siguiente, fue recogido por el personal de limpieza y arrojado al saco negro.

28.

Ni en casa de los Sorrentino ni en casa de los Morganti se celebró la Navidad aquel año.

2001 se deslizó hacia 2002 sin botellas de champán destapadas ni explosiones de petardos. Los postigos del tercer y cuarto piso de Via Stalingrado número siete, durante la Nochevieja, permanecieron cerrados, mientras a su alrededor el barrio exultaba. Una lavadora lanzada al patio, una docena de heridos en urgencias y un niño sin una mano.

En casa de Anna había una silla vacía. Alessio se marchó para ir a bailar y ni siquiera llamó a medianoche para felicitarlas. Arturo se atrevió a telefonar, pero su mujer le gritó algo indescifrable en el auricular y después le colgó de golpe.

Sandra y Anna, solas, se apagaron delante del televisor, mientras el presentador recitaba la cuenta atrás.

En casa de Francesca se fueron a la cama mucho antes de la medianoche. Enrico estaba acostado ya a las siete, después de haber sorbido una cucharada de caldo. Después había que taparlo y lavarlo. Sólo quería que lo atendiera su hija.

Francesca se encerró en su habitación y estuvo largo rato garabateando en su diario. Dibujaba los vestidos que se pondría algún día, en el programa estrella de la televisión. Escuchaba distraída a Rosa, que hacía caricias al gato en el salón, a los niños que arrojaban petardos al patio y jugaban a la guerra. «¡Soy Bin Laden!», gritaba uno. «¡Os vais a enterar!»

Ambas fantasearon con salir de casa, llegar al rellano y encontrarse en la oscuridad en la que relampagueaban los fuegos artificiales. Mirarlos juntas, apoyadas contra la cristalera. Ninguna de las dos lo hizo. Se lo imaginaron únicamente, bajo las sábanas, y hundieron la cabeza en la almohada para ahuyentar aquellos pensamientos.

Ahora tenía un padre fugitivo. El otro padre estaba clavado en un sillón. Y ya habían pasado meses. Su amistad se había convertido en algo que no había explotado, como los petardos defectuosos que se encontraban al día siguiente. Esos que te sacan un ojo si los coges de la acera.

Anna estaba sentada en la mesa de la cocina, era un día cualquiera de febrero. El cuaderno abierto y el diccionario de latín delante. Sentía una especie de termita en su interior. Buscaba las palabras sin buscarlas. Y el tiempo no pasaba nunca.

No se aman las palabras, no te cambian. Las palabras no arreglan las cosas.

Anna se aburría. Era la primera vez. El caso era que nunca había estado sola tanto tiempo, mirando las cosas inertes a su alrededor, al igual que las cosas están muertas en ese presente al que tus rollos y tú le importáis un bledo. El caso es que en Piombino, en invierno, no hay una mierda. Nadie sale de casa, las calles están vacías,

la gente está encerrada en chándal delante de la PlayStation.

Le parecía como si las tardes de verano en la azotea, en medio de las sábanas tendidas, enseñando las tetas a los vecinos de casa, se hubieran extinguido para siempre. El pecho desnudo de Francesca, florecido en la ventana. Extinguido.

Se levantó de repente de la silla.

¿Cuándo se convierte algo en irreversible? Fue a abrir el frigorífico, echó un vistazo en su interior. Cogió un paquete de carne picada, desmigajó un trozo de pan después de haberlo mojado y lo mezcló todo.

Empezaba a detestar el tiempo y eso era lo que hacía para oponerse. Elaboró la masa cuidadosamente, sobre un triángulo de papel de aluminio. Se la metió en el bolsillo de la cazadora. Vete a ver qué hay fuera, qué ha quedado...

Salió de casa. El caso es que tú sola no te bastas.

Fuera. Hay una poesía famosa que dice: *Es febrero traviesillo, / carece de los sosiegos del gran invierno, / posee las pullas, los desaires / de la primavera que está naciendo*. Fuera no nace un pimiento. Se la hacían recitar de memoria delante de la mesa del profesor, a ella y a Francesca, en tercero o cuarto de primaria.

La echaba de menos, pero no podía hacer nada. Bajó las escaleras a toda velocidad, esquivando a una niña acuclillada haciendo pis, mientras los chicos le tomaban el pelo desde el piso de abajo. Echaba de menos a Francesca, echaba de menos algo así como ser dos en vez de una. Entonces planeó por la acera desierta. Ni un escúter trucado aparcado de través. Cruzó la calle a la carrera.

El mar había depositado en la orilla toda clase de basura. Cisternas vacías, tampones usados, botellas de plástico y de cristal. Anna pasaba por encima de todo ello con la suela de los zapatos, se abrochaba la cazadora porque soplaba el viento y hacía frío.

Lo que quedaba de su playa.

El cierre del bar estaba echado, las mesas y las sombrillas atadas juntas a un lado, podridas de lluvia. La carita de Anna asomaba de la capucha de la cazadora, enmarcada por una tira de piel sintética.

Pasaba junto al cadáver de las cosas. Había restos de cerámica y briks de zumos de fruta. Había cubiertos y platos de plástico partidos. Las duchas herrumbrosas arriba, y aquí un cubo roto. Prefería pensar que al cabo de unos meses todo volvería a ser como antes. Los chicos descalzos con toallas enrolladas a hombros. Lisa y las demás que jugaban a las cartas. Nino y Massi que jugaban a la pelota. ¿Por qué no habría de funcionar?

Siempre ha funcionado. La temporada vuelve a empezar. El bar sube de nuevo el cierre, todos se acaloran pidiendo polos. A principios de junio van al mercado a comprarse un bikini nuevo, el más suelto, el que se vuelve transparente cuando está mojado.

No funcionaría. Anna se quitó los zapatos, los calcetines y se arremangó los vaqueros hasta las rodillas. El agua de la ciénaga estaba helada, pero ella hundió los pies dentro.

Se abrió camino entre los cañaverales. Un abandono, montones de herrumbre. Ésta es la barca roja donde hice el amor por vez primera. Ésa es la barca azul donde me sentaba con Francesca. Estaban presentes, pero eran despojos. Anna pasaba la mano sobre todo aquello.

Los lugares te amasan. Los lugares se te vuelven ajenos.

Se metió dos dedos en la boca y soltó un silbido. Un silbido largo y cadencioso. Ni ella misma se lo creía, no confiaba en absoluto en que vinieran. Cuando algo se rompe, es para siempre. Su padre no había vuelto desde noviembre, de vez en cuando daba señales de vida por teléfono y su madre ni se lo pasaba, colgaba dejándole con la palabra en la boca. Un desgraciado, un inconsciente... No suyo, tuyo, vuestro padre.

Mi padre.

En cambio, aparecieron. Uno por uno y en manada. De debajo de las barcas, de detrás de los matorrales, de dentro de los toneles vacíos de petróleo. Eran muchos. Estaban todos. Eran exactamente veintiún gatos.

Anna se inclinó para deshacer el paquete en medio de los maullidos y de las colas levantadas. Las cosas que regresan y las que no pueden volver. No conseguía sonreír, no era capaz. Una está convencida de que debe tener más y más, cada día que pasa. Que ésa es la lógica de las cosas. Lo que sucede, en cambio, es que se tiene menos y menos, cada día que pasa.

Los gatos estaban vivos y cojos. Anna contó los meses que hacía que Francesca y ella habían dejado de ir a verlos y de llevarles comida. Eran cinco. Pero esos animales resistían a todo. Se metían en el interior de las tuberías, bajo los escombros, sacaban las garras y las fauces.

¿Por qué no está aquí Francesca? ¿Por qué estoy yo sola mirando esos gatos nauseabundos que se gruñen unos a otros para ganarse un pedazo de carne?

Hoy la isla de Elba no se veía. Había tanta humedad en el aire que a dos pasos ya no se veía nada. Ni siquiera la silueta del monte Capanne, el perfil quebrado de las canteras de hierro.

Anna volvió sobre sus pasos y no fue capaz de distinguir quién estaba sentado sobre una roca a ras de la escollera. Porque había alguien allí arriba, a pocas decenas de metros. Pero el sol se estaba poniendo, la niebla iba ascendiendo del mar, era inútil mirar.

Quiso imaginarse que era Francesca. Un pálido espectro suyo, acucillado sobre la escollera donde chocan las olas. Como en las leyendas.

Era una zorra, Francesca. Ella la llamó de inmediato, en cuanto se enteró de lo de

Enrico, pero la cabrona no le contestó. Entonces fue a llamar a su timbre, y ella no le abrió la puerta.

Pero ¿por qué se obstinaba tanto?

Era una celosa morbosa de mierda. *¡Una lesbiana!*

La idea de que fuera ella, la silueta sentada sobre el último escollo, hacía que un riachuelo cálido se le deshiciera en el pecho.

Total, ¿qué hubiera podido decirle? Las palabras no arreglan un pimiento.

Se encontraron un sábado por la mañana, en el colmado del final de Via Stalingrado.

Era una tienda pequeña, de esas destinadas a desaparecer en el curso de unos cuantos años, formada por una única sala, con las cajas de verdura diseminadas por el suelo, los paquetes de bollería y de galletas tan apretados en las estanterías que de un momento a otro podía venirse todo abajo.

Sandra estaba pidiendo un par de roscas y una baguette cuando oyó sonar la campana de la puerta y se volvió por curiosidad.

Vio a Rosa aparecer a través de la cortina de perlas.

Por un momento se quedó de piedra. En el curso de unos meses aquella mujer se había vuelto una vieja. La recordaba mal vestida, desde luego, pero con el rostro fresco aún, el pelo negro bien peinado... Ahora le habían brotado hilillos grises en las sienes y patas de gallo alrededor de los ojos. Las mejillas hinchadas, que caían a la altura del cuello, tenían un colorido amarillento que no presagiaba nada bueno. Arrastraba un carrito de motivos florales, de esos con el asa y las ruedas de goma que ni su propia tía utilizaba ya para ir a hacer la compra.

En cuanto la reconoció, Rosa bajó los ojos.

—Hola —le dijo Sandra, con un hilillo de turbación en la voz.

La otra contestó con un gesto de la cabeza y se puso enseguida a comprobar las hojas del apio.

Era evidente que quería evitarla. Sandra captó el mensaje, pidió otros dos panecillos.

—Es suficiente, gracias —lo metió todo en la cesta y pagó a toda prisa.

Pero una vez fuera, pensó que se había comportado como una cobarde y se detuvo. Se sentó en un murete y aguardó a que saliera Rosa.

Se acordaba perfectamente de aquel día, cuando se presentó en casa y le contó lo de Francesca. Sandra no podía soportar las injusticias. Por esa razón militaba en Rifondazione Comunista, distribuía pasquines, colgaba carteles, cocinaba salchichas en las fiestas populares de la Unità y de Liberazione. A decir verdad, desde que sus camaradas supieron lo de su marido, empezaron a mirarla de forma aviesa y a lanzarle indirectas venenosas.

Aunque no hubiera acusaciones precisas ni orden de captura, hasta un niño podía darse cuenta de que Arturo no era un tipo de fiar. Y ella se había casado con él.

Rosa salió a los pocos minutos, la vio sentada en el murete esperándola. Puso cara de susto al principio. No tenía ganas de hablar, ni con Sandra ni con nadie. Rosa era una mujer que ya no tenía nada que decir, o por lo menos eso creía.

Sin embargo, tras algunos instantes de vacilación, fue a su encuentro y se sentó a

su lado. Las rodillas, después de unos cuantos pasos, empezaban ya a hacerle daño.

—¿Qué tal las cosas, Rosa? —Sandra evitó los circunloquios.

—No sé qué tal —contestó la otra—. Estoy tomando tanta *basura* ahora, medicinas... que en teoría deberían hacer que todo estuviera bien.

—No deberías tomarlas, provocan adicción.

—Ya lo sé.

Ambas miraban fijamente hacia delante.

—Me enteré de lo de tu marido, del accidente... Quería pasar a verte, pero no sabía si... ¿Está mejor ahora?

—Está igual que un muerto —contestó Rosa, sin la menor emoción en la voz—. Siempre en su sillón, no mueve ni un dedo. Y mi hija tiene que servirle en todo, la llama continuamente, le hace de nodriza...

Silencio.

—Por lo menos, ya no nos pega —añadió.

—Sigues a tiempo de dejarlo —Sandra se volvió repentinamente enérgica. Se volvió hacia Rosa, le aferró un brazo, la sacudió—: Estás a tiempo de abandonarlo y de pedir el divorcio. El ayuntamiento te dejará la casa a ti...

Rosa sonreía.

—Sabes, a veces lo pienso. Me digo: llama a Sandra, pregúntale si le apetece dar un paseo. Me digo: ¿por qué no os vais a dar una vuelta al centro? Pero al final no hago nada, y el teléfono no suena nunca...

Sandra la interrumpió:

—Créeme, hazme caso. ¡Vete a preguntar al ayuntamiento, estoy segura de que te darán la casa y a él lo echarán fuera, fuera! —se estaba acalorando—. ¿Me entiendes? La casa y la manutención... ¡Tienes que armarte de valor!

Rosa se volvió y la miró fijamente:

—Me hubiera gustado de verdad, sabes, ir de compras al centro contigo —en sus ojos había ahora una especie de acusación—. Quería una amiga, Sandra, una de esas personas con las que hablas un rato y después te sientes mejor. Ya sé que es culpa mía también, soy una ignorante. Yo no sé todas esas cosas que sabes tú...

Sandra se quedó un momento desconcertada. No entendía adónde quería ir a parar.

—Pero sé —Rosa hizo ademán de levantarse— que tú hablas y hablas, pero a ti el divorcio ni se te ocurre pedirlo. Y tu marido bien que se pega la buena vida en Massa, en Viareggio. No sabes ni si te está poniendo los cuernos. Y tú aquí con todos los follones... Te has quedado sola.

No se lo esperaba. Sandra la escuchaba estupefacta.

—Tú hablas, pero los hechos son otra cosa. Y yo sola como tú no quiero estar. Prefiero quedarme con el muerto en casa y tomarme mis medicinas. Una mujer sola,

Sandra, en mi pueblo acaba muy mal.

Se alejó arrastrando tras de sí el carrito de la compra. Con las piernas hinchadas ya a sus treinta y cuatro años. Y a Sandra le hubiera gustado darle dos bofetadas, en ese mismo momento, pero seguía sin moverse de donde estaba, en el murete de delante del colmado.

30.

Nino y Massi lo escuchaban atentos, mirándolo fijamente a los ojos.

—¡Es que no tienes que mandarle flores, tú! ¡Tú la coges, le das la vuelta y la echas directamente sobre el capó! —le estaba diciendo Cristiano a Nino.

Gritaba tan fuerte que algunos de las mesas de al lado se volvieron divertidos hacia ellos. Alessio fumaba y miraba al otro lado, al paseo que empezaba a abarrotarse de adolescentes.

—¡Porque a las mujeres hay que tratarlas a palos! En los asientos de atrás, como un perrito...

—¡Sí, pero es que yo no tengo coche! —objetó Nino con un atisbo de desesperación.

—¡Vale! ¿Y qué es lo que tienes? ¿Un escúter? —resopló Cristiano. Él sabía un montonazo, era un tío que había vivido, y resulta que le tocaba perder el tiempo con este chavalín enamorado de la vecina de enfrente. En parte le fastidiaba, pero se exaltaba también explicándole cómo funciona el mundo.

Un día se lo explicaría también a James, y esa idea lo llenaba de orgullo.

—¡Pues vale! ¡La doblas sobre un asiento, os revolcáis en un prado, en un aparcamiento, donde te dé la gana! ¡Pero no le mandes flores, cojones!

Nino se volvió pensativo.

A Massi el Jack Daniel's a las cuatro de la tarde empezaba a subírsele a la cabeza.

—Es que France..., es que tú no la conoces ni na' —Nino meneó la cabeza—. Es una que no lo ha hecho nunca, es difícil... Si ni me mira. No es de esas que tragan, ¿entiendes? Es un follón...

Cristiano perdió la paciencia, dejó el vaso sobre la mesa ruidosamente a propósito. Llevaba horas intentando hacer entender a esos dos asnos cómo se consigue follar. Se bajó las gafas de sol que le había comprado a un vendedor ambulante y dijo:

—¡Oye, tronco! ¿Es que no me has visto a mí, con los tacos que tengo? ¡A mí —se dio un puñetazo en el pecho— las mujeres me duran lo que un gato en la carretera!

Alessio se levantó para pedir otro spritz. Ya había oído suficiente.

Nino y Massi se quedaron en silencio reflexionando. En su cerebro había gatos titubeantes al borde de los guardarraíles, que en determinado momento se armaban de valor, se lanzaban a la calzada de la nacional y justo en ese momento ¡zas!, aplastados por un coche.

Por mucho que se esforzara, Nino no era capaz de relacionar esa imagen con la de un eventual polvo con Francesca.

Los cuatro esperaban algo: que la tarde del sábado llenase las calles de ciclomotores y de chicas guapas, que se desatara una pelea, que apareciera Francesca

vestida como para cortar el hipo, y Sonia, Jessica, y hasta Elena, que dieran señales de vida Mattia y Anna, que llevaban una semana encerrados en casa, y que, en definitiva, ocurriera algo de una vez en la primavera recién iniciada en aquel coñazo de sitio.

Estaban tirados ante una mesita del bar Nazionale en el Corso Italia, con las espaldas hundidas en las sillas, las piernas estiradas por debajo de la mesa. De vez en cuando lanzaban miradas feroces y gratuitas a los transeúntes, del tipo: tú no sabes quién soy yo.

A su alrededor, en las otras mesas del bar, grupos de jubilados exageraban con el aguardiente y los cigarrillos sin filtro. Chicas con vaqueros ajustados y el ombligo a la vista pasaban por delante meneando el culo, iban dándose el brazo y reían en voz alta. Caminaban rápido con sus bailarinas doradas, a la caza del más guapo de la clase. Y ellos, los viejos, se volvían en las sillas para mirarlas, con la ilusión de estar aún en danza.

Los cuatro chicos permanecieron sentados más de media hora en la terraza del Nazionale. Si es que puede llamarse terraza a una especie de quiosco frustrado, montado medio torcido entre la calzada y la acera. Enfrente, en la Piazza Gramsci, un grupillo de niños jugaba a la pelota golpeando puntualmente los faros de los coches, mientras otros la emprendían a pedradas contra el monumento erigido en memoria del titular de la plaza.

Alessio observaba todo eso y Cristiano desgranaba consejos sobre cómo colocar a una mujer dentro de un coche y encima de un escúter.

Entretanto, en el banco de al lado, junto a una filial bancaria, como si estuvieran aparcadas, había tres viejas con el pelo teñido y la cara recubierta de maquillaje. Tres viudas o tres solteras, que cada tarde se sentaban allí esperando no se sabe bien qué.

—¡Ahí está, ahí está!

Nino dio casi un salto en su silla al verla.

—¿A qué viene tanto grito? ¡Calladito! —le susurró Cristiano—. Ahora cuando pase tú haz como si no existiera.

Como si no existiera... Era mucho decir.

Francesca se acercaba como una diosa desde el fondo de Via Pisacane, cruzaba la calle con su minifalda y sus tacones, y la chaquetilla vaquera atada a la cintura, y Nino sentía que el corazón le martilleaba desde los talones hasta las sienes. Francesca emergía, clara y rubia, entre la gente que se agolpaba en la calle, y ni siquiera ese sapo verrugoso de Lisa, a la que llevaba del brazo, podía mellar su belleza.

Nino, Massi, Cristiano, Alessio y todos los jubilados babosos que ganduleaban en el Nazionale se habían vuelto a mirarla, para excavarla con sus ojos inflamados y fijos.

No les hacía ningún caso. Pasaba ligera, suspendida en un aura completamente suya. Sólo Lisa, frunciendo el ceño, medía asombrada el exagerado efecto que su amiga provocaba en los varones.

—¡Hola! —gritó Nino desde la mesa, levantando una mano insegura.

Francesca apenas se volvió hacia él.

—Hola —contestó aburrida con un hilillo de voz.

Un «hola» comprensible sólo a través de los labios, se lo había tirado como una limosna asqueada. Pero él se había exaltado de todas formas y se removía en su silla.

—Ni en diez años, te lo juro, ni en veinte te la follas a ésa —comentó Cristiano entre risas.

Pero Nino ya no escuchaba nada de nada, miraba hipnotizado la acera por la que Francesca se iba abriendo paso.

Ahora se había parado ante el escaparate de Intimissimi. Le estaba señalando a Lisa sujetadores y tangas. Ese escaparate debía de interesarle realmente mucho, porque permaneció allí delante más de cinco minutos. Y en esos cinco minutos, Nino pensó de todo. Acercarse hasta ella, besarla de repente sin pedirle permiso. O mejor aún: meterse en la tienda y salir con una decena de bragas empaquetadas, dos bolsas llenas que harían que se desmayara de la sorpresa. Nino le dio varias vueltas a esa oportunidad, pero a fin de cuentas, no tenía una lira.

Cuando la vio alejarse del escaparate y desaparecer entre la multitud, se levantó de repente de la silla.

—Vámonos —le dijo a Massi.

Se marcharon sin despedirse y, sobre todo, sin pagar. Cristiano y Alessio les vieron lanzarse en medio del paseo detrás de Francesca y menearon la cabeza.

—Es demasiado bobo para llegar a nada —dijo con sarcasmo Cristiano—, y Francesca está demasiado buena.

—Ya... —Alessio se había puesto pensativo—. Desde que mi hermana está con ese subnormal, ya no se hablan, ¿lo sabías?

—Lo sé. Pero y tu hermana con Mattia, ¿qué? ¿Qué hacen esos dos?

—¡Qué coño sé yo! —escupió Alessio—. No me hagas pensar mucho en eso...

Cristiano se echó a reír:

—Ay, esa hermanita...

—Francesca está muy rara... —prosiguió Alessio absorto—. Siempre la he visto en mi casa, ¿no lo entiendes? Son amigas desde que tenían dos años. Mira que lo siento. Y además, hay algo que no me cuadra...

—Tendrá celos de Mattia, ya se le pasará.

—Se le pasará —Alessio se terminó el spritz y miró fijamente a Cristiano—, pero ahora, con la historia de su padre...

Enrico era uno de esos maridos y de esos padres de familia que, incluso antes del

accidente, nunca aparecían por el bar. Enrico, cuando no estaba trabajando, se quedaba en casa viendo la televisión, o lavaba el coche, o desmontaba y volvía a montar los electrodomésticos.

—Es un asqueroso —dijo Cristiano, repentinamente serio—. Ale, no te olvides de esto. Ese hombre es realmente asqueroso y metería la mano en el fuego a que está fingiendo que es un retrasado para metérsela en el culo a la Lucchini.

A las cuatro y media de la tarde, los institutos escolares de Piombino se habían derramado por el centro, para exhibirse de paseo.

Pelotones de chicos, con las Nike plateadas y vaqueros desgarrados a la altura de las nalgas, avanzaban decididos hacia la Piazza Bovio, acelerando el paso como si tuvieran prisa. Después, al llegar a la Piazza Bovio, volvían sobre sus pasos y regresaban a la Piazza Gramsci. Un ir y venir incansable, de Gramsci a Bovio y de Bovio a Gramsci. Hasta que les entraba hambre, y entonces se apretujaban chillando en el cuchitril de la freiduría.

Delante del Rivellino o en el salón de juegos Excelsior, intentaban en manada una aproximación a las compañeras de clase. Quinceañeras vestidas como Britney Spears, la sombra de ojos y el carmín dados a escondidas de sus padres ante el espejo retrovisor de los escúteres.

Algunas, emperifolladas de esa manera, hasta resultaban monas. Los chavales se agolpaban a su alrededor, soltando las palabrotas más epatantes en un intento de abordarlas. Un esfuerzo inútil, porque ellas no les prestaban la menor atención: su objetivo eran los mayores.

A las que estaban a su alcance, en cambio, generalmente con granos y sobrepeso, les pegaban chicles masticados en la cabeza.

Lisa las miraba sintiendo compasión por ellas y por sí misma, que caminaba, inútil y previsible, al lado de Francesca. Un feo accesorio, la bolsa de la compra: así se sentía. Y no entendía por qué cada sábado tenía que someterse a esa tortura: caminar al lado de la más guapa de Via Stalingrado.

¿Qué le obligaba a hacerlo?

Francesca no se perdía un solo escaparate: que si Replay, que si Rinascente, que si Benetton y hasta Semaforo Rosso, que vende ropa para viejas. Lisa sentía remordimientos, porque, como siempre, había dejado a Donata en casa.

—¿Acabas de una vez? —gritó irritado.

—Un momento...

Anna estaba sentada en la 125 metalizada de Mattia, en medio de una fila exponencial de Phantom, Typhoon, Caio y otras motos aparcadas de través en la acera. Se afanaba aplicándose el lápiz negro en torno a los ojos, encorvada sobre el espejito redondo.

Mattia la miraba impaciente.

—Pareces Moira Orfei^[9] —le dijo cuando levantó la cabeza.

—Vete a tomar por culo.

Anna se puso a buscar el rímel en el bolso y, para encontrarlo, acabó sacando cantidades industriales de cosas.

—Pero ¿quién va a verte para que te pintes tanto? ¡Soy yo tu chico!

Anna resopló y no contestó, absorta en aislar del caos el tubito del rímel.

—¡Si hasta te has traído jabón! —gritó Mattia exasperado.

—Y si no, ¿cómo me desmaquillo, perdona? Pon que esta noche vuelve mi padre por casualidad... Si me ve así, ¿te imaginas lo que sucedería?

—¡Una buena paliza es lo que tendría que darte! —rió Mattia. Después añadió más serio—: ¿Ha dado señales de vida?

—¿Quién? ¿El babuino? ¡Mejor así! —Anna encontró el rímel y se untó bien las pestañas—. Llamó la semana pasada: siempre nos promete que está a punto de volver. Mamá dice que ha huido a Santo Domingo, y que ahora, mientras nosotros estamos aquí, él está debajo de una palmera, pasándose como un enano...

Mattia escuchaba en silencio.

—Pero yo lo conozco, sé cómo es —prosiguió Anna—. ¡Ese mamón es capaz de presentarse de buenas a primeras, así, plas! Aparece, suelta sus gilipolleces, nos trae unos pastelitos... ¡y después me tira una silla a la cabeza porque me he maquillado la cara!

—Venga, que tu hermano nos está esperando.

—¡Un segundo!

Anna cerró el bolso, se arregló los rizos, bloqueó el manillar y saltó del escúter.

—Pero demos una vuelta, no nos quedemos todo el rato con Alessio, que no tengo ganas...

Mattia se encaminó, rápido e irritado. Anna tenía en la cabeza planes muy distintos a quedarse en el bar Nazionale, respirando humo pasivo y retorciendo pajitas. Anna, aunque no se lo admitiera a sí misma, esperaba verla.

Cuando estuvieron de nuevo delante de Calzedonia, Francesca quiso pararse otra vez.

A Lisa no le quedaba más remedio que obedecer. Justo en ese momento Mattia y Anna cruzaban la calle. Sólo Lisa se dio cuenta, pero no le dijo nada a Francesca.

—¡Virgen santa, qué tía más buenorra!

Uno de los paletos aposentados en el Ice Palace (otro bar de Piombino dotado de quiosco y con una fauna particular) clavaba una mirada entusiasta sobre aquella rubia absorta en comparar las medias expuestas en el escaparate.

—Leches, es que estás buenísima, niña, ¿lo sabes?

Francesca no tenía dinero para las medias, de modo que se apartó del escaparate y

retomó su pasarela sin dignarse a dirigir una mirada a los espectadores, a esos matados a pajas del bar con un olor a Martini encima que llegaba hasta allí.

—¡Oye, que no eres la única! Que de los aires que te das te va a entrar un resfriado...

Francesca paseaba como en una urna, arrastrando con ella a Lisa. Aceptaba pararse a hablar sólo con los chicos mayores y bien vestidos, únicamente para matar el tiempo. Le aburrían hasta los cumplidos.

El invierno anterior, las tardes de los sábados, paseaba por el Corso Italia con Anna, e iban cogidas de la cintura, ambas con las manos metidas en los vaqueros de la otra, como los novios, y lo primero era una parada en el estanco para comprar chicles y té frío, después un alto en la freiduría, donde devoraban mil liras de pasta frita. Y al final se pasaban por la perfumería para robar barras de labios.

Francesca era la persona más feliz del mundo cuando se bebía con una pajita su té frío junto a Anna, mientras se sonreían y se susurraban cosas, y todos los chicos las miraban diciendo: «¡Hay que ver lo bien que chupáis esas pajitas!».

Ahora sentía una aguda rabia. Aquella cabrona ni siquiera se había acordado de su cumpleaños, no la había felicitado por Navidad, no le había metido ni una sola notita por debajo de la puerta en todo este tiempo. Y ahora le tocaba ponerle el babero a su padre en el cuello y darle de comer. Odiaba todo y a todos.

También a Anna, que en ese momento estaba sentada en el Nazionale, obligada a aguantar a su hermano y a ese otro idiota de Cristiano —que eructaban, se liaban porros debajo de la mesa y hablaban del cobre, del perico, siempre de las mismas cosas—, le habría gustado echar hacia atrás la cinta magnética del tiempo, detenerla en la instantánea de Francesca y ella delante de la sección de L'Oréal en la perfumería y después apretar hasta el infinito el *rewind*.

Lo que se divertían robando barras de labios, lápices de ojos. Montaban toda una representación, antes de alargar la mano... Anna lo recordaba perfectamente. Jugaban a las señoras: «Pruébate ésta, Francesca, ¿no es estupenda? ¡Oh! ¡Creo que te queda perfecta!». «No, no, Anna, ¿no ves que me sienta mal a la cara? ¡No, de verdad, no acaba de satisfacerme!» Y en medio de todas esas solfas, en vez de dejar la sombra de ojos donde la habían cogido, se la metían en el bolsillo.

Anna pensaba en todo aquello y sonreía.

Si se topara con ella hoy, por casualidad, quizá le propusiera de inmediato un robo. Y quizá Francesca le dijera que sí y corrieran juntas a las perfumerías, a los expositores de la COOP... Juntas, como siempre, como si nunca hubiera ocurrido nada. Imposible. No se puede poner el contador del tiempo a cero. Pero, a fin de cuentas, ¿qué culpa tenía ella?

Anna observaba a las chicas de trece años desfilando por el paseo, emperifolladas de baratijas como árboles de Navidad. Observaba a su Mattia, que le daba dos caladas al

porro antes de pasárselo a Cristiano, y a Cristiano, que se reía como un idiota. Menudo coñazo.

No quería admitir que todo era mejor antes, cuando eran amigas.

Entretanto, los altavoces del equipo de música, colgados con cuerdas de cualquier manera en las esquinas del quiosco, emitían una canción de Renato Zero. *Será que nosotros dos somos de otro, lejanísimo, planeta.* Y Anna se puso a escucharla. *Pero el mundo desde aquí parece sólo una trampilla secreta. Todos lo quieren todo.* Es verdad, pensaba Anna. *Nosotros no haremos lo que el resto de la gente...*

—¡Eh, tíos, menuda gusa me ha entrado!

Cristiano, víctima de repente de un ataque de hambre.

—Toma ya, yo también... —dijo Mattia—. ¿Qué hacemos? ¿Le damos a un trozo de pizza?

—Nooo, me apetece un helado...

—Pues vamos al Chochón —dijo Alessio poniéndose de pie.

El Chochón, hay que precisarlo, era la heladería Show One.

—¿Qué estás haciendo, Anna? ¿Pensando? —tiró de ella Mattia—. ¡Venga, mueve el culo!

Anna se levantó molesta de la silla mientras Renato Zero cantaba *Los mejores años de nuestra vida.*

Entretanto, al cabo de más de una hora, un jubilado del bar Nazionale cedió, tomando una decisión: se acercó a ofrecer un caramelo digestivo a una de las tres viejas, las solteronas acuclilladas delante de la sucursal bancaria. Y ella, la escogida, se animó de repente y, ocultando el bastón detrás de la espalda, estalló en fantásticas carcajadas.

—France... ¿Sabes lo que estoy pensando? —se atrevió a decir Lisa delante del escaparate de Semaforo Rosso.

Una persona normal respondería, diciendo «¿Qué?» por lo menos. Pero Francesca ni se molestó en abrir la boca.

—Pensaba —tragó saliva— que el próximo sábado podríamos traernos a Donata con nosotros.

Francesca seguía comparando precios, muda e indiferente.

—No me apetece seguir dejándola en casa.

Silencio. Francesca se apartó y empezó a andar.

—Es mi hermana —protestó débilmente.

La otra se detuvo al instante.

Se volvió hacia Lisa y le clavó dos pupilas ardientes en los ojos.

—Escúchame bien —dijo—: Yo ese aborto no lo quiero a mi lado. Ni pensarlo.

Siguió caminando, derecha como una vara y a buen paso.

Lisa permaneció unos metros más atrás. Había sentido algo que se agrietaba y que

se quebraba después en el pecho. Algo que era dolor, desde luego, en estado bruto, pero también rabia. Esta vez no, no podía perdonárselo.

—Me apetece un helado —dijo Francesca, como si no pasara nada.

Lisa se fue tras ella, pero esta vez estaba enfadada de verdad. Por lo demás, no se imaginaba lo que había detrás de aquella andadura desenvuelta y arrogante, detrás de aquel rostro de diva cinematográfica.

En casa de Francesca nunca había estado.

Cuando entraron en el Chochón, se abrieron paso entre el gentío hasta el mostrador de los helados. Pistacho, Kinder Bueno, Pitufo, Arándanos... Francesca examinó todos los sabores antes de elegir. Después se puso en la cola de la caja para pagar el tique, y allí se encontró con Jessica y Sonia.

—¡Anda, France! ¿Qué te cuentas? —le preguntó Sonia.

—Nada —contestó Francesca. No tenía ganas de hablar con ellas.

Si hubiera girado la cabeza hacia la izquierda habría visto a Mattia, que fingía estar dándose cabezazos con Alessio.

—¿Qué tal las clases?

—Ya no voy al colegio.

—¡Ah! —dijo Jessica—. ¿Te has puesto a trabajar?

Había dejado a Lisa en algún sitio, no se acordaba de dónde, en la heladería repleta de gente.

—Lo estoy buscando —cortó Francesca. Una mierda iba a contarle sus cosas a esas dos, ni pensarlo. Hizo ademán de alejarse. Se dio la vuelta.

Y de repente, cuando menos se lo esperaba, se la encontró delante.

Sintió que el corazón se le subía a la garganta y empalideció de pronto.

Anna, zarandeada al igual que ella entre el gentío, casi dio un brinco. Ella también se había topado, al darse la vuelta, con su amiga del alma, a dos centímetros de su nariz.

Era totalmente lógico que acabaran por encontrarse en el Corso Italia el sábado. A decir verdad, no esperaban otra cosa ambas. Pero ahora que era real, tenían ambas esa absurda expresión en la cara. Y así seguían, a un palmo entre la muchedumbre. ¿Y ahora qué coño hago?

Pasó un instante, no mucho más, en el que se tocaron con los codos y las rodillas, haciéndose muchas cosquillas. Pasó un instante en el que se miraron incrédulas. En sus cabezas había tantas cosas que decir y que hacer que al final no había nada.

Anna hubiera querido gritar, de un tirón, sin tomar aliento: «France lo siento vente a vivir conmigo ya está bien huyamos juntas Mattia es un mamón tu padre es un ogro ya te ayudo yo a atarlo y a amordazarlo vamos a robar barras de labios ¿de qué sabor quieres el helado?». Pero seguía callada, con la boca seca.

Francesca, mientras tanto, pensaba que le gustaría abrazarla y sacudirla y besarla

y revolverle todos esos rizos. Porque cuando eran amigas —mejor dicho, amigas no, hermanas— todo era hermoso y adecuado, y en cambio ahora era una mierda, y su padre un monstruo y hasta tenía que darle de comer, y todo era culpa de Anna.

Anna ni siquiera se había dado cuenta de que le había brotado una sonrisa tan grande como una casa. Francesca estaba a punto de ceder y sonreír a su vez cuando se presentó Mattia y su expresión se oscureció.

—¡Vaya! ¡Mira quién está aquí! —exclamó Mattia.

Anna se puso pálida. Lo fusiló con la mirada.

Aparecieron también Cristiano y Alessio, y Sonia y Jessica, toda la alegre pandilla con los párpados a media asta y renqueantes sonrisas obtusas.

—¡France, cuánto tiempo! —gritó Cristiano—. ¡Coño, hay que ver lo buena que estás! —y le dio un codazo a Alessio.

Francesca empezó a mirar hacia todos lados.

Anna, instintivamente, hizo ademán de cogerla de la mano, pero justo en ese momento apareció Lisa y Francesca se le echó encima.

Frente al mostrador de los helados, entre la gente que levantaba las manos, gritaba:

—¡Un cucurucho! ¡Una tarrina! Dos sabores, no, tres... ¡Perdone! Lo quiero con leche, del negro no...

Frente a todo eso, Anna había intentado tocarle la mano a Francesca, pero Francesca ni se había dado cuenta.

Ahora se había asido a Lisa, no la soltaba. Y Lisa, que en realidad estaba negra, lanzaba a Anna miradas llameantes. «Lo mejor sería que te la quedaras tú, a esta cabrona», le hubiera gustado decirle.

Francesca se largó a toda prisa sin despedirse de nadie. Pidió el helado, arrastró a Lisa de un brazo y desapareció.

Ahora quería irse enseguida a casa. Caminaba hacia la parada del autobús en la Piazza Verdi. Estaba muy emocionada. ¡Se habían rozado! Francesca estaba desencajada y echó a correr. No, no la perdonaría nunca. En la marquesina perdió el equilibrio y tropezó con el bordillo de la acera.

—¡Desde luego, menudo subnormal que eres! —le gritó Anna, enfurecida, a Mattia.

Éste, riéndose a carcajadas, no se daba cuenta de nada.

—¡Coño! ¿Es que no veías que estábamos solas?... ¿Para qué cojones te has acercado? —estaba furiosa.

Todos se reían.

—Sois unos drogatas y unos pedazo de cabrones... —la voz se le quebraba.

Sonia le tendió un cucurucho de pistacho y crema.

—¡Ya no me apetece el helado!

Anna cogió el cucurucho y lo lanzó contra el suelo en medio de la heladería tomada al asalto.

—Y tú... —Anna se dirigía a Mattia—, tú... —tenía los ojos llenos de lágrimas—: ¡Lo has estropeado todo!

31.

Lisa alcanzó a Francesca en la marquesina del autobús.

Caminaba despacio, apretando los puños. No era tonta, ahora se daba cuenta de las cosas. Decididamente, se había equivocado en todo: hubiera debido escoger a Anna como amiga, no a Francesca.

La otra se estaba levantando de la acera en la que acababa de resbalar.

—Uf, me he hecho una carrera en la media...

—¿Y qué coño me importa a mí? —contestó Lisa.

Francesca la miró sorprendida, pero al cabo de un momento se le oscureció la cara:

—Oye, niña, calma...

Como diciendo: aquí la que mando soy yo, que no se te olvide.

Pero Lisa, esta vez, no le seguía el juego:

—Me tienes hasta las pelotas, France. ¿O qué?, ¿crees que no sé que sólo te sirvo para darle celos a Anna?

Francesca se quedó pasmada.

—Estoy hasta las pelotas, ¿lo entiendes? ¡Y el autobús te lo coges tú solita! Yo me vuelvo andando... —estalló—. Mejor dicho, ¿sabes lo que te digo? Que desde hoy tú y yo ya no somos amigas.

Se dio la vuelta para marcharse.

A Francesca se le había demudado el rostro: nadie se había permitido nunca tratarla de esa manera, mucho menos una pringada llena de granos.

—Pero ¿es que crees que me importa? Paso de ti, tía —le gritó mientras se iba—. ¿Es que no te ves? ¡No eres más que una ballena de mierda! Muy bien, vete andando... ¡A ver si adelgazas!

Lisa se detuvo de repente en medio de la plazuela del autobús. Volvió sobre sus pasos a toda velocidad.

Ni ella misma sabía de dónde le brotaba todo aquel valor.

Se detuvo frente a ella y le escupió a la cara:

—¡Tú no vales ni el dedo meñique de Donata!

Y esta vez se marchó de verdad, dejándola sola en la marquesina.

Cuando giró en Via Petrarca, debajo de los soportales, la tensión se le relajó de golpe. Qué grande eres, Lisa, se dijo sonriendo, uno a cero.

Francesca se había quedado de piedra.

Durante unos instantes fue incapaz de mover un solo músculo. Vete a tomar por culo, Lisa, iros todos a tomar por culo.

Sí, ahora estaba sola de verdad, la más sola del mundo. No venía ningún autobús,

y además tenía una carrera en la media. Pero total, para ir adónde, ¿a casa?

Lo mejor sería que el autobús no llegara nunca.

Se sentó en un banco y se llevó las manos a la cabeza.

Cómo le dolía... Con toda su belleza no conseguía nada. Ella odiaba aquel mundo. No había ni un solo cabrón, en esa mierda de planeta, que la quisiera. Eso era lo que pensaba y, aunque no quería, lloraba a mares.

En realidad, sí que había alguien que la quería. Es más, había un pobre desgraciado, perdidamente enamorado de ella, que la había estado buscando toda la tarde y que ahora, cuando la vio —sola y llorando en el banco—, casi no podía creérselo.

Corrió a su encuentro como una exhalación, llegó todo jadeante y emocionado.

—¡Lárgate! —le gritó Francesca en cuanto lo vio.

Nino dio dos pasos hacia atrás. ¿Cómo era posible que resultara siempre tan difícil?

—¿Qué ha pasado? —se atrevió a preguntar.

—Nada —masculló ella sujetándose la cabeza con las manos.

—Desde que te conozco, siempre estás llorando y diciendo que «nada»...

—¡Pues lárgate y déjame en paz!

—Es que no puedo resistir el verte así...

Nino estaba abatido y no sabía qué hacer. Se armó de valor y se sentó en el banco a su lado.

—Te he dicho que me dejes en paz —empezó a decir Francesca con la boca apelmazada de llanto.

Pero Nino no la dejó terminar, y la abrazó con fuerza por impulso.

Y Francesca se quedó allí un rato, entre esos brazos, porque es bonito que haya alguien a tu lado que te ciña y que te dé calor. No quería volver a casa, estaba harta de Via Stalingrado, de Piombino, de limpiarle las comisuras de la boca a su padre.

Se espabiló:

—Nino, de verdad... —e hizo ademán de apartarse.

—Pero, France... ¿Por qué no quieres estar conmigo? ¿Por qué te tratas tan mal? —él ya no soportaba el guardarse aquella pregunta dentro—. Yo te lo he dicho de todas las maneras, pero tú no te quieres enterar... —había llegado la hora—: ¿Quieres salir conmigo?

En aquel momento, llegó el autobús.

Francesca se levantó de golpe.

—¡No puedes hacerme siempre lo mismo! —dijo Nino reteniéndola—. No te vayas...

—Nino —le dijo ella, soltándose—. Nino... —repitió con calma—, a mí no me gustan los tíos.

Subió al autobús y éste arrancó.

Si le hubiera dado un mazazo en la cabeza, no le habría dejado más aturdido.

Mientras ocurría todo esto, Anna estaba cruzando la Piazza Verdi sin darse cuenta de nada. Daba la vuelta en Via Petrarca, la recorría andando a paso rápido. ¡Basta!, se repetía en su cabeza. A Mattia lo dejó, esta vez corto. Es un subnormal profundo. ¡Me lo ha estropeado todo!

Estaba cabreada y desesperada. Quería que volviera Francesca. Ya estaba bien de fingir. Ahora se iba a casa y la esperaba en el patio, en el banco donde estaban escritas las cosas, donde aún se leía en mayúscula: *Anna y France forever together*. Se las vería con ella de una vez por todas.

—A ver, ¿qué es lo que pasa? —le diría—. ¿Que el problema es Mattia? ¿Que te cae mal? Estupendo, le he dejado.

Pero cuando llegó a la Piazza Costituzione, delante del bar Pingüino, advirtió un coche negro aparcado en doble fila con los cuatro intermitentes encendidos y se detuvo. Era un enorme Mercedes que relucía como un espejo, un Clase E con matrícula de Livorno. Se acercó, leyó bien todas las cifras.

Cojones. Era el coche de su padre.

Anna se quedó de piedra. Echó un vistazo por las ventanillas oscuras: dentro no había nadie.

Y, sin embargo, en algún sitio tendría que estar el babuino. Debía de estar a la fuerza por los alrededores: el coche tenía los cuatro intermitentes puestos...

Anna se escondió detrás de un pilar de los soportales y permaneció a la espera. Todo era absurdo, claro. Pero por lo menos esa mierda de babuino no estaba en Brasil o en Santo Domingo.

Seguía esperando, con el corazón en la garganta, vigilando desde detrás del pilar la zona del coche.

Al cabo de cinco minutos, lo vio. ¡Era él!

Arturo salió alegre del bar, caminando tan enjuto como siempre. Llevaba algo en las manos, una especie de paquete o algo así, y se estaba riendo a carcajadas. Era un desgraciado y se reía. Hacía cuatro meses que no pisaba su casa y ahí estaba, dándose un plácido paseo por Piombino... ¡No era un paquete lo que llevaba en las manos: era una botella de champán!

Este tío es idiota, pensó Anna, es un cabrón con todas las letras.

En aquel momento hubiera querido salir al descubierto, aferrarle de la chaqueta y gritarle: «¡Pedazo de cabrón! ¿Por qué no vuelves a casa? ¡Porque eres una mierda!».

Pero no estaba solo. Había otro hombre con él.

Ambos iban bien vestidos: pantalones y chaquetas negras, camisetas blancas con el cuello desabrochado. Ambos con aire arrogante y gafas de sol.

Anna vio cómo su padre montaba en el coche junto a aquel hombre, hacía una

maniobra y se alejaba.

Se le hizo un nudo en la garganta, sintió lagrimones en los ojos. Y no pudo resistir.

En la primera cabina telefónica que encontró metió una ficha y marcó el número de Mattia.

—¡Mi padre es una puta mierda! —gritó entre lágrimas al auricular.

Y Mattia, que estaba alelado por los porros, no entendía un pimiento.

—¡Mattia! ¡Lo he visto! ¿Es que no lo entiendes? ¡Está en Piombino! Y a nosotros, ni caso... Mamá revienta si se lo digo... Mattia, ¿qué debo hacer? —y venga a llorar y a sollozar y a dar puñetazos en el cristal de la cabina telefónica.

¿Te acuerdas, Cri? Cuando hubo esa nevada. ¿Qué año era? ¿El 94, el 95? Perico del bueno, dijiste, material potente. ¿Cuántos años tendríamos entonces, coño? Quince, dieciséis como mucho. Y tú eras un mamón de verdad, un mamón de aquí te espero. Y con todos esos copos de los cojones. ¡La nieve, la nieve, gritabas, el perico! Resbalábamos en las aceras porque nadie tenía zapatos adecuados.

La nieve. ¿Y quién cojones la había visto? Habíamos visto la coca, pero no la nieve. Y tú, en determinado momento, la cogiste con la mano, te la llevaste casi hasta la nariz y dijiste: ¡Ale, cojones! ¡Ale, coge la nieve, mírala! ¿Qué ves ahí dentro? No, así no, mira justo dentro del copo. Yo que encima te seguía escuchando. No veo una mierda, Cri. No, estate más atento, mira el signo, el jeroglífico que hay dentro. No veo... Pero ¿cómo? ¡Si ahí está el símbolo de Ilva!

Te volviste a mirarme bajo el cielo blanco con una sonrisa mágica. Y a nuestro alrededor —la calle, el patio, los pilares de cemento— todo respiraba despacio. ¿Qué era, Cri? ¿Un chiste que pretendía tener gracia, o algo más? Las playas estaban completamente blancas, teníamos copos en el pelo y en las puntas de las pestañas. No sentíamos frío. Todo era harina y leche, todo mudo, se ahogaba despacio. Otro mundo.

Ahora Alessio estaba de pie, en el centro de la plazuela desierta en el parque de tochos, y sujetaba un móvil de última generación en la mano. Entretanto, volvía a pensar en todo aquello.

Se llamaba Ilva, en el 94 o 95. Y su abuela se llamaba Ilva, y la abuela de Cristiano también. Las abuelas de un montón de gente, las que nacieron después de 1918: todas Ilva. La fábrica, en cambio, había cambiado de nombre. Podía permitírselo. Deslizarse entre las palabras con desenvoltura, evitar el bautismo final.

«¿Sabes lo que quiere decir?», le preguntó Elena un día, después de hacer el amor. Estaban tumbados entre peluches y sábanas en el cuartito de ella. «¿Por qué, es que quiere decir algo?» Elena se había reído, como tenía por costumbre, en parte para tomarle el pelo, en parte porque estaba enamorada. Qué bien sabía reírse ella, cómo sabía decir: todo quiere decir algo.

Ilva, le había dicho, sonriendo, semidesnuda. Es el nombre antiguo, el nombre etrusco de la isla de Elba.

¡Leches! Es como decir que el paraíso y la mierda se llaman igual, había soltado, sorprendido. Sujetaba el cuerpo delgado de ella sobre el suyo, rudo y basto.

¿Y sabes cómo se llamaba al principio, pero al principio principio? Venga, suéltalo. En 1865, cuando se fundó, se llamaba Taller Perseverancia.

¡Manda cojones! Perseverancia... Suena a poema de Carducci.

Cuando le contrataron a él, en el 98, ya se había convertido en Lucchini, que no

se entiende si es masculino o femenino. Pero, por lo menos, el paraíso y la mierda ya no tenían el mismo nombre.

Te lo prometo, he buscado «acero» y no quiere decir una mierda. Es una aleación, le dijo ella frunciendo el entrecejo. Sí, pero yo lo he buscado en el diccionario y no quiere decir una mierda. O sea, no es una palabra que esconde otra palabra. Quiere decir eso. Y nada más.

Es la historia, Ale, es que hay minas de hierro en la isla de Elba y todo empezó por ahí.

Ahora Alessio estaba en el centro de la plazuela con el sol en la cara y el móvil en la mano, y ni él mismo sabía por qué se le venía a la cabeza de nuevo todo eso.

Cristiano le explicaba, gritando, lo que tenía que hacer para grabar el vídeo.

—¡Aprieta arriba! —chillaba—. ¡Ahora no, después! ¡Pero aprieta el botón de arriba!

Estos móviles que hacen fotos y vídeos eran nuevos, y Alessio no entendía un pimiento. Entretanto, Cristiano se había desnudado y estaba haciendo el imbécil. Se había subido completamente desnudo a un enorme buldócer y agitaba los brazos.

—¡Ahora, Ale, ahora!

Alessio apretó el botón y en la pantalla del móvil apareció la imagen.

Imagen en movimiento de un cuerpo rosa que se movía, con el pito fuera, dentro de una cabina amarilla y negra que parecía un animal fantástico.

—¡Venga, que lo colgamos en YouTube!

Dos o tres obreros se habían parado y se mantenían a un lado mirando esa escena demencial de un gilipollas que filmaba a otro gilipollas que iba y venía subido a la excavadora con la pala levantada.

Hizo una maniobra, como si tomara carrerilla con aquel monstruo de no se sabe cuántas toneladas. Se levantó sobre dos ruedas.

—¡Mira! ¡Está haciendo el caballito con la excavadora!

Alessio, a la vez que seguía filmando, meneaba la cabeza, divertido.

Cristiano gritaba como un loco desatado. Solía exaltarse cuando arriesgaba su vida en la pala mecánica, y alzaba el cucharón hasta lo más alto, como la antena de un saltamontes gigante.

Cundía el asombro a su alrededor. Los obreros paraban de trabajar, dejaban sueltos y sin vigilancia las maquinarias, las grúas, los puentes. Levantaban la cabeza para disfrutar de la escena y se llamaban unos a otros.

—Menudo subnormal —dijo uno—. ¡Pero mira qué gilipollas de los cojones!

Acudió Mattia:

—¡Venga, vuélcate!

Cristiano seguía haciendo el caballito sobre las dos ruedas posteriores, sin llegar a volcar, sin llegar a hacerse papilla en el suelo debajo de la excavadora. La gobernaba

como a un toro, y la gente empezaba a aplaudir.

—Si vuelca, ya verás qué risa —dijo Mattia acercándose a Alessio.

—Lo hace por su hijo —dijo el otro.

—Lo hace para subirlo a una página porno.

Pero en determinado momento, Cristiano hizo mucho más que mantenerse sobre dos ruedas con el buldócer.

Giró sobre sí mismo: una, dos, tres veces. Giró tan rápido como una peonza, levantando una polvareda, levantando cúmulos de limadura de hierro por el cielo azul. Siguió girando, sobre las dos enormes ruedas del monstruo metálico, echó de repente el freno de mano una cuarta vez. Y todos cayeron en delirio. Entonces llegó el jefe de sección, que quería partirle la cara.

Ilva es el nombre secreto de Elba. El secreto que tiene en un puño a la fábrica.

Alessio vio al jefe de sección que cogía a Cristiano por el colodrillo, como si fuera un gato. Vio la enorme extensión de naves y chimeneas, con el triturador del material inerte en medio. Una especie de escorpena robótica que trituraba los restos de las chimeneas y los semielaborados que salían mal, a través de una probóscide dentada y aserrada.

No era capaz de relacionar realmente todo aquello con una decena de balsas etruscas que transportan hierro, unos hombrecillos que funden hachas de guerra. Algo así como hace un milenio. Y Cristiano, desnudo como un gusano, se daba de golpes con el jefe de sección, un puñetazo bien colocado en el centro del ojo.

—¡Te juro que esta vez te vas a la calle, cabeza de chorlito!

33.

A las nueve, hizo que se levantara de la cama.

—Despacio —le dijo.

Los huesos le crujían y la piel le caía flácida a lo largo de los brazos. Las sábanas, las del ajuar nupcial con las iniciales bordadas en el dobladillo, desprendían mal olor. Ella no tenía la menor intención de lavarlas.

Lo sostuvo hasta la cocina. Hizo que se sentara y le colocó una servilleta encima del pijama. Hacía meses que no tomaba otra cosa más que caldo, para comer y para cenar. Su masa muscular había sufrido una implosión.

—¿Te ayudo? —le preguntó, viendo cómo sujetaba la cucharilla.

Aún no se había acostumbrado a manejar los objetos con cuatro dedos en lugar de cinco.

Negó con la cabeza. Levantó la mirada hacia su hija y la inclinó después hacia la taza. Constataba el nivel de la leche en el recipiente. Con la punta de la lengua, verificaba que no estuviera ácida.

Hubiera querido moverlo, introducirlo en el asa de la taza. Es un movimiento muy sencillo, la diferencia que hay entre una mano prensil y una garra. Pero el dedo corazón ya no estaba allí. Había un hueco, con la piel arrugada hacia adentro.

En marzo le mandaron un equipo de psicólogos. A sus preguntas opuso una cara enflaquecida y pálida. El problema es que no entendía qué querían. La fábrica iba a visitarlo, le mandaba a los médicos de la sociedad. Lucchini S. A. estaba perdiendo la paciencia y quería aclarar lo sucedido en aquella historia. Aclarar una acumulación de jeroglíficos: era imposible para él descifrar el cuestionario que le dieron para que lo rellenara.

Su hija permanecía de pie junto a la mesa, vigilando todos sus movimientos. Era penoso, y alentador, enseñarles que era incapaz de echarse azúcar en la leche.

La pérdida del dedo es una pérdida simbólica para el paciente. Depresión, pero es sólo una hipótesis. El gigante había ido enflaqueciendo, se había sepultado vivo en el interior de su piso desconchado, que además no era suyo, sino del ayuntamiento. Los demás, quienes vivían a su alrededor, le habían tomado el pelo al principio. Después, dejó de ser siquiera un nombre y un apellido.

Se convirtió en *eso*.

Retiró la cucharilla de la mano tullida de su padre y echó ella el azúcar en la leche.

El sujeto rechaza las terapias. El sujeto está aquejado de analfabetismo de retorno.

Afo 4 ¿Por qué 4? Enrico entrelazaba hilillos sutilísimos entre un segmento y otro de su memoria. Porque es el cuarto de cuatro altos hornos, aunque es también el único que queda. Enrico se había convertido en un expediente pendiente de

resolución y en un historial clínico. La caída del acero en el mercado, en el curso de dos décadas, había obligado a desmantelar Afo 1, 2 y 3.

Ya no existían. Como su dedo. Un agujero enorme en un terreno saturado de venenos.

Enrico sorbía la leche de la taza.

—Todo, bébetelo todo.

Estaba perdiendo el pelo en el centro de la cabeza.

Francesca le limpió las comisuras de los labios. Lo acompañó al baño, donde le ayudó a sentarse en el váter. Arrancó ella el papel higiénico del rollo. Y cuando acabó, se lo llevó al salón. Lo depositó en el sofá, donde estaba su madre, acabando un pañito, con el gato acurrucado sobre sus rodillas. Delante de la televisión, Enrico hundía el cráneo en el respaldo y cerraba los párpados.

Que no estaba fingiendo lo descubrieron a principios de abril. Enrico había sufrido realmente una regresión a ese lamentable estado, en el que su hija debía alimentarlo y limpiarlo. Un estado biológico marcescente. Tal vez hubiera un gen artero en el que está escrito que estás podrido.

Fue Elena quien lo hizo. Había transferido varias veces, durante esos meses, el expediente de Enrico Morganti de un cajón a otro de su escritorio. Lo que le interesaba a la empresa era constatar que no fuera suya la responsabilidad del caso. Qué es exactamente un cero que cae en depresión: un hombre que puede ser sustituido por veinte mil marroquíes, rumanos, italianos, que guardan cola afuera. Un día entraron en el despacho de Elena y le dijeron que preparara el módulo de prejubilación.

Un cero en el sistema deprimido.

Esa mañana, Francesca limpió la cocina con más apresuramiento del habitual. Lavó de cualquier manera las tazas, evitó secarlas, metió en los cajones incluso las servilletas sucias. Recogió las migas del suelo para dar cierta idea de limpieza, porque a ella le importaba un pimiento que aquella asquerosidad estuviera limpia. Corrió a hacer las camas.

El tiempo, en aquella casa, pasaba a través de los misteriosos canales del polvo amontonado debajo de los muebles. Las *pelusas*, se dice: la lana gris donde se asientan nidos de parásitos. El tiempo incrustaba de cal y de moho las esquinas de la ducha, del techo. Sonreía ahora Enrico, cuando el gato se le subía en los brazos y le ronroneaba.

No era difícil encontrar una excusa. Decir que había estado media hora fuera, cuando en realidad había estado dos. «No tenemos leche», bastaba con decir, o bien: «Se nos han acabado las aspirinas. Voy a pagar la tasa de circulación, el seguro del coche, el recibo del gas». No era difícil salir, especialmente de noche, desde que su padre tomaba pastillas para conciliar el sueño y se quedaba dormido a las siete.

Cuando acabó de hacer las camas, entró en el baño y se encerró dentro.

Se encorvó en el bidé y se rasuró el pubis. Era la primera vez que lo hacía. Pensó, sin un motivo preciso, que era oportuno. Se depiló las piernas, las axilas y los brazos. Se pasó una buena cantidad de crema hidratante por su cuerpo blanco. Esa mañana se excedió con el lápiz de ojos, el carmín rojo le agigantaba los labios.

Ahora llevaba siempre tacones altos. Rozaba el metro ochenta. Caminaba como las figuras estilizadas de los circos callejeros. Los zancos que se usaban para recolectar las cerezas entre las ramas. Cada miércoles por la mañana, en el mercado, se compraba faldas cortas, camisetas ceñidas y conjuntos de ropa interior en un puestecillo que vendía también objetos eróticos.

Bastaba con llevarle el café, bastaba con sujetarle la tacita en los labios y pasarle una mano por la cabeza para que cayera, como masturbado, en un estado de languidez.

Esa mañana, Francesca salió a las once y media. Deprisa y con una sonrisa astuta en el rostro embadurnado de maquillaje. Le gustaba repetirse a sí misma que ya no pensaba en Anna, que se había convertido en ese paquete de galletas que nos hemos dejado abierto durante varias noches. Una masa correosa que atrae a las polillas.

Salió al exterior, al mundo soleado. Enfiló Via Marconi. A su izquierda, la superficie del mar se mostraba móvil y viva. La luz llovía encima y creaba plata, movimiento, estado naciente. Se compraba las minifaldas con el dinero de las medicinas. Ahorraba en los alimentos para comprarse corsés y tangas de lentejuelas que se probaba sola delante del espejo.

Ahora caminaba a buen paso hacia el bar de Aldo sobre esos tacones que tanto daño le hacían en los pies. Era uno de esos días en los que la isla de Elba resalta y se recorta entre los dos azules. Pueden distinguirse los pueblos en las ensenadas, las rocas cortadas a pico y los bosquecillos de vegetación verde umbrío. La isla ilesa, en esa temporada, cae en manos de los animales, de los ancianos, de las raíces y de las semillas. Francesca no miraba hacia allí.

Se estaba convenciendo, quería convencerse. Se daba la vuelta cuando una furgoneta de fontaneros o de electricistas se le aproximaba para dedicarle un claxon, y sonreía.

Volvía el calor. En sordina, pero estaba volviendo. Podía incluso quitarse la chaqueta y quedarse con los hombros desnudos. Abril es realmente el mes más cruel.

Antes de entrar, se arregló el pelo ante el reflejo del escaparate. Un mechón no quería saber nada de quedarse quieto detrás de la oreja. La cabaña de madera, el olor a madera mojada. Prefería no pensar en ello. Francesca siguió peinándose delante del escaparate del bar, con el sol del mediodía cayendo a plomo y cosas muertas que se desenterraban por sí solas. Debía ser nuestra casa... A sus espaldas, la calle se iba hinchando de gases y de cláxones. Un recuerdo es una mierda muerta. Quería entrar,

pero seguía en el umbral. La tierra tibia sobre la espalda y la humedad de la hierba, se acordaba aunque no quisiera. *Es algo imposible de vivir*, había dicho Anna aquel día. *Es algo que va contra todo mi futuro...* A tomar por culo.

Entró y fue examinada de pies a cabeza por la media docena de haraganes que ganduleaban en el hedor oscuro de los cigarrillos.

Aparentaba dieciocho años. Demostraba que no se podía seguir mirándola como antes.

El futuro no es un tiempo, es un egoísmo. No me importa una mierda el futuro ni el egoísmo de Anna.

Ayer hizo esa llamada, con la tarjeta metida en la cabina telefónica. Marcó el número escrito en el anuncio del periódico gratuito, y tragó saliva con fuerza cuando le contestaron.

La voz oculta detrás del auricular fue muy amable. Escuchó pacientemente sus datos, los detalles, las medidas hinchadas, noventa, sesenta, noventa. E incluso había aceptado acercarse a donde ella le decía, porque para ella suponía un problema ir a Follonica.

Francesca estaba sentada en un taburete cerca de la barra, dando golpecitos de tacón, con ritmo regular, en el suelo. Temía que el hombre no se presentara. No dejaba de mirar hacia la puerta y de vez en cuando echaba un vistazo a Aldo por debajo de las pestañas. Aldo era el típico dueño de bar de equívoca clientela, firmemente decidido a no hacer preguntas. Había una menor sentada en la barra, que estaba allí en vez de estar en clase, y por si fuera poco no había pedido nada.

No era la primera vez. Hacía ya tiempo que venía, a las horas más variadas, y charlaba con unos y con otros. Aldo la había visto, en ocasiones, entrar en el baño en compañía de hombres adultos.

Desde que su padre ya no podía pegarla. No era capaz ni de ir al baño él solo. Y no había un motivo fisiológico. Ninguna explicación lógica. La pequeña cabaña, ahora, después de este invierno, estará invadida por las ortigas y el barro...

Ahora tamborileaba con los dedos en el mármol de la barra. Miraba obstinadamente la puerta, contando hasta diez. Después volvía a empezar.

El hombre apareció.

Francesca se sobresaltó y se puso en pie, de forma que él pudiera verla perfectamente de cuerpo entero. Iba vestido de manera elegante, llevaba chaqueta y pantalón negros. En el rostro, bronceado artificialmente, exhibía un par de vistosas Ray-Ban.

Fue a su encuentro, le tendió la mano con gesto profesional y desenvuelto al mismo tiempo.

—¿Roberta? No, Francesca... Francesca, ¿verdad? —sonrió generosamente.

El hombre echó un vistazo al sórdido local y pidió un cóctel de fresa sin alcohol.

—Dos —añadió inmediatamente después.

El rostro de Francesca se tiñó de un sano rubor. Se le entreveían las bragas, pero no se daba cuenta. Tenía las piernas en posición indecorosa delante de un hombre adulto, y ni siquiera había hecho el amor aún.

—¿Y bien? —dijo el hombre al sentarse.

No tenía demasiado interés en entender —no formaba parte de su oficio— por qué una muchacha tan joven y guapa le había citado en un bar tan miserable.

—Discúlpame, no dispongo de mucho tiempo... Dime qué sabes hacer exactamente. O mejor —sonrió—, qué te gustaría hacer...

Francesca se descubrió azorada. Nunca se le habían dado demasiado bien las palabras y ahora la lengua se le trababa en el paladar, las manos le temblaban en el vaso. No es una buena señal, pensó el hombre. Francesca se corrigió muchas veces, una retahíla de «bueno, sí», «ya sabe», «en realidad», que duró un minuto y medio antes de empezar a decir algo.

—Sólo puedo trabajar por la noche —acertó a explicar al final.

El hombre se tomó ruidosamente, a través de la pajita, la mezcla de leche y fresa que Francesca no conseguía tragar.

—Eso no supone un problema —se secó la boca—. Todo lo contrario.

Quería decir algo, y se exprimía las meninges: algo que lo conquistara, algo gracias a lo que, más tarde, no le ofreciera un trabajo de camarera o de pinche. Era tan elegante, tan aseado. Quería ser salvada, recogida y adorada por aquel hombre, por un desconocido, por cualquiera.

—El Tartana es mi sueño —se le escapó de la boca.

La frase surgió vacía. Se mordió los labios y se avergonzó inmediatamente de haber soltado semejante gilipollez.

El hombre la inspeccionaba, la cacheaba desde detrás de sus lentes. Y ella, por lo menos, sabía que podía contar con su cuerpo.

—Me gustaría ser chica imagen —corrigió al tiro—, bailar como gogó, en el reservado. O bueno, donde usted quiera. Pero bailar.

Tenía cierta expresión en el rostro, de animalillo acosado. No le había tocado nunca un caso tan lamentable. Pero, la verdad, era bastante guapa.

—Eres mayor de edad, naturalmente...

Francesca asintió con la cabeza. Todo en ella era dócil y resbaladizo. Ninguna defensa, pensó el hombre. A ésta te la pillas, te la tiras contra la pared y al final encima te da las gracias.

—Eres muy mona —le dijo sin quitarse las gafas—, muy mona —con una voz aterciopelada y de papel de lija al mismo tiempo—. El Tartana, dices. Es un bonito local... Nos conoce todo el mundo en Italia, y en el extranjero también.

Francesca sonrió, cohibida.

—A decir verdad, no he estado nunca. Pero he visto fotos...

A una así se la metes por todas partes y te da las gracias agitando la cola. El hombre rió con los dientes blancos, dos ligeros bigotes de leche sobre los labios.

—El único problema que tengo es el coche, todavía no me he sacado el carné.

—Por eso no tienes que preocuparte. De esas cosas..., ya nos encargamos nosotros de todo.

Notable. Estaba buena más allá de toda expectativa. Bonitas piernas, bonito culo. Sólo los pechos, si acaso, un poco pequeños. Pero ese detalle podía dejarse a un lado por el momento. Una chica italiana, menor de edad, evidentemente, es algo que puedes embarcar en los yates de Punta Ala, para sacarte quinientas mil cada vez, con los peces gordos, en las fiestorras, en los barcos de la gente influyente.

El hombre dejó el vaso y se quitó las gafas oscuras para mirarle mejor la cara. Tenía dos hinchazones debajo de los ojos, dos bolsas tumefactas.

—El caso es que tengo un montón de chicas en el Tartana, no puedo contratar a más. Espero que lo comprendas —esbozó una sonrisa bastarda.

Francesca vaciló sobre el taburete. Se esforzó por contener el coágulo fangoso que se notaba en la boca del estómago.

—Pero tengo otro local, también en Follonica...

Se entregó por entero a aquella frase. No habría sabido decir por qué le importaba tanto aquel trabajo que no sabía siquiera lo que era. Ni ella misma era capaz de leer en su propio interior, el grumo de deseos indescifrables que la retenía allí, aferrada a la barra. El hombre con chaqueta y corbata, por lo demás, estaba pensando en cosas muy distintas. Pensaba que una así hasta querrá que la beses mientras se la metes.

—Es un local muy bonito, créeme, muy conocido... Más que el Tartana —la chica se estaba derrumbando literalmente a sus pies—. Viene gente influyente, tú ya me entiendes, gente de la que aparece todas las semanas en la prensa del corazón, pero en las revistas buenas, no te vayas a pensar...

—Me gustaría —resplandeció Francesca—, me gustaría trabajar en la tele algún día...

—¡Naturalmente! —dijo el hombre levantándose—. El camino es largo, pero tienes que tener fe y yo te aseguro que te echaré una mano... Eres muy mona, ¿cómo has dicho que te llamas? Francesca... —era evidente que el hombre estaba pensando en otras cosas—, eres maravillosa, Francesca. A mis locales, recuerda, sólo viene gente influyente. Permitimos la entrada sólo con chaqueta y corbata. Gente de Milán, de Roma, un montón de agentes de la televisión... y los conozco a todos personalmente.

Se había levantado del taburete y la invitaba con una mano a levantarse.

La examinó por última vez:

—Podrían fijarse en ti.

Francesca esbozó la mejor de sus sonrisas, hermosa y virgen.

—Entonces ¿eso es que sí?

El hombre sacó una gruesa cartera de cocodrilo y pagó con un billete de cien mil liras.

—Te haré una prueba —se puso otra vez las gafas, terminó de horadarla a través de los cristales oscuros—. La próxima semana. Ya te llamamos nosotros, Francesca. Francesca ¿qué más?

—Morganti.

—Bien, Francesca Morganti, me gustas, tienes talento. Yo estas cosas las siento a flor de piel. Haremos grandes cosas, tú y yo. Pero tenemos que verte bailar, antes. Ver cómo te manejas *en general*. ¿Me das tu número de teléfono?

Francesca titubeó. El número de casa. Peor que darle un par de bragas sucias.

—Perfecto, estupendo. Eres estupenda. Recuerda que el aprendizaje es largo, pero al final ya verás como llegas... Serás la azafata rubia de algún programa de éxito.

Antes de que desapareciera detrás del reflejo de los cristales, Francesca lo llamó tímidamente.

—Perdone, ¿cómo ha dicho que se llama ese local?

No lo había dicho.

El hombre se volvió por última vez, antes de desaparecer en el interior de un negrísimo Mercedes SLK.

—Gilda. Se llama Gilda.

34.

El césped de delante del liceo estaba respunteado de margaritas, el seto de adelfas había florecido, y también los dos abedules torcidos bajo la ventana de la clase se habían llenado de flores. Le ponía de buen humor mirarlos. Lisa tomaba nota de que la primavera había estallado, y eso le infundía valor.

Esa mañana Anna no había venido a clase en escúter. Tal vez fuera ésa la ocasión. La había visto, por la ventanilla del autobús, andando por la cuesta de Montemazzano. Con su cabeza rizada henchida de sol y la enorme mochila a hombros.

Mientras la profe les explicaba la *consecutio temporum*, sin que nadie la escuchara, Lisa había tomado su decisión. Una decisión irrevocable.

En cuanto sonó el timbre del recreo, se aclaró la voz varias veces. Después salió al patio. Anna estaba allí, absorta en tontear con los tíos. Aguardó el momento oportuno. La observó largo rato coqueteando en el centro de un grupillo cimbreño, con las bragas asomando de los pantalones, y pensó que era realmente insoportable cuando se ponía en plan idiota. Con todo, no dio su brazo a torcer. Cuando la vio separarse de la pandilla para encenderse un cigarrillo, se dijo: uno, dos, tres... Y se le plantó delante.

Tenía un montón de discursos preparados en su cabeza, hasta se los había escrito en el cuaderno durante la clase, pero después, al verla a un palmo de su nariz, ceñuda e irritada, se le olvidaron todos los preliminares y rodeos. Le preguntó de sopetón:

—¿Volvemos luego juntas a casa?

Anna, en un primer momento, aguzó la cara pecosa con una expresión de sorpresa. No se esperaba de ninguna manera una propuesta como ésa de la pringada de Lisa. La jorobada, la ballena, la del aparato en los dientes. Sin pensárselo, contestó:

—De acuerdo —lo dijo como si no esperara otra cosa.

De vuelta a clase, ambas se espiaban con el rabillo del ojo y cierto nerviosismo debajo de la piel.

Fue extraño reencontrarse a la una en la verja. Siempre habían estado juntas en clase, se habían escuchado siempre cuando les preguntaban, esperando que la otra quedara como el betún. Habían hecho falta nueve años para poder llegar a sonreírse tímidamente fuera de clase.

Lisa sonreía tras su aparato, con sus finos cabellos recogidos en una cola escasa detrás de la nuca. Anna, vaporosa, iba a su encuentro. Aturdida, aunque en cierto modo también curiosa, entre el ir y venir de ciclomotores, novios y padres a la espera, concentrados en reconocer en la muchedumbre de los estudiantes a sus amores.

Se encaminaron juntas por la cuesta panorámica de Montemazzano. La luz clara

purificaba el mar, las colinas e incluso la fábrica, inyectando un anticipo del verano. Caminaban una al lado de la otra, la rechoncha y la estilizada, a buen paso. La isla de Elba imposible y radiante, quieta en la línea del horizonte.

Anna permanecía en silencio, a la espera. Lisa se mostraba indecisa sobre cómo empezar.

Hacia abajo se extendían kilómetros de cemento armado, los barrios obreros de Salivoli y Diaccioni, soviéticos, cuadriculados, que bullían de personas asomadas a las ventanas, de puntitos de mujeres que tendían la ropa en el tejado y, en medio, el centro comercial COOP.

Anna observaba desde lo alto todo aquello.

—¿A ti cómo te ha salido el examen?

Lisa le había dado muchas vueltas y al final había optado por el examen de historia sobre las Guerras Púnicas. Un arranque neutro, en sordina.

—Creo que bien —contestó Anna—. Sabía incluso con cuántos elefantes partió Aníbal de España... —rió—: ¡Treinta y siete!

Ni una sola vocal hostil en su voz. Lisa podía continuar.

—Todos dicen que Mazzanti mola... Yo creo que es un mamón patentado.

Anna se volvió a mirarla, divertida:

—¡Eso creo yo también! Como cuando nos hace comentar los artículos sobre Berlusconi y dice: «Y bien, ¿qué es lo que pensáis?». ¡Qué quieres que piense, gilipollas! Háblanos mejor de Escipión el Africano, porque si no, nos retrasamos con el programa.

Habían aminorado el paso. Se intercambiaron una mirada alegre. Después volvieron a mirar las siluetas de las colmenas de viviendas populares, y las de Via Stalingrado, más altas que ninguna.

—¿Y tú quieres ir después a la universidad?

Anna se volvió con ojos brillantes y vivos.

—Creo que sí. Y quiero irme lejos... A Turín, a Milán. Irme a vivir a mil kilómetros de aquí.

—Yo también —dijo de inmediato Lisa—. No veo la hora.

Mientras bajaban por la carretera panorámica, de vez en cuando un coche tocaba el claxon aminorando la marcha y Anna era la única que se giraba. Lisa la observaba admirada por debajo de las pestañas. Era bonito volver a casa con ella.

—¿Y tú qué quieres ser de mayor?

Lisa, vergonzosa, gesticulante, puso unas cuantas caras cómicas.

—Me gustan las poesías, las novelas... ¡De mayor, me gustaría ser una gran escritora!

Anna abrió mucho los ojos.

—¡Pero si eso no es un trabajo! ¿Y qué escribirás?

El rostro de Lisa se iluminó por unos instantes. A pesar de los granos, del aparato, de los labios agrietados, de las cejas tupidas y unidas en el centro, casi parecía hermosa.

—Ya la sé, ya sé la historia. Hasta la he empezado... Pero es un secreto que no te puedo contar.

Cuando llegaron al cruce con Villa Marina, se detuvieron en el semáforo dentro de un nido de silencio cristalino. Aguardaban a que el rojo se pusiera verde.

Anna dijo:

—Yo, en cambio... No sé bien lo que quiero hacer, pero quiero hacer cosas importantes. Arquitectura quizá, así puedo diseñar edificios bonitos, de esos con jardines colgantes y balcones con miradores... Quién sabe si cuando derriben los nuestros, yo construiré los nuevos...

—¡Ojalá! —exclamó Lisa.

Cruzaron la calle.

—O tal vez me matricule en Económicas y acabe siendo ministra de Trabajo — Anna era un río en crecida—. Mamá dice que se están llevando todas las fábricas, a Tailandia, a Polonia... Y que aquí vamos a quedarnos con el culo al aire. Pues eso, yo me convierto en ministro de Trabajo o de... ¿cómo se dice?, ¿Bienestar Social? Así impido todas esas cosas.

—Yo —repitió Lisa— quiero contar una historia.

Era divertido. A veces hace falta un terremoto, un cataclismo. Como cuando durante un eclipse de sol todo se subvierte, y los animales huyen, la naturaleza enloquece. Los elementos extraños entablan amistad.

Al llegar frente a la COOP, atestada de gente con carritos y bolsas de la compra, Anna tuvo un arranque sorprendente. De improviso, tomó a Lisa del brazo, giró en un lateral en vez de seguir recto y dijo:

—Ven, quiero enseñarte una cosa...

Lisa no tenía ni idea de adónde la estaba llevando Anna, pero se dejaba llevar, curiosa y casi feliz. Porque la temperatura había aumentado, se habían quitado las cazadoras y a su alrededor había una multitud de madres con niños de la mano, clases en filas de a dos que salían del jardín de infancia.

Anna se detuvo delante de un seto, conteniendo la respiración.

—Por aquí —dijo. Y se metió por una hendidura del verde. Las hojas lisas y olorosas de laurel, multiplicadas entre las ramas en desorden. Lisa la siguió, para aparecer asombrada en un minúsculo parque infantil con dos árboles en el centro, un tobogán, una plataforma giratoria y dos columpios herrumbrosos.

Anna rompió a reír, feliz.

—¡Ves, puedes cambiar todo lo que quieras, puede suceder cualquier cosa, pero aquí no cambiaré nunca nada! —dejó caer la mochila en la hierba—. Este sitio

siempre se quedará como está.

Lisa observaba a su alrededor, el rectángulo verde oculto en el corazón de cemento armado. No podía comprender, era obvio, no podía imaginarse nada. Una cosa pequeña y tierna, un puñado de puntitos amarillos entre la hierba que les llegaba a las rodillas.

Se sentaron juntas en un banco. Lisa esperaba que Anna le desvelara en ese momento el misterio de aquel lugar abandonado que no tenía absolutamente nada de especial, pero ésta se encendió un cigarrillo y quedó como en suspenso.

—Está todo igual, te lo juro —dijo en voz baja.

Era como si Francesca estuviera tumbada allí, sobre el césped agreste con los rompezaragüelles. Como si ése fuera el color de su piel, el sol caía en medio, entre las atracciones que chirriaban a cada ráfaga. Francesca había permanecido ilesa e intacta en aquel lugar que ahora provocaba las risas de Anna, y Lisa no entendía qué estaba ocurriendo, porque no estaba ocurriendo nada.

—¡Ésa es la cabaña! —Anna se la indicó con un brazo y el dedo índice, una suerte de entusiasmo en la voz, como si estuviera en un partido—. ¡Hay un hormiguero dentro! No tienes ni idea del tiempo que he pasado ahí escondida...

Francesca se asomaba desde ese nido que olía a madera.

—Así que quieres llegar a ministra... —Lisa retomó la conversación interrumpida, porque se sentía fuera de lugar y no sabía cómo comportarse.

—Sí —asintió la otra, decidida—: Ministra, diputada, legisladora.

—¿Y quieres salvar la fábrica de Piombino?

—¡Todo, quiero salvarlo todo! ¡Este parque también, incluso la Lucchini!

Lisa hubiera querido decirle muchas cosas. Que Donata estaba fatal, que ya no era amiga de Francesca. Pero en esos momentos, con ella en el banco, se sentía bien.

No había necesidad de nombrarla. Anna la reconocía entre los matorrales, sentada en la plataforma giratoria. La cosa rubia. La cosa más bonita.

—¿Y de qué va tu historia? —le dio un ligero empujón—. Ahora tienes que decírmelo. ¡Si te he traído aquí, tienes que decírmelo a la fuerza!

Lisa bajó la mirada.

El retraso que llevaban era monstruoso, y en sus casas había dos madres furiosas con la pasta hervida desde hacía un buen rato.

—Habla de una amistad —susurró Lisa—. Una amistad entre dos chicas, una rubia y otra morena, que en determinado momento se pelean.

Anna cambió de expresión.

—Pero después se reconcilian —se apresuró a añadir—, al final se reconcilian y descubren...

—No me lo digas —dijo Anna, poniéndose de pie y cogiendo la mochila—. Te prometo que me lo leo, cuando lo hayas acabado.

—¡Pero quién sabe cuándo lo acabaré! —se sonrojó Lisa—. Si sólo he escrito el principio... Lo acabaré en la universidad...

—Entonces iremos juntas —sonrió Anna— a la universidad. Pero ahora mueve el culo, que si no mi madre se cabrea.

En efecto, cuando Anna llegó por fin, su madre estaba cabreada y la pasta, fría.

Su hermano ya estaba cómodamente instalado, con los pies sobre la silla de enfrente, y cambiaba una y otra vez de canal.

Sandra repartió la pasta y llevó los platos a la mesa.

—A' —le dijo Alessio masticando—, que sepas que Francesca está pero que muy mal... —se tomaba los macarrones de un bocado y mientras tanto hablaba—. Me he enterado de ciertas cosas que, si son verdad, ¡leches! Corren rumores verdaderamente graves, yo no sé... —levantó la cabeza del plato—, pero creo que tendrías que ir a hablar con ella.

Anna se había quedado con el tenedor en la mano. No probaba bocado.

Sandra escuchaba en silencio, pensaba en Rosa, en cómo había levantado la cresta el otro día... ¡Ni que ella fuera un ejemplo!

—A' —prosiguió Alessio—, la vi el otro día en el bar de Aldo... No quería decírtelo pero, te lo juro, iba vestida como una furcia.

Su mejor amiga. Una furcia. Anna tenía el estómago muy pero que muy pequeño, totalmente encogido sobre sí mismo.

—Créeme —dijo Alessio—, es mejor que hables con ella... —después se acabó de un trago la lata de Coca-Cola y eructó como si nada—. Se ha vuelto una auténtica furcia.

Anna sintió que se sonrojaba de golpe, lo hubiera matado en ese mismo instante.

—¡Pues mira —gritó furiosa—, visto que de tus propios asuntos no te ocupas, voy a decírtelo yo y luego vemos! Que hace dos semanas, ¿cuándo fue?, el pasado sábado... ¡Vi a papá en la Piazza Costituzione!

Sandra empalideció de repente.

Alessio se puso verde.

—¡Sí, vi a papá! —Anna se había levantado de la mesa en el culmen de su exasperación—. ¡Llevaba una botella de champán en la mano! Y a ver si así aprendes a ocuparte de tus propios asuntos, subnormal, que tú a Francesca ni la nombras.

Anna desapareció en su habitación dando un portazo. Se echó sobre la cama a llorar, mientras en la cocina se desencadenaba el fin del mundo. Su Francesca vestida de furcia... ¡No era verdad! Enrico no era humano.

Enrico era el único hombre en el mundo que no tenía un hombre dentro.

Al acabar el turno estaba mugriento, el hombre negro que asusta a los niños. Se metió en las duchas, donde había viejos y adolescentes desnudos unos junto a otros. Tuvo que cepillarse el polvillo de la piel con la esponja exfoliante que usaban las mujeres. Esta mierda se te hinca hasta el fondo, no se consigue entender cómo te entra hasta en los calzoncillos.

Se peinó con cuidado antes de salir. Intercambió algunas palabras con los demás sobre la avalancha de despidos. Dos o tres blasfemias al ponerse los calcetines, aunque entre risas, en el vestuario de la fábrica que había permanecido igual desde los años setenta: las puertas de las taquillas que se caían a pedazos y los grifos que perdían agua.

Fuera hacía un magnífico día de mayo.

A las dos de la tarde, la temperatura superaba ya los treinta grados. Había empezado la temporada: las orillas limpias de algas casi en todas partes, las instalaciones de la playa abiertas en las costas frecuentadas por los turistas. Habían vuelto a aparecer las sombrillas, las tumbonas y los fulanos que gritaban en bermudas: «¡Al rico coco, al rico cooco!».

Alessio estaba fichando a la salida, se despedía cordialmente de la anciana mujer de la garita. No se dio cuenta de que lo seguían. Saltó la barrera de acceso para los medios de transporte industrial. Los turistas nunca le habían gustado.

Caminaba entre capós candentes en el aparcamiento semidesierto bajo el sol ardiente. El estruendo de la fábrica se cernía por doquier y no podía distinguir los pasos de la persona que lo estaba siguiendo. Un taconeo nítido sobre el asfalto hirviendo.

Abrió la puerta del Golf GT, que relucía como un espejo. Echó en la parte de atrás la mochilita con el gel de baño y el mono untuoso arrebujaado. Oyó las voces de algunos compañeros que se despedían:

—¡Adiós, so mierda!

Pero se le habían caído las llaves debajo del asiento y había tenido que encorvarse para cogerlas.

—¿Qué haces en la posición del perrito? ¡Menudo sarasa!

Después oyó un «hola» en un tono muy distinto.

Levantó la vista. La vio a través del parabrisas. Sonreía educadamente, ceñida en su traje de chaqueta negro. Con esa ropa encima, fuera del radio de acción del aire acondicionado, Alessio adivinó que debía de estar muriéndose de calor.

Salió a cámara lenta del habitáculo (Nada de bromas, le dice Tom a Jerry, date la vuelta lentamente y pon las manos encima de la cabeza). Se había activado en sus piernas un hormigueo instantáneo, al estilo del perro de Pavlov. Coge a Alessio,

ponle delante de Elena y puedes estar seguro de que, sea lo que sea lo que se le pase por la cabeza, sentirá un hormigueo en sus piernas, la salivación alterada, el latido cardíaco acelerado, y maldecirá en su interior todo aquello.

—¿Puedo robarte cinco minutos?

La miró con desconfianza. Aquel tono suyo tan formal de los últimos tiempos, las raras veces que se cruzaban en el aparcamiento, conseguía indisponerlo siempre. Tenía minúsculas gotas de sudor en su frente, el maquillaje parcialmente corrido en las comisuras de la nariz y de la boca. Estaba guapa de todas formas, no había duda. Maneras de «alto ejecutivo» aparte.

—¿Te estás yendo a casa? ¿Tienes algo que hacer? —Elena no aguardó la respuesta—. Tengo que hablarte, Ale, es urgente.

Ale. Qué impresión oír cómo ella le llamaba con la abreviatura de su nombre, con su nombre confidencial.

—Dime.

—Hombre, mejor si nos apartamos...

Se refugiaron en una franja de sombra misérrima bajo el muro de entrada, LUCCHINI S. A. PIOMBINO con caracteres cubitales, negro sobre blanco. Alessio dejó el coche abierto, con la cartera y el móvil dentro bien a la vista. Elena, entretanto, se estaba desabrochando los botones de la chaqueta y con una evidente sensación de alivio se quedaba sólo con la blusa semitransparente.

Se pusieron uno delante del otro. El encaje del sujetador le picoteaba la tela de la camisa, haciendo visible en sus contornos las formas conocidas, recordadas, de regreso en su plena evidencia. Alessio apartó la mirada.

—Se trata de los despidos. Los trescientos cincuenta que hemos mandado a casa con el seguro de desempleo no volverán a ser contratados, y tenemos que despedir a más gente. Nuestros socios rusos nos están poniendo condiciones muy gravosas. Tienen intención de diversificar los productos, de deslocalizar parte de la producción en el Este, una parte considerable, tengo que decir... Y nosotros no podemos impedirlo.

Hablar con ella de producción y de despidos. Algo nuevo que le causaba un profundo fastidio.

—Italia es cara. Ya lo sabes: coste de la mano de obra, coste del transporte y de los materiales...

—Vale —Alessio empezó a jugar con el llavero—, ¿y a mí qué?

A Elena se le cambió la cara.

—A ti, Alessio —ya se le estaba ahuecando de nuevo la voz—, debería interesarte, ya lo creo —la maestrilla, la ejecutiva-maestrilla—, porque desde luego no estoy atendiendo a mi propio interés, ni mucho menos a mi deber, al desvelarte las futuras maniobras de la empresa.

—¡Mil gracias! —exclamó con esa cara tan odiosa que sabía poner y que hacía que a ella se la llevaran los demonios—. ¡Las maniobras de la empresa, pollas en vinagre!

A Elena no le hizo ninguna gracia. Lo miró de manera aviesa, nerviosa e impaciente. Pero debido a lo rígido de su postura, ceñida en su blusa, en la falda que le llegaba hasta las rodillas y le fajaba los muslos y las caderas, y además con todo lo que llevaba en brazos, la chaqueta, las carpetas, los expedientes, el maletín, sólo podía enarcar las cejas y resoplar cuando algo le molestaba.

—Ale —dijo, esforzándose sin éxito por parecer comprensiva—, aquí se trata de tu futuro, no del mío. Quiero hablarte claramente. Necesito saber si estás realmente decidido a seguir con nosotros, en nuestra empresa... —su empresa, nada menos—: Dicho con otras palabras, y hablando en plata... ¿Vas a seguir con nosotros hasta la jubilación o bien tienes intención de buscarte algún otro empleo?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque es importante. Porque soy yo quien se encarga de las contrataciones y de los despidos, y puedo decidir bajo qué epígrafe colocarte. Borrar tu nombre de una lista, escribirlo en otra, *you understand?*

Los condenados y los salvados. Hasta se permitía bromear. Qué mujer tan poderosa, chicos... ¡Atención! La lista en la que meter mi nombre, borrarlo, reescribirlo. Lo decide ella, ¿entendido? Era mejor si se casaba con el sapo del banco.

—¿Un paraíso como éste? ¿Y quién va a querer dejarlo? —Alessio soltó una carcajada amarga. Refulgía de hostilidad pura, de puro cabreo—. Veo que te has instalado bien, en *the paradise*...

Elena encajó la andanada, y siguió adelante:

—Tu nombre está en la lista de los próximos que se acogerán al seguro de desempleo. Sólo quiero ayudarte.

Seguro de desempleo. Ayudarte.

—Óyeme, Elena, hablemos claro. Yo tus favores no los quiero. No me hacen ninguna falta.

Ella se mordió los labios:

—¿Es que he sido descortés? Si te he ofendido, te pido disculpas. No era mi intención...

—¿Y cómo es eso? ¿Me salvas a mí y pones en mi lugar a otro mamón sólo porque no lo conoces, uno que tal vez tenga hijos?

Se estaba alterando. Era claro como el sol que se estaba alterando y que ella tendría que contar hasta cien, no hasta tres, antes de hablar.

—He sabido lo de tu padre... —soltó de repente—. Sé que tu sueldo es importante ahora para la familia, y he pensado...

—¿Que has pensadoooo? Pero ¿qué cojones has pensado? —rugió Alessio—. Tú

no tienes que pensar una mierda, ¿entendido? ¡Pero qué valor tienes, so cabrona! ¿Mi padre? —estaba como loco—, ¿qué tiene que ver mi padre con todo esto? ¡¿Dime qué cojones tiene que ver mi padre conmigo?! ¡So puta!

Elena cerró los ojos: Dios mío, lo que he dicho, Dios mío, lo que he hecho.

—No me has entendido, Ale... —intentó decir—. Perdóname.

Pero él tenía la cara de un rojo fuego. Habría podido lanzarse de un momento a otro contra una señal de tráfico, contra los contenedores de la basura o contra un coche aparcado, cualquier cosa, y hacerla pedazos: ella conocía bien a Alessio. Entonces se le aproximó para cogerle las manos, intentando calmarlo, como había hecho millones de veces hasta cuatro años antes.

—Déjame en paz —gruñó, herido, soltándose.

—Me he expresado mal, te lo juro —se llevó una mano a la boca, y después, con un hilo de voz, dijo—: Sólo quería ayudarte...

—Pues yo no quiero que me ayudes, ¡cojones! —le gritó furioso a la cara, desmejorada por el bochorno y el susto. Después se calló.

Se dio la vuelta.

—Hasta luego —e hizo ademán de marcharse.

Elena lo retuvo. Le sujetó el codo con la mano, se lo apretó fuerte. Y él sintió la presión de aquella mano en todo el cuerpo. No se movió.

—El puesto molón se te ha subido a la cabeza —dijo.

Elena dio un paso adelante, hasta cubrir la decena de centímetros que los separaban, hasta poner sus contadores a cero para apretarse con la mejilla, el pecho, la tripa contra la espalda fuerte de él.

Fue un gesto espontáneo, que a los dos los puso rígidos.

—El puesto molón no te autoriza a tratar a los demás como miserables. Tú no sabes una mierda, que no se te olvide.

Instantes de incredulidad por verse así al cabo de los años, en plena discusión, en plena conciencia de que eran definitivamente dos extraños impermeables, inaccesibles el uno para la otra y con una pared de bilis en medio.

El contacto era hermoso y cálido. Sentía el corazón de ella laténdole contra la espalda. Sentía la agitación y el temblor, y toda la presencia de ella insinuarse debajo de la piel, irse de paseo por la circulación sanguínea.

—Por favor —le dijo.

Sin soltarlo, le obligó a darse la vuelta y a mirarla.

—Has cambiado mucho, te has convertido en una de esas que se dan mucho pisto.

—Por favor —le sujetaba las manos y él se lo permitía—, es tan difícil hablar contigo... No sabía cómo abordarte, así que me he equivocado. Cuando hoy he visto tu nombre en esa lista, me he asustado. Créeme, me ha entrado una taquicardia... Y te aseguro que he pensado en todo, en ese momento, excepto en mi puesto molón.

Alessio se separó al cabo de un segundo de aquel abrazo absurdo.

—Vale, Elena —dijo con el tono más neutral que pudo—, haz lo que quieras, haz lo que consiga que te sientas mejor con tu conciencia. Ahora tengo que marcharme —se volvió hacia su coche—. Que pases un buen día —y echó a andar.

—¡Espera!

Alessio avanzaba rápidamente hacia el Golf GT, y ella le seguía incrédula. Seguían cayéndosele hojas de los expedientes, revoloteaban por todas partes, y ella dejaba que cayeran y revolotearan.

—No quiero que nos despidamos así —puso una mano sobre el capó con decisión—. Espera un momento. No quiero que esto acabe así, después de todos estos años...

Alessio abrió la puerta, comprobó que la cartera y el móvil estaban en su sitio.

—¿Puedo invitarte a comer? —le estaba suplicando—. Comamos juntos, por favor, hablemos un rato...

¿Hablemos un rato? ¿Qué era eso, un anuncio institucional para promover el diálogo entre padres e hijos, el estribillo de una canción melódica? Elena estaba soltando trivialidades inmensas en un tono implorante que resultaba ridículo. Se daba cuenta y se avergonzaba a muerte. Y, pese a todo, no cedía.

—Son los hombres los que invitan a comer a las mujeres, en mi pueblo —gruñó Alessio.

La ventanilla estaba bajada y él la subió. Acabar de inmediato con esa escena patética, sellarla herméticamente desde fuera. Rehuía mirarla a la cara.

—¡Entonces, invítame a comer tú!

Se había pegado a la carrocería, en ese momento estaba gritando a la ventanilla que se levantaba.

—Nos hemos entendido mal, Ale, te lo ruego. No te vayas. ¡No podemos acabar así!

Puso el motor en marcha. Pum: neto e incisivo. La llave de contacto girada, embrague, acelerador. Metió la segunda, la tercera y la cuarta en un radio de trescientos metros, emitió un estruendo tremendo que no era capaz sin embargo de expresar lo suficiente su rabia.

Esto no puede acabar así después de todos estos años. ¡Haberlo pensado antes, so zorra! Cabrona de mierda, que no eres otra cosa. ¡Con toda tu mierda de maletín, de blusa, vete a tomar por culo! Una limosna que me da, ella. Hijita de papá de mierda. Métete bien dentro por el culo tu limosna de mierda.

—¡Métetela bien dentro por el culoooo! —gritó, solo, dentro del habitáculo.

Elena se había quedado en medio del aparcamiento bajo el sol, sobre el asfalto ardiente. Se llevó una mano a la frente esforzándose por no gritar. Se había quedado clavada, con la mirada fija en el punto por donde el coche de Alessio había desaparecido. Los empleados que entraban y salían la miraban con curiosidad.

¡Putá, putá, putá! ¿Para qué cojones te ha servido tanto colegio?, ¿para convertirte en un globo hinchado? El poder de cambiar de epígrafe. Ella coge mi nombre y lo cambia, ¿entendido? Los del seguro de desempleo. Las operaciones del mercado. «Los rusos nos imponen condiciones muy gravosas», la imitó con voz de falsete, gritando.

—¡Que os jodan a todos, subnormales!

Frenó de repente en el cruce. El automovilista que iba detrás de él se vio obligado a dar un volantazo, y no se le echó encima por muy poco. Alessio miró el semáforo en ámbar durante una fracción de segundo, justo el tiempo que tardó en ponerse rojo. Después, cuando se puso rojo, arrancó e hizo un cambio de sentido en medio del tráfico.

Alessio desencadenó un infierno delante del bar Elba, azuzando las iras más hondas de los automovilistas, obligados a frenar de golpe, a chocar contra una farola, contra una señal de tráfico. Cláxones enloquecidos y gente que salía del bar a ver qué ocurría.

Enfiló por la calle en dirección prohibida, volvió sobre sus pasos, entró a toda velocidad en el aparcamiento donde Elena se había quedado inmóvil con su traje de chaqueta Gucci, el maletín abierto y el rostro de virgen posmoderna, como una escultura de Cattelan^[10].

—Vamos, monta —le dijo, abriendo la puerta.

Una virgen desfigurada, disfrazada de alta ejecutiva, exactamente como en la Bienal de Venecia.

—Monta, que tengo hambre.

Se estaba haciendo el duro con una mano en el volante y la otra en el cambio, sin mirarte y pisando el acelerador para hacer que notaras la rabia del motor. Elena se dejó caer en el asiento, se hizo una carrera en la media y Alessio arrancó antes de que ella pudiera cerrar la puerta. El aparcamiento, con una ráfaga, se llenó de formularios de despido.

Ahora estaban mudos y sentados, dentro del habitáculo que olía a ambientador.

A la salida del aparcamiento, Alessio tiró del freno de mano, como en los viejos tiempos. El coche giró sobre sí mismo y Elena no pudo evitar una sonrisa, inconsciente, afirmativa. Afirmativa ¿de qué? No lo sabía, no quería saberlo, mientras se ponía a toda prisa el cinturón porque él le daba como un toro en una cacharrería, lanzándose por las calles, en las curvas, en medio de los cruces atestados de tráfico.

Estaban arriesgándose a un choque cada veinte metros y a bastante más. Alessio conducía y no la miraba. Tampoco ella le miraba, pero tenía unas ganas locas de echarle los brazos al cuello. Un desquiciado deseo de mandarlo todo a tomar por culo. Llevaba una carrera en la media, el maquillaje corrido, la blusa desabotonada. ¡Qué más le daba! Él la tenía a ella a su lado mientras conducía, podía incluso

estrellarse contra algo.

La ciudad, las casas, las tiendas, los quioscos, los balcones, madres con cochecitos, viejos con perros, niños, colegios a la salida de las clases: el mundo zigzagueaba contra las ventanillas, rebotaba de un cristal a otro, del parabrisas al espejo retrovisor. Todo un follón. Alessio giraba derrapando con las ruedas posteriores, y Piombino se convertía en Guernica.

Elena contenía la respiración, pero sólo porque se estaba divirtiendo como una loca. Alessio sabía que ella estaba sonriendo en el asiento del pasajero. Que era *ella*, el pasajero.

El corazón hacía lo que quería, los pulmones también, los músculos de las piernas se habían ido a tomar por culo. ¿Cuánto duraría? ¿Un cuarto de hora, media hora, una tarde entera? No importa. El tiempo está fuera de las puertas del coche, el beneficio, el capitalismo, los calderos. Pasado, futuro, adiós.

—¿A qué hora tengo que volver a traerte?

—Hoy libro.

Alessio se volvió a mirarla.

Se miraron sonriendo de manera absolutamente cómplice mientras el sol iluminaba con todos sus rayos el habitáculo que olía a ambientador.

—Vamos a La Vecchia Marina —se atrevió a decir ella.

—¿Estás de broma? —le preguntó él.

—No, en absoluto.

Alessio accionó el cierre automático, lanzó una mirada de superioridad hacia el cartel blanco y rojo donde se indicaba, en caracteres grandes como una casa, que era una zona de tráfico limitado, después se concentró en ella...

Reinaba el silencio en la ciudad vieja. Un silencio de redes de pesca abandonadas en los muelles, fuentecillas entalladas en el mármol y pequeñas barcas de madera oscilantes. El barrio de La Rocchetta era el refugio antiguo de los pescadores y de las parejitas adolescentes el sábado por la tarde. En la Piazza Padella, una plaza del tamaño de un trastero, Alessio y Elena se habían besado por primera vez.

Entraron en el restaurante cuando la cocina estaba a punto de cerrar.

—Haremos una excepción —dijo el camarero.

A su alrededor, en las mesas vacías, quedaban restos de pan, servilletas arrebujadas y jarras con dos dedos de vino. Un hombre de unos sesenta años se estaba terminando su comida solo, cortando diligentemente algo con cuchillo y tenedor.

Tomaron asiento: no en la mesa donde él le pidió que se casaran, en otra... pero que también daba a la isla.

Elena tenía el pelo revuelto, y mordisqueaba un colín. Alessio aferró la carta y empezó a leer sin entender nada. No había ningún tema, ni uno siquiera en todo el inconmensurable reino de las conversaciones, del que pudieran hablar.

Pidieron dos platos de espaguetis con almejas y una botella de Greco di Tufo.

A ratos se miraban, a ratos miraban la silueta de la isla de Elba y cómo el sol la cubría de plata a esas horas. La tensión se iba diluyendo en el alcohol, el señor solitario dejaba en la mesa el vaso vacío del limoncello y se levantaba con la chaqueta en la mano.

Reinaba la paz ahora, en el restaurante vacío. Sentían la calma y la capitulación. Los camareros se estaban quitando los uniformes, la cocinera colgaba el delantal: la calma y la capitulación de las horas de la sobremesa, en un lugar del pasado que daba al mar.

En efecto, quedaba una cosa por decir. Pero ninguno de los dos la dijo.

Se levantaron casi al mismo tiempo. Alessio fue a pagar la cuenta. Elena quedó atrás sin atreverse a detenerlo.

Salieron y caminaron uno al lado del otro hacia el faro, el punto de mayor cercanía entre la isla de Elba y Piombino.

El Golf seguía estando allí, no se lo habían llevado. Pero había una multa perfectamente a la vista bajo el limpiaparabrisas.

La mujer que paseaba a su lado ahora, con traje de chaqueta negro y blusa de raso, era la responsable de personal de la Lucchini. El hombre que caminaba a su lado era un obrero metalúrgico especializado, con unos vaqueros anchos de los que le sobresalía el culo. Y sin embargo, sus nombres aún debían de estar grabados, en alguno de aquellos bancos.

Se asomaron a la balaustrada de granito. La plaza dedicada a Giovanni Bovio, insigne republicano, protagonista del proceso de unidad del país y consagrado al ideal de un mundo más justo, se había convertido con el tiempo en una terraza para enamorados.

Las olas rompían por tres lados. Parecía que uno podía tocarla, parecía que bastaba con alargar el brazo para aferrarla... Ilva.

El nombre secreto, se dijo Alessio en voz baja, el *significado*.

36.

Las luces se apagaron de repente.

—¡Chocho, chocho, chocho, chocho!

Al coro, propio de un estadio algo ronco, a la izquierda de la sala, le hizo eco uno a la derecha:

—¡Buenorra, buenorra, buenorra, buenorra, buenorra!

Los sentía agitarse desde detrás de la puerta. El ganado que presiona contra el redil. Les oía dar puñetazos sobre las mesas, golpear con las monedas en la barra. Uno, dos, tres... Contaba.

Tenía la oreja pegada a la puerta. Oyó un par de vasos rotos, un conato de pelea. Después la intervención del gorila, al estilo de Bud Spencer.

Al llegar a diez, se deslizó fuera del camerino, cruzó por las mesas de puntillas. Un desplazamiento de aire ligero, prestando atención para no tropezar.

Entró en la pista. El público, impaciente, distinguió su silueta en movimiento entre la oscuridad densa y hedionda. Empezaron a callarse. El tenue centelleo de su tanga bajo la luz de las pantallas encendidas de los móviles los hechizaba. Cesaron los coros.

Tomó sitio en el pedestal. Agarró con los brazos extendidos la barra metálica y se acurrucó en la posición de arranque.

Rhythm. Echó la cabeza hacia atrás. *Rhythm*. Abrió las piernas.

El reflector colocado en el centro del techo se encendió de repente, materializándola.

You can feel the, you can feel the... Empapada de luz blanca.

Amasadas, sudadas. Había más de doscientas personas. Emitieron un gruñido de sorpresa. Al cabo de un instante, estalló la música. *Rhythm is a dancer*. La canción.

Y ella estaba desnuda. Y la miraban.

Si hubiera sido el año anterior, si hubiera estado asomada a la ventana del baño en el cuarto piso del número siete, entonces Lisa la habría espiado desde detrás de la cortina con palpitaciones, y su tío habría interrumpido a propósito el desayuno.

Pero aquí estamos en un lugar muy distinto, hay obreros borrachos que baten palmas y destrozan vasos. Y es delante de estos hombres, ahora, cuando ella se realiza.

Gira con las piernas abiertas alrededor de la barra de acero, con tacones de aguja y tanga. Nada más.

Ella no es como las demás. Ella está viva. Da golpes secos con la pelvis suelta. No tiene riendas. El candor de una niña bajo las pestañas. Cuando eleva la pierna todo lo alto que puede, hasta tocarse la sien con el tobillo, entonces es realmente tu

hija estirándose sobre la alfombra mullida durante el ensayo de gimnasia artística.

Tirar del borde del tanga con el dedo índice. Se ve que tiene miedo a hacerlo. Sonríe azorada. Y es su azoramiento lo que asusta, es su gracia la que arrebató a los obreros de la Lucchini y de la Dalmine. Y es conmovedor ver a un abuelo con la boca abierta, la mano incierta en el vaso, porque ella, en sustancia, no sabe hacer bien su trabajo. Y tropieza en lo mejor, en el tanga.

Sujeta de la barra, se deja llevar en los giros mientras sus cabellos cuelgan suaves. Y llegan los aplausos. Ella está feliz, tiene todo el aspecto de una puta feliz. Restriega las nalgas en la barra, doblándose sobre sus rodillas. Una, dos, tres veces. Los obreros pierden la cabeza, se ponen en pie, sacan el dinero. Son sus momentos de asueto.

Se ve una furia en ella mientras baila. Se ven el empeño y la inseguridad del primer ensayo de danza. No puede evitar la risa, a veces, cuando se equivoca; es algo que en todo el mundo, en un espectáculo de *lap dance*, no verás hacer a nadie. Hay que llegar hasta aquí, a esta periferia de los cojones, en un agujero estancado del subsuelo, para ver cómo se mueve algo parecido, algo vivo que a veces se cae, se levanta de nuevo, que agita el culo de forma animal.

Ella misma lo sabe: ningún cazador de talentos televisivo la verá nunca. A sitios como éste no vienen. Es una madriguera. Aquí están los que se desloman ocho horas, y se lavan poco, y tienen una familia, un asco de casa. Una visual estratégica desde detrás de la cortina.

Le gusta que la miren. Pero no uno solamente. Conoce el estertor de detrás de la puerta, la mano que se mete en el bolsillo y se restriega el sexo. Sabe que ella es la causa. Sabe que de ella es la culpa. Pero aquí, en el escenario del Gilda, se divierte.

El tío de Lisa multiplicado por cien. El hombre oculto en el edificio de enfrente, detrás de la puerta... Ella no es como la *otra*. Ella no juega. Ella atrae a doscientas personas en el local cada viernes por la noche, y recolecta más dinero de las carteras repletas que todas las demás juntas.

La expresión vulgar en el rostro limpio de una colegiala. No es sólo eso. Es la perla en el tejido fangoso, baboso, del molusco.

You can feel it everywhere.

El hombre oculto. Esa cosa inconfesable que tiene la cara congestionada y se baja la cremallera. Todos se sentían inmensamente orgullosos, satisfechos, paternos. El gestor, el dueño, el asesor municipal de turismo. Y la multitud alucinada de los turistas, de los obreros metalúrgicos, de los jubilados a un paso de la fosa.

El primero se sube al escenario, rompiendo el hielo. Ella se inclina y le restriega las nalgas por la cara. Quiere la ficha. Él se la enfila. Se inclina de nuevo. Quiere otra. El viejo subnormal, acaso Gianfranco, acaso otro, ya no entiende nada. Mete ficha tras ficha en las bragas.

La caja tintinea. Estallan los aplausos. Es ella la reina indiscutible del Gilda.

Las piernas largas, vertiginosas. El busto delgado, anguloso. Ese rostro de diva del cine de los años treinta, enmarcado por una cascada vaporosa de oro. No hace falta un título universitario para entenderlo. El riachuelo de su olor, el movimiento adolescente del cuerpo que se agita contra la barra. El error, el sonrojo de la pequeña vecina maliciosa. Ella es universal.

La acompañan a las fiestas, a los yates anclados en Punta Ala. Le compran vestidos refinados para que reluzca, para que no se desvele de dónde viene. Perdió la virginidad con su empleador en un motel una tarde de abril, y ella permaneció impassible debajo de él, con los ojos muy abiertos mirando al techo.

Pero en el escenario es otra cosa. La canción la llena. *Rhythm is a dancer* es su triunfo. El cosquilleo la arquea, la encarna y ella menea la cola. Mírala. Está riéndose. Está cabalgando y cantando a plena voz. *Ooh, it's a passion*.

Mira cómo juega... como cualquier otra adolescente que baila delante del espejo e imita a Britney Spears y se desnuda encerrada en el baño.

Cuando la exhibición estaba a medias, entró Cristiano.

Avanzó entre la oscuridad y la confusión, con los ojos irritados por el humo. No veía un pimiento.

Alcanzó a tientas la primera fila, donde estaba Gianfranco, tras haber chocado con cinco o seis mesas. Se le había derramado casi todo el negroni del vaso.

—Eh, alfeñique —rió su jefe cuando advirtió su presencia.

Cristiano se estaba sentando. Había otros seis o siete obreros de su empresa, borrachos como chavales. Y él estaba lúcido, qué cojones. Había tenido que dar saltos mortales para escabullirse de la cama de Jennifer sin despertarla. Y pedirle prestado el Golf a Alessio no había resultado fácil.

—Esta tía es la bomba —le dijo el jefe, señalándola.

Cristiano le echó una ojeada distraída, seguía pensando en el lugar donde había aparcado el coche, en si estaría prohibido o no. No podía permitir que la grúa se llevara el Golf de Alessio: sería un cataclismo.

—¡A ésta me la follo, me cago en la puta! ¡Me la tiro de pie! —gritaba Gianfranco fuera de sí, con la camisa de cuadros rosa y la misma tripa enorme del año pasado—. Porque tiene justo esa expresión que te está diciendo «fóllame», ¿verdad? Tiene exactamente esa carita, de perra sedienta...

Todos se rieron.

Cristiano no dejaba de rumiar, intentando acordarse exactamente de si en el sitio donde había dejado el coche de través estaba prohibido aparcar o no. La señal ¿estaba o no? Mientras tanto, entreveía, desenfocadas, un par de piernas que se agitaban con un ritmo poco habitual.

—Tiene clase —dijo alguien—, no sé de dónde la han sacado pero deja a todas las demás a la altura del betún.

—¡En cuanto nos descuidemos, la vemos en la televisión!

Cristiano levantó los ojos.

—Fíjate cómo le da... ¡Déjate de televisiones, a ésta la quiero ver en el Parlamento!

Observó el culo que se movía enfrente de él.

—¡Ministra, ministra!

Dos nalgas redondas, firmes y agitándose como era raro que se viera. Y una espalda maravillosa, una piel blanca y uniforme levemente encrespada a lo largo de la espina dorsal. La marea de los cabellos le caía ahora sobre un hombro, ahora sobre el otro.

Cristiano empezó a sonreír, como un idiota. Tenían razón. Ésa sí que sabía lo que se hacía, movía el cuerpo con un ritmo espectacular, y seguro que podía permanecer encima de ti a horcajadas, rápida y dura, hasta una hora entera.

Ella se dio la vuelta.

Giró el busto filiforme, las caderas acentuadas, el pecho pequeño y musculoso.

Su rostro.

Cristiano se quedó paralizado. Un arroyo de jugos gástricos le subió por el esófago. No era posible... Permaneció con el negroni en la boca sin valor para tragárselo. Sentía ganas de escupirlo, de escupirlo todo fuera. El sentimiento palmario del miedo.

—Francesca —balbuceó en voz baja.

Un hilillo de voz que nadie pudo escuchar.

—Fuimos a Milán el jueves pasado, para el mantenimiento —estaba diciendo Mattia, por hablar de algo—. Una fábrica más pequeña que la nuestra, pero en mejor estado. Y después nos fuimos a dar una vuelta al centro. Menudo follonazo... ¿Y a que no sabes lo que vi?

—¿El qué? —preguntó Anna sin mucho interés.

Estaba tumbada de espaldas, ni siquiera hizo el esfuerzo de levantar la cabeza.

—Había de todo, dentro de los locales. Anfetaminas, quetaminas, éxtasis, ¡un delirio de sustancias a precios absurdos! Un montonazo de gente, por las calles incluso... No como aquí, que todos se van a acostar a las once y media —Anna lo escuchaba y no lo escuchaba, atontada por el sol—. Y vaya, que en determinado momento llegamos a una gran plaza, con una iglesia en el centro, el campanario y todo lo demás. Había chicos tumbados en el suelo, gente con guitarras y los bongos a la una de la madrugada... ¿y qué veo? ¡Ni te lo imaginas!

—¿El qué? —bostezó Anna.

Mattia explotó:

—¡Dos tías que se besaban!

2 de junio, fiesta nacional de la República Italiana. La playa estaba infestada de niños y de familias rechonchas bajo las sombrillas. Había restos de lasaña en las fuentes de aluminio, y otros desechos, como corazones de manzana tirados en la arena. Todo el mundo estaba allí, todos los de Via Stalingrado.

Todos, excepto *una*.

Anna abrió mucho los ojos detrás de las gafas de sol, la pantalla nueva que le daba cierto aire de señorita. Poniéndose de costado, se quedó en suspenso mirándolo.

—¡Dos chicas, dos tías! —se exaltaba—. Tenías que haberlo visto, A', sentadas bajo una fuente, abrazadas al claro de luna... ¡dándose un muerdo con la lengua!

Se quedó quieta en esa posición, como si alguien la hubiera clavado allí. Le había entrado una absurda, injustificable taquicardia.

—Sólo allí pueden ocurrir cosas así. Están como cabras, te lo juro, parece Ámsterdam. Pero dos tías que se besan delante de todo el mundo... Eso sí que es fuerte.

La había buscado con la vista, de inmediato. Mientras bajaba las escaleras, mientras cruzaba la pasarela entre las casetas, y después, mientras extendía la toalla y se quitaba el pareo.

Encontrarla allí, a orillas del mar, donde siempre había estado su sitio.

Mattia le estaba contando lo absurdo que era Milán, con todo el dinero que circulaba, todos esos transexuales alineados en las aceras y cómo la tenía tomada la

gente con los rumanos en las paradas del autobús, cómo los chicos morían en las discotecas por una sola pastilla, una sola cuchillada, la crónica negra, y para ella lo único absurdo era que Francesca no estuviera allí.

Pero quizá no hubiera mirado bien. Tal vez en esos diez minutos que había estado tumbada tomando el sol, *ella* hubiera llegado.

Anna se incorporó y se quedó sentada. Volvió a escrutar bajo cada sombrilla, sobre cada tumbona, en todo rincón del bar donde podía haberse metido. Como si las dos chicas de Milán tuvieran algo que ver. Como si se hubiera despertado de repente, en ella, el animal.

Mattia era uno cualquiera.

Sí, alguien que no plantea preguntas.

Ten el valor de mirar hacia delante. No entre las toallas, no donde se marchitan los viejecillos, las pringadas, las parejitas entre las que te cuentas tú también ahora. Mira delante de ti, ahora. Mira delante de ti, el mar. Los corrillos de adolescentes que juegan a la pelota. Toma conciencia.

La isla seguía durmiendo, virginal, sobre la línea desenfocada del horizonte.

Distinguió a Nino y a Massi. Jugaban en la orilla como el año anterior. Las cabezas mojadas y revueltas, los músculos en tensión. Vio a Nino dar un patadón hacia el cielo, el balón dibujó una parábola precisa que acabó bajo el talón de Massi.

Podía oírles gritar: «¡A mí, a mí!», por más que las voces le llegaran muy leves desde allí.

El sol a plomo sobre sus cabezas, sobre sus hombros. Tenían los ojos enrojecidos por la sal y hendiduras en vez de pupilas. Era perfecto. El movimiento nítido de los cuerpos recién desarrollados, las chiquillas a la carrera en estado naciente. Anna se fijó en una que gritaba porque le había entrado arena en las braguitas del bikini y se agachaba debajo del agua para quitárselas.

Círculos amplios, deshechos y rehechos. La pelota rebotaba en las puntas de los dedos, los brazos tensos, victoriosos en los mates de voleibol. Y ese clamor típico de las seminiñas que toman carrerilla para zambullirse. Se zambullen, emergen.

Se habían echado novia, Nino y Massi, pero no en serio. Estaban saliendo con dos chiquillas de secundaria que los señalaban desde la arena y los aplaudían si marcaban algún gol.

Anna las vio susurrarse algo al oído. Eran esbeltas. Con el pelo empapado, que les llegaba hasta el trasero. Los pechos aún pequeños y las caderas inexistentes. Anna notó en una el bikini fuera de sitio, el trasero redondo casi del todo al descubierto. Las vio decidirse de buenas a primeras. Lanzarse al mogollón y agarrarse a los hombros de los chicos.

Mattia había dejado de hablar, había empezado a hojear *La Gazzetta dello Sport*. Tal vez le hubiera preguntado algo. Pero ella no tenía intención alguna de contestarle.

Intención alguna de interrumpir esa tortura que era permanecer allí mirando el reino del que Francesca ya no formaba parte. Del que Francesca y ella ya no formaban parte.

Y nadie se había dado cuenta.

Anna miraba la línea del horizonte, la maldita isla de Elba a la que no habían ido nunca. Y sentía una enorme rabia, y su impulso era el de mirar aviesamente a esas dos chiquillas más pequeñas, que mantenían las piernas rectas mientras hacían el pino debajo del agua.

Arrojada fuera. Expulsada. Como cuando en el jardín de infancia te señalan con el dedo y te dicen secamente: «Tú no juegas». Una experiencia que Anna no había vivido nunca. Una experiencia que ni sabía lo que era. Porque ella no era una, era dos. Ella no era tú, era vosotras. Vosotras no jugáis, *Annafrancesca* no juega. Y a ellas, vamos, como que les importaba: tenían playas secretas, cabañas de madera, sótanos, bancos, la costa entera de Salivoli para monopolizarla.

Son crueles, pensó Anna. Las adolescentes que venían en ese momento en dirección a ella, cogidas de la mano, absortas en hacer su pasarela idiota, su maravilloso paseo para enseñar el culo, los pechos, todo lo que poseían y que desencadenaba envidia y hormonas.

¡Vamos a dar volteretas, vamos a ver quién está más tiempo sin respirar! El tiempo es una cosa tremenda, tenía razón Francesca. ¿Y dónde estará ahora? ¿Qué estará haciendo?

Mattia sacaba una baraja de cartas.

—¿Nos echamos una partida? —con su estúpida sonrisa.

Estar en el centro de la vida y no saberlo.

Anna recogió las cartas, las colocó con criterio entre los dedos. Empezó a jugar con su novio al continental.

No es algo que pierdas. Es algo que te pierde a ti.

Mattia seguía abriendo sobre la toalla: trío de sotas, escalera de picas, trío de reinas. Y ella se quedaba allí mirando los granos de arena que resbalaban entre las cartas, la distraían de los gritos de las nuevas putillas, y no se decidía a descartarse.

Tal vez, si hubieran nacido en Milán..., si se trasladaran a Milán, quizá ellas también se besarían delante de todos, en el centro de una inmensa plaza, con la luna asomando por detrás del campanario.

—Tres a cero —se regocijó Mattia.

Y desde lejos se oyó gritar: «¡Gol!».

—Ya no tengo más ganas de jugar.

Anna tiró las cartas y volvió a tumbarse.

—Venga, ¿qué te ocurre?

Montó encima de ella, empezó a darle un masaje en la espalda: un pretexto

cualquiera para poder meterle los dedos bajo el bikini.

—Déjame —susurró Anna.

—Te estás volviendo un pelín puritana...

Se levantó, volvió a su sitio, pero durante otros cinco minutos siguió palpándola mientras silbaba. Él sí que estaba contento. Él estaba en paz con el mundo.

—¡Vamos a bañarnos!

Una frase que un año antes no había ni necesidad de decir.

Mattia se ponía en pie, echaba a correr por la arena ardiente y se volvía después para llamarla de nuevo.

Anna no tenía ganas de levantarse. No tenía ganas de nada. Era mejor si se quedaban en casa con las persianas echadas, quizá entonces no lo odiaría tanto.

Empezó a caminar de mala gana hacia la orilla. Él nadaba hecho un bendito, como si no pasara nada. Anna entró en el agua. Se mojó primero la tripa, después los hombros, y sintió frío. Dio dos brazadas para soltarse. Alcanzó a Mattia: el hombre cualquiera, el hombre en paz con el mundo que ahora quería follar debajo del agua. Le dijo que no con el dedo.

Se quedó flotando en la superficie. Haciéndose la muerta. Abriendo piernas y brazos en el agua como un cadáver sin peso.

¿Dónde estaría? ¿Dónde van a parar las cosas que perdemos?

Las deportivas bajo el casco de la barca, en la playa de las algas...

Anna cerró los ojos. Si se empeñaba, podía distinguir la voz de Francesca que señala la boya del fondo, un puntito amarillo oscilante, una meta microscópica pero para ellas, en 2001, inmensa... Francesca que alza el vuelo en el agua, mete la cabeza y vuelve a aparecer gritando: «¡Venga, vámonos a la isla de Elba!».

Alessio caminaba a toda velocidad, a contraluz, a las seis de la mañana.

Es ésta la hora animal, la hora de los hocicos afilados. Salen de las alcantarillas, suben por las tuberías, las criaturas secretas de la Lucchini que abundan por debajo de las naves.

Alessio vio una, que había sobrevivido, salir de un matorral reseco, y se detuvo al instante. No tenía nada para darle. Se dobló sobre sus rodillas. Le gustaba la nariz de esos animales, el triángulo húmedo y rosa. El gato jaspeado se quedó petrificado, mirándolo con sus grandes ojos amarillos. Tenía la cola cortada. Alessio acercó la mano casi hasta tocarlo, pero el animal arqueó el lomo y desapareció.

El sol se estaba alzando, proyectándose sobre diez kilómetros cuadrados de instalaciones.

Alessio se acercaba al puente de grúa, su animal personal, y pensaba que hoy, tal vez, su padre volvería a casa.

Saludó a su colega, que acababa el turno y se iba a dormir. Empuñó los mandos, comprobó que todos los engranajes de la grúa estuvieran en su sitio. De acuerdo, soldado Ryan, puedes empezar. A levantar calderos, a desplazarlos, a mandarlos a tomar por culo mentalmente.

Alessio se metió los auriculares del lector MP3 en los oídos. El punk duro casi le manda los tímpanos a la mierda. No resulta sencillo regular el tiempo de tu existencia con el que emplea el acero para fundirse, solidificarse, adquirir una forma.

Hace falta una raya de coca, a la fuerza.

Se encorvó en un rincón, sacó su espejito táctico, enrolló un billete de cinco y se metió por las vías respiratorias la dosis cotidiana y el sueldo. Ocupaba su lugar en la guerra permanente, de hecho estaba orgulloso de ello. De hecho, hasta conseguía divertirse con el punk duro que bombeaba a ritmo de calderos. Lo habría conseguido hoy también, si Elena no hubiera empezado a torturarle el cerebro.

A un kilómetro y medio de distancia, Mattia llegaba sudoroso al tren de verguetas: el laminador que extrae de un tocho un haz de hilos de acero y varillas de peso específico exponencial. A él le tocaba cargarlos en el volquete de la oruga, recién horneados, y llevarlos a la nave de control de superficie.

Saludó a la actriz porno del mes de junio. Subió a la oruga aparcada a propósito para él, para que él pudiera tomar asiento y tirar para adelante durante ocho horas cómodamente.

La luz salpicaba caliente y fecunda a través de chimeneas y puentes. Mattia pensaba en Anna, su niña, que dormía feliz, hundiendo las pecas y los rizos en la almohada. El pijama veraniego, el de la primera vez. La ingle clara. Mattia pensaba en Anna, tibia, vaporosa bajo las sábanas. Y su cuerpo reaccionaba.

Ocurre, ocurre siempre que estás cargando con toneladas de acero, el que tu cuerpo se rebele dentro del mono. Sientes que te asciende la linfa grumosa del fondo, las arterias se dilatan y bombean. El músculo oculto, el menos civilizado. Te toca buscarte un baño, un rincón detrás de un matorral. Te toca bajarte la cremallera y rebelarte.

En un sitio muy distinto, en el extremo occidental de la fábrica, Gianfranco estaba reprendiendo a Cristiano porque, una vez más, había llegado tarde esa mañana.

—¡No vuelvas a ir al Gilda! —gritaba—. Pero, mírate en qué estado... ¡Mira el follón que tenemos! —señalaba una montaña de residuos—. ¡Y ve a lavarte la cara, me cago en la puta!

Cristiano bostezaba, se restregaba los párpados legañosos.

—*Fly down*, jefe... —consiguió mascullar—. Estuve el otro día, no ayer.

—¡Pues entonces te has estado matando a pajas!

La visión de Francesca no le había dejado pegar ojo en las últimas dos noches. Volvía a verla desnuda, fluorescente bajo el reflector, y no conseguía tranquilizarse. Porque él sabía que tenía catorce años, y no dieciocho. Era su vecina, cojones. La había visto con el babi a cuadros mientras se iba al colegio, dándole la mano a Anna. Niñas minúsculas con mochilas coloridas a hombros.

Pero ahora había un magnífico buldócer que le estaba esperando. Un montón de detritos, de una altura de cinco o seis metros, recién salidos del triturador. Eran ésos los problemas en los que le tocaba pensar: en los añicos.

Dirigiendo el cucharón de la excavadora, levantó un poco de todo. Restos de chimeneas demolidas, punzones de hierro, ladrillos refractarios consumidos, ratas muertas, y hasta algunos trozos de cobre.

Cobre: en estos casos, el imperativo categórico imponía apagar el motor, bajar con calma, recoger las cinco mil liras el kilo de la pala y esconderlas en un lugar seguro para poder sustraerlas a la salida.

Cristiano realizaba el imperativo categórico con celo, al modo kantiano.

Esa mañana, como siempre, al cabo de apenas un cuarto de hora de trabajo, se descubría sentimental. El sudor en las sienes, la tierra que te entra en la boca y ese característico sabor a virutas de hierro en la lengua le producían ese efecto.

Telefoneó a Jennifer, hizo que se levantara de la cama y le dijo que le trajera al niño. Kilómetro cinco, donde la estación de servicio.

Alessio se desasosegaba. Mattia tenía sueño. Cristiano no veía la hora de hacer piruetas con el buldócer delante de su hijo. Siete de la mañana, 3 de junio de 2002.

Era una verdadera suerte que estuvieran juntos, en el mismo turno de mañana. Se verían a las dos en los vestuarios *vintage*, bajo las sollozantes duchas. Y después se irían a la playa en Via Stalingrado, con una poderosa aparición entre las casetas: ¡atención, gente, aquí estamos!

Un buen caldero: 19,6 toneladas. Alessio lo cargaba, lo levantaba, lo desplazaba, así hasta mediodía, después la pausa de la comida, después otra horita de trituración de los cojones. Junio: una azafata de la televisión, una flexible morena, reclinada hacia atrás en unos escollos.

El sol se levantaba rápidamente en el promontorio. Desde aquí no se ve la isla de Elba. Se distingue el golfo que desde la fábrica llega hasta Follonica, la silueta de la Dalmine y de la central eléctrica en medio. La hilera de postes desnudos: como Cristiano y Alessio, ellos solos, pueden modificar un paisaje.

«De acuerdo, mañana te llamo y te lo digo.» Ése había sido el mensaje de Elena ayer.

¿Por qué no me llamas? Porque aún tienes que levantarte y desayunar... Pero él no podía esperar. La noche anterior se había armado de valor, le había propuesto que comieran juntos hoy, y había tardado una hora en teclear el mensajito de los cojones.

Alessio levantaba la vista, la dispersaba entre las cisternas de gasóleo, los vapores rojos y violáceos que calentaban la atmósfera. Después volvía a sus mandos, al movimiento elemental. Algo que hace presión sobre algo. Algo que hace palanca.

Sudaba, respiraba plomo, maldecía los mil quinientos treinta y ocho grados a los que se funde el metal. Pasaban a su lado cisternas incandescentes. Si se acercaba demasiado, el mono podía prenderse.

Sólo cuando llegas a la estación disfrutas. Te montas en el Intercity, miras por la ventanilla y oyes el chirrido del acero, su fricción, la chispa crepitante de tu viaje. Recorres de memoria todo el itinerario: de la coquería al alto horno, del alto horno a la acerería, y de ahí al convertidor, a los hornos de los calderos, a los laminadores...

Los raíles por los que estás corriendo: eres tú quien los ha hecho.

Alessio esperaba con ansia la respuesta. El sol le daba en la cabeza. El móvil no vibraba. El bochorno se hacía más denso en una ciénaga herrumbrosa entre las instalaciones. Su padre quién sabe dónde estaría en ese momento, quién sabe si volvería realmente a casa ese canalla. ¿Y con qué cara dura se presentaría? No, decididamente, no podía perdonarlo.

Son las ocho de la mañana. Los calderos siguen presionando. Las sombras se acortan un par de centímetros. Y tú tienes tus cosas en la cabeza. La mano aprieta nerviosa el teclado, sientes una jodida necesidad de saber si el cornudo de tu padre volverá hoy a casa, si Elena comerá contigo a mediodía en el comedor de la empresa. Los minutos se cuentan con el paso de los calderos. Tú los detestas, esos minutos. Te sale un golpe cabreado con la mano. Y lo que consigues entonces es que ese caldero cabrón empiece a dar tumbos. Y luego los cables de acero se enredan, los ves enredarse...

Acabas maldiciendo como un loco.

—¡Cojones, cojones, cojones!

Alessio gritó y lanzó el teclado al suelo.

Calma. Son cosas que pasan. Que un caldero dé tumbos, que los cables se enreden y que te veas obligado a apagarlo todo si no quieres causar daños. Son cosas que pueden ocurrir en cualquier momento. Pero hoy no.

Blasfema.

La coca circulándote en la sangre, tu padre que llamó ayer y tal vez se presente hoy y tú que sientes unos jodidos deseos de perdonarlo. Se arrancó con rabia los auriculares. No podía ser: una hora extra, tal vez dos, de trabajo. Son las putadas que te ponen hecho una fiera. Porque tú quieres verte con Elena a la hora de comer, te hace falta, y no quieres joderte esa ocasión por un caldero de mierda.

Le tocó bajar la carga suspendida, desengancharla del cabrestante e irse después por ahí a buscar al jefe de área. En cualquier situación, incluso si estás a punto de caer exhausto, es necesario aplicar el protocolo de seguridad. Alessio estaba aplicando el protocolo. Estaba buscando hecho una furia al jefe de área.

Lo encontró al cabo de veinte minutos, un animal peludo que iba a menudo al bar de Aldo, sentado en un jirón de sombra sobre un taburete plegable.

—Se me han enganchado los cables —le dijo.

—Cago en la puta... —se quejó el otro.

La tripa cómodamente apoyada sobre las piernas abiertas. Chorreaba sudor a pesar de estar parado.

—Intentemos darnos prisa.

Alessio hasta arriba de coca.

—Chavalín —eructó el animal—, estate tranquilito que ahora te mando a los de mantenimiento.

Le hicieron falta al menos tres minutos para levantarse. Toda aquella grasa que chorreaba en el bochorno debía de ser difícil de gestionar. El hombre señaló el calendario colgado de la puerta de su garita. Un culo y cabellos pelirrojos.

—¿Guapita, eh? —sonrió sin dientes.

Alessio hubiera querido fusilarlo.

Jennifer se presentó medio dormida con el niño en brazos a las ocho y media. Cristiano la vio, saltó de la excavadora y corrió a su encuentro dando brincos. James regurgitó un poco de leche sobre la blusa de su madre. Se hablaban a través de la verja de hierro.

—Lleva toda la mañana vomitando —susurró ella.

—¡Hombrecito, hombrecito mío! —le decía Cristiano—. Mírame, mírame...

El niño tenía la cara verde. Sus ojos, pensara en lo que pensara, sólo pedían piedad y que le metieran en la cama. Ante la enésima mueca de su padre, estuvo a punto de echarse a llorar.

Cristiano, entusiasta, continuaba:

—¿Quieres ver el mastín de papá? —con voz aflautada—: ¿Quieres ver el toro de papá?

Ni Jennifer ni James tenían ganas de ver «el toro de papá».

Pero Cristiano, ya se sabía cómo era, corrió a la pala mecánica, encendió la radio portátil a todo volumen y empezó con sus números de circo, que todos conocían ya de memoria.

—¡Carreras, carreras! —le gritó a su colega—. ¡Echemos una carrera, para que la vea mi hijo!

—Tú estás mal de la cabeza —le contestó su colega.

Entretanto, James seguía vomitando en la blusa de Jennifer. Y Jennifer en parte estaba hasta los cojones, en parte le daba asco tanto vómito y en parte le dolía a ella también la tripa.

Al cabo de cinco minutos, se volvieron a casa. Cristiano los vio desaparecer y apagó el motor. Ni siquiera se habían despedido.

Dos ancianos. Dos viejos decrepitos. Eso era lo que le habían mandado al cabo de más de media hora de espera mordiéndose todos los pellejos de las manos callosas.

—A ver si nos damos prisita —les conminó de inmediato Alessio.

—¡Oye —le dijo uno mientras subía—, que este número no lo he montado yo!

Miró a los dos de mantenimiento encaramarse a la grúa de puente con ojos muy abiertos y trepidantes. Con lo que van a tardar éstos en desenredar los cables, arreglarlos y enrollarlos otra vez en el tambor, me suicido.

Corría el riesgo de que se le jodiera la pausa de la comida, la posibilidad de estar en el comedor con Elena y oír cómo murmuraban a sus espaldas: «Así que montándotelo con la jefa, maldito bastardo».

—¿Y bien?

Los de mantenimiento acababan de bajar a un tambor para desempernarlo.

—Tranquilito, chaval...

Tranquilito los cojones. No tenía la menor intención de tomarse un sándwich en la grúa de puente para recuperar los ritmos. Ni la menor intención de perderse a Elena trajechaqueteando por el comedor de los desgraciados. Los observaba azotándolos mentalmente.

Una grieta en el sistema, una sola. Y todo se va a tomar por culo.

¿Por qué no me llamas, so cabrona? Son casi las nueve y media.

—¿Para cuánto tenéis aún?

Se levantaron haciendo crujir las rodillas:

—Bahhh... Una hora por lo menos.

—O dos...

—¿Dooooos?

Alessio se llevó las manos a la cabeza.

Anna le estaba llamando. Mattia contestó sujetando el móvil entre el hombro y la mandíbula. Conducía la oruga zigzagueando entre las naves. Las barras de acero hasta encima del parabrisas. Y no veía una mierda.

Mattia, tengo mucho miedo. ¿De qué? Es que si no saco un ocho, menudo follón. Pero qué dices, si te lo sabes todo... ¡No es verdad! Pero si llevamos una semana sin follar porque tenías que aprenderte esos verbos de los cojones. ¿Qué dices? Lo que estoy diciendo. No lo entiendes... No será para tanto, esa tercera conjugación... ¿Es que prefieres conducir una oruga en este follón? Tesoro, no te oigo bien. Estoy al lado de los convertidores... Vuelvo a clase que está entrando la bruja.

Que haya suerte. Gracias.

Refulgía de rabia. Refulgía de ansia. Y no conseguía quedarse quieto.

—Me voy a dar una vuelta... —gritó Alessio con las manos en forma de bocina.

—Estupendo —le contestaron los dos—, y a ver si nos drogamos menos.

El sol se había convertido en un disco de cemento armado sobre el cráneo. Las chichoneras eran sólo algo opcional. Como el casco: atraes la mala suerte si te lo pones. Suponiendo que te lo den, evidentemente. Que tengan ganas de sustraer tres o cuatro mil liras de la fantástica montaña de los beneficios.

Dos mil cuerpos latiendo al ritmo de la planta siderúrgica. Alessio caminaba en medio, torturado, con el móvil al alcance de la mano. Elena no lo llamaba. Una sed de muerte.

Se dirigió al tren de verguetas. Necesitaba desahogarse. Es un cabrón, en su vida ha hecho nada de nada... Pero me ha comprado el Golf, ¿lo entiendes? Se ha puesto a robar para comprarme el Golf.

Mattia le entendería, sin duda.

Seguro que se estaba rascando las pelotas. Estaría fumando cómodamente a la sombra. Seguro que estaba hojeando una de esas revistas miserables: «Cómo hacer gozar a una mujer»; «Dónde encontrar sin asomo de dudas el punto G y provocar un orgasmo múltiple». Seguro que estaría haciendo cualquier cosa que no fuera trabajar.

Alessio superaba las vías del tren torpedo, pasaba por debajo de las grúas omnipotentes y de las cintas transportadoras cargadas de coque. Mattia estaba sólo a un kilómetro y medio de distancia. El mono empapado de sudor, el sol que te funde y que te pisotea. Pero Alessio sentía tal furia en el pecho que caminar, correr, sudar...

Mattia, escucha, tengo que decirte una cosa. ¿Le pones cara a Elena, la cabrona, la que nos salva y nos despide? Ésa. ¿Le pones cara? Yo la odio. ¡Yo la detesto, pero estoy loco perdido por ella, me cago en la puta, me siento como un adolescente! Vamos a atizarnos unas cervecitas, diría él. Hay una estación de servicio aquí al lado donde las venden.

¿Por qué no nos marcamos un robo? ¡Si al final se te enredan los cables y los

rusos desmantelan tu puesto de trabajo, no puedes marcharte a Polonia a trabajar!

Lo estaba pensando seriamente, o mejor dicho, casi seriamente. Estaba pensando en la grúa de puente que estaban reparando, en el desgraciado de su padre y en su antigua novia, a la que en esos momentos le hubiera gustado arrinconar en una esquina, contra un caldero incandescente, y arrancarle su preciosa blusa, su bonito maletín, dejarla a su merced, totalmente desnuda.

Llegó a la nave de los controles. Había montones de barras tan altos como el edificio de su casa. Y había uno que fumaba un cigarrillo. Uno al que quizá conocía.

—¿Está Mattia por aquí?

—En la oruga —contestó el otro mirando el reloj—. Se ha ido al tren a cargar, hace media hora... Debería estar a punto de volver.

—¡No me digas que está trabajando!

El otro se rió. Lo observó mejor:

—Tú y yo nos conocemos, ¿verdad?...

—¿Sí? —dijo Alessio, levantando un instante la vista del móvil que llevaba en la mano como un idiota, mientras esperaba a que vibrara.

—¿No ibas al Body Gym el año pasado?

—Sí.

El Body Gym le importaba tres cojones.

—Yo también iba, ¡si hasta echamos un combate de kickboxing juntos! —sonrió—. Tú eres el amigo de Mattia, claro. Nos hemos cruzado en el Gilda, me parece... ¿Alessandro?

—No, Alessio.

Era incapaz de quedarse quieto, era incapaz de proseguir con esa conversación de los huevos.

—Perdona, tengo que hacer una llamada —se despidió—. Hasta luego.

Empezó a caminar como un poseso alrededor de la nave de los controles, mirando obsesivamente la pantalla del móvil. Venga, llama. Vamos. ¿Qué más te da? Estoy que me muero, me cago en la puta. ¡Llama! Pues la llamo yo.

Alessio tecleó el número de Elena, el número de la oficina, así estaba seguro de que le contestaría. El sol de junio en medio de los hornos, incluso a las diez de la mañana, te taladra la cabeza. Es como estar dorándote sobre unos hornillos, idéntico. Sólo que ahora la voz de Elena afluía por el micrófono del móvil.

¿Diga? Elena, soy Alessio. Ale... Te iba a llamar yo un poco más tarde. Ahora tengo un montón de cosas... ¡Pero yo no tengo tiempo! ¿Qué? No te oigo bien... Espera a que me mueva... Pero ¿dónde estás? Estoy en las verguetas y hay un follón inmundito.

Alessio estaba gritando, se estaba acurrucando en el suelo para sustraerse al apocalipsis de ruido que se elevaba continuamente hacia el cielo blindado de humo.

¿Sigues ahí? Sigo, sigo. Mira, que no puedo estar mucho al teléfono, si me pillan me echan de aquí... ¿Sigues ahí o no? Claro que sí.

Mattia estaba pensando que pasado mañana, cuando librara, podía darle una sorpresa a Anna y llevarla a la isla de Elba.

Hacía un año que querían ir. Compraría dos billetes para el trasbordador hoy mismo. Entretanto, se encendió un cigarrillo. A decir verdad, no veía una mierda. Había cargado catorce toneladas de barras en vez de doce, para acabar antes y poder repantigarse a la sombra más tarde. El pijamita tan suave de Anna...

Mattia conducía, pensaba y, mientras tanto, se vaciaba una botella de agua sobre la cabeza. El sol te hace pedazos, el acero fundido, el acero incandescente bajo el sol a plomo. Te hace pedazos.

Entonces ¿hoy puedes? Ale, quería pedirte perdón... ¿Perdón por qué? Por el otro día, cuando te hablé de los despidos... Espera, que no te oigo... ¿Despidos? ¿Qué coño dices?

¡No, tú no! O sea, quiero decir... ¡No te vamos a despedir! ¡Ah! Menos mal... Pero, entonces, ¿hoy puedes o no? A decir verdad..., no creo. ¡¿Cómo que no?! Ale, te oigo fatal... Espera a que me mueva...

Mattia conducía hacia la nave de los controles, con el olfato de la memoria, y mientras tanto, aspiraba a pleno pulmón su Pall Mall azul. No veía una mierda, pero se lo sabía de memoria. La jungla de acero, el rechinar continuo, rugidos, eyaculaciones de las instalaciones.

Alessio se movía, iba a agazaparse en otro lado.

¿Qué decías? Te decía que hoy me viene fatal, me quedan un montón de formularios por compilar y tengo que acabar a la fuerza esta misma tarde...

Alessio se doblaba sobre sus rodillas y se tapaba el otro oído para escuchar la voz de Elena en el corazón del estruendo, en la explanada de tierra seca en medio de los titanes.

Hay que ver, te has convertido en una auténtica burócrata, mándales a tomar por culo, ¿no?, por una vez, a esos jefes de mierda... Venga, me hace mucha ilusión. Busca media hora, cinco minutos...

Elena ganaba tiempo detrás del auricular.

Elena, cojones, contéstame. Vale, voy a intentarlo... Venga, ¿qué te cuesta? Tengo que decirte una cosa importante...

Mattia aceleraba porque quería repantigarse a la sombra y tragarse un litro de agua fresca.

Dime que nos vemos para comer...

Alessio retorció una brizna de hierba raída con una mano temblorosa que hubiera querido tocar algo muy distinto.

Ale, escucha... Elena con taquicardia.

Mejor... ¡Óyeme! En vez de irnos a comer a ese comedor de mierda, ¡podríamos coger el trasbordador e irnos a la isla de Elba! ¿A la isla de Elba? Ale, pero ¿qué dices? Ni yo mismo sé lo que digo. Se rió.

Mattia pisaba el acelerador y pensaba que Anna en la isla de Elba se divertiría un montón.

Nos vamos a la isla de Elba, a pasar el día... ¿Y por qué? No lo sé. Bueno, ya veremos, pasado mañana quizá. ¿Y para comer nos vemos? No lo sé. Y por qué no lo sa...

Algo así como un ruido. Pero no un ruido identificable. No una voz. Un batacazo. Un error. Eso es. Una especie de interferencia... Ale, oye... ¿Alessio? ¿Alessio? ¿Oye? ¡Oye! Oye oye oye oye oye...

Cuántas veces puede decirse, durante cuánto tiempo puedes repetir esa palabra sin sentido, sabiendo que al otro lado no te están escuchando. Puedes hacerlo durante un minuto entero, antes de colgar mal el auricular y palidecer. Porque nadie puede *oírte*.

Un minuto entero: el móvil de Alessio transmitió la voz de Elena un minuto más, aquella mañana, entre las 10.06 y las 10.07.

Anna feliz en el trayecto hacia la isla de Elba...

Mattia notó algo duro y voluminoso bajo la llanta articulada que la obligó a atascarse. En ese momento, no se dio cuenta del todo. No apagó el motor hasta después de unos instantes. Bajó de la oruga, atontado por el calor. Estaba a punto de cabrearse cuando vio un arroyuelo rojo serpentear por debajo de los eslabones.

El sol caía exasperante. Mattia se quedó allí, con los brazos en los costados, mirando. Una rabia ciega mezclada con estupor, porque se esperaba una piedra, una viga, cualquier mierda que con el parabrisas tapado por las barras no había visto. Permaneció así algunos minutos, secándose el sudor de la frente con el antebrazo.

Después oyó que le llamaban a sus espaldas.

—¡Mattia!

Alguien salía de la nave y le estaba gritando:

—Ha venido a verte ese amigo tuyo...

Alguien se acercaba a paso rápido, y después bajaba el ritmo.

Le estaba diciendo:

—Alessio está aquí, por algún sitio...

Silencio.

—¿Qué ha pasado?

Una ráfaga de viento. Nevaba limadura de hierro junto al polen de las plantas.

—Creo que he atropellado un gato.

Un gato. Una de esas cosas peludas, sin cola, sin orejas. Uno de esos animales de mierda con los ojos llenos de cataratas, que viven en las tuberías, debajo de las naves y a veces, a fuerza de estar dentro del veneno, nacen sin una pata. Un gato. Sólo que

el arroyuelo rojo se estaba expandiendo, formaba un charco bajo el sol ardiente.

—Aparta la oruga, por favor —dijo la voz quebrada de su colega.

Mattia, sin decir media palabra, subió a la oruga, la arrancó, dio marcha atrás.

Volvió a bajar. Un gato, cuando se hace trizas, no deja tanta sangre. Una suela. Algo así como un zapato humano. Y filigrana calcinada de pelo.

Vio toda aquella cosa informe. En realidad, no llegaba a entender. Vio a su colega ponerse blanco, empezar a mirar a su alrededor, empezar a vociferar:

—¡Alessio! ¡Alessio! —detrás, delante de la nave—. ¡Ale, Alessiooooo! —telefonar al jefe de sección. Volver atrás, volver hacia él, que estaba de pie, clavado, junto a la oruga. Decir—: Dios mío.

Decir:

—¿Qué has hecho? Dios mío.

No era siquiera una idea. Una cáscara de idea fluctuante en el cerebro, como dentro del desagüe de la ducha. Eso, esa papilla de ahí, es un gato.

¿Qué has hecho? Alguien balbuceaba algo, en voz cada vez más baja. Los ojos muy abiertos, clavados en ese charco de sangre que refulgía bajo el sol incandescente. Grumos, restos de huesos esparcidos junto a las barras de acero, las toneladas iridiscentes, plateadas. Era imposible que fuera un hombre.

Elena se había quedado sentada en su escritorio, con el auricular en la mano y la mirada vacía fija en la pared del despacho refrigerado por el aire acondicionado. Después, a cámara lenta, se puso de pie. Se lanzó escaleras abajo. Corría cada vez más deprisa, iba dando tumbos con los tacones. Había empezado a gritarles a sus colegas, a cualquiera. Gritaba, arriesgándose a caerse: mandadme un coche, por favor. Gritaba, tropezaba en las escaleras. Enseguida, por favor. Volvía a levantarse, chillaba. Al tren de verguetas, por favor.

De piedra, Mattia miraba fijamente aquel vacío de un rojo refulgente. El charco, los restos, los residuos que sin duda pertenecían a un gato. Uno de esos animales tiznados llenos de sarna, que son todos iguales porque se cruzan entre ellos, y tienen la roña, el sida, la rabia. El zorro, ese que aparece a las seis de la mañana, el zorro de la fosa del que siempre habla Alessio. Alessio, a quien estaban buscando por todas partes.

Él no, los demás.

A él no le hacía falta buscarlo, porque sabía que estaba en la grúa de puente, que se encontrarían a las dos en los vestuarios, y que tal vez se fumarán un cigarrillo después de almorzar delante del comedor, y sabía que ese zapato, que ese charco. Su cerebro seguía repitiendo «gato». Su cerebro seguía repitiendo única y exclusivamente «gato».

El colega había ido a llamar a la grúa de puente. En la grúa de puente Alessio no estaba porque quienes estaban allí eran los de mantenimiento. Le habían visto alejarse

como hacía media hora. El colega le había visto hacía tres, cuatro minutos.

¡Estaba aquí, cojones! ¡Dios mío, estaba llamando por teléfono! Gritaba convulso al jefe de sección.

Dios, no lo nombres. *No nos perdones*, escribirían en la quinta página del periódico local, al día siguiente, sus colegas del tren de verguetas. *Adiós, Alessio, y no nos perdones*.

Le pusieron una mano en el hombro. Pero Mattia seguía quieto sudando como un corazón de manzana que se pudre. Mattia estaba hechizado en la palabra «gato». Y su colega corría a pedir ayuda. Eran diez, veinte, los que corrían pidiendo ayuda, llamando a Alessio, pasando lista como se hace en las excursiones escolares cuando alguien se extravía.

Gradualmente, todos los obreros levantaron la cabeza. Apagaban las máquinas, abandonaban el trabajo, corrían a la explanada entre el tren de verguetas y la nave de controles donde había alguien que estaba llamando por teléfono y ahora ya no estaba allí.

—¿Qué cojones me estás diciendo? —rugió Cristiano a Gianfranco.

Apagó el motor del buldócer.

Gradualmente, la sección entera del tren de verguetas iba dejando de funcionar. Se esparcía la voz, llegaba a otras secciones. Y todos acudían al lugar donde Alessio había dejado de existir, y de ser un cuerpo, y se había convertido, Alessio, en un charco de sangre extendido entre las barras, un manantial refulgente.

Alessio no. Un gato.

¿Quién es? A lo largo del entero proceso de trabajo, del ciclo de producción, del mastodóntico esfuerzo. Llegaban sudados, en mono, de todos los rincones de la Lucchini. Llegaban en grupos o solos. A pie, en trenes, en coches. El nombre. Necesitamos saber el nombre.

Elena bajó del coche y se abrió paso a codazos entre el gentío. Cuando llegó a su destino, emitió un grito inhumano. Un momento sin duración. Los trabajadores, en corro con las manos en la cara. Mattia, el perno fijo. Algo que hace presión sobre algo. Basta con una, es suficiente una sola grieta en el sistema, una sola distracción. Llamar al tanatorio. Al forense. Avisar a la torre de la dirección. A los sindicatos. A la policía. Al alcalde de Piombino.

—El nombre. Queremos el nombre.

Y su nombre salía disparado de boca en boca, rebotaba en los muros, alcanzaba las cimas de las chimeneas y volvía a caer al suelo, entre los grumos, los restos irrecuperables de un cuerpo que, a la fuerza, a la fuerza tenía que pertenecer a un gato.

—¿Qué cojones me estás diciendo? —Cristiano bajó de la pala mecánica—. Hay un montonazo de Alessios. ¡El apellido, quiero saber el apellido!

—No lo sé —balbuceó Gianfranco.

—¿Dónde ha sido?

—En el tren de verguetas.

—Alessio no trabaja en el tren de verguetas. Allí trabaja Mattia —se llevó las manos a la cara—. ¡Gianfranco, por todos los cojones! ¿Qué me estás contando? ¡Alessio trabaja en la grúa de puente!

—Por favor, vamos a verlo. La grúa de puente la estaban reparando...

Tú lo sabes desde el principio. Siempre lo has sabido, en tus vísceras, en la sangre. De manera que echas a correr. No te montas en el coche con los demás. Echas a correr a toda velocidad y te repites mentalmente un solo monosílabo, tu última palabra, eso que de verdad tienes que decirle, no sabes a quién, pero tienes que decirlo.

No.

Cristiano gritaba y corría por la enorme avenida dominada por Afo 4.

El nombre que martilleaba. El nombre que se susurraba a lo largo de todo el perímetro de la planta siderúrgica. Telefonaron a la policía. En qué estado se encuentra el cadáver. No hay cadáver.

Sentía necesidad de abrazarlo, de comprobar que estaba bien. Qué susto de los huevos me han dado esos bastardos... Una palmadita en los hombros. Sólo le hacía falta eso.

Obreros a mansalva. El jefe de área, el jefe de equipo han llamado a la ambulancia. Han llamado al responsable nacional para la seguridad en el trabajo, al representante de su sindicato. También han telefonado al resto de sindicatos. ¡Para qué coño hace falta una ambulancia, so cretino!

Llamadas a los controles de la Unidad Sanitaria Local. No toquéis nada, no toquéis nada. La zona será sometida a secuestro judicial. Llega la policía, los carabineros. El juez vendrá esta tarde desde Livorno. No se amontonen, dejen pasar, dejen sitio... Alguien debería avisar a los parientes.

Mattia estaba de pie. No se había movido ni medio centímetro.

No le pregunten nada, por favor, ahora no. Es el único testigo ocular. ¿Era él el que conducía? ¿Es que no ven que está fuera de sí?

Cristiano apareció jadeando. Había una decena de agentes entre policías y carabineros. En la torre de la dirección no dejaron pasar al responsable nacional para la seguridad en el trabajo. Cristiano se abrió paso a empujones. Alessio. ¿Dónde está Alessio? Se giraba a derecha y a izquierda. Pasaba revista a los rostros de la gente con los ojos fuera de sus órbitas.

¿Te acuerdas, Cri? ¿Qué año era? El 94, el 95... Estaba nevando. ¿Te acuerdas? Los copos de nieve, y dentro, si te fijabas bien, estaba el jeroglífico del Ilva.

Lo vio: a Mattia de pie. Quiso acercarse. Cristiano le soltó un puñetazo a un

carabinero que estaba intentando detenerlo. Consiguió llegar hasta la oruga. Cogió a Mattia por los hombros, lo sacudió, con la cara encima de la suya. Mattia, ¿dónde está Alessio? Escúchame, dime dónde está Alessio, y así nos vamos a casa.

Mattia apenas vaciló. Miraba fijamente algo que no puede tener nombre.

—Un gato —dijo.

Cristiano sintió que se le abría una grieta en el pecho.

Lleváoslo de aquí. Dadle un sedante. Lleváoslo de aquí. Cristiano bajó los ojos y sólo entonces se percató del manantial, de la papilla, de la cruda realidad que se coagulaba bajo el sol ardiente.

Entonces soltó un grito.

—¡No es él! —señalando la carne macerada. Lo más alto que pudo—: ¡No es él!

Con todas las fuerzas que tenía en su cuerpo y fuera de él, con todas las fuerzas que tenían aquellos rostros desencajados, incrustados de arrabio, y los carabineros de uniforme que desalojaban la explanada.

—No es él. Es imposible, no puede ser. No es él. No habéis entendido nada.

Se estaban llevando a Mattia. Se lo estaban llevando como un tronco. Llamadas telefónicas al Ayuntamiento, a la Región, a la Provincia. Cristiano tenía en la garganta su nombre. El Estado italiano, la fiscalía, la judicatura. No es él. Tuvieron que intervenir. Tuvieron que sujetarlo entre dos, entre tres después. Pero Cristiano consiguió soltarse.

Se lanzó contra la oruga con la cabeza baja. Se lanzó contra la oruga dando patadas. La emprendió a patadas, a puñetazos, a cabezazos. Diez, veinte cabezazos, hasta que sintió que se le abría la frente y un borbotón de sangre se le deslizaba por los ojos.

Nadie había mencionado su nombre, ni siquiera Pasquale. El abogado le había dicho: «¡Enhorabuena, una vez más te has librado a lo grande!». Arturo volvía a casa limpio y contento. Subía las escaleras de dos en dos, se lo creía: a partir de mañana... Metía la llave en la cerradura, la giraba. A partir de mañana cambiaría todo... Le temblaban las manos. Llevaba meses esperando ese momento. De ahora en adelante... Se convencía a sí mismo. Sandra, yo te juro... Se repetía mentalmente el discurso, y se exaltaba él solo, y abría la puerta, y se sentía tan contento de volver a encontrar su suelo, su pasillo, a su mujer de pie con el auricular en la mano... Arturo se detuvo de repente, se le quitó la sonrisa de la cara. Sandra dejaba caer el auricular, le estaba diciendo:

—Alessio está muerto.

Al día siguiente, el alcalde y la junta municipal anularían los fuegos artificiales previstos para la fiesta veraniega del 21 de junio. Los sindicatos proclamarían una huelga en la fábrica desde las cuatro hasta las diez de la noche, que abarcaba también

a las empresas adjudicatarias.

Una huelga general de seis horas, de la que sólo quedaba excluido el alto horno.

CUARTA PARTE

Elba

La isla flotaba en medio del agua como una galleta.

Anna la miraba asomada al balcón, con los codos apoyados en la barandilla.

Había un grupillo de niños, abajo, en la calle, que jugaban con una pelota nueva. Una manzana más allá, chirriando, se levantaba el cierre metálico del colmado.

Anna miraba, recién levantada, en pijama. Con los pies descalzos sobre las baldosas frías, se restregaba los ojos. La isla de Elba estaba tan cerca ahora, en el aire terso. Los pueblecitos recogidos en la ensenada, y los acantilados a plomo sobre el mar, las embarcaciones que navegaban a vela a su alrededor.

Aquí, Stalingrado inundada de luz empezaba a despertarse. Desde una ventana del número ocho, el volumen al máximo de un televisor hablaba de guerras en Afganistán y en Oriente Medio. Tintineos de tazas y platos en la terraza de al lado. Anna siguió con la mirada la parábola del balón que rozaba un alféizar y caía después en medio de un matorral de agaves.

Cuanto abarcaba desde Via Nenni a Via Togliatti era todo su mundo. Vio a los niños correr juntos, todos a la vez, para recuperar el balón.

—Nooo —se oyó gritar un instante después—, ¡se ha pinchado!

Dentro de poco, esas calles y esos patios se llenarían hasta los topes de adolescentes con toallas a hombros y ciclomotores con dos personas encima sin casco, mujeres con las bolsas de la compra o coches con las ventanillas bajadas. Se oía una canción de Laura Pausini que venía de algún sitio, tal vez de la furgoneta de la fruta que pasaba en ese momento.

Era necesario hacer las paces. Realmente se necesitaba, porque no había otra solución. Carlo Pisacane, los hermanos Rosselli, Carlos Marx tenían las persianas subidas ahora, y sacudían las alfombras en las ventanas, correrías de chiquillos atareados en gastar bromas con los telefonillos.

Anna vio el camión de la basura parar delante de los contenedores, a dos magrebíes bajar con sus monos fluorescentes anaranjados. La realidad es exigente. La realidad acaba ganando, hagas lo que hagas o pienses lo que pienses. Los niños habían vuelto a jugar con el balón pinchado.

Ahora Jennifer estaba cruzando la calle con James en brazos. Se sentaba en el banco de la parada del autobús. Anna observaba la escena asomada a la barandilla. Y, a fin de cuentas, no tenía ganas de marcharse. Oía a su madre ajetreada en la cocina, al minúsculo James dando palmadas y gritando con todas sus fuerzas la única palabra que era capaz de decir.

Se la imaginaba. En algún sitio, no importaba dónde. Sentada en la mesita de un bar desayunando, o bajo las sábanas, dormida. En el piso de abajo con el ventilador encendido en la mesilla, y los párpados cerrados. O en un paseo arbolado de

Follonica, en equilibrio sobre sus tacones de aguja. No importa.

Cuando jugaban a capturar cangrejos en los escollos, Francesca los cogía con un movimiento fulmíneo y sabía cómo no hacerse daño con las pinzas. Tenían un cubo en común cuando eran niñas: primero metían el agua y la arena, después, al acabar la pesca, lo llevaban a casa lleno de telinas, de babosas, y estaban convencidas de que servían para la pasta.

Eso era lo que le importaba, en ese momento.

Que esos niños jugaran al fútbol en medio de la calle, en medio de los coches, con el balón pinchado. Le importaba que Francesca estuviera aquí, en algún sitio. *Presente y viva.*

Era una mañana cualquiera. Sandra estaba pasando la fregona. Rosa, un piso más abajo, regaba las plantas. Y Anna seguía quieta, asomada a la terraza de la colmena número siete.

En la carretera provincial Grosseto-Livorno, mientras tanto, un autobús avanzaba chirriante.

Al fondo, acurrucada en la última fila, la única pasajera miraba hacia fuera con la sien apoyada contra la ventanilla.

Había un tractor al borde de la carretera, cargado de fardos de heno. Entre las hileras de sandías y de tomates se entreveían jóvenes de Ghana.

El conductor echó un vistazo por el espejo retrovisor: temía que la pasajera se hubiera quedado dormida. Estaba acurrucada en un asiento con las rodillas pegadas al pecho, absorta en un silencio todo suyo.

Yendo desde Follonica hacia Piombino, la campiña se convertía en paúles y después en zarzales. Arbustos bajos y resecos. Había cadáveres de erizos a lo largo de los guardarraíles.

Francesca miraba el paisaje adormecida. La central eléctrica y la Dalmine-Tenaris destacaban en aquel tramo deshabitado de costa. Entre un cañaveral y otro, entre un pinar y otro de Torre Mozza, Riva Verde, Perelli, interceptaba el mar surcado a esas horas por los pesqueros de regreso. Un crucero se deslizaba lento hacia el centro del mar Tirreno.

Ahora que superaban Gagno y se acercaban a Cotone, Francesca podía distinguir las grúas y las chimeneas. Los grandes brazos de hojalata y la herrumbre de los hornos, los activos y los apagados. Se empezaba ya a hablar de intervención, de desmantelamientos. De transformar la economía local, apuntar hacia el turismo y el sector terciario. Francesca seguía con la mirada la silueta desdentada de la fábrica. Como el Coliseo, como los cascos varados en la playa, también los altos hornos, en el curso de una década, acabarían quedándose los gatos.

Tenía mucho sueño. Se restregaba los ojos hinchados, el rostro contra la ventanilla empañada por la condensación. Volvía a casa.

En la desviación hacia el puerto, una hilera de coches en fila avanzaba a paso de hombre. Era la cola para embarcar. Las bicicletas atadas con cuerdas a los techos, las motos de agua, las tablas de windsurf en remolques. Francesca apartó la mirada.

Había tantas cosas, por todas partes. Qué hinchado estaba cada rincón entre las naves, las estaciones de servicio y el campo de fútbol, donde había gente entrenándose y tal vez estuvieran también Nino y Massi.

Permanecía encerrada entre los asientos vacíos, en su cuerpo arrastrado. Los vaqueros desgarrados en las rodillas, las zapatillas de tenis y una camiseta ancha. Daba tumbos a ratos, en el Menarini naranja de los años ochenta. Tenía a su lado una mochilita con las cosas del Gilda: el neceser de maquillaje, los tangas, los vestidos cortos de lentejuelas que dejan la espalda al descubierto.

Las cosas indiferentes, arrebujadas, que había que meter en la lavadora, devolverlas a casa, al piso de la tercera planta donde papá y mamá se pasaban los días en el sofá, con la pastilla disuelta en un vaso.

La ciudad emergía con su control de chimeneas y antenas parabólicas.

Si el tiempo pudiera deslizarse inadvertido en el interior de las habitaciones, por debajo de las puertas. Si todas las cosas pudieran acabar con esa posición, la cabeza encogida en un sillón, las manos en el regazo, olvidadas de cuanto han hecho, sin huellas, como si nunca hubieran cimentado una casa, ni plasmado raíles, ni recorrido cuerpos, ni marcado en profundidad a los hijos.

Francesca bostezaba, desempañaba la ventanilla con la manga de la camiseta. Sus largos cabellos rubios recogidos en la nuca, el esmalte rojo descascarillado en las uñas. No tenía ningún espectador, ahora. Excepto el conductor, que de vez en cuando la miraba reflejada en el espejo y se preguntaba qué estaría haciendo, ese cruce de niña y mujer, perdido en un autobús vacío a esas horas de la mañana.

Sólo la tenía a ella en el mundo. Podía ir a donde quisiera, de Milán a Palermo, podía gritar y rebelarse, montar follón o hacer como si no pasara nada. No había resultado fácil espiarla desde detrás de un ciprés en el cementerio obrero, el que está cerca del matadero. No había resultado fácil agazaparse en el sótano, una vez que la oyó salir. Por más que huyera, por mucho que no volviera nunca más a la pequeña Stalingrado: el lugar donde habían nacido. Y no había ningún otro lugar.

El autobús se detuvo en el semáforo, delante del concesionario Piaggio. Cuando se puso verde giró hacia Salivoli.

Francesca se levantó, apretó la señal de parada. Miró el paseo marítimo Marconi deslizarse por la ventanilla, el seto de adelfas rosas, la cabina telefónica destrozada a garrotazos. La luz se reflejaba sin piedad en su rostro ajado. La calle se desplegaba cuesta abajo en dos pronunciadas curvas antes de llegar a Stalingrado, al borde del promontorio.

Bajó del autobús.

Se detuvo un momento en la marquesina, aturdida por la luz y por el viaje. Vio a un grupo de niños que jugaban al fútbol en medio de la calle con un balón pinchado. Vio a Jennifer que montaba en el autobús con el niño en brazos, y a James que se reía con su único diente. Repetía fuerte, dando palmadas, la primera palabra que dicen todos los niños. Los barrenderos montaban en el camión de la basura, que se alejaba.

Levantó la mirada. Asomada al balcón del cuarto piso, vio a Anna.

Le pasaron por delante dos coches, le pasó por delante una bicicleta, antes de que pudiera cruzar la calle. Antes de que pudiera darse cuenta.

Anna estaba apoyada en la barandilla de la terraza, límpida como una sábana tendida. Era la única figura en la pared gris y desconchada. Era pequeña y rizosa.

Se miraron durante un largo instante. En la luz temprana de la mañana, en los gritos de los niños que daban patadas al balón. Y el balón rebotaba en los muros, iba a parar al banco de la parada y uno se caía y se despellejaba una rodilla, y otro le daba un empujón al de más allá, y era tan real que Anna estuviera asomada, como una novia que espera, mientras ella está volviendo a casa.

Fue un instante. A Francesca le pareció que Anna, al reconocerla, le había sonreído. Entonces le hizo un gesto con la mano. Levantar el brazo, decir hola: le salió espontáneo. Y lo que sucedió fue que Anna le contestó con el mismo gesto. Sucedió a esa hora, así, de buenas a primeras.

Francesca cruzó la calle y el patio. Sin darse cuenta, estaba corriendo. Tenía prisa, ahora. De entrar en su habitación, de arrojarse a la cama y retener en su cuerpo aquel momento. Era un día cualquiera. No importa la fecha. No había ocurrido nada, entraba en la sucesión de las cosas: bajar del autobús, ver a Anna, saludarla...

Entretanto, corría. Corría para mantener a raya su desazón. Sólo se habían mirado y saludado de un extremo a otro de Via Stalingrado. Había un grupo de mocosos que tocaban las pelotas: era habitual que los chiquillos llamaran al telefonillo y huyeran después.

Francesca subía las escaleras de dos en dos.

En el rellano del tercer piso, cuando encontró entre la ropa sucia el manojito de llaves de su casa, se detuvo de repente. Tenía ya una mano en el picaporte, notaba el crepitar ausente del televisor detrás de la puerta.

No era un gran esfuerzo. Un tramo de escaleras está compuesto por treinta y cinco escalones. Un año, por trescientos sesenta y cinco días. No son números enormes.

Francesca se acercó de puntillas a la barandilla, miró hacia arriba por el hueco de las escaleras. Alguien estaba gritando «¡Zorra!» a alguien. Se oyó un bofetón seco, e inmediatamente después un niño rompía a llorar. Francesca contuvo la respiración. Un maullido. El roce de una escoba en el suelo.

Las cosas que permanecen idénticas. La espuma blanca del mar, la espuma en las arterias, y era tan limpio y exacto pensarlo. No hacía falta mucho.

Subió el tramo de escaleras hasta el cuarto piso. Se aproximó a la puerta, vio el timbre y la pegatina con *Sorrentino* en cursiva. Tocó el timbre. Era real, aquel sonido. Era real el felpudo de mimbre sobre el que se apoyaban sus pies, y donde estaba escrito: WELCOME.

Anna se quedó en suspenso en la cocina. Fue sólo un momento de extravío, un instante lleno de estupor y miedo en el que ella y su madre se miraron a los ojos. Sandra estaba poniendo la mesa para desayunar. Se quedó así, con una tacita en la mano y el azucarero en la otra.

El sol iluminaba la habitación con luz blanca, y la habitación estaba fragante de galletas y leche caliente. En un rincón en sombra del salón, Arturo estaba sentado, mudo, en bata. Hojeaba absorto *La Repubblica*, llevaba un mes sin hablar.

El timbre sonó por segunda vez.

—Es France —dijo Anna.

Esa palabra se le había quedado atragantada en la garganta durante mucho tiempo, y ahora se asomaba a sus labios con una especie de sonrisa incrédula. Porque sólo podía ser ella, y ella no esperaba a ninguna otra persona.

Anna cruzó el pasillo descalza, como todos los días. Descorrió el pestillo. Abrió la puerta.

No fue sencillo. Nada, ningún rasgo de su rostro era sencillo.

Sus pecas asimétricas en la nariz, sus ojos jaspeados de amarillo. Mirarlos, encontrarlos arañados, desde luego, pero presentes. Y los hoyuelos de las mejillas, los cabellos suaves como huevos montados a punto de nieve y ahora ligeramente despeinados. El rostro pálido y astillado.

Somos de la misma altura. Fue el primer pensamiento de ambas.

Somos de la misma altura y tenemos el pelo casi igual de largo.

Mientras Francesca entraba, oscilando apenas en el umbral de la puerta, se rozaron con los brazos y la ropa.

Anna cerró la puerta. Se volvió a mirarla, cómo cruzaba el pasillo tímida y, sin embargo, con ímpetu. El perfil de la espalda, un atisbo de columna vertebral a través del algodón de la camiseta.

Se asomaron a la cocina, con las caritas asustadas de los escolares pillados in fraganti por la maestra. Sandra había dejado la tacita y el azucarero en la mesa. Las miraba con los ojos muy abiertos.

Se le había encanecido el pelo en las sienes. Estaba muy envejecida, Sandra, tenía las manos temblorosas. Pero seguía siendo capaz de sonreír.

—Hola, Francesca —dijo—, ¿has desayunado ya?

Francesca permanecía en silencio junto a Anna, miraba la despensa, la nevera con los imanes pegados, las fotografías colgadas junto a las sartenes de cobre —Alessio y Cristiano montados en la pala mecánica, Arturo que sujetaba en brazos a una Anna

minúscula, y ellos, todos juntos, abajo en la playa—, miraba la disposición de los cachivaches sobre la repisa, los ganchitos en forma de seta y los agarradores colgados, el orden de las cucharas de palo sobre el fregadero: todo estaba exactamente como debía estar.

Meneó la cabeza.

—Pues siéntate —Sandra le señaló una silla—. Ya sabes cómo es aquí la situación, nos apañamos como podemos...

Abrió un cajón, cogió otra servilleta. Se le había encorvado un poco la espalda, eso sí. Había añadido una foto de Alessio vestido de primera comunión en la campana de la cocina. Ahora sumaba una tacita y una cucharita al mantel.

Francesca se sentó al lado de Anna. No quería mirarla, sólo quería sentir su codo contra el suyo, y su rodilla debajo de la mesa. Y los movimientos de ella al lado de los suyos, mientras mojaba las galletas en la leche.

Tampoco Anna se volvía a mirarla. Pero aproximaba su pantorrilla a la suya, debajo de la mesa. Un escalofrío fulmíneo de cosquillas. Le daba un golpecito con la rodilla. Y sabía que a ella, ahora, le estaban entrando ganas de reír.

—Hace un día precioso —observó Sandra de repente y las miró a los ojos—: ¿Vais a ir a la playa?

Tanto Anna como Francesca permanecieron inmóviles, con la galleta en la mano. La cara de alguien a quien han pillado a contrapié.

—Mejor dicho —dijo Sandra mientras empezaba a quitar la mesa—: ¿Por qué no os vais a la isla de Elba?

Hasta dejaron de masticar. Ambas se volvieron para mirarse, al mismo tiempo. Y después se volvieron para mirar a Sandra, calladas, pasmadas, con las cejas en arco.

Sandra se rió y señaló el reloj:

—Estáis a tiempo. Basta con que volváis para la hora de cenar. Tardaréis una hora en llegar a Porto Ferraio. A tres pasos del puerto está la playa de las Ghiaie, justo ahí detrás. Os dais un baño y luego os volvéis... ¡Nada trascendental!

Siguieron mirándola, mudas, durante unos instantes. Estaban razonando. En efecto, uno pillaba un bikini, el pareo, se mete una toalla en la mochila, dos zumos de fruta, dos bollos y está listo para marcharse. En efecto, si tomaban el autobús, en un cuarto de hora estaban en el puerto. Después sacaban los billetes, montaban en el trasbordador. Y a las diez y media estaban en la isla de Elba.

—Yo no tengo bañador —dijo Francesca.

—Ya te lo presto yo —se apresuró a decir Anna.

Se levantó de golpe de la silla y se lanzó al baño.

—¡Mamá, prepáranos la mochila! —gritó mientras abría el grifo, cogía el cepillo y la pasta de dientes. Entretanto, Francesca la seguía de cerca y se asomaba a la puerta del baño.

Anna levantó la cabeza del lavabo y dejó por un momento de lavarse los dientes.

Francesca estaba en equilibrio apoyada en el quicio, era el más radiante de todos los elementos. Dentro de un momento se marcharían. Se iban a nadar a la isla de Elba. Como los alemanes, como los turistas de Milán y de Florencia. Seguro que allí había una plaza con la iglesia, el campanario y todo lo demás.

Sonreían, no se decían nada. Y una tenía la boca untada de pasta de dientes; la otra, los labios separados y algo agrietados.

Encajaban perfectamente.

Bolonia, 22 de septiembre de 2009



SILVIA AVALLONE (Biella, Italia, 1984), licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Bolonia, inició su carrera literaria escribiendo relatos cortos y poemas para prestigiosas revistas. En 2007 publicó la antología poética *Il libro dei vent'anni* con la que obtuvo el Premio Alfonso Gatto a la mejor ópera prima. Pero su definitivo reconocimiento llegó en 2010 con la publicación de *De acero*, su primera novela, que tuvo un fulgurante éxito de crítica, figuró durante meses entre los libros más vendidos, y cosechó numerosos premios: Premio Campiello, Premio Flaiano, Premio Fregene, Finalista del Premio Strega, y Premio de los lectores de *L'Express*. *De acero* será traducida en trece países y próximamente llevada al cine.

Notas

[1] Maracaibo, mar fuerza nueve, huir sí, pero ¿adónde? (*N. del T.*) <<

[2] Los IPS (Istituto Professionale di Stato) son centros educativos estatales donde se imparten algunas ramas de Formación Profesional. (*N. del T.*) <<

[3] Siglas de Istituto Tecnico Industriale Statale, otra rama de la Formación Profesional en Italia. (*N. del T.*) <<

[4] La COOP, o Cooperativa de Consumidores, es una asociación, con más de ciento cincuenta años de vida, que gestiona una famosa cadena de supermercados que, especialmente en algunas regiones italianas como la Toscana, son toda una institución por la calidad y el asequible precio de sus productos. <<

[5] Famoso presentador de la televisión italiana. (*N. del T.*) <<

[6] Festejos populares de signo lúdico-político organizados por el Partido Comunista Italiano, de gran tradición en muchas regiones italianas y señaladamente en la Toscana. (*N. del T.*) <<

[7] La *smorfia* es una lista, de vagos orígenes cabalísticos, en la que se asocian objetos y situaciones con distintos números, de manera que si se sueña con alguno de ellos, se escogen en consonancia los números para el Bono Loto. Es una tradición originaria de Nápoles pero muy arraigada en toda Italia. (*N. del T.*) <<

[8] Famoso mago televisivo italiano. (*N. del T.*) <<

[9] Actriz y artista de circo muy popular en Italia, famosa además por la exuberancia de su maquillaje. (*N. del T.*) <<

[10] Maurizio Cattelan, escultor posmoderno, famoso por sus provocadoras y polémicas obras, a medio camino entre la escultura y la performance. (N. del T.) <<